



Pilar Romera

Los impostores



Barcelona, mayo de 1949. Albert, un joven que trabaja en una imprenta, es detenido por la Brigada Político-Social y enviado a la temida comisaria de Via Layetana, acusado de colaborar con jóvenes universitarios en la difusión de propaganda clandestina. Una visita secreta del general Franco a la Ciudad Condal lleva de cabeza a los mandos policiales, que dan órdenes de detener a los sospechosos habituales. El encuentro casual entre Dora, hermana de Albert, y un antiguo amante, desencadenará unas consecuencias que ninguno de los protagonistas podrán controlar. Unos acontecimientos ocurridos en el campo de Argelès diez años antes volverán para pasarles cuentas.

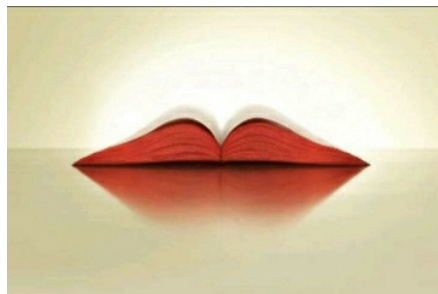
Con una capacidad deslumbrante para hacernos cómplices de cada uno de los personajes, esta fascinante novela narra la historia de tres perdedores de la Guerra Civil: Dora Colom, Miquel Alberich y Bonaventura Puig. Una historia repleta de engaños, impostura, amor, amistad y traición. Y, en medio, Fuentes, un comisario de la vieja guardia, corrupto y adicto, y Paco, un antiguo transformista del famoso cabaret La Criolla que también son, a pesar de todo, unos supervivientes.

Los impostores retrata tres vidas desde antes de la guerra hasta la dura posguerra, pasando por el terrible campo de concentración de Argelès, y logra hacernos sentir que, en casos extremos, todos podemos ser unos impostores.

Los impostores



**Pilar Romera**



Título original: *Els impostors*  
Pilar Romera, 2019  
Fotografía cubierta: Kurt Hutton

---



Vins

---

Revisión: 1.0  
Fecha: 23/01/2020

*A mi madre, por todo*

Si...

Si puedes mantener la cabeza cuando todo a tu alrededor  
pierde la suya y te culpan por ello;  
si puedes confiar en ti mismo cuando todos dudan de ti,  
pero admites también sus dudas;  
si puedes esperar sin cansarte en la espera,  
o, siendo engañado, no pagar con mentiras,  
o, siendo odiado, no dar lugar al odio,  
y, sin embargo, no parecer demasiado bueno, ni hablar  
demasiado sabiamente;  
si puedes soñar —y no hacer de los sueños tu maestro—;  
si puedes pensar —y no hacer de los pensamientos tu objetivo—;  
si puedes encontrarte con el triunfo y el desastre  
y tratar a esos dos *impostores* exactamente igual;  
si puedes soportar oír la verdad que has dicho,  
retorcida por malvados para hacer una trampa para tontos,  
o ver rotas las cosas que has puesto en tu vida  
y agacharte y reconstruirlas con herramientas desgastadas;  
si puedes hacer un montón con todas tus ganancias  
y arriesgarlo a un golpe de azar,  
y perder, y empezar de nuevo desde el principio  
y no decir nunca una palabra acerca de tu pérdida;  
si puedes forzar tu corazón y nervios y tendones  
para jugar tu turno mucho tiempo después de que se  
hayan gastado  
y así mantenerte cuando no queda nada dentro de ti  
excepto la Voluntad que les dice: «¡Resistid!».  
Si puedes hablar con multitudes y mantener tu virtud  
o pasear con reyes y no perder el sentido común;  
si ni los enemigos ni los queridos amigos pueden herirte;  
si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado;  
si puedes llenar el minuto inolvidable  
con un recorrido de sesenta valiosos segundos.  
Tuya es la Tierra y todo lo que contiene,  
y —lo que es más— ¡serás un Hombre, hijo mío!

RUDYARD KIPLING, 1896

# **PRIMERA PARTE**

Barcelona, principios  
de mayo de 1949

¿ARTE: Gracias. (*A Rick*). ¿Tomas una copa conmigo?

CK: No.

¿ARTE: Olvidé que nunca bebes con clientes. (*Al camarero*). Póngame otro, por favor. (*A Rick, con tristeza*). Me desprecias, ¿verdad, Rick?

CK: (*Indiferente*). Si alguna vez pensara en ti, probablemente sí.

¿ARTE: ¿Pero por qué? Ah, quizá por la índole de mis negocios. Pero piensa en esos pobres refugiados: si no fuera por mí se morirían esperando. Al fin y al cabo, yo les proporciono los visados que tanto desean.

CK: Por un precio, Ugarte, por un precio.

*Casablanca*, MICHAEL CURTIZ, 1942



# 1

## Albert

El gusto de sangre en la boca. Metálico. Amargo.

Había sido una noche muy larga aquella. Larguísima. Albert no recordaba ninguna otra así. Ni tan siquiera aquellos atardeceres durante la guerra, eternos, cuando la aviación italiana bombardeaba Barcelona una y otra vez, incesantemente, y, ateridos y angustiados, se refugiaban en el metro, como escarabajos que huyen de las ráfagas de luz que caen del cielo. Él, la familia, los vecinos, se acurrucaban en la estación del metro de Liceu y sentían aquel miedo sordo e intenso que se aferra a las entrañas y se cuele en el tuétano de los huesos. Aquel miedo que no deja pensar, que desconecta el cerebro de los músculos que mueven el cuerpo. Que hace que actúes siguiendo solamente el instinto más primario y brutal. Sobrevivir. Por encima de todo. Por encima de todos.

Bombas, y Albert escondiendo debajo del abrigo los pantalones meados. Otra vez.

Dora cogiéndole fuerte de la mano.

Sus padres con aquella mirada perdida. Dos buenas personas que nunca deberían haber vivido aquel desastre.

La guerra.

Diez años después, no había vuelto a sentir aquel terror irracional hasta ese momento. Hasta ese día de mayo. En esa celda. Con esa gente.

Albert tragó saliva mezclada con un poco de bilis y con la lengua notó cómo una muela se le movía. No quiso tocarse la mejilla a pesar de que el escozor lo aturdía. De manera infantil se negaba a reconocer la gravedad de sus heridas. Lo que no se dice, no existe. Cerró los ojos al pensar que, si sobrevivía a aquella noche, un monstruo increíblemente más poderoso y omnipotente que los recuerdos de los bombardeos, ya diluidos en el tiempo, dominaría sus sueños. Un monstruo nuevo y terrible que añadir a la larga lista.

La luz del alba de un día de mayo espléndido, como suelen ser en Barcelona los días de primavera, iluminó la celda. El paisaje desvaído que desvelaba la luz mortecina de la bombilla de mínima potencia, que se balanceaba del techo sucio en una oscilación inconexa, se estaba retirando, y los rayos del sol que se iban colando por el ventanuco de medio arco pegado al techo y fuertemente barrado mostraban, con toda crudeza, la monstruosidad de aquel subterráneo, de aquella celda pintada de gris que, ahora ya lo sabía con toda certeza, era la entrada al infierno.

Albert yacía boca abajo en el extremo izquierdo de la celda. El único mobiliario era una sencilla mesa de madera y una silla de mimbre. Una silla como la que tenían sus abuelos en el pueblo, de madera bastante trabajada y mimbre, antigua pero muy bien conservada, bonita incluso. Incongruente. Como un payaso en un funeral. Discordante. Como un militar en una

universidad. Improcedente. Como todo lo que estaba pasando. Ver aquella silla le había dolido más que todos los puñetazos que había recibido en el estómago. Que el puntapié en la boca. Que la orina que un policía gracioso le había vertido encima. La visión fuera de lógica de aquel objeto inocente, tan de pueblo, tan de la infancia, le desbocó una nostalgia profunda, un sentimiento tan doloroso que lo dejó desgarrado en aquel rincón. Esa silla de mimbre había sido, al final, la tortura psicológica más eficaz.

—Joder, chico, cada vez os reclutan más gilipollas. Si no te hemos ni tocado —pausa— todavía... —Uno de los policías, el más proclive a mearse encima de los detenidos, lo miraba burlescamente desde el umbral de la puerta—. Si estás llorando como una niña que llama a mamá. ¡Comisario Fuentes! Estos criajos no tienen ni media hostia.

Miró al policía veterano, que fumaba parsimoniosamente un cigarrillo mientras el humo le achinaba los ojos.

—¡Ah! —Suspiró—. ¿Recuerdas cuando alojamos a los hombres del Pallares? ¡Aquello sí que era trabajar con material de primera!

El comisario Fuentes, hombre corpulento y barrigón, de abundante bigote y cabeza grande, esférica y pelada, dio una profunda calada a un Ideales mientras levantaba las cejas en un gesto a medio camino entre la nostalgia y el respeto. La voz profunda surgió a la vez que expulsaba el humo y el acento fuertemente catalán, occidental, tan parecido al del pueblo, sorprendió a Albert casi tanto como el desatino entre aquel físico poco épico y la autoridad incontestable que emanaba.

—Aquella gente tenía unos huevos como los de un toro. Llevaban media vida pegando tiros. La guerra, en Francia contra Hitler, luego el maquis. De vuelta de todo y con nada que perder. Gente áspera y currada. Gente dura.

El otro policía asintió con una sonrisa esquinada.

—Si el mierda del Eliseo Melis no los hubiera delatado al director Quintela, hubieran hecho mucho mal. Estaban organizados y sabían lo que se hacían. No parecían cenetistas realmente, sino comunistas. ¡Muy disciplinados! —Se carcajeó ruidosamente—. ¡Buah! Y mira que le pegamos de hostias al Pallares y no soltó prenda el hijo de puta. —Fuentes asintió mientras daba otra calada—. Todos sabíamos que era el secretario general de la CNT. Hostias para parar un tren, le dimos. Pero no hubo manera de sacarle ni un mal nombre...

El humo tejía filigranas al elevarse entre el aire viciado y los tímidos rayos de sol. Fuentes afirmó con gravedad.

—Esteban Pallares los tenía muy bien puestos. Un tipo listo y leal. Con principios. Y espabilado como era, sabía perfectamente que de esta celda no saldría vivo. Aguantó lo que aguantó porque no tenía ninguna esperanza de salir de esta. Y porque esta gente tiene una gran fe.

—¿Fe? No me jodas, Fuentes, ¡que son todos unos ateos y unos *quemaiquesias*! —El policía meón estaba atónito.

Fuentes lo miró con condescendencia, mientras notaba cómo el pinchazo habitual en el duodeno y el reflujo subsiguiente lo hacía jadear de manera imperceptible. Negó levemente con la cabeza y se presionó el pecho a la altura del esófago en un vano intento de detener la quemazón. «¡Ya no estoy para estas sandeces!». Y, en un segundo, sin querer, volvió a los campos de frutales de su padre, en Seros, al olor de los tomates del huerto, cuando de crío los cogía. Volvió a fumar a pesar de saber que el escozor empeoraría, mientras pensaba que la nostalgia quemaba cien veces

más que la úlcera. Y la mala conciencia, mil.

Tranquilo, todo esto acabará pronto. Tienes que hacer lo que toca. Ya queda poco.

Se sentó en la silla de mimbre, maldiciéndose por ese momento de debilidad, mientras de reojo comprobaba cómo Albert, ovillado en un rincón, escuchaba atentamente.

—¡No estoy hablando de la fe en Dios Nuestro Señor, hombre! Sino de la fe inquebrantable en sus ideales. Equivocados y enfermizos, por supuesto —precisó rápidamente. En vía Layetana los muros oían—. Esta gente tiene una fe indestructible en la posteridad. En la lucha de clases, en la utopía socialista, en la justicia, en todas estas gilipolleces. Todos estos son unos iluminados más fanáticos que veinte curas juntos. Antes se dejarán descuartizar que delatar a un camarada. — Resopló, y se levantó despacio de la silla—. Además, son conscientes de que si los trincamos no hay salvación posible. Lo que te decía, el Pallarès tenía claro que la había cagado. Aguantó el martirio lo más dignamente que pudo y no bajó la cabeza ni cuando lo fusilaron en el Campo de la Bota.

Fuentes observó con detenimiento el cigarrillo humeante que aguantaba entre el índice y el anular, y lanzó una mirada metálica que atravesó a Albert en su rincón.

—A veces pienso... —Se detuvo a fumar otra vez mientras sentía cómo una ira antigua le iba creciendo— que esos hombres son mártires. Como los mártires cristianos en el circo romano. — Se dirigió al otro policía que lo escuchaba con los ojos como platos—. Piénsalo. Son hombres de fe que siguen un dogma y se dejan torturar por la causa. Contra eso es difícil luchar. Grandes contrincantes.

Dejó el pitillo sobre la mesa con cuidado y cogió la silla de mimbre hasta situarla a dos pasos de donde Albert temblaba. Se sentó con parsimonia. Se arregló las perneras de los pantalones y se alisó la camisa, arrugada y manchada de su sangre.

«Estoy cansado. Necesito un coñac y necesito un poco de mandanga. Acabemos con esta farsa».

—Vosotros, criaturitas. Tú y tus amiguitos de la universidad no les llegáis a los viejos camaradas ni a la altura del betún. ¿Por qué? Porque no habéis entendido de qué van las cosas por aquí. Esa gente se ha dejado media vida en los montes. En Francia. Os pensáis que sois unos guerrilleros por imprimir cuatro octavillas y colgar cuatro carteles. Todavía no hemos acabado de partiros la cara y ya estáis llamando a mamá.

Albert lo miraba en silencio cuando, de improviso, Fuentes le pegó una patada en los riñones que lo hizo encogerse y arrinconarse todavía más.

Se levantó e hizo una señal al otro policía, que salió rápidamente de la celda. Se detuvo en el umbral de la puerta.

—Voy a ver qué quiere Creix que hagamos con este y los otros desgraciados. Necesitamos el sótano para cosas más importantes. Franco llega en menos de un mes y hay mucho que limpiar. Barcelona está llena de desafectos. Y ahora mismo, después del atentado contra el director Quintela, no hay que descartar nada. Nada de nada. Estoy harto de decirlo en el Gobierno Civil, pero nadie hace caso. En fin, voy a recomendar su traslado a la Modelo, a la quinta galería, con los políticos.

El otro policía se rio ruidosamente mientras Fuentes salía dedicándole al preso una última mirada que oscilaba entre el desprecio y lo que a Albert le pareció un destello de compasión. Un pequeño parpadeo. Albert lo vio salir, desconcertado.

Lo último que oyó, antes de volver a mearse encima, fue la puerta chirriando desagradablemente mientras se cerraba, con un tono seco final, detrás del policía.

## 2

### Bonaventura

Lo despertó el sonido rítmico, exasperante, del teléfono. Solo fueron unos segundos de desconcierto, el tránsito fastidioso de la dulzura del sueño a la vigilia inclemente, húmeda de una mañana de mayo anormalmente fría. Bonaventura permaneció tumbado en la cama, tapado con una sábana gastada y a todas luces insuficiente. Alargó el brazo, y notó el hueco que el cuerpo de Dora había dejado en el colchón.

El teléfono calló abruptamente y oyó la voz de Laureano, un «¡diga!» apenas audible. Esperó inquieto, como siempre que sonaba el teléfono a deshoras, rogando para que la llamada no fuera la que no querría tener que contestar nunca. Laureano resopló un «espere un momento» mientras Bonaventura sentía el arrastrar de las zapatillas acercándose a su puerta. Contuvo el aliento, como si este simple hecho pudiera de alguna manera influir en los acontecimientos. A pesar del frío, empezó a sudar. Notaba cómo las gotas se iban acumulando en sus cejas, que se convertían, así, en un absurdo dique que pretendía contener una riada. Se mantuvo inmóvil, intentando evitar el desbordamiento. En vano. Las gotas empezaron a caer mejilla abajo.

El ruido de las zapatillas pasó de largo y no cesó hasta llegar al fondo del pasillo, delante de las habitaciones de la familia de Dora. Bonaventura intentó escuchar, pero los murmullos eran ininteligibles, y a pesar de que allí vivían sus suegros y su cuñado, el alivio provocó que cayera, ya liberado de la tensión, en una suave somnolencia.

Se levantó una hora más tarde con la cabeza abotargada y una extraña sensación de desasosiego. Dora se había marchado al alba y todavía no había vuelto. Negó con la cabeza y pensó que las colas del racionamiento debían ser inhumanas, hoy. Se lavó rápidamente y se vistió en un minuto.

Se pasó las manos por la bata azul obligatoria para los bedeles que llevaba siempre puesta sobre la camisa y el pantalón, impecablemente planchados. A Bonaventura la ropa le lucía, era un hombre con un innegable atractivo, de una altura destacable y tenía una planta espléndida. Delgado, pero no en exceso y sobre todo elegante. Muy elegante. Elegante en las maneras, distinguido de aquella manera innata que huía de cualquier impostación. Era, además, impecablemente pulcro. Poseía dos trajes, que conservaba con un cuidado extremo, y una camisa blanca, impoluta, para cada día de la semana. Siempre llevaba chaleco y corbata. Los zapatos primorosamente lustrados a pesar del irreparable deterioro. En la higiene personal no era menos escrupuloso y esa pulcritud lo hacía objeto de la admiración más o menos soterrada de las mujeres de su alrededor, admiración de la que no era consciente o que deliberadamente ignoraba. Modulaba la voz suavemente y exhibía unos modales exquisitos que incrementaban su atractivo a pesar de la cicatriz que le cruzaba la cara y le desfiguraba un poco el rostro. Lucía una barba

espesa que disimulaba en parte los estigmas y unas gafas de pasta gruesa que le daban un aire distinguido y que, en realidad, ocultaban un ojo sin visión.

Se le consideraba un buen trabajador a pesar de que intentaba no interaccionar demasiado con el resto del personal y todavía menos con los profesores. A pesar de eso o por eso mismo, era atento y complaciente con todo el mundo, eficiente y diligente, pero nunca servil. Su natural inteligencia lo llevaba a destacar entre sus iguales a pesar de su evidente propósito de pasar desapercibido. Muchos y muchas se le acercaban al calor de su innegable liderazgo, pero él, siempre siempre, mantenía un punto de distancia gélida.

Todos pensaban que era modestia y timidez. Pero él sabía que no era verdad. No podía permitirse nada de todo eso.

No había vuelto a pensar en la llamada hasta que sonó de nuevo el teléfono. Se tensionó al momento, pero el sonido duró poco. No hubo pasos esta vez, aunque la inquietud, lejos de desvanecerse, fue en aumento y la intuición fatal de que alguna cosa estaba pasando le provocó náusea. Se miró en el espejo mientras intentaba componer un gesto serio y salió al pasillo.

Todavía no había dado dos pasos cuando lo detuvo una voz aguda.

—¡Ya era hora! ¡No sabes lo que ha pasado! —Laureano lo miraba con aquel menosprecio poco disimulado que utilizaba con el noventa por ciento de los humanos—. Han detenido a tu cuñado. Al chico. A Albert —le espetó con un tono que quería parecer apesadumbrado, pero que resultaba del todo inútil a la vista de la sonrisita que se escapaba por debajo del bigotito ralo, al estilo fascista—. Esto ya se veía venir. Contra tus suegros no hay nada que decir. —Hizo una pausa dramática—. Aparentemente. —Otra pausa dramática—. Pero el hijo... ¡ah! El chico este no es trigo limpio, parece que tiene amistades poco afectas al régimen.

Era notorio que Laureano disfrutaba enormemente viendo la cara de Bonaventura y, triunfal, le soltó la bomba. Aquello que desde que había empezado la conversación estaba deseando explicar.

—Dicen que lo tiene la *politicossocial* en la comisaría de vía Layetana. —Laureano apenas podía disimular el placer—. ¿Ya lo sabe Dora?

Vía Layetana. Brigada Político-Social. La temida BPS. Bonaventura musitó una disculpa y volvió a su habitación, desencajado. Recuerdos como puñetazos en el estómago le hicieron retroceder diez años de golpe. Se sentó en la cama notando cómo las piernas le fallaban y cómo la herida de la cara le hervía. Sacó un pañuelo impoluto del bolsillo y se secó las lágrimas que caían del ojo derecho. No lloraba, era el líquido que supuraba de su ojo vacío. Se quitó las gafas y se tapó la cara con las manos mientras pensaba en Dora y se sentía terriblemente mezquino. Porque lo primero que le había venido a la mente había sido la lógica preocupación por saber cuánto de su vida pasada podía ella haber averiguado y, por tanto, cuánto y qué sabía Albert. La camisa comenzó a empaparse de sudor. Todo el mundo sabía lo que pasaba en aquellas mazmorras. Las torturas. Los asesinatos.

Qué sabía Dora. Qué sabía Albert.

Qué cojones podía explicar Albert cuando empezaran a apretarlo de verdad.

Pasó la vista por aquella habitación pulcra, el comedor pequeño, la alcoba, la cocina minúscula, las habitaciones que se habían convertido en su hogar los últimos años, y una vez más le pareció que era como si lo viera por primera vez.

Eran poco más de cuarenta metros, pero estaban limpios y acabados de construir. Después de que los bombardeos del 38 dejaran el viejo edificio de la universidad muy dañado. Las viviendas

de los bedeles, en los pisos superiores de la torre que daba a la calle Balmes, había sido una prioridad en la reconstrucción, además eran gratis. No se pagaba alquiler, ni agua ni luz. Eso formaba parte del sueldo. Una suerte de pago en especies. Bonaventura nunca había valorado en exceso las casas en las que había vivido. Hasta que le faltó el techo. Y, cuando empezó a vivir allí, sintió que había encontrado su lugar en el mundo. Eran muchas las razones, pero, sobre todo, por Dora, por su presencia a veces ausente, por su sonrisa, por su luz. Ella había conseguido darle aquello que ya pensaba que no volvería a tener y convertía aquel rincón en el único posible. En su hogar.

A veces los recuerdos son un bálsamo y otras una maldición, un peso que impide avanzar. Una rémora repugnante que te ancla. Y Bonaventura tenía demasiados recuerdos. Hizo como siempre y evitó pensar, sin mucho éxito, en otros tiempos felices, en otra vida, en otra casa, en otra mujer.

Desde la ventana de la habitación observó, majestuosa, la torre izquierda de la universidad que se alzaba a su lado como la isla de conocimiento, de sabiduría, de civilización donde había conseguido volver, aunque fuera imbuido de otra esencia, de otro espíritu y otro nombre que lo hacía invisible a ojos de sus iguales. Una realidad indigna y turbia que lo lanzaba a ratos hacia una desesperación sin fondo y, que al final, lo amansaba con momentos de resignación estoica que nunca nunca lo confortaban.

Aquel mayo de 1949, encerrado en su habitación, el recuerdo de Ignasi Roure volvió, vivido, incorrupto. Como si nunca hubiera acabado de irse. Y es que, de hecho, nunca lo había abandonado. Al menos no del todo. El recuerdo de aquella vida pretérita vivida en la piel de otro. La evocación de un pasado a veces feliz, a veces amargo, pero siempre auténtico, le oscureció la mente por la obvia comparación con el hoy falso, haciéndolo caer de nuevo en el pozo de la desesperación del que identifica, con una certeza rotunda, el momento exacto en el que su vida empieza a desmoronarse.

Una leve arcada lo retuvo en la cama. Anclado a aquella realidad, a aquel universo falso, hipócrita, del que no podía escapar, mientras una y otra vez se veía obligado a revivir aquel pasado fugaz que se resistía a desaparecer. Siempre presente, entre ellos, apestando todo con aquel olor a muerto y desesperación, con aquel regusto agrio de sangre rancia.

### 3

#### Isa (Dora)

—Nena, espabila, que no tenemos todo el día.

La voz áspera y malcarada de la vieja que tenía detrás la sacó, súbitamente, del ensimismamiento en que había caído sin darse cuenta. Murmuró una disculpa y avanzó, rápido, los dos pasos que la separaban de la larga cola mientras observaba cómo los que ya habían conseguido la ración de harina, aceite, azúcar, garbanzos y pan se iban, deprisa, calle del Carmen arriba mientras sopesaban, pesarosos, el escaso contenido del paquete, obviamente insuficiente para alimentarse durante todo un mes.

Isadora Colom, Dora para todo aquel que no fuera su madre, sabía que, a pesar de que el sol apenas empezaba a asomar por entre las neblinas de la noche en retirada, no había llegado al centro de reparto de alimentos de la calle del Carmen tan pronto como habría sido necesario. Con la misma certeza que intuía lo que había que hacer para asegurarse de que, cuando finalmente llegara su turno, no se hubiera acabado ninguno de los alimentos básicos que la cartilla de racionamiento de primera habría de proporcionarle. Todos los que formaban aquella cola eran conscientes de que a menudo, demasiado a menudo, no había alimentos para todos. Que un porcentaje destacable de los sacos de comida desaparecía para acabar sorprendentemente en el mercado negro. La angustia de la cola, conforme iba pasando el rato, aumentaba. Como una mancha de aceite que se va extendiendo lenta pero inexorablemente hasta que lo pringa todo. Esta viscosa convicción les hacía moverse en una suerte de danza inconexa. Les hacía levantarse de puntillas por encima de las otras cabezas para intentar averiguar si, efectivamente, pronto les tocaría y si las caras de los que repartían la comida dejaban entrever los fatídicos indicios de que algún producto estaba agotándose y la inevitable tragedia que ello comportaría.

Dora pasó el peso de un pie al otro, la hora larga que llevaba plantada en aquella cola empezaba a pesarle. El hecho de que solo hubiera comido un poco de pan duro con aceite y azúcar desde la víspera no ayudaba tampoco a que aquel fuera uno de sus mejores días. Se reprochó por enésima vez haberse levantado media hora demasiado tarde mientras observaba las caras de los que abandonaban la fila, intuyendo que no presagiaban nada bueno.

Siempre podía recurrir a Paco y su misterioso contacto con el estraperlo, pero debía ser cuidadosa con aquello. Paco podía proporcionarle muchas cosas para hacerle pasable aquella miseria, pero no le convenía exhibirse junto a él. Los dos tenían demasiadas cosas pendientes. Cosas que era mejor esconder. No era prudente deberle demasiados favores y ninguno de los dos eran los mismos de antes de la guerra. A veces lo vivido, lo querido, a nuestro pesar resulta una carga demasiado grande.

La cola avanzó un paso más y Dora, mecánicamente, tocó las cartillas de racionamiento que



llevaba en el bolsillo, mientras miraba sin ver a la gente que avanzaba. Eso pasaba mucho en aquellos días miserables, mirar sin ver. Miradas vacías que evitaban los ojos de los otros, que huían de la intimidad que el encuentro de los iris auguraba. Dora, como otros, evitaba acechar a los desgraciados que enfilaban aquella cola de humillación, escrutar la cara de los vencidos, de los que no habían podido irse, de los que habían vuelto o de los que ni tan siquiera habían llegado nunca a plantearse. Y lo hacía porque sabía que era uno de ellos, que los otros evitaban mirarla porque ella también era otro despojo de la guerra. Y, otra vez, el sabor amargo del rencor le subió a la garganta.

El llanto apagado de un bebé la sobresaltó y la obligó a fijar la vista en una chica, casi una niña, que hacía cola un poco más atrás. No tendría más allá de quince, quizá dieciséis años, y acarrea un bebé de escasas semanas. Las ojeras oscuras que circundaban unos ojazos negros como el carbón y la palidez cetrina del rostro de la joven no presagiaban nada bueno. El lloro casi inaudible del niño, tampoco. Dora la miró sin esconderse, y observó que a pesar de la evidente miseria que rezumaba, la chica llevaba el pelo y la ropa limpios. Casi pulcros. Y reconoció en ella una víctima más de aquel despropósito en el que todos vivían. Una historia como tantas otras que supuraba aquella Barcelona derrotada.

Después de la muerte de Joan en el frente del Ebro, aquel Ebro que ella había amado tanto, se encontró perdida. Aquella muerte la dejaba viuda con veintiocho años y la empujaba, inexorable, a huir de Barcelona hacia Francia con el gran éxodo. La retirada. Como la mayoría de sus amigos, de los camaradas. Todos sabían que era cuestión de semanas que Franco entrara victorioso en Barcelona, y Dora, inducida por un entorno que huía por tierra y por mar, habló con sus padres y fue inflexible: me voy a Francia. Recordó los lloros, las súplicas de su madre y la desesperación de su padre, y la cara de Albert, apenas un adolescente que había escapado por los pelos de la leva del biberón, y que la miraba noqueado. Y recordó también cómo poco a poco el miedo la fue paralizando y cómo la letanía familiar caló hasta acabar minando su determinación y de cómo, al final, claudicó y dobló la cerviz ante la evidencia de la inevitable derrota de todo aquello en lo que creía y el mezquino alivio de pensar que ni ella ni Joan habían militado nunca en ningún partido ni habían sido héroes de la causa. Eran gente corriente, ni traidores ni mártires, solo gente con aquel punto miserable del que quiere sobrevivir.

La República. La libertad. Su juventud. Las noches interminables. Todo eso acabó el día en que decidió renunciar a aquello en que creía y amaba. A un nuevo futuro lejos de la familia. Y escogió someterse, bajar la cabeza, ponerse una mantilla e ir a misa de doce. Afiliarse a la Sección Femenina y aceptar el trabajo de mecanógrafa en el Gobierno Civil que el primo de su padre, diácono en la catedral de Tarragona, tuvo a bien conseguirle.

Volvió a mirar a la chica y en ese momento supo que le daría la leche en polvo que su cartilla de racionamiento, de primera, prácticamente le aseguraba. Con toda probabilidad, la única cosa buena que tenía aquella mierda de trabajo, tener derecho a una cartilla de primera. ¡Decidido! Le daría la leche si todavía quedaba. Mamá se enfadaría, pero Paco podía conseguirle un poco si hacía falta. Bonaventura lo entendería perfectamente, en la familia todos eran adultos, no pasaba nada por estar un mes sin leche. Al menos ellos tenían casa, luz, agua y trabajo. En aquella Barcelona miserable eran unos privilegiados de mierda.

Dora volvió a casa más tranquila con aquella decisión tan poco sensata y, como siempre que hacía alguna cosa que se alejaba de lo que se esperaba de ella, se sintió un poco como era hacía

quince, veinte años antes. La Dora salvaje que quemaba las noches en La Criolla. Miró el pequeño reloj de muñeca que marcaba las siete y media y pensó que en media hora debía estar en el Gobierno Civil, mínimamente arreglada y dispuesta a pasarse nueve horas tecleando en aquella Underwood de hierro colado tediosas actas, resoluciones e informes. Todo por triplicado y sin ninguna errata.

—Han detenido a tu hermano, Dora, lo tienen en vía Layetana. Lo tiene la *políticosocial*.

Una pobre Emilia, angustiada, le dio la noticia nada más llegar a plaza Universidad. Ni tan siquiera había traspasado el umbral del edificio cuando la joven limpiadora le soltó la noticia con voz ahogada por los sollozos al tiempo que ella dejaba caer el cesto y la harina, el pan, las legumbres y las patatas rodaban por el suelo. Dora, cegada, sintió cómo un agujero negro se abría bajo sus pies y ella caía hacia la negrura infinita. Sin pensar en nadie, sin pensar nada y dejando plantada a la pobre muchacha, corrió hacia el metro. Sin mirar atrás.

Cuando salió de la parada de Urquinaona lo hizo jadeando, el pulso acelerado y sudada de pies a cabeza. Bajó por vía Layetana aferrada al bolso, pequeño y demasiado viejo. Andaba deprisa, casi corriendo. Decidida. Hasta que, al llegar a la altura de la comisaría, frenó en seco. Aterrada, miró fijamente la puerta donde dos policías uniformados y armados le pedirían en pocos momentos la documentación. Bajó la vista y fingió buscar algo en el bolso antes de que se hiciera demasiado evidente su presencia.

El edificio situado en la vía Layetana número 43 era un lugar maldito para la mayoría de los barceloneses. Un nombre, la comisaría de vía Layetana, que se evitaba mencionar, o que cuando no quedaba otra se pronunciaba bajito, casi susurrando. Todo el mundo sabía dónde estaba, todo el mundo la había visto y muchos habían tenido la desgracia de entrar. Y la realidad era que la simple vista de aquella fachada maldita causaba escalofríos a los transeúntes, a los vecinos y a los visitantes, y provocaba que instintivamente muchos cambiaran de acera para evitar pasar bajo los balcones, desde donde tantos desgraciados se habían tirado al vacío para evitar el horror, las vejaciones, las torturas. Y evitar oír, ni que fuera amortiguado por la distancia y el tráfico, los gritos pavorosos, aterradores, que surgían del sótano.

El edificio fue construido como residencia familiar de un rico empresario. Suntuoso y refinado, erigió un edificio espléndido, con novedades arquitectónicas muy en boga en Londres, París o Viena y poco comunes en Barcelona. Por ejemplo, dejar una acera el doble de ancha de lo habitual con el objeto de permitir la entrada de carruajes hasta el interior de la casa, hecho insólito en la época. A pesar de las apariencias, demasiado bien no le debían ir las cosas al industrial, ya que a los pocos años vendió toda la finca, convirtiéndose esta, al poco, en uno de los hoteles que se construirían a rebufo de la Exposición Universal del 29. Pasado el magno evento, y ya en época de la República, la Generalitat decidió instalar allí la sede de la Comisaría General de Orden Público, iniciando así la vinculación de la finca con las fuerzas de orden público. Pero hasta la ocupación de Barcelona por los nacionales sus dependencias no se transformarían en la Jefatura Superior de la policía franquista, y en 1941 se crearía la Brigada de Investigación Político-Social. La BPS.

La *políticosocial*. Así, todo junto, lo pronunciaba la gente.

Y bajito. Flojito. Era una de esas palabras que no se decían en voz alta.

*Radiopirenaica* también, junto y flojo.

*Democracia. Libertad. República. Justicia.* Palabras que ya nadie pronunciaba en alto. Que

ya nadie gritaba. Nombres, conceptos que se habían quedado vacíos.

Y ahora allí, aterrada y conmocionada, se daba cuenta de que no había ido a ver a sus padres. Que no había hablado con Bonaventura, que quizá se sabía alguna cosa más. Que no tenía ningún puto plan más que meterse como una imbécil de cabeza en la boca del lobo. Y mientras un elemental sentido de la prudencia la empujaba a no acercarse más a la comisaría y la paralizaba de puro pánico, otro instinto animal, atávico e irracional, la empujaba hacia dentro.

—¿Dora? ¿Isadora Colom?

La voz ronca la sobrecogió mientras sentía una fuerte opresión en el pecho y el corazón le latía con un ritmo enloquecido que le hacía estallar la sien. Notó cómo caía, cómo las piernas le fallaban y, justo antes de abandonarse a la inconsciencia, vio, reconoció, la cara largamente añorada, tan querida. ¡Oh!, la cara envejecida, trabajada, endurecida, de Miquel Alberich.

## 4

### Miquel

La mar estaba calmada, serena como una novia antes de la ceremonia. Como los amantes pasado el frenesí de la pasión. La helada calma que te invade al ser consciente de una pérdida irreparable. La que se siente al tomar una decisión irreversible. De aquellas que cambian una vida.

El frío intenso no restaba ni un ápice a la belleza del lugar. El azul vivido de un cielo de febrero solo moteado, a ratos, por nubes de un blanco desvaído, se fundía con el turquesa del mar. La playa era larga, plana y amplia. De unos mil doscientos metros de largo y unos seiscientos de anchura, y estaba desierta y limpia. Impoluta. La arena fina y blanca relucía como un espejo lechoso, y la única mácula que desmerecía el paisaje era la cerca de alambre espinoso que la circundaba. Una valla alta, de tres metros y pico, que convertía aquel paisaje idílico, poético incluso, en la más atroz de las prisiones.

En las pesadillas que lo asediaban desde la guerra, Miquel Alberich siempre acababa en aquella playa del sur de Francia. En aquel cercado espinoso donde llegó el 6 de febrero de 1939 y donde descubrió los límites de la resistencia física y mental. Donde perdió amigos y a punto estuvo de perder también la esperanza y la dignidad. En cambio, pocas veces pensaba en el pueblo. Ni tan siquiera lo soñaba a pesar de haber vivido en él media vida. No pensaba en la fábrica, ni en los camaradas presos y ajusticiados. Apenas recordaba a su mujer y a sus dos hijos, a los que imaginaba malviviendo allí, en la ribera del Ebro. A veces intentaba evocar la cara del pequeño, un niño al que llamaron Miquel, como él, como su padre, como su abuelo, y que tenía justo cinco años cuando todo estalló. Recordaba levemente un pelo oscuro de rizos prietos y unos ojos grandes y negros, y poca cosa más. Pero las ráfagas del pasado pronto se desvanecían y volvían, inclementes, las imágenes de la playa maldita, de todo lo que allí pasó.

Para Miquel Alberich todo su tormento tenía un nombre: Argelès.

—¡Hostia! ¿Quieres por favor espabilar un poco o no vamos a ganar ni un céntimo hoy? ¡Cojones!

Santi, conocido como el Seco por su extrema enjutez, lo empujaba a codazos mientras se esmeraba deshaciendo una punta de cigarrillo y depositando el tabaco resultante en un pañuelo pringoso.

Miquel lo miró con aquel rostro torvo, tan suyo, que lo hacía parecer extremadamente adusto. No hizo el menor gesto de agacharse a recoger ninguna colilla y, desolado, pasó la vista por aquel mercadillo patético donde los *colillers* vendían el magro resultado de la búsqueda de tabaco por toda la ciudad. No hizo ningún gesto conciliador, aunque sabía que aquel era su único medio de subsistencia en aquellos momentos. Un paso más en su degradación, en su irremediable

decadencia desde que perdieran la maldita guerra. El Seco no le dijo nada más, conocía sus arranques de genio y pasó de él mientras deshacía colillas y pensaba en que la última cosa que necesitaba en esos momentos era una discusión a voces con toda la pasma camuflada por los alrededores. Y en esa plaza, como en todo el barrio chino, había mucha mucha pasma.

El mercadillo de tabaco se montaba cada día en la intersección entre la calle de Berenguer el Vell con Arco del Teatro, y era uno de los puntos calientes de la ciudad. Allí se disponían, sentados en el suelo, de lunes a domingo, decenas de hombres y alguna mujer, todos vestidos miserablemente. Forrados los abrigos con papel de periódico para intentar, en vano, protegerse del frío del invierno, o vestidos con harapos sudados y sucios en verano. Se sentaban ofreciendo el resultado de toda una noche recogiendo puntas de pitillos y puros por toda la ciudad. Aquellos desgraciados deshacían los cigarros y los puros, y una vez liberado el tabaco, lo mezclaban, volviendo a liarlo de nuevo en cigarrillos delgados y oscuros. Frecuentemente, alargaban el tabaco mezclándolo con pieles de plátano secadas al sol o con cualquier otra planta seca. Media docena de cigarrillos costaban una peseta, precio a todas luces excesivo teniendo en cuenta la calidad del producto, pero el único que, por otro lado, podía permitirse pagar la inmensa mayoría de los barceloneses.

Pero en el mercadillo del tabaco también se ofrecían otras mercancías. De las más cotidianas a las más extravagantes. Se podían encontrar fácilmente zapatos, ropa, relojes, plumas estilográficas, joyas. Todos ellos productos de segunda o tercera mano y de más que dudosa procedencia y estado, exhibidos sin ningún problema. Esta impudicia en el comercio, obviamente ilegal, no llevaba a pensar en una dejación de funciones por parte de las fuerzas del orden público, sino en una connivencia conocida, consentida y tolerada que beneficiaba a ambas partes, y en una regular y sistemática política de decomiso de las mercancías más golosas o en más buen estado. Mercancías que, naturalmente, nunca llegaban a los depósitos de la policía.

Un poco más discreto, pero no por ello menos conocido, era el comercio de cartillas de racionamiento de todas las clases, y también de los documentos de identidad necesarios para obtenerlas. En muchos casos, eran cartillas o documentos de difuntos que se falsificaban y revendían a precios prohibitivos. Las causas de la defunción de los titulares eran muchas y muy variadas, y no siempre la madre naturaleza había intervenido de manera natural. La gente, desesperada, famélica, hacía cualquier cosa para conseguir una cartilla. Y era un cualquier cosa sin eufemismos ni paliativos.

Miquel Alberich Alabart había nacido en la ribera del Ebro hacía cuarenta años, y hasta que no estalló la guerra nunca había viajado más allá del pueblo, de Reus y una vez a Lleida. No era exageradamente alto, pero sí robusto y contundente. Tenía el cabello oscuro rayando a canoso, unos ojos grandes, redondos y negros de pestañas imperceptibles y tina nariz grande y curvada, de patricio romano, que le otorgaba una apariencia distinguida, casi aristocrática, estatus que rápidamente desmentían unas manos grandes, de trabajador. Manos de dedos gordos. Bastos.

Empleado en la fábrica química alemana del pueblo desde los quince años en que empezó como aprendiz, Miquel había sido miembro destacado del comité de empresa. En la mayoría de las fábricas, y la suya no había sido una excepción, había un ambiente muy politizado. En realidad, el ecosistema fabril era como un país en miniatura. Todas las corrientes políticas tuvieron cabida allí: anarquistas de la CNT, comunistas del POUM, socialistas de la UGT, liberales, lerrouxistas, monárquicos, gente de la Lliga. Incluso somatenes. Y aquella babel ideológica hizo inevitable

replicar las tensiones pre y posrevolucionarias que sacudían el país. Así, los vaivenes de la República se vivieron en la fábrica, y por extensión en el pueblo, con una pasión extrema que el estallido de la insurrección fascista y los excesos *anarcorrurales* en el muy próximo Aragón no hicieron más que avivar.

Miquel, hijo de su generación, inteligente, curioso, intrépido e indómito se afilió al PSUC. Al enterarse, el médico del pueblo, un homosexual letraherido y liberal, formado en las corrientes clásicas del socialismo, le proporcionó su primer ejemplar de *El capital*. Miquel, que leía, ávido, todo lo que le caía en las manos, pronto acabó con la biblioteca privada del médico. Entonces, empezó a encargar panfletos y revistas comunistas, socialistas y libertarias a las imprentas clandestinas de Barcelona. De ese modo, él, que había sido un chaval descerebrado, sobrado de energía y hambriento de acción, se fue transformando en un comunista convencido, intelectualmente solvente y con una fe ciega en la lucha de clases, la dictadura del proletariado y el partido.

Un idealista. Un creyente.

La convivencia entre los *psuquistas*, los *poumistas* y los anarquistas de la FAI no era fácil dentro del ambiente cerrado y opresivo de la fábrica. Tensiones hubo en época republicana, sobre todo con los acontecimientos de octubre de 1937 o con la guerra sucia entre comunistas y anarquistas de la retaguardia mientras Franco iba avanzando, inclemente. En el pueblo y por extensión en la fábrica, nunca llegó la sangre al río, ni en el sentido metafórico ni en el literal. La frustración y la rabia se dirigieron contra los grandes terratenientes y la Iglesia. Miquel, así, nunca contó con enemigos entre los anarquistas a pesar de su adhesión sin fisuras al Partido Comunista.

Y a principios de mayo de 1949, aquel hombre alto, pero no demasiado, robusto y contundente, de abundante cabello y de nariz aristocrática, aquel hombre que no había sido doblegado por dos guerras, por el campo de refugiados de Argelès, ni por el campo de trabajo de Saint-Cyprien. Aquel miliciano que entró en París el día antes de su liberación conduciendo el blindado Ebro de la novena compañía de la Segunda División Leclerc, aquel tipo de gesto fanfarrón, guerrillero antifascista con el maquis, y con la Agrupación Guerrillera de Cataluña, al final, se agachó. Aquel gesto inofensivo, pequeño, apenas trascendente, ocultó la dureza de su rostro. Se agachó, sí, y cogiendo el tabaco que el Seco había mezclado, empezó a liar uno tras otro aquellos cigarrillos que, con un poco de suerte, les permitirían cenar alguna cosa aquella noche.

Fue cuando lio el último cigarrillo, se despidió del Seco y decidió pasear un poco fuera de sus rutas habituales cuando prácticamente tropezó con una mujer que buscaba frenéticamente algo en un bolso. Iba a esquivarla cuando la mirada superficial que se dedica a esas cosas que no merecen ser observadas se detuvo unos segundos más de los necesarios. Una sacudida en la memoria lejana de la juventud lo hizo pararse en seco mientras el corazón se le encendía y la expresión se helaba.

—¿Dora? ¿Isadora Colom?

## 5

### Ignasi

Ignasi Roure llegó al campo de Argelès el 6 de febrero de 1939, el mismo día que se abrió a los refugiados la frontera con Francia. Atravesaban el paso fronterizo miles de personas que llevaban tres años de guerra a las espaldas y cuarenta y dos días de retirada. Cuatrocientos agentes de tropas coloniales francesas y dos compañías de tiradores senegaleses vigilaban a los refugiados que, exhaustos, avanzaban en una hilera interminable. En cabeza, los antiguos brigadistas, que no habían querido irse con sus unidades en septiembre del año anterior, intentaban adoptar una postura digna y andaban rígidos, en perfecta formación a pesar del evidente desánimo. Algunos cantaban himnos republicanos con aquellos acentos extraños que resultarían cómicos si no fuera porque nadie tenía ganas de reír.

En realidad, la caravana resultaba patética. Familias enteras que a lo largo del camino iban abandonando bolsas y maletas, cenachos y baúles, porque el desánimo, el agotamiento o la enfermedad podían más que el dinero, que la ropa, que los recuerdos. Las cosas permanecían tiradas de cualquier manera a un lado y otro del camino. También se quedaban allá los que no podían seguir el ritmo y caían, muertos o agonizantes, sin que nadie les hiciera demasiado caso.

Ignasi avanzaba con la cabeza agachada y el abrigo calado hasta el cuello al lado de una mujer que andaba con un niño pequeño en brazos. Hacía horas que lo acarreaba y lo mecía mientras le cantaba una nana, flojito.

*Non-non, xiquet,  
ha caigut un baquet,  
s'ha trencat la cameta  
i ara està coixet.  
Non-non, xiquet, el xiquet  
se n'ha anat  
i el xiquet s'ha quedat.*

La letanía, pese a que hacía rato que duraba, lejos de molestar a Ignasi, lo reconfortaba, como si el amor de aquella mujer los envolviera a los tres. Ignasi la miró de reojo mientras ella seguía meciendo el bebé a pesar de que hacía horas que no lo oía llorar. También hacía horas que no lo alimentaba, solo lo mecía y cantaba. Un pensamiento funesto le atravesó el cerebro como un rayo y lo espabiló de golpe. Ignasi, despacio, con cuidado, se acercó a la mujer y miró en el interior de la gruesa mantita que protegía al niño del intenso frío. El espanto lo hizo saltar un paso atrás. El

bebé estaba lívido, sin color en los labios tiernos y con los ojos abiertos y muertos, mirando sin ver a aquella madre que no quería saber, que solo mecía y cantaba. Ignasi se acercó de nuevo y la cogió suavemente del brazo mientras acercaba la mano a la criatura. El grito de la mujer, inesperado, lo dejó clavado al suelo. Un aullido animal, salvaje, nacido de lo más profundo lo inmovilizó e hizo que no se diera cuenta de nada hasta que notó el dolor agudo en la mejilla y vio el cuchillo y a la mujer que lo empuñaba con fuerza y se lanzaba hacia él otra vez.

Un disparo la frenó en seco y cayó muerta a sus pies. Un tirador senegalés la había abatido sin inmutarse. Ignasi miró el cadáver de aquella madre, el de aquel bebé tirado a su lado, y notó cómo la sangre, caliente, le chorreaba cara abajo, manchándole la ropa, los zapatos. Caía mucha mucha sangre. Noqueado todavía, buscó un pañuelo en el bolsillo con el propósito de intentar parar la sangría. Un culatazo hizo que la herida se le abriera todavía un poco más, mientras oía al soldado senegalés que le gritaba: *Allez, allez*.

Notó cómo lo cogían del brazo mientras lo empujaban con fuerza hacia delante. Un hombre robusto, vestido con uniforme de miliciano, le dio un pañuelo de atadillo que había mojado con alguna bebida alcohólica. Olía a coñac.

—Ponte esto en la herida, y tira, que estos hijos de puta no están para bromas.

El catalán fuertemente occidental del hombre lo sorprendió, pero no dijo nada y le cogió el pañuelo asintiendo con la cabeza en señal de agradecimiento. Al presionar sobre la mejilla contuvo las ganas de gritar por el escozor del alcohol sobre las úlceras. Notó cómo las piernas empezaban a fallarle y se dio cuenta de que con el ojo herido no veía casi nada. El miliciano, mientras tanto, seguía sosteniéndolo con brazo firme, sin decir nada.

—No veo bien —le dijo con un hilo de voz.

—Y ya puedes dar gracias de que ves algo. La loca esta te iba a vaciar los ojos. Te ha rajado la cara de arriba abajo, chaval. —Lo miró con ojo clínico sin parar de andar—. Tranquilo, llevo desinfectante en el petate y si hace falta te puedo coser la herida cuando nos paremos. Tengo hilo y sutura y un poco de penicilina. Paquete básico de supervivencia para soldados antifascistas.

Un gesto entre amargo e irónico le deformó la cara en una mueca extraña. Lo observó con detenimiento y la voz destiló sorna.

—Quizá no serás tan guapito, pero salvarás el pellejo.

Ignasi no dijo nada. Solo asintió con la cabeza mientras notaba las lágrimas rodar, incesantes, por la mejilla. Lágrimas mezcladas con sangre. El miliciano fingió que no se daba cuenta. Se paró un momento para ofrecerle una mano grande, de dedos gordos y fuertes. Una mano de trabajador que, al encajar con la suya, fina y delicada, casi femenina, la cubrió por completo.

—Miquel Alberich, soldado de la 42 división del ejército republicano. —La sonrisa, ahora, era franca. La mirada sin un ápice de conmiseración.

—Ignasi Roure, catedrático de Botánica en la Universidad de Barcelona. —Ignasi enderezó la espalda, intentando componer un gesto digno.

Miquel lo miró con los ojos entrecerrados y le dedicó una medio sonrisa socarrona, muy suya.

—¡Huy! ¡Un intelectual! —Le guiñó un ojo—. ¿No hablarás francés por un casual?

Lo cogió por el hombro en un gesto de camaradería al ver que Ignasi asentía.

—Venga, andemos, que creo que estamos llegando a la maldita playa.



## 6

### Rumores

La noticia de la detención de Albert Colom corrió como la pólvora por todas las instancias universitarias. Los rumores eran muchos y muy diversos. Que si había participado en un atraco a un bar. Que si era uno de los que tiraron una bomba en la fábrica de cerveza Moritz. Que si imprimía octavillas clandestinas en la imprenta donde trabajaba.

Que imprimía octavillas con nocturnidad y alevosía y sin que el propietario lo supiera, era el runrún que en los pasillos se oía cada vez más amplificarlo, más deformado.

El padre de Dora y Albert estaba sentado, abatido, en una majestuosa silla de terciopelo granate bajo la ventana del comedor, por donde se colaba un rayo de sol que, al iluminarle la nuca, lo dotaba de un aura casi mística. El sillón había formado parte del mobiliario de una sala anexa al paraninfo que había quedado muy deteriorada durante los bombardeos. Buena parte de aquel conjunto de muebles que antaño habían sido lujosos había terminado quemada en la caldera y otra parte había sido desestimada y amontonada en el sótano. La necesidad hace la virtud, dicen, y la señora Colom, mujer de pueblo, áspera y práctica, y acostumbrada a la economía de subsistencia del sur, se empeñó en restaurar cuatro piezas por las que nadie daba un duro. Dicho y hecho, en el comedor de los señores Colom, acabaron conviviendo, con forzada naturalidad, muebles de madera basta, baratos, con un imponente bufet modernista de nogal macizo y mármol rojo incrustado en nácar. Un bufet cojo y agrietado, pero de regia prestancia. La señora Colom recuperó también dos sillas de estilo isabelino de patas torneadas y espléndidas molduras. Limpias y pulidas, las volvió a tapizar con una tela que quería ser terciopelo, y lo conseguía solo a cierta distancia. Reciclar muebles, reciclar personas y darles una nueva oportunidad. El signo de los tiempos. Muebles, herramientas reutilizadas. Vidas reaprovechadas.

La mano del viejo, temblorosa, acariciaba con cuidado el tapizado del reposabrazos mientras su mujer permanecía de pie tras la silla, en una composición que recordaba las fotografías nupciales antiguas. Ella intentaba contener el gesto, pero era evidente que soportaba con desdén el abatimiento de su esposo mientras notaba cómo una creciente exasperación la invadía, instalándose justo en el lugar que queda entre el corazón y el alma. Esa cólera sorda exhalaba un aliento helado y, tal como pasaba en el pueblo con la escarcha, le cubría las entrañas con un manto blanco, frío y viscoso. Volvió a mirarlo y, al levantar la cabeza, cruzó la vista con Bonaventura. El duelo se mantuvo unos segundos. Cada uno en un extremo de la habitación. Impávidos. Hasta que él desvió la mirada al reloj que llevaba en la muñeca. No hacía ni un par de horas de la maldita llamada telefónica.

El señor Colom lloriqueaba. No podía creer que esto estuviera pasando en su familia. Gente honrada, cristiana y de orden. En aquellos momentos, el peso del mundo caía sobre los hombros

de aquel anciano que era consciente de que, aparte de la lógica y angustiosa preocupación por su hijo, esa detención, si se confirmaba que era por actividades contra el régimen, lo ponía en una situación muy complicada ante las autoridades universitarias. De su trabajo como conserje dependía tener un sueldo, un techo. El frágil equilibrio que el anciano había logrado construir tras la guerra amenazaba con derrumbarse sin remedio.

Y, además, Dora. La impulsiva. La imprevisible. La indomable Dora.

—Señor Colom, no la he podido detener. Me la he encontrado en la plaza, ella volvía del racionamiento, supongo. Le he explicado lo de Albert, se ha puesto como una loca, no me ha dicho ni media palabra, ha lanzado la comida al suelo y se ha largado corriendo. —Emilia sollozaba sin parar—. No me ha dado tiempo ni a decir nada cuando ya había entrado corriendo en el metro.

El desconuelo de la joven limpiadora no hacía más que alimentar el clima de fatalidad en el pequeño comedor de los Colom. Bonaventura, tenso en su rincón, quería desaparecer, pero sabía que no podía. Que no debía.

—Lo siento mucho, señor Colom, si hubiera podido detenerla... Bonaventura, no le pasará nada a Dora, ¿verdad?

El llanto de la chica subía de tono, y a Bonaventura la angustia de la joven le dio la excusa que estaba esperando.

—Venga, Emilia —le dijo suavemente, acercándose y cogiéndole un brazo—. Vamos al patio a tomar un poco el aire. Dejemos a la familia tranquila mientras averiguamos qué pasa. —Miró a su suegro que asentía visiblemente agradecido. La señora Colom seguía acechando, impassible.

Se llevó a la chica al patio, donde esperaban otros empleados y estudiantes que conocían a Albert. Localizó rápidamente a otra limpiadora.

—Llévala al bar y que se tome un coñac —le dijo con gesto autoritario y una voz que no aceptaba discusión mientras le daba una moneda—. Cuando esté más calmada que se marche a su casa. Mañana será otro día. No es necesario llamar más la atención. Venga, todos a trabajar.

Los presentes se disolvieron en silencio mientras Bonaventura maldecía por su involuntario protagonismo. Notaba las miradas a su espalda. De los trabajadores, pero también de algunos profesores. La noticia ya era pública, al fin y al cabo, Albert era su cuñado. Un puñado de profesores se acercaba y, rápidamente, casi corriendo, desapareció camino del patio de ciencias. Se sentó en un banco de piedra y se agarró la cara con las manos en un gesto entre la angustia y la impotencia.

Había pasado ya por muchas cosas, no podía permitirse perder los nervios de aquella manera.

Pero es que eso de hoy no era una tontería cualquiera. Era una detención. Era la Político-Social. Era vía Layetana.

Y Dora no aparecía.

¿Y si la tenían también a ella?

Aquella última posibilidad lo paralizó de una forma un tanto ridícula. En realidad, no tenía ningún indicio que le permitiera llegar a aquella dramática conclusión. La mente científica de Bonaventura, al final, comenzó a funcionar, a calcular probabilidades, a analizar los datos de los que disponía, y lejos del ruido y obviando los miedos intentó formular una hipótesis plausible de lo que había pasado y de lo que podía prever que pasaría.

No vio acercarse a Laureano y su voz lo sorprendió.

—Las clases comienzan en una hora. Bonaventura, ¿sabes si han llegado los disolventes que

habíamos pedido para el laboratorio de química? —Hizo un gesto impaciente—. Hace una semana que deberían estar aquí. Si no llegan pronto, no quiero imaginarme cómo se pondrá el decano.

Musitó una disculpa al tiempo que se levantaba rápidamente.

—Perdone, es que la detención de Albert me ha dejado un poco trastornado. —Había eludido la palabra *cuñado*, el parentesco que le quemaba y repelía a la vez.

Laureano lo observó sádicamente y esbozó una sonrisita por debajo del bigotito ralo y mal afeitado.

—Sí, pobre gente. —La ironía rezumaba—. Sus suegros son gente de orden, no hay duda. Buenos católicos, también. Pero no han sabido criar a sus hijos. Isadora es cosa suya, Bonaventura —pronunció *suya* deteniéndose en cada sílaba—. ¡Pero el chico! Ese es un delincuente sin remedio. Ya veremos si lo volvemos a ver.

Aquella frase final la soltó con deleite, disfrutando de la evidente incomodidad de Bonaventura, que dio la callada por respuesta y que, musitando una disculpa, giró a la derecha como si fuera hacia el vestíbulo. Pero, en realidad, corrió hacia la parte del jardín que daba a la calle Diputación. Continuó a paso vivo hasta detenerse en el pequeño invernadero que utilizaban los profesores y estudiantes de botánica. Se sentó en un pequeño banco de piedra que había justo delante. Sentía el estómago del revés, como siempre que hablaba con el hijo de puta de Laureano, y trató de serenarse mientras contenía las ganas de reventarle la boca.

Que Laureano Pons era un infiltrado de la Brigada Político-Social era algo de sobra conocido por toda la comunidad universitaria. Desde el estudiante más pardillo al catedrático más antiguo. Todos allí eran conscientes de cuál era, en realidad, su trabajo en la institución y todos, incluso los profesores más falangistas, mantenían las distancias. Porque todo el mundo, absolutamente todo el mundo, tenía miedo, no tanto a él como a lo que representaba.

Bonaventura, que sabía con quién se jugaba los cuartos, nunca lo contradecía en sus decisiones ni le discutía nada de sus discursos grandilocuentes. Bajo ningún concepto. Tenía la habilidad, él, que lo doblaba en tamaño, y lo triplicaba en inteligencia, de tratarlo con una distante pero displicente reverencia. De tal manera lo embaucaba que Bonaventura estaba seguro de que, a su extraña manera, Laureano le tenía cierta estima. Que le había *perdonado* su paso por el campo de refugiados de Argelès.

—¡Rectificar es de sabios! —le había dicho mil veces con aquel gesto de matón peliculero mientras le daba palmaditas en la espalda—. Cometió errores de juventud. Como tanta gente, por otra parte. Y ya ha pagado. ¡Es usted demasiado callado, hombre! Pero también trabajador y competente. Y buen católico y español.

Y esa era exactamente la impresión que Bonaventura quería causar. Un tipo extraño e inadaptado, algo asocial. Esposo devoto. Suficientemente diligente para conservar el trabajo, pero no tanto como para que nadie se preguntara qué pintaba alguien tan letrado trabajando de conserje. Para Bonaventura, todo su esfuerzo diario consistía en desvestirse de la vida pasada, del yo antiguo y vestirse con aquella piel prestada, y jugar a ser lo que, en su anterior existencia, solo había percibido de soslayo, sin prestar demasiada atención.

Y así fue como, cuando Bonaventura volvió después de su renacer, ni Laureano ni ningún otro sospecharon de lo extraño que era que aquel bedel se escapase con tanta frecuencia a los laboratorios de botánica. Ni por qué se pasaba horas y horas en la biblioteca. Ni tampoco la manía de evitar a algunos profesores y rehuir el tener, en la medida de lo posible, relación alguna

con el rector, con los vicerrectores, los decanos. Sí que era extraño, decían, que un hombre tan inteligente fuera tan asocial. El rumor corría... ¡Había estado en Argelès!

Cosas de la guerra, pensaron.

Y con esas terribles cicatrices... Lástima, un hombre tan apuesto.

Vete a saber lo que le habrá pasado allí.

Y en esta representación diaria había conseguido que diez años después, nadie, absolutamente nadie, sospechara que, en realidad, Bonaventura Puig nunca había salido vivo del campo de Argelès. Ni de que Ignasi Roure, había, al fin, vuelto a casa.

## 7

### Argelès

Nunca se ha construido una ciudad en un día, ni en una semana ni en un año. Se tarda decenios, centenas, a erigir una estructura coherente. Los antiguos caminos se van convirtiendo en calles, se adoquinan con sudor o asfaltan con un alquitrán pegajoso. Un campo o una era pueden convertirse en una plaza, un mercado, un cementerio. Va pasando el tiempo y se van levantando el adobe, las piedras, los ladrillos en forma de edificios, de escuelas, de hospitales. Quizá hay un río cerca, y se alza un acueducto, tal vez se agujerea una montaña y los caminos se convierten en carreteras. Van pasando las generaciones y su vida y su muerte, los bautizos y las cruces clavadas en el suelo marcan el paso del tiempo. La vida y la muerte como única medida. Las ciudades nacen lentamente y no se levantan en dos semanas sobre la arena. Las ciudades, los pueblos, las aldeas más pequeñas son la victoria de la voluntad y del trabajo de generaciones, de la determinación de los hombres que las soñaron.

Pero aquella no era una ciudad como las otras. Era la ciudad de la desesperación donde no había futuro, solo un pasado que los abrumaba a todos y les pesaba como una losa. Noches de frío e insomnio y días de humedad y desesperación. Allí el tiempo era diferente. Los minutos se convertían en horas y las horas se hacían interminables. Como una losa que los aplastaba. Había quien reía nerviosamente, a veces, con una risa histérica que sacaba de quicio al resto. Los había que hablaban sin descanso, y embriagados de palabras se refugiaban en el pasado o se desbocaban hacia un futuro quimérico. Otros, sin embargo, callaban obstinadamente en un silencio denso, pastoso, que los aislaba. Estos muchas veces no comían, no bebían. Eran los primeros muertos de aquella ciudad de despojos humanos levantada sobre la arena. Aquella ciudad helada y húmeda, que nunca nadie podría hacer suya.

Ignasi y Miquel llegaron a la playa de Argelès la noche del 6 de febrero de 1939. Ellos y ochenta mil personas más. Apenas pasaba la medianoche cuando empezaron a buscar un refugio donde poder extender las mantas y dormir algunas horas. Caminaron entre la multitud de gente que, exhausta, caía en cualquier lugar. Buscaron un rato sin acabar de decidirse, para, al final, elegir el extremo este del campo, las espaldas a la alambrada. Se tumbaron vestidos, encima de una manta, y se cubrieron con la otra. En ese momento, en el mundo entero solo existían ellos dos, la arena, la valla, el mar y las estrellas, cada vez más numerosas y brillantes.

Temblaban de frío bajo las mantas que el viento hinchaba como una vela. El viento del norte, seco y helado, los atería. Hastiados, juntaron las dos mantas y, tumbados directamente sobre la arena, gélida, se taparon la cabeza y todo. En vano. Mientras el viento no disminuyera serían presa del frío. Bien apegados el uno contra el otro para darse calor, esperaron. No podían hacer nada más.

—La noche es larga y la tramontana quizá pare. Del mismo modo que ha empezado puede terminar —murmuró Miquel.

Pero el vendaval siguió toda la noche, todo el día siguiente y la otra noche, desbocando, en su ulular, la desesperación del gentío. Durante un intervalo de calma, se destaparon para cambiar de postura y se dieron cuenta con sorpresa de que el sol despuntaba, descubriendo, así, un amanecer magnífico. La calma se prolongó, como si el viento hubiera sido vencido, al fin, por la luz. Y, de repente, oyeron tocar a misa. Aquel sonido casi olvidado los sorprendió aún más que la luz. Hacía más de dos años que no oían el sonido de un repique. Cuando hay guerra, no queda tiempo para tocar campanas. Pero, bruscamente, rasgando el momento, la tramontana volvió a desatarse y se llevó aquel sonido y, con él, aquel momento de esperanza.

Ignasi estaba débil. Los días de retirada, la tensión y la pérdida de sangre, le habían mermado las fuerzas alarmantemente. Miquel había visto muchos hombres así en el frente. Si no se le desinfectaba y suturaba la herida, no tardaría en morir. Un par de días, quizá tres. Recuperó la botella de coñac que llevaba en el macuto y miró al trasluz la cantidad que quedaba. Movié la cabeza, preocupado. No mucha. Miquel se frotó la cara con energía, como intentando borrar el momento de debilidad en que había adoptado a ese pijo. Un tipo que obviamente no había cogido una azada en su vida, y que, en otras circunstancias, a él no le hubiera mirado ni a la cara. Lo observó de reojo mientras Ignasi aún yacía adormecido y pensó que, si se perdiera en medio del gentío que abarrotaba el campo, no lo volvería a ver más. Todo eso pensó. Bebió un trago de coñac.

—¡Eh, profesor! —Lo sacudió para que se despertara—. Espabila, que he de coserte esto rápido o te irás al otro barrio.

Ignasi se sobresaltó e intentó enfocar con el único ojo que le respondía. Cogió al vuelo el macuto que Miquel le tiraba mientras se levantaba.

—Protege esto con la vida y espérate aquí. Voy a ver si encuentro a alguien de mi compañía o gente del partido. Puedo arreglarte la cara con lo que tengo, pero si consigo ayuda, mejor.

Ignasi cogió el macuto y lo cubrió con el abrigo mientras volvía a yacer hecho un cuatro, rodeando el fardo con las manos y las piernas. Como un feto en una placenta húmeda y ventosa.

Quedarse aislado era morir. Miquel lo sabía. Y si bien era verdad que Ignasi necesitaba ayuda urgente, no era menos cierto que él solo no iba a ninguna parte. No había otra salida que intentar encontrar a algún camarada. Gente conocida. Tardó tres horas en recorrer parte del campamento, pero su formación militar le hizo intuir dónde, por lógica, habrían acampado el resto de los soldados de su batallón, y acertó a la primera. Se habían replegado en la parte más alta de la playa, la que rodeaba la puerta por donde entraban los camiones. A la derecha, acampaban los brigadistas. A la izquierda, el resto de los soldados. Todos empezaban a organizarse y los mandos que habían sobrevivido estaban ya dirigiendo las tropas. Se habían izado algunas banderas republicanas que empezaban a delimitar, así, un campo militar en el interior del campo civil.

Cuando Miquel volvió horas después, lo hizo con cuatro hombres más. Ignasi estaba en la misma posición, sumergido en una semiinconsciencia febril, pero aferrado al fardo.

—¡Hostia puta! ¡Le han dejado la cara hecha un mapa! —El capitán García hizo una mueca mientras le tendía un botiquín de campaña—. Qué pena que Moliner la haya palmado, era un médico de primera, muy profesional, muy fino.

Miquel pensó que parecía que hablara de un albañil.

—Lo tendrás que coser tú mismo. ¡A ver! —García llamó a cuatro soldados cercanos—. ¡Vosotros, sí, vosotros! Venid y coged a este infeliz por los brazos y los pies.

Cuando lo levantaron entre los cinco, Miquel se dio cuenta de que Ignasi se había orinado encima. Aparentando una seguridad que no sentía, sacó una funda de cuero del bolsillo del uniforme que envolvía la vieja navaja del abuelo. Ablandó un poco el cuero y miró a su alrededor. Los cuatro soldados tenían las manos ocupadas aguantando a Ignasi, de nuevo medio inconsciente. El capitán negó con la cabeza de manera imperceptible cuando Miquel lo interrogó con los ojos. Maldijo bajito mientras veía a un hombre alto y delgado, pero apuesto y fuerte, que los miraba a cierta distancia.

—¡Tú! ¡Eh! ¡Tú! —El hombre se señaló a sí mismo, extrañado—. Sí, sí, ¡ven!  
Se acercó rápido, era un civil.

—A ver, chaval. Este tío está jodido. Hay que desinfectar la herida, tal vez cauterizar algún trozo y coserla. Con toda seguridad perderá el ojo. No tenemos anestesia y no será bonito de ver. ¿Crees que nos puedes echar una mano?

El hombre tragó saliva y asintió sin decir nada.

—Pues, venga, que nos van a dar las pascuas. —Le dio la funda de cuero—. Ponle esto en la boca, entre los dientes, hay que evitar que se muerda la lengua. Aguántale la cabeza y, sobre todo, no le dejes escupir el cuero. ¿Vale?

—Entendido.

—¡Vamos, pues! —Miquel se detuvo un momento—. Yo soy Miquel Alberich.

No le ofreció la mano, pero lo miró esperando un nombre. El hombre permaneció unos segundos, indeciso, como atónito. Al final, sacudió la cabeza.

—Bonaventura. Bonaventura Puig.

Miquel le dio una palmada en el hombro, asintiendo, y sonrió al resto de los soldados mientras lanzaba un chorro de alcohol en la herida e Ignasi abría los ojos desorbitadamente, y ahogaba un grito.

## 8

### Retorno

El café con leche quemaba y Miquel lo miraba con avidez. No era capaz de recordar la última vez que había tomado un café en un bar. En una terraza. Dora lo miraba con ojos desorbitados, silenciosa, mientras cogía la taza con las dos manos. Estaban sentados en la terraza del café Zúrich, en la plaza Cataluña. Miquel dio un trago del vaso de agua del grifo que tenía delante. Los cuatro duros que atesoraba, con el objetivo de cenar algo, solo le permitirían pagar el café con leche. Nada más.

Cuando reconoció a Dora, su joven y apasionada novia de la adolescencia, en aquella mujer de mediana edad que sacudía histéricamente un bolso y lanzaba miradas enloquecidas hacia la comisaría, lo primero que le vino a la cabeza fue dejarla allí y largarse a toda hostia. Estaban justo enfrente de la puta comisaría y aquello estaba infestado de secreta. Lo más sensato, lo único sensato, realmente, era salir corriendo. ¡Ya la ayudaría alguien! En realidad, solo dudó unos segundos antes de agacharse e incorporarla, mientras el portero de la finca contigua, que en aquellos momentos barría la acera, se acercaba rápidamente. Entre ambos la cogieron y la entraron en el portal. El simple hecho de estar fuera de la vista de los policías serenó algo a Miquel. Lo justo para poder pensar con calma. Y frialdad.

Debía analizar bien la situación. Y la cosa era que aquella mujer de la que hacía casi veinte años que no sabía nada, conocía su nombre auténtico, su pasado y sus filiaciones. Y también sabía que, si ella gritaba, él acabaría fusilado en el Campo de la Bota.

Miró el rostro, inquieto, y reconoció, a pesar de los estragos del sufrimiento y de los años, a aquella joven extraordinaria que en otros tiempos lo había enloquecido. Y un extraño calor lo empapó, haciendo que los escasos minutos que transcurrieron desde que el portero trajo un vaso de agua y empezó a abanicarla, hasta que Dora abrió, al fin, los ojos, fueran una eternidad de dudas y de razones contradictorias. El sentido común lo empujaba a marcharse cagando leches y dejarla en manos de aquel solícito portero. Hacía diez años que todos en el pueblo pensaban que estaba muerto o exiliado en Francia, o en México, o donde fuera. Y creían que, si por fortuna todavía estaba vivo, no volvería a Cataluña hasta que el hijo de puta de Franco muriera, porque si lo hacía, le esperaba un consejo de guerra y varias sentencias de muerte. Había conseguido que nadie que lo hubiera conocido antes de la guerra supiera que vivía en Barcelona desde el 46. Ahora todo el mundo lo conocía como Elíseo Pérez y era prioritario, imprescindible, que las cosas continuaran así. La miró una vez más y se incorporó sintiendo un pesar inmenso, una opresión en el pecho que lo hizo moverse con una lentitud impropia y exasperante.

—¿Miquel?

La inconfundible voz de Dora lo detuvo justo cuando iba a cruzar el umbral que le llevaría a la



vía Layetana, a la ciudad, al anonimato. Permaneció de espaldas unos segundos, inmóvil.

Ya no fue una pregunta, fue un imperativo.

—¡Dios mío, Miquel!

Y al volverse la vio allí, en el suelo, con los ojos llorosos y una sonrisa que no le cabía en la cara, una sonrisa que la sobrepasaba y que lo atravesó.

—¡Shhhhh! —susurró tapándose los labios con el dedo índice—. Ten cuidado con lo que dices. —Le guiñó un ojo mientras con la cabeza señalaba la comisaría.

No pudo decir nada más porque Dora se levantó como impulsada por un resorte, y él apenas pudo acogerla entre sus brazos, al tiempo que aspiraba el aroma de su cabello, de su cuello. Aquella dulzura, aquel olor inconfundible que lo trasladaba, ensimismado, a otros tiempos felices. Y mientras la sostenía entre sus brazos supo que estaba jodido. Muy jodido.

Pasaban los minutos y los dos continuaban mirando el café con leche, y a pesar de que la terraza del Zúrich era un hervidero de gente, a Miquel eso, lejos de alarmarlo, lo tranquilizó. Cuanta más gente, mejor, más anónimo todo.

—Lo tienen allí dentro, Miquel. —Dora levantó la vista de la taza, donde la había mantenido largo rato—. Ya sabes lo que significa.

Miquel asintió en silencio. Demasiado bien que lo sabía.

—Es que no sé qué hacer. ¡Porque, en realidad, no tengo ni idea de lo que ha hecho el imbécil este! —hablaba deprisa, tan cabreada como angustiada—. ¡Si mi hermano es un pobre infeliz! Un desgraciado al que todo el mundo toma el pelo. Estoy convencida de que lo han liado los amigos estos que ha hecho en la universidad.

Miquel la miró con genuina sorpresa.

—¿Albert va a la universidad?

—¡No, hombre! —Dora pareció relajarse un poco—. ¿Cómo va a ir a la universidad? ¿Te has vuelto loco? El pobre trabaja en una imprenta, en la calle Legalidad. Lo que pasa es que ahora todos vivimos allí. Mis padres, Albert, yo y...

Calló un segundo, imperceptible la duda en su voz mientras sabía que no mencionaría a su marido. No diría que tenía un marido.

—¿Pero vivís en el edificio de la universidad? ¿En el de piedra?

—Sí, sí, en el antiguo, el de la Gran Vía. Te cuento. Después de la guerra, mi padre se quedó sin trabajo, no por ninguna razón política, ya sabes que él nunca se ha metido en estos temas, ninguna represalia ni nada de eso, sencillamente el taller donde trabajaba cerró. Estábamos jodidos y él ya no es un jovencito. Yo me acababa de quedar viuda. —Se detuvo un segundo al ver cómo Miquel levantaba imperceptiblemente una ceja—. Y tampoco tenía trabajo. Bueno, ya sabes, las cosas estaban difíciles. Entonces, un conocido nos explicó que al terminar la guerra los fascistas habían hecho una purga brutal en la universidad. Entre los profesores, por supuesto, pero entre los trabajadores también. Y que buscaban gente sin filiación para trabajar allí. En la limpieza, en la administración, para hacer de bedeles.

Se detuvo para beber un trago y levantó las cejas significativamente.

—¡Allí sí que han metido las tijeras, Miquel! Los buenos profesores, los investigadores, los avanzados y comprometidos están muertos, en prisión o exiliados. Aquí solo se han quedado los fachas y cuatro gatos mediocres que se han librado de la quema jurando los principios del Movimiento y yendo a misa diaria. Los tienen acojonados. Mientras tanto, no paran de traer

profesores de fuera, cada uno más falangista que el anterior.

—Ya me imagino.

—Cuando mi padre se enteró de que con el trabajo de bedel ofrecían casa, un sueldo escaso pero fijo y un trabajo muy razonable, no se lo pensó. La suerte fue que como en la familia de mi padre son todos unos meapilas bien conectados, desde el obispado movieron hilos con no sé quién del ministerio y el hombre consiguió el trabajo.

Bebió otro trago.

—No se está mal. —Se encogió de hombros—. La gente en general es muy amable, y la vivienda es bastante mejor que la mierda de piso que mis padres compraron cuando vendimos la casa y las tierras del pueblo.

—Sí, oí que lo habíais vendido todo. Pero ya antes de la guerra.

—Cosas de mi padre. Mi madre ha tragado, como con todo y como siempre. No quería, fue muy traumático para ella. Y así está. Amargada. Amargándonos a todos. En principio parecía un buen plan, alquilar el piso y, así, disponer de un poco más de ingresos. Pero los inquilinos son unos conocidos, pasan más hambre que los tontos y nos pagan poco y cuando pueden, que es casi nunca. Pero ya conoces a mis padres, blandengues, meapilas, pero buena gente. Los tenemos allí a fondo perdido como aquel que dice...

Movió la mano energicamente y sacudió la cabeza para cambiar de tema.

—¿Y tú? Oí que te habías ido a Francia con la retirada, como todos los del frente. Tu madre... que en paz descanse... lo pasó muy mal en aquel entonces. Al ser mamá y ella primas segundas, la pobre mujer le contaba las penas. Ya sabes cómo fueron las cosas en el pueblo cuando terminaron los bombardeos y los nacionales pasaron el Ebro definitivamente. Todo quedó echo un puro escombros, las huertas arrasadas, el secano dañado. El desastre no alcanzó el nivel de Belchite, ni de Corbera, pero vamos... Los cabrones de los italianos no paraban de bombardear la fábrica y claro... alguna bomba se desviaba... Lo que te decía, volvieron solo las mujeres, los viejos y los niños, desnutridos, enfermos y llenos de mugre, piojos y sarna. La mayoría de vosotros estabais de retirada. Y en cada casa una pena, una falta. Un desastre.

—Lo sé. —Miquel rehuyó la mirada de Dora—. Argelès no fue ninguna fiesta tampoco. Estuve dos años largos internado allí, después me escapé de un campo de trabajo y acabé en la división Leclerc.

—Estos son los que liberaron París, ¿no?

Miquel forzó una sonrisa, no quería, no le convenía hablar de él hasta saber de qué iba todo aquello. De qué iba Dora.

—Sí..., ¡y conduciendo un tanque entré en París! Ahora estoy en Barcelona buscándome la vida, al pueblo no puedo... no quiero volver. —El error lo puso nervioso, estaba contando demasiado—. Pero no hablemos más de mí, cuéntame cómo el pasmarote de tu hermano ha terminado en manos de la *politicossocial*.

Dora oscureció la expresión, el espejismo del reencuentro entre dos viejos amigos se había terminado. La realidad, tenaz, siempre acababa imponiéndose.

—La cosa es que el tonto de Albert se ha hecho amiguito de unos cuantos estudiantes ya talluditos, que juegan a hacer la revolución de nuevo. Son cuatro y el cabo, y medio atontados todos. No hacen nada demasiado serio ni arriesgado, de vez en cuando reparten octavillas y cosas así. Me temo que el ingenuo de Albert se las imprime. ¿Por qué crees que le bailan el agua los

señoritos al hijo del bedel? Todos estos son jovencitos de buena familia que juegan a hacerse los machotes. —La voz le temblaba—. Son unos ingenuos o tienen la cara de cemento armado, no lo sé bien. Si la BPS pillara a uno de estos mimados le hinchaban la cara a hostias, eso seguro, pero acto seguido el papá llama al abogado con despacho en el paseo de Gracia y este al Gobierno Civil. ¿Resultado? Una noche en el calabozo, una somanta de palos, un buen susto y a su casa. Sin cargos. Sin mancha en el expediente. —Levantó la mano ante el gesto de Miquel—. No, no, Miquel, que yo sé cómo van las cosas.

—Mujer, estos chavales también se juegan los cuartos haciendo según qué cosas —dijo Miquel con voz suave, pero peligrosamente cargada de ironía.

—¡Y una mierda! Te digo que sé de lo que hablo. —Bajó la voz, los ojos refulgían de ira—. Hace casi ocho años que trabajo en el Gobierno Civil. Y lo he visto mil veces. He pasado a máquina decenas de informes de la Político-Social donde se eliminaban los nombres de los hijos de algunos falangistas, no fuera que el papá se enfadara.

Terminó el café con leche de un trago y dejó la taza con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Algo pasará en Barcelona a finales de mes, algo grande. No puedo decirte más. Y, ahora lo tengo claro, están haciendo limpieza. Pero lo que no acabo de entender es por qué han detenido a estos atontados que no pintan nada. No lo entiendo.

Miquel se acabó el agua de un trago, entornó aquellos ojos tan negros y su nariz pareció curvarse un poco más. Sonrió lentamente mientras, de repente, la cogió por la nuca y la besó. Fue un beso intenso y húmedo que la paralizó.

—No te preocupes. Si no está muerto, y no creo que haya dado para tanto lo que sea que haya hecho, tal vez se pueda hacer algo. Déjame hablar con algunas personas. Pronto sabré más. Ve a trabajar, haz vida normal y dame un par o tres de días.

Dora asintió aún sorprendida mientras Miquel hacía una pausa dramática.

—Si no sabes nada de mí, no te preocupes. Tú espera, que yo te buscaré.

La dejó allí sentada. Inmóvil y muda. Permaneció unos segundos sin moverse, y, al levantarse, vio que Miquel no había pagado. Dejó unas monedas en la mesa y se quedó de pie unos segundos, mirando cómo Miquel se alejaba Rambla abajo. Caminaba despacio, las manos en los bolsillos, como si nada hubiera pasado. Desde allí no podía verle la cara, ni aquella mirada gélida, aquella expresión tortuosa, aquella inedia sonrisa ávida que conseguía apartar la gente a su paso.

Miquel Alberich, conteniendo la euforia, el cerebro funcionando a mil por hora. Calculando. Maquinando. Cerró los puños en los bolsillos mientras una sonrisa amplia le iluminaba la cara al pensar que no se podía creer la suerte que había tenido.

## 9

### La torre

Ya había caído la noche cuando Dora abrió, en silencio, la puerta de su casa y le sorprendió la oscuridad. No había ni una luz encendida. Se detuvo. Dudó. Un momento antes, había pasado por casa de sus padres. Ellos también estaban casi a oscuras, rodeados de un silencio espeso, sin el ruido de la radio que su madre tenía encendida a todas horas. Cada uno sentado en un sillón. Su padre con una mantita sobre las piernas.

Dios mío. Eran dos viejos.

Y aquel hedor a senectud que nunca antes había percibido con tanta crudeza la aturdió.

Aquel hedor. A miedo. A ignorancia. A dependencia. A muerte.

—¿Has cenado?

La pregunta de su madre. Predecible. Cotidiana. Obligada. El mundo se hunde, pero debemos cenar. Debemos fregar los platos y dejar la cocina impoluta. Las cosas hay que hacerlas como es debido. Sin fisuras en el pensamiento único. En la familia Colom debemos ser los más ejemplares. Honrados y decentes. Isadora, no solo debes ser una mujer decente, debes parecerlo. Isadora, deberías peinarte mejor. Isadora, esas compañías no me gustan. Isadora, esos lugares adonde vas con tu marido no son de gente de bien. Isadora, Isadora.

—Te preparo algo.

La detuvo cuando iba hacia la cocinita. La giró y la cogió por los hombros.

Y se esforzó. Relajada, serena, impostando un optimismo de opereta e intentando travestir en buenas las pésimas noticias que confirmaban que el atontado del Albert estaba pringado hasta el cuello. Que era cierto que estaba detenido, pero que la buena noticia era que tenía conocidos que pronto le dirían algo.

La madre, alerta, recelosa.

—¿Conocidos? ¿Qué conocidos?

Sabía poner el dedo en la llaga. Siempre supo cómo hacerlo. Dora pasó por alto el tono y habló del trabajo, de gente bien situada que los ayudaría. Y purgando minutos que parecían horas, contestando con evasivas a la madre, al padre, intentando que la angustia palpable de los dos ancianos no la ahogara, consiguió irse a su casa.

Cuando entró y encontró la oscuridad, sintió un alivio del que al momento se sintió culpable. Deseó que Bonaventura no hubiera llegado. Aún notaba la lengua de Miquel, su sabor, su mano en la nuca, el deseo en sus ojos. Y durante un momento, en el umbral de la puerta y con la llave todavía en la mano, desaparecieron sus padres, Albert, desapareció Bonaventura. Desapareció todo lo que no fuera Miquel, aquel beso en la terraza del Zúrich, y el recuerdo despiadado de los veranos a su lado. De aquella arena del río mezclada con su sudor.

—¿Dora?

Bonaventura estaba sentado, a oscuras, en la cama. Su silueta tenuemente recortada por la luz de la luna que se colaba por la ventana mientras la torre, imponente, se erguía como una sombra amenazante a su espalda.

Dora permaneció en silencio. El deseo de que Bonaventura desapareciera la abrumó todavía más y ese pensamiento que le había atravesado, raudo, el cerebro, lo había extinguido como quien apaga un pequeño fuego que se entesta en volver a prender. Una y otra vez. El fuego asqueroso del desengaño, de la costumbre, de la rutina, sofocado con más desengaño, más costumbre, más rutina.

Y la sensación agria de estar cometiendo un inmenso error que acabaría sepultando los errores anteriores. Bonaventura y ella. Ese tipo de errores.

La relación entre Dora Colom y Bonaventura Puig surgió como surgen las cosas que son convenientes de puro inevitable. Que caen por su propio peso. Cosas que suceden sin estridencias ni aspavientos innecesarios. Poco a poco, sin que nadie acabe de ser consciente de ello. Y es que cuando, al fin, la guerra acabó y Dora supo con certeza que Joan había muerto en el frente del Ebro, cuando su padre consiguió aquel trabajo en la universidad y dejaron el piso pequeño, húmedo y oscuro de la calle Hospital para instalarse en aquellas habitaciones luminosas, cuando todo se calmó y comenzó a trabajar en el Gobierno Civil, cuando todo eso sucedió, ella descubrió la presencia de aquel hombre alto, distinguido y extremadamente discreto que apenas se relacionaba con nadie, pero que siempre le ofrecía un saludo y una leve sonrisa cuando se cruzaban por los pasillos.

Ella, camino del trabajo, y él, con aquel empaque extraño, trasteando libros, materiales, pizarras, perdido en los laboratorios.

No supo cómo, pero poco a poco su presencia terminó envolviéndola. Los distantes saludos del principio dieron paso a tímidos intentos de conversación. Y era en ese terreno donde Bonaventura se convertía en caballo ganador. Paciente y atento, fue tejiendo una red de encuentros inocentes, de conversaciones intrascendentes en las que un día logró obviar los lugares comunes y se dejó ir ante aquella chica que era mucho más de lo que parecía y que había conseguido hacérselo imprescindible. Fue entonces cuando él abandonó su personaje y empezaron a conversar de verdad, y cuando ella percibió el magnetismo de aquel señor discreto, atractivo y solitario. Introdujo a Dora en la pasión por la lectura, el cine italiano y francés, por el *noir* americano. Por la filosofía y la historia. Descubrió, en definitiva, un mundo infinito que, hasta ese momento, nunca había estado a su alcance y que en parte podía sustituir aquel otro, tan mundano, y que añoraba con todas sus fuerzas y del cual solo le quedaba Paco. Nada más la ligaba ya a esa época. Ni tan siquiera un Paco que ya no era ese amigo frívolo y encantador. Ni ella esa pánfila jovencita. Ninguno de los dos eran lo que habían sido. La cuestión era si sabían qué eran ahora.

Debes mirar hacia delante. El futuro. Bonaventura es el futuro. Es la seguridad, el calor. La compañía. La serenidad. La calma.

El matrimonio sin haberlo casi ni hablado. Sin que nadie se declarara, como una consecuencia natural de los hechos que los había conducido, primero, a compartir conversaciones y sesiones de cine para acabar en un sexo clandestino, por fuerza rápido e insatisfactorio que culminó en un noviazgo poco formal. Y llegar a aquella mañana fría en la iglesia de la plaza del Pi. Solo sus padres y Albert, y fuera, en la distancia, Paco. Observando, discreto, confortándola, alentándola a pesar de saber que aquella relación, aquella boda, no era más que una huida.

¿Pero quién no huía? ¿Quién no intentaba persuadirse de que aquello no estaba tan mal? ¿Que esa era, había sido, sin lugar a dudas, la mejor decisión?

¿Quién no era un fraude en estos tiempos?

Y cómo evitar recordar, cuando todo se estaba derrumbando, aquellos momentos íntimos donde se construye la complicidad, donde se levanta el edificio, quebradizo y sensible de la convivencia. Aquel refugio frágil que los dos habían ido levantando con empeño y tesón y que, ahora, cada vez se asemejaba más a una prisión.

Bonaventura se levantó de la cama y la abrazó en silencio, en la oscuridad. Y ella primero intentó rechazar el gesto, pero los brazos de Bonaventura se negaron a dejarla, y al fin, vencida la resistencia, se relajó por primera vez en todo el día. Y comenzó a llorar sin sollozos, sin ruido. Solo lágrimas deslizándose por sus mejillas. Sin parar, sin medida. Y en ese gesto de él, natural, puro instinto, pura protección, Dora entendió que necesitaba más a aquel hombre de lo que a menudo pensaba.

Bonaventura acariciaba el cabello de Dora y notaba cómo sus lágrimas le mojaban el cuello, la camisa, siendo consciente de todo lo que aquella mujer había acabado significando, su vitalidad, su fuerza indestructible y su franqueza que lo desbordaba. Aquel fondo salvaje que intentaba esconder y que a veces surgía. Cruel e inclemente. Aquella otra versión de Dora que lo apartaba. Aquella Dora que desaparecía. Pero que, al final, siempre volvía a su lado, calmada y serena después de la tempestad.

Ella era su sonrisa. Su magnetismo. Su locura. La única persona que conseguía que aquella vida prestada valiera la pena. Que le había devuelto algo semejante a la ilusión, a la pasión. Ella era el centro de su universo ahora. Y él, satélite, se mantenía atraído, orbitando a su alrededor. Ella era la estrella de su constelación, que lo mantenía caliente mientras lo iluminaba, pero que, si se ocultaba, ¡ay!, si se escondía, lo dejaba, solo y helado, su órbita detenida, mientras notaba que fuera no había nada más que el vacío infinito del universo.

Bonaventura mantuvo la cara de Dora en su hombro, mientras la suya permanecía hierática, paralizada en un gesto que pretendía ser dulce y resultaba turbador. Pretendía transmitir calma y seguridad sabiendo que era lo que ella necesitaba. Probablemente lo hacía, y de verdad que era lo que deseaba.

Amor.

Incondicionalidad.

Cualquier cosa excepto que ella le viera aquella cara.

Cualquier cosa antes de que ella se diera cuenta del miedo profundo, irracional e ingobernable, que lo invadía.

Miedo a ser descubierto. Miedo a la cárcel. A la muerte. A perder su vida por segunda vez. A perderla a ella.

Comenzó a besarla, a lamer sus lágrimas. Sal mezclada con aquel sabor tan suyo. Ella, primero, se dejó hacer, sin aliento. Pero cuando las manos de él le acariciaron los pezones por encima de la camisa, notó cómo la entrepierna se le humedecía casi a su pesar. Y cuando sus manos empezaron a recorrer el cuerpo todavía espléndido de su marido, las heridas conocidas, la espalda recta y musculosa, los brazos delgados pero firmes, el deseo llegó, intenso. Y él, elegante como siempre, la tumbó con delicadeza en la cama, a oscuras, con la sombra de la torre acechante, y comenzó a tocarla. Primero suave, después rítmicamente, introduciendo dos, tres dedos mientras

con el pulgar torturaba su clítoris hasta que, sabiendo que no tardaría demasiado, la penetró. El clímax fue dulce, tal como él era. Fue suave, pero Dora se abandonó como hacía tiempo que no lo hacía. Bonaventura le besó el cabello mientras ella se agarraba a su cuerpo, evitando mirarlo, evitando hablar, mientras una última lágrima caía, gruesa, y se daba cuenta de que, en todo momento, Miquel no había desaparecido ni un segundo de su pensamiento.

## 10

### Playa

Miquel miró desolado a su alrededor. Miles de vehículos hundidos en la arena de Argelès escenificaban como ninguna otra cosa la derrota de la República. Ni las personas amontonadas ni los muertos ni las verjas ni los senegaleses. Aquellos camiones, aquellas motocicletas abandonadas eran para Miquel el recordatorio diario de la derrota, el derrumbe irreversible de una época, de su pasado y también de su futuro.

Ya llevaban cinco días abandonados en aquella ciudad de miseria y prácticamente no habían bebido ni comido nada. La tramontana había ido disminuyendo, pero el frío era sobrecogedor. Los Pirineos cubiertos de nieve los vigilaban, amenazadores, desde el horizonte, y el mar, desprovisto de todo romanticismo, los rodeaba con una humedad lechosa que los penetraba lentamente. Miquel no sabía si el helor que sentía por todo el cuerpo le iba de fuera adentro o de dentro afuera. La primera opción podía ser angustiosa, la segunda era terrible.

A pesar de todo, en esos cinco días, la multitud se había ido organizando de manera rudimentaria y un poco anárquica. Pero la desesperación se iba extendiendo, inexorable, y la aparición, inevitable, de depredadores de toda clase, imponían la ley de la selva. Cuando el único instinto que queda en pie es el de la supervivencia, el hombre enseña la peor de las caras. Las vejaciones, los malos tratos, los robos se convirtieron en cotidianos. Los robos de mantas, diarios. Era vital tener, conservar las mantas a toda costa. Lo contrario era la muerte por congelación.

—Ayer por la noche volvieron a mangar mantas.

El capitán García mascullaba mientras vigilaba el perol donde hervía el agua que extraían de unas bombas de palanca insertadas en la arena y que era de una calidad sanitaria más que dudosa y de un gusto absolutamente repugnante.

—Los cabrones ya han hecho una mafia de esto. Atentos al *modus operandi*.

Miquel enarcó una ceja al oír un tecnicismo como aquel en boca de un garrulo como García.

—Como dormimos todos amontonados, cuando ya es noche cerrada, los cabrones van reptando entre la gente hasta que encuentran a alguien que no esté enrollado del todo en la manta. De un tirón fuerte se la quitan de debajo, y en medio de la oscuridad, pisando a quien haya que pisar, se alejan unos metros, se enrollan con la manta robada, y fingen dormir... ¡encuétralos! Al día siguiente ya la están vendiendo.

Miquel lo escuchaba en silencio mientras otros soldados gesticulaban indignados por la impunidad que regía en el campo. Se oía algún *mecagüendios*, muchos *hostiaputas* y *los mataremosatodos*. Eso sí, todos sentados en la arena.

¡Ah! ¡El espíritu castrense!



Su media sonrisa sarcástica le afloró sin ser consciente de ello mientras pensaba que todos ellos seguían comportándose como si la guerra no hubiera terminado. Como si estuvieran de maniobras en un campamento imaginario. No dejaba de ser comprensible el autoengaño, al fin y al cabo, todo el mundo allí intentaba hacer ver que aquel desastre era un paréntesis, una especie de descanso, para volver, luchar y vencer.

Siguiendo la estrategia más lógica, los mandos militares habían decidido levantar el campamento en la parte más alta, la más cercana a las vallas, y desde donde se dominaba visualmente todo el campo. Los responsables franceses del campo, soldados, a fin de cuentas, no veían con malos ojos que los militares republicanos pusieran un poco de orden. Así, no solo hicieron la vista gorda, sino que estimularon que, en un intento de normalizar la situación, los mandos republicanos establecieran un sistema de relevos y vigilancia similar al de los cuarteles. Se hacían turnos día y noche para proteger las escasas pertenencias que se habían salvado del desastre. Pocos civiles se acercaban a esta parte del campo, aunque los más avisados se mantenían cerca. Después de todo, en su perímetro, al menos había orden y una relativa seguridad.

Miquel, distante y desconfiado, se relacionaba poco. Pero a pesar de sus prevenciones con los civiles, con Bonaventura había establecido cierta camaradería distante. La improvisada cirugía en la cara de Ignasi había sido todo un éxito, y la sangre fría que demostró aquel civil fue de su agrado. Bonaventura había resultado ser un eficiente ayudante y un chico despierto. Listo. Acostumbrado a buscarse la vida. Ignasi que, a pesar de haber perdido definitivamente la visión del ojo derecho, se recuperaba con mucha rapidez, vivía la relación de Miquel con Bonaventura con pesar. Ignasi percibía un excesivo interés de Bonaventura en situarse bajo la protección de Miquel, y advertía en esos movimientos algo que no le cuadraba. Bonaventura no era como el resto, no vivía inflamado por letanías ideológicas ni en el hoyo depresivo de los que todavía tenían la mente en casa. Él quería sobrevivir y todos sus pensamientos y sus acciones respondían a ese estímulo.

Pese a que Ignasi no lo supiera, Miquel era consciente de que Bonaventura lo frecuentaba por puro interés, de que él era el medio para procurarse una suerte de salvoconducto que le permitiera permanecer en la zona militar.

La vida transcurría lenta, y aquella mañana, mientras los mandos discutían si debían intervenir en los robos de mantas, Bonaventura se acercó sigilosamente a Miquel. Le ofreció una punta de puro que había encontrado cerca de donde habían desayunado los senegaleses. Miquel la miró con cierta repugnancia, pero, sacudiendo la cabeza, decidió aceptarla.

Bonaventura habló bajo, muy bajo, y al hacerlo, cogió a Miquel por el brazo para apartarlo un poco del grueso de la tropa.

—Necesitamos fabricarnos una tienda. Tú lo sabes. Yo lo sé. Y estos —señaló con la cabeza a los soldados republicanos— también lo saben. Si seguimos durmiendo a la intemperie con este frío, es cuestión de tiempo que nos congelemos. No podemos estar mucho más tiempo así. Y sí, la mayoría de los muertos tenían manta.

Abrió la mochila y Miquel vio una manta marrón mal doblada. Lo miró con una expresión adusta, pero al cabo de unos segundos, le indicó que continuara.

—Ya sabes que me paso el día dando vueltas. —Miquel asintió lentamente—. Desde hace un par de días estoy inspeccionando la zona norte, la de la alambrada que cierra el campo. Más allá del paso de ronda de los senegaleses, relativamente cerca, hay un viñado. Entre cepa y cepa, el

campesino ha plantado verticalmente unas estacas robustas, unidas por alambres gruesos. Me he acercado lo máximo posible y he comprobado que hay una pequeña masía al lado, supongo que para guardar los aperos, y, atención, no está vigilada.

Miquel se guardó la punta de puro en el bolsillo del pantalón y, cogiendo a Bonaventura por el hombro, lo condujo un paso más lejos.

—Continúa.

Bonaventura miró alrededor y, al hablar, clavó sus ojos oscuros en los de Miquel, en una mirada ya no de civil a militar, sino de igual a igual.

—Tengo un plan. Pero yo solo no puedo llevarlo a cabo. Te seré franco. Esta especie de campamento militar que os habéis montado está muy bien, pero aquí dentro estáis igual de jodidos que los demás. Os incautaron las armas y no tendréis ninguna autoridad, salvo la moral, para mantener el orden y la disciplina cuando la gente comience a morir de hambre y frío. Bueno, ya están muriendo de hambre y frío.

Levantó la mano ante el gesto torvo de Miquel.

—La República ha terminado. Se acabó. No sé si para siempre. Lo que oigo que dicen los franceses es que Barcelona entera está en las calles saludando con el brazo en alto al hijo de puta de Franco, a la guardia mora y a los falangistas.

Miquel asintió mientras Bonaventura continuaba hablando.

—La única opción que tenéis es reagrupar en la medida de lo posible y con lo que se pueda lo que quede del ejército republicano fuera de España. Pero para hacerlo, debéis, debemos, sobrevivir. Y para sobrevivir necesitamos un mínimo de infraestructura. Una tienda. Un poco de alimento. Herramientas. —Calló repentinamente al ver que un par de gendarmes pasaban cerca—. Iré al grano. El plan es el siguiente: muy avanzada la noche hay que abrir en la arena un hueco para pasar por debajo de la alambrada, reptando de uno en uno. Hay que hacerlo después del paso de la ronda de vigilancia, lejos de los centinelas fijos. Debe ser una acción rápida y silenciosa. Y no podemos ser cincuenta y cuatro. Lo ideal serían tres o cuatro personas. Creo que podríamos conseguir una veintena de estacas y unos rollos de alambre, más lo que podamos encontrar en la masía.

Miquel dudó. En realidad, ¿qué sabía de aquel tipo? Que tenía cojones y que era un superviviente. Que se buscaba la vida y que toda su relación se basaba en el puro interés. Miquel no tenía una gran formación ni una inteligencia cultivada, pero era enormemente perspicaz y muy muy listo. Aquella sagacidad visceral lo había guiado la mayor parte de su vida. Hizo un guiño al pensar que, a la vista de la situación actual, quizá no de la manera más acertada. Miró a los gendarmes valorando la posibilidad de que estuvieran utilizando a Bonaventura como infiltrado para averiguar posibles planes de fuga, de rebelión, cualquier cosa.

Paranoia.

Bonaventura aguantaba la respiración mientras veía la indecisión transformar la expresión de Miquel. La duda. La desconfianza. Miró desolado a su alrededor, toda aquella miseria, aquella derrota. La apariencia de calma estaba a punto de abandonarlo. Fue plenamente consciente cuando tuvo que esconder la mano temblorosa en el bolsillo del pantalón. Sentía que no estaba bien, estaba enfermando y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar ese ademán autosuficiente, de persona útil y activa. Y si no era útil, se convertía en una carga, ni Miquel ni nadie lo ayudarían. Estaría muerto.

Necesitaba a Miquel, necesitaba aliados.

No había llegado hasta allí para morir en esa playa de mierda.

La incursión tuvo lugar tres días después y fue un rotundo éxito. A pesar del riesgo, todo fue como la seda. Ninguna incidencia. Lo ejecutaron con una precisión envidiable. A veces la suerte es esquiva y a veces va de cara, y a ellos la suerte se les ofreció como la novia virgen la noche de bodas. No tuvieron ni que arrancar las estacas para llevárselas. El campesino, como si hubiera intuido el hecho, había dejado una gran cantidad apilada tras la masía. Estaban almacenadas en un ángulo que no permitía verlas desde el campo. Y ese no fue el único botín, también consiguieron un buen puñado de patatas y dos trozos grandes de panceta que estaban secándose colgados de un gacho dentro de la masía. Además, cogieron abundante uva.

Miquel detuvo el afán rapaz de Bonaventura y de un convaleciente Ignasi.

—Chavales, esto es una mina. Si no abusamos y venimos de vez en cuando... tenemos aquí una fuente de suministros muy buena. El campesino pensará que cuatro patatas y dos trozos de tocino los puede haber cogido cualquiera. Sensatez.

Consiguieron suficiente material para tres tiendas. Nadie en el campamento militar preguntó de dónde habían sacado todo aquello después de que Miquel hablara, alejado y con gesto adusto, con el capitán García. La jerarquía, nadie sabía por cuánto tiempo más, seguía funcionando. Huelga decir que una de las tres tiendas, la mayor, se destinó a los oficiales de la compañía.

Ignasi, Bonaventura y Miquel trabajaron en silencio y febrilmente. Después de haber hecho, cavando con las manos, cuatro hoyos para los puntales —a una distancia de quince palmos unos de otros, ya que sus cuerpos tumbados no necesitaban más espacio—, comenzaron a fijarlos utilizando piedras y latas vacías. Hecho esto, se dedicaron a medir los cordeles de que disponían, revisaron los trozos de alambre y desplegaron un par de mantas. Miquel, hombre de campo, se movía y trabajaba de una maquina sencilla y eficiente, con una técnica innata. Genética. Como si fuera el único en el mundo llamado a realizar ese trabajo. Y sus compañeros, satisfechos y aliviados, se inclinaron, sumisos, ante su tácita autoridad.

# **SEGUNDA PARTE**

Barcelona, mediados  
de mayo de 1949

SA: Hola, Rick.

NAULT: Ah, ¿ya se conocían, *mademoiselle*? (*Ninguno de los dos le responde*).

NAULT: Entonces, tal vez también...

SA: El señor Laszlo.

SZLO: Tanto gusto.

CK: Encantado.

SZLO: Todo el mundo conoce a Rick en Casablanca.

CK: Y a Víctor Laszlo en todas partes.

*Casablanca*, MICHAEL CURTIZ, 1942

## 11

### Sospechosos habituales

El comisario Fuentes bajaba jadeante por la Rambla. Llevaba una gabardina gruesa y oscura y un borsalino calado hasta las orejas. El sol del mediodía, anormalmente ardiente para ser mayo, provocaba que el sudor le cayera por la espalda y le empapara el sombrero que llevaba inclinado a lo Bogart. Giró a la derecha por la calle Tallers y se detuvo ante la coctelería Boadas. Fuentes maldijo en un catalán áspero y, quitándose el borsalino, se secó el sudor con un pañuelo pulcramente planchado. Con el sombrero en la mano dudó unos segundos hasta que, al final, volviendo la cabeza a uno y otro lado, entró.

A esa hora, el local, minúsculo y triangular, tenía poca clientela. La barra, de madera oscura y rematada con una barandilla baja de metal dorado, lucía espléndida. Detrás, dos estanterías de la misma madera. La inferior llena de vasos y copas de todos los tamaños y formas, alineados con una precisión germánica. Y la superior, repleta hasta rebosar de botellas dispuestas según el tipo de destilado: ginebra, *whisky*, *bourbon*, ron, vodka... todo de primera calidad. Imposibles de encontrar en otro sitio. «¡Saluda y vete, va!» Los taburetes atornillados al suelo lo reclamaban, desalmados.

Fuentes volvió a renegar y saludó con un golpe de cabeza a Miquel Boadas, propietario y barman, que lo miraba con retranca mientras secaba las copas. Este, ya de vuelta de todo, observó con calma cómo aquel hombre que estaba encarando la sexta década de vida, no muy alto, calvo y con algo de sobrepeso, se acercaba quitándose la gabardina y la americana y dejando a la vista una camisa profusamente manchada de sudor.

Miquel Boadas lo saludó al modo militar.

—Hombre, ¡el comisario Fuentes! Qué placer verlo por aquí. —El castellano con un suave deje cubano endulzaba la evidente retranca del barman—. *Fa calor, eh?* —Cambió al catalán sin que Fuentes mudara la expresión.

—*Fot una calor de collons!* Hostia puta y solo estamos en mayo. —El acento occidental, áspero y duro de Fuentes contrastaba con la cadencia cubana de Boadas—. Ponme algo, anda. Pero no lo cargues que estoy de servicio.

Boadas sonrió, malicioso.

—Para días de calor como este, lo mejor es un combinado que nos inventamos en El Floridita. ¡Ahhhhhhh! El mejor local de La Habana vieja. Ron del bueno, zumo de lima y azúcar. *I molt gel picat.*

Fuentes relajó el gesto y, asintiendo, se sentó en el taburete situado en el extremo derecho de la barra, pegado al ventanal que daba a la calle Tallers, y controlando, así, a la vez el exterior y la puerta. Se apoyó en la pared forrada de madera y sacó un paquete de Ideales, encendió uno y lo

acercó al barman, que negó con la cabeza mientras sacudía la coctelera con notable maestría.

—*Et voilà!* Aquí lo tiene. —Le ofreció la copa triangular con un gesto satisfecho.

Fuentes olió la mezcla y sorbió un poco.

—¡Hostias, Boadas! *Això és mel de romer!* —Dio un trago más grande—. ¿Cómo dices que se llama?

—Daiquiri. Aquí todavía no se conoce mucho. Como el mojito. Pero es cuestión de tiempo. — Bajó la voz al decir—: Cuando trabajaba en La Habana, Hemingway siempre venía al Floridita a tomarse uno, o dos o bueno... Luego se iba a La Bodeguita a beber mojitos. —El acento cubano se acentuó, nostálgico—. Siempre decía «mi mojito en La Bodeguita, mi daiquiri en El Floridita».

Fuentes hizo una mueca que quería parecer una sonrisa y lo señaló con el cigarrillo afectuosamente mientras lo regañaba.

—Ese nombre, Boadas, ya sabe que...

—Sí, sí... —El barman levantó la mano con gesto de disculpa.

—*No passa res, home.* —Bebió otro trago—. Pero no debería alardear de haberse relacionado con según quien... Ya sabe... Sobre todo, estos días. La madre que los parió. En comisaría los tengo a todos histéricos con la puta visita.

Boadas se acercó.

—¿Franco?

Fuentes asintió con la cabeza.

—A ti te lo puedo decir, eres hombre discreto y sabes lo que te conviene. Llega a finales de mes, el 29 o el 30, todavía no está muy claro. Y ya sabes... cada vez que aparece por aquí el Generalísimo, o algún ministro, hay que hacer limpieza, encerrar a los habituales. —Terminó la copa—. ¿No entienden que la mitad son confidentes? Si me hacen entrullar a los confidentes, no nos enteramos de lo que se cuece.

—Comisario, ya sabe usted que la superioridad muy lista no es. El otro día tuve aquí a unos altos cargos del Gobierno Civil con unas fulanas. —Silbó mientras enarcaba una ceja—. Muy poco discreto todo...

—Estos son los que han venido de Madrid para preparar el tema. A enseñarnos cómo se hacen las cosas. *Per l'amor de Déu!* ¡Como si no supiéramos dónde está el peligro! Y no te lo pierdas, ahora han pillado ojeriza a los universitarios, y en lugar de hacer lo que hay que hacer y mirar donde hay que mirar, nos tienen interrogando a niños de papá que no saben ni meneársela todavía. Qué manía con hacernos perder el tiempo... es que no entiendo... esos críos son unos mierdecillas que no han pegado un tiro en su vida. ¡Bah! Los que quedan de la Agrupación Guerrillera de Cataluña. ¡Esos son los peligrosos!

Terminó el daiquiri de un trago y cogió la cartera para pagar. El barman le detuvo con un gesto. Fuentes agradeció con un cabezazo la invitación y, sin decir nada, salió a la calle enfilando Tallers abajo mientras, mecánicamente, palpaba la cartuchera que llevaba bajo el brazo, oculta por la americana.

Notó cómo el reflujo le inundaba el esófago, la garganta y se le agudizaba el dolor en el pecho. Sin embargo, apretó el paso. Quería llegar temprano a la cita con el confidente. Necesitaba información. ¡Necesitaba tantas cosas! Últimamente todo se estaba complicando en la comisaría, los viejos policías que como él habían sobrevivido a la purga del nuevo régimen, cada vez estaban más mal vistos. Muchos antiguos guardias de asalto se habían jubilado, forzados por la

situación, y habían sido sustituidos por otros más jóvenes formados en las academias franquistas. Fuentes y los nuevos fichajes resultaron ser como el agua y el aceite, y, para acabarlo de rematar, a los viejos comisarios, el director Quintela les tenía ojeriza y los Creix y la camarilla venida de Madrid los controlaban a todas horas. Notaba su aliento en el cogote, y ahora ya era plenamente consciente de que su tiempo allí estaba acabando a la misma velocidad que desaparecía su influencia. Cada vez le costaba más evitar cosas tan simples como que a sus confidentes no los enchironaran cuando tocaba encerrar a los habituales. Esta vez se había salido con la suya, pero no sabía cuánto tiempo más tendría el crédito necesario.

Caminaba a buen paso por los callejones del barrio chino, donde todo el mundo lo conocía. Saludaba con cabezazos secos a los comerciantes, a las viejas prostitutas y simulaba que no se daba cuenta de los que se escondían apresuradamente cuando lo veían llegar. Fuentes aún era alguien en ese barrio, y mantener su estatus era, a todas luces, prioritario. No podía permitir que encerraran a Paco Sanllehí, no ahora. Era su hombre allí, un mensaje claro de que en el barrio Fuentes todavía mandaba. Aparte de los negocios que tenían en común y que estaban funcionando muy satisfactoriamente. Paco y él eran socios hacía mucho tiempo y se conocían desde los años de La Criolla, había confianza y cierto respeto. Sin embargo, no se engañaba, no eran amigos. Se necesitaban, pero a la que Paco oliera debilidad, lo fagocitaría.

Y encima la puta visita.

Que lo cambiaba todo.

Paco y él tenían que hablar, evitarle la estancia en la Modelo esta vez le había costado pedir unos cuantos favores a gente a la que no quería deber nada, así que más le valía al maricón de Paco Sanllehí que le consiguiera información al menos tan buena como la *mandanga* con la que traficaba.



## 12

### Miedo

La fachada del cine Diana la ocupaba, en su mayor parte, una estructura metálica, tosca y simple de la que colgaban grandes letras de hierro pintado de un blanco descascarillado formando las palabras Cines, Diana y Monumental. A ambos lados de la portada de madera colgaban, desvaídos, dos carteles con la programación. En el de la derecha, se enumeraban exhaustivamente el director y los actores de la película que se ofrecía como plato principal; la de estreno. A veces, cuando se trataba de alguna superproducción americana, el cartel se decoraba con grandes fotografías pintadas de colores. A la izquierda, en el espacio destinado a las películas de relleno, se escribían solo el título y a lo sumo el nombre de algún actor o actriz, y eso, solo, en el caso de que fuera una estrella consagrada.

El aspecto del cine, no demasiado pulcro ni refinado, estaba en consonancia con el resto de la calle. Era evidente que el cine, la calle y el barrio entero habían conocido tiempos mejores. O quizá siempre había sido así y a Dora la embargaba la nostalgia, que ya se sabe, todo lo embellece.

Miró la puerta, desolada. Y luego, en un gesto repetido por enésima vez, el pequeño reloj dorado que llevaba en la muñeca. ¡Las siete ya! Y ni rastro de Miquel. Volvió a mirar los carteles de la fachada y pensó que no había visto ninguna de las dos películas. Se estrenaba *El ladrón de bicicletas* y ni los actores ni el director, todos italianos, le sonaron de nada. De la de relleno sí había oído hablar. Albert había ido a verla cuando la estrenaron, a pesar de las doce pesetas que valía la entrada. Sonrió levemente al recordar su entusiasmo cuando volvió del cine, con aquella alegría tan suya, casi infantil. En el cartel, se leía *Casablanca* en grandes letras rojas. En negro y con un cuerpo tipográfico menor, Humphrey Bogart, Ingrid Bergman. Ni mención del director.

Apartó la vista pensando, de improviso, que le gustaría verla. Se lo diría a Bonaventura. Detuvo en seco la mano que ajustaba una mecha de cabello tras la oreja, ese gesto intuitivo de puro cotidiano. Aquel pensamiento, cotidiano, inocente, inconsciente, tierno incluso, le provocó una arcada.

Hacía más de una semana que habían detenido a su hermano.

Y la vida continuaba a pesar de todo. Despiadada. Inexorable. Terca.

La vida continuaba y Dora había ido a trabajar cada día. En la familia Colom nadie habría contemplado otra posibilidad. El padre, absolutamente destrozado, se vestía todas las mañanas con su bata azul de bedel y cumplía sus obligaciones. La madre seguía cosiendo, cocinando para todos y manteniendo el hogar escrupulosamente limpio. Las penas se pasan en casa, y lo primero era el trabajo. Esa era la consigna. Y esa norma, severa, sobria y rígida en la que había sido educada había marcado más el carácter de Dora de lo que ella estaba dispuesta a reconocer. Por

tanto, Dora llegaba cada día, puntual, al Gobierno Civil, donde, por otra parte, cada vez había más nervios desde que se había confirmado la puñetera visita. No estaba la cosa para bromas.

Habían pasado ocho años y Dora podía decir con orgullo que no había hecho ni un solo amigo allí. Aquella mierda de trabajo con aquella mierda de gente no le había importado nunca un carajo. A diferencia de otros que hacían méritos y pretendían ascender a golpe de misa y cilicio, Dora acudía de lunes a sábado y se limitaba a cumplir con su cometido, eso sí, con la máxima eficiencia posible. Que no se diga. Que nadie pueda decir. Marca de la familia Colom.

El Gobierno Civil era una administración pequeña, pero fuertemente jerárquica. Al ser una simple secretaria, Dora no se relacionaba demasiado con los altos funcionarios, la mayoría del ala dura de la Falange. A veces se sorprendía mirándolos lápiz en mano mientras una cólera sorda le crecía en el vientre, le subía por la garganta y, estaba segura, le desbordaba los ojos.

Lágrimas en el lavabo. Lágrimas de fracaso. De frustración.

Ocho años sirviendo día tras día al enemigo.

Y al final del camino, un contrasentido: su absoluta aversión en desarrollar ningún tipo de carrera profesional, su total desinterés en los temas que allí se trataban y su trato, cortés pero distante, a menudo se confundían con discreción, admiración y humildad. De modo que, sin saber muy bien por qué, la habían acabado ascendiendo a secretaria personal del señor Mateu, jefe de un negociado donde se trataban asuntos de máxima confidencialidad.

Paradoja. Hay situaciones que se convierten en una pura y absoluta paradoja. Ocho años después de aceptar ese trabajo por pura supervivencia, Dora convivía cada día con material altamente sensible. Y eso provocaba que ella supiera cosas, muchas cosas. Demasiadas. Aquellos falangistas, en el colmo del despropósito, confiaban en ella. Y mucho. En términos crematísticos esa responsabilidad le daba derecho a un sueldo un poco más digno y a la puta cartilla de racionamiento de primera. Y eso era, al final, lo único que le importaba.

Hasta la mañana de la detención de Albert.

Cuando, un rato después de que Miquel la dejara, confusa, en la terraza del Zúrich, cruzó la puerta del despacho, notó, al momento, cómo el ambiente habitual había cambiado radicalmente. Cómo se había enrarecido. De hecho, el aire parecía de plomo. Pesado y metálico. Varias secretarías y un par de subalternos la saludaron sin levantar la vista de los papeles. Y el resto, ni tan siquiera eso. Parpadeó, perpleja, y tragó una saliva densa.

Todo el mundo lo sabía.

Mierda. Todo el mundo lo sabía.

No podía perder el trabajo. Ahora no. Aún no.

Golpeó la puerta del despacho del señor Mateu con suavidad, notando cómo un pánico antiguo, olvidado desde los días de las delaciones, los fusilamientos, las cabezas rapadas, el hambre intensa, amenazaba con paralizarla.

—Disculpe, señor Mateu, hoy me he retrasado un poco, he tenido un... —Calló unos segundos tratando de encontrar la palabra menos comprometida—. Problema familiar. Naturalmente hoy me iré más tarde. —Poco a poco le iba volviendo el aplomo—. No volverá a pasar. ¿Quiere que repasemos la agenda de hoy?

Esperó plantada con la libreta y la pluma en la mano, intentando mostrar la cara amable y dispuesta de cada día. Como si el problema familiar fuera una cuestión doméstica menor. Su jefe, un hombre maduro, hosco y meapilas, pero ni de lejos el hijo de puta más grande de allí, la miró

con frialdad. Se mantuvo en silencio, impassible, durante unos segundos que parecieron horas.

—Sí, señorita Colom. Pero antes tráigame un café. Como siempre.

El hecho de que el jefe del departamento la hubiera tratado con algo parecido a la normalidad, logró que el ambiente en la oficina se relajara un poco. Incluso el señor Mateu, al ponerle nombre al *incidente* familiar, le recomendó que fuera a ver a sus padres a la hora de comer. Ella accedió con un «gracias» seco. No los había visto todavía. No los quería ver. Quería escapar. La losa de la familia como un peso infinito que la anclaba.

Le abrió su madre.

Los ojos duros.

La cara impávida. Su peor versión.

—Isadora, todo el mundo te está buscando. Tu padre sufre y Bonaventura..., bien, ha estado un rato aquí, pero no lo he visto demasiado. Creo que también te busca.

El reproche seco, austero, marca de la casa. Y luego la pregunta insustancial, como si nada pasara:

—¿Comerás aquí o en tu casa?

Dora miró a su madre a los ojos, y la actitud desafiante entre las dos mujeres, tan similares, tensó el ambiente. Sentía los reproches no dichos, una amargura antigua envolviéndola, asfixiándola. Notó cómo la ira la invadía poco a poco y apartó la vista hacia la pequeña cocina, donde algo hervía en una perola de barro. Al volver a mirar a su madre, la rabia había desaparecido.

Lo que ahora sentía era pena. Compasión.

Recorrió los dos pasos que las separaban rápidamente y sin pensarlo demasiado la abrazó. Notó el cuerpo rígido de la anciana, rechazando aquella muestra de afecto.

Mierda. No debería haberlo hecho.

Pero de improviso aquellos brazos delgados y temblorosos la rodearon y el cabello blanco le rozó la mejilla al descansar la cabeza sobre su hombro.

Estuvieron unos minutos así. Ambas con los ojos brillantes. Ni una lágrima en ninguna mejilla. Unos minutos de armisticio en medio de una guerra. Una isla de encuentro a pesar de la distancia sideral que las separaba.

Cuando habló, procuró no mirar a su madre a los ojos.

—Ya he comido, mamá. Ahora vuelvo a trabajar, estamos preparando una visita importante y parece que se acabe el mundo. Tú no te preocupes. Estoy moviendo hilos, Albert está bien, eso me lo han garantizado —mintió—. En unos días quizá podamos verlo, o incluso puede que ya lo hayan soltado —mintió de nuevo—. Por la noche vuelvo y os cuento.

Se acercó a la puerta, la madre en silencio. Y ya con el pomo en la mano se volvió un instante.

—Hablaré con Bonaventura cuando vuelva.

Y habiendo pasado casi dos semanas después de ese día fatídico, con Albert encarcelado y con la frustración aplastándola, todavía no entendía por qué no fue a buscar a Bonaventura inmediatamente, por qué alargó el encuentro hasta la noche. Ni qué coño estaba haciendo ahora, plantada delante de aquel cine mugriento, esperando a Miquel después de no haber sabido nada de él en tantos días. Tampoco comprendía por qué no había podido olvidar la sensación que tuvo al

verlo ni cómo aún podía notar la lengua de Miquel dentro de su boca y la presión de su mano en la nuca. Y la molestaba recordar la humedad repentina, intensa, en la entrepierna y la sensación de abandono, de confusión y de un nefasto presentimiento que había intentado evitar.

Hacía casi dos semanas que Albert estaba detenido.

Y ella notaba cómo todo la empujaba hacia un inminente y absoluto desastre.

## 13

### Lo Riu

*Lo Riu*. Así, en mayúsculas. Con el artículo neutro delante. Como *Lo Poble*. Así lo pronunciaba su madre y así siempre lo hacía Dora. *Lo Riu* y *lo Poble* de las vacaciones de verano. De la libertad. Del sol y la alegría. Era el río y el pueblo donde, cuando terminaba la escuela, sus padres dejaban a sus dos hijos a cargo de los abuelos maternos para pasar todo el verano. El yayo y la yaya, otras palabras que solo utilizaban en casa y en el pueblo. En Barcelona, los otros abuelos, los paternos, que vivían en Sants, siempre fueron *l'avi* y *l'àvia*.

Hacía años que en casa no se hablaba del río, ni se mencionaba el pueblo excepto para informar, en una rápida enumeración, los nacimientos y defunciones. Ni una mínima concesión a la melancolía, a la nostalgia. Sin embargo, Dora sabía que su madre se veía con otros vecinos que por una u otra razón habían acabado viviendo en Barcelona o en sus alrededores. Y que, a falta de local social, se reunían en el Centro Leridano, dos pisos por encima del bar Estudiantil, en la plaza Universidad, donde disfrutaban de los *calçots*, los caracoles *a la llauna*, o del *trinxat*. Donde se fumaban caliqueños y se jugaba a la *botifarra* mientras se pronunciaban más tacos que palabras durante las partidas. Donde su madre oía hablar de nuevo aquel catalán ancestral, duro y seco, de palabras antiguas y ausencia de vocales neutras. Su catalán, tantas veces menospreciado en la ciudad y que ella, orgullosa, se empeñaba en mantener a pesar de los años de ausencia. Porque era el suyo.

Dora tenía la absoluta certeza de que su madre echaba de menos el pueblo. Mucho. Que siempre lo había hecho, y que lo haría hasta la muerte. Que, en el fondo, cuando sus abuelos murieron, y su marido le hizo ver la conveniencia de vender la casa y los huertos, y su madre decía con la boca pequeña y los ojos llorosos que estaba de acuerdo, Dora sabía que mentía e intuía la magnitud de su renuncia. Que aquella casa y las tierras no eran solo la herencia de una hija única, eran su último vínculo con *lo Poble*, con los tíos y primos, los vecinos de su infancia. Que, con aquella rúbrica en aquella escritura, en esa notaría del paseo de Gracia, la madre cerraba, definitiva e irremediamente, la puerta al secreto anhelo, a la última esperanza, al soñado retorno.

A veces, cuando veía a su madre coser junto a la ventana, con aquel gesto tan familiar, tan de la yaya, recordaba cuando cada 23 de agosto, año tras año, sus padres llegaban al pueblo para pasar con ellos la Fiesta Mayor. Revivía cómo el yayo, ella y Albert los iban a esperar a la estación del tren con el carro y la burra, para que no tuvieran que subir, cargados con el equipaje, la cuesta, larga y empinada, hasta el pueblo. Recordaba a su madre, joven, alegre, luminosa, espléndida, contar a las amigas de infancia cómo le gustaría volver a vivir en el pueblo cuando su marido se jubilara. «A hacer de yaya, y que estos dos me traigan los niños aquí, que yo les haré de

yaya, como han hecho mis padres con ellos. Como deben ser las cosas, *redeu!*». Como deben ser las cosas. Siempre lo decía y reía, con esa sonrisa radiante, magnífica, tan parecida a la suya. Reía en aquellos tiempos en que todos eran felices y la vida parecía sencilla. No había guerra todavía. No había muertos ni desgracias todavía. No tenía una hija viuda a los treinta años, unos nietos no nacidos, un yerno muerto en la defensa de aquel río que tanto amaba, todavía. Y no tenía un hijo en la comisaría de vía Layetana.

Aquellos veranos de niñez, de adolescencia y primera juventud, los preservaba Dora, intactos, en lo más profundo de su memoria. A veces, y siempre sin querer, incluso a su pesar, recordaba aquellas tardes de verano, el calor asfixiante y pegajoso, cuando la yaya cerraba a cal y canto los balcones y las ventanas y bajaba las persianas hasta dejar toda la casa en una penumbra que, milagrosamente, paliaba en parte la canícula inclemente del verano de la ribera del Ebro.

—No se sale de casa hasta las cinco de la tarde, al menos. Que de un golpe de calor te puedes morir. ¡A dormir la siesta! Que no, Isadora —la yaya siempre, y cuando es siempre, es siempre, la llamaba Isadora, orgullosa de que llevase su nombre—, que a estas horas no puedes ir a casa de nadie. A la hora de la siesta no se va a ninguna casa a molestar. ¡A dormir!

Y Dora, medio enfadada y muy fastidiada, daba vueltas y vueltas en la cama, incordiando a su hermano pequeño porque ya se sabe que la juventud no duerme siestas. ¡Había demasiadas cosas que vivir como para perder las tardes durmiendo! Todavía no eran las cinco y un minuto que salía disparada hacia la casa de Carme, o de Núria, o de Montse, para no volver hasta las nueve y media, cena en un visto y no visto y volver a marcharse a la fresca.

Si se olvidaba un poco y dejaba aflorar los recuerdos, podía evocar el corral de la yaya, con las tías y las vecinas que venían a descascarillar las almendras. Veía cómo, sentadas en círculo en aquellas sillas de mimbre, con los sacos derramados de almendras en medio, separaban el casco verduzco del fruto, sin parar de hablar, de cotillear, de reír. Aún podía sentir, si se esforzaba, la quemazón del polvillo de las pieles de las almendras en los dedos, en la nariz. ¡Cómo picaba! Recordaba las tardes en el río con las amigas, remojándose y merendando higos secos con almendras. La piel mojada y dorada. Mientras las madres y las abuelas lavaban la ropa río abajo y las regañaban por cualquier cosa. Recordaba el sabor de la comida de la yaya. De la tortilla de patatas y del bacalao con sanfaina. Del gusto de la leche de cabra recién ordeñada. Del yayo que le pelaba el melocotón con aquella navaja antiquísima que ahora tenía Albert, porque el melocotón siempre había sido, a pesar de que era alérgica a su piel, la fruta que más le gustaba. Nunca más había vuelto a comer melocotones como aquellos. «Los melocotones de Barcelona no valen nada, yayo», decía la pequeña Dora. «Ni los tomates», apuntaba Albert. Y los tres reían pensando lo desgraciados que eran la gente de ciudad.

—*No sé com collons podeu viure allí* —sentenciaba invariablemente el abuelo mientras le tendía la fruta impecablemente pelada.

Y ella miraba aquella cara arrugada, aquella camisa impoluta, la faja donde guardaba la navaja y que le recogía los riñones. Y aquellas alpargatas con vetas negras, gastadas. Y sentía una opresión en el pecho que en aquellos momentos no sabía identificar. Y resultó que al final era la emoción más sencilla de todas. La gratitud sin fisura, el amor incondicional hacia aquel viejo que la quería más que nadie en el mundo.

También, a veces, revivía cómo en los escasos momentos, de muy pequeña, cuando caía la noche y añoraba a sus padres y lloraba sin lágrimas, la abuela la metía en su cama, la mecía contra

su pecho generoso y le cantaba bajito:

*La lluneta t'és padrina,  
Te fa un cos i una camisa  
Te la talla i te la cus  
Pel dia d'anar a Berrús!*

Y luego le daba mil besos con esa cara áspera, resquebrajada por las mil horas en el campo recogiendo aceitunas, almendras y fruta. Y recordaba lo feliz que había sido allí y cómo había llegado a querer aquel lugar remoto bañado por el Ebro y aquellas personas que hicieron de su infancia un paréntesis gozoso, despreocupado. Mágico.

Y era en los terribles momentos en que se sentía sola y atrapada en aquella vida viciada cuando su montos en que se miraba en el espejo cruel que hace que la realidad se muestre brutal, despiadada, feroz. Y se veía con cuarenta años, yerma. Fingiendo que era otra Dora. Responsable. Adulta. Formal. Trabajando para los mismos hijos de puta que mataron a Joan, que destruyeron todo aquello en lo que creía, todo lo que amaba. Teniendo que soportar aquella sociedad beata, cobarde y asquerosa que no la dejaba respirar. Que la ahogaba.

En aquellos instantes, ni sus padres ni Albert ni Bonaventura ni nadie podía paliar la nostalgia por aquellos días luminosos. Y era entonces, cuando los recuerdos llegaban, inevitables y húmedos, dejándola empapada de sensaciones. Triste. Exhausta. Lágrimas en los ojos y el corazón encogido. Era en aquellos momentos de oscuro desespero, cuando se dejaba ir y pensaba en *lo Riu*, en *lo Poble* y en aquellos veranos. En la juventud perdida, en los ideales traicionados. Lo recordaba todo, lo añoraba todo... pero, por encima de todo y de todos, añoraba a Miquel.

## El Coyote

La tienda de libros de segunda mano *La Luna* no era demasiado grande, pero estaba repleta de volúmenes. Las estanterías de madera oscura iban del suelo al techo y cubrían por completo tres de las cuatro paredes. En el extremo opuesto a la entrada, detrás del mostrador de madera lustrado y mármol rosa, una cortina de terciopelo verdoso ocultaba una habitación que hacía de comedor, cocinita, dormitorio y almacén. La estancia era sorprendentemente amplia y luminosa gracias a un ventanal generoso y una gran puerta que daba a un patio. En el interior del patio, en un rincón, un habitáculo diseñado para liliputienses hacía de cuarto de baño. El espacio, misérrimo, lo ocupaba un inodoro minúsculo y atornillado al suelo a una altura ridícula, una pila miserable solo utilizable por personas que no llegaran a metro treinta y un espejo que, a Paco, casi metro noventa de hombre, solo le enseñaba el ombligo.

Una manguera de goma amarilla atornillada en el grifo del fregadero convertía un barreño grande y metálico en una especie de ducha cutre, pero efectiva. Lo que definía al patio, sin embargo, era —al lado de una gran mesa de marmol, rescatada de los escombros de La Criolla y que era evidente que había conocido tiempos mejores— la profusa vegetación que lo cubría. Hiedra por las paredes y un par de rosales gigantescos. Un limonero en un extremo. Lirios, pensamientos, lilas y un sinfín de flores ocupaban enormes jardineras escrupulosamente alineadas. No había ni una hoja ni un pétalo en el suelo. Y en aquellos últimos días de mayo el patio de la librería *La Luna* resultaba un edén florido rodeado de miseria y suciedad.

La librería estaba, como el patio, impecablemente limpia y ordenada. Destacaba una lámpara *art déco* que colgaba del techo y que Paco había podido salvar, también, de la demolición de La Criolla. Su luz titilante transmutaba el ambiente en algo enigmático y a la vez acogedor. La miscelánea de libros, cientos, ordenados por categorías, subcategorías e idiomas se ordenaban en una suerte de método de catalogación propio con el que la clientela, invariablemente, no encontraba nada, pero que era altamente eficaz para Paco, que conseguía localizar un volumen, de entre aquella amalgama sin pies ni cabeza, en segundos.

La calle Ferlandina estaba abarrotada de gente a esa hora de la tarde, y como era habitual, Paco fumaba apoyado en la puerta de la tienda y saludaba, displicente, a los vecinos que pasaban. Pequeños comerciantes, trabajadores del mercado de San Antonio y criadas que volvían a casa después de haber estado limpiando los grandes pisos del Ensanche. Era una calle tranquila, aquella. La parte del barrio chino donde el ambiente era familiar, de gente humilde, sí, pero exento de la degradación de las calles Robadors, Arco del Teatro, Mediodía, Cadena o San Ramón. Sin embargo, la proximidad de la noche provocaba que grupos de desahuciados, víctimas de una pobreza desahuciada, buscaran refugio para pasar la noche en pisos deshabitados, en solares llenos



de escombros, en fincas derruidas, en cuevas, en obras en construcción. El aspecto de aquella gente era espeluznante. Con suerte vestían harapos y calzaban alpargatas. Otros llevaban el cuerpo rodeado de papel de periódico y utilizaban cartón y trapos para envolverse los pies, consiguiendo, con poca fortuna y menos eficacia, algo remotamente parecido a un zapato. Muchos y muchas iban con la cabeza rapada en un desesperado intento de evitar los piojos. Solución eficaz, sí, pero que añadía a su aspecto ya paupérrimo un plus de miseria. Paco fumaba y los veía desaparecer por los callejones secundarios. Miró el reloj y maldijo a Fuentes. Si no hubieran quedado, ya habría cerrado la tienda. Tenía cosas que hacer esa tarde, le esperaban en Can Valero antes de que oscureciera, pues al día siguiente llegaba un cargamento importante y había que preparar bien las cosas. Pero, por mucha prisa que tuviera, no podía dejar plantado al comisario. No a Fuentes.

Apenas hizo el gesto de tirar la colilla al suelo cuando lo vio avanzar, jadeante, la gabardina en la mano, dejando a la vista de todo el mundo la camisa remangada y una poco disimulada cartuchera bajo la axila sudada. Paco le tendió la mano. Fuentes la encajó con una firmeza que a Paco no le sorprendió. Una mirada cómplice en medio del gesto formal. Él y el comisario eran viejos conocidos desde que había llegado a Barcelona a finales de los veinte. Habían pasado por muchas cosas, juntos. Habían sobrevivido a Primo de Rivera, a la República, a las checas. No sucumbirían ahora ante ese montón de mierda nacional-católica malfollada.

Todo eso aparte de sus negocios.

Paco cerró la puerta con llave una vez ambos estuvieron en el interior. Colgó el cartel de cerrado y, sin decir una palabra, se dirigió al mostrador, de donde sacó un paquete envuelto con cuidado. Cuando lo dejó sobre el mármol, los ojos del comisario se iluminaron a pesar del gesto serio, imperturbable.

—¿Cuántas hay?

Paco sonrió dejando excesivamente a la vista la magnífica dentadura.

—Diez. Ocho de Lafuente Estefanía y dos de uno nuevo, un tal José Mallorquí, el protagonista se llama Coyote. Vendría a ser como un Zorro... Ya sabe. De lo otro, dos. De la buena.

—¿De la buena? La última vez era yeso triturado. Y lo sabes.

—A veces puedo controlar lo que me traen, pero a veces... Esta la he probado. Es de primera. Fuentes sacó unos billetes del bolsillo que Paco rehusó con un exceso de histrionismo.

—Comisario, por favor. Va por lo del otro día. El policía levantó una ceja y dejó con parsimonia la gabardina sobre el mostrador. Alargó los billetes. Paco los cogió sin decir nada.

—Los vicios se pagan. —Y la voz sonó ronca.

No solo venía de compras. Había quedado claro.

Un silencio espeso se instaló entre ambos. Fuentes lo miraba a los ojos y Paco le aguantó la mirada mientras un miedo antiguo, nunca aplacado del todo, le hacía palidecer.

—¿Todavía ves a Isadora? —La pregunta cayó sin previo aviso, salpicando todo.

Se lo había preguntado en castellano. Cuando estaban solos nunca hablaban en castellano.

Paco parpadeó.

—¿Isadora?

—Sí, cojones. Isadora Colom. Dora.

—Dora, sí, claro claro. —Tardó unos segundos en contestar—. Sí —admitió finalmente—.

Nos vemos de vez en cuando. No como antes de la guerra, ya sabe... pero sí, la veo...

Paco estaba desconcertado. ¿Qué pintaba Dora aquí? No tenía nada que ver con sus negocios.

Ni con Fuentes.

—¿Pasa algo con ella?

Fuentes se sentó con una mueca de dolor. ¡Puñetero estómago! Y en ese gesto espontáneo, Paco percibió la incipiente e insoslayable decrepitud que enseñaba la patita, todavía con timidez. Y pensó que pronto Fuentes no podría ocultarlo.

—Todavía no. Pero puede que pase. Hemos detenido a su hermano Albert. ¿Recuerdas que te dije que hemos empezado a apretar en los círculos de intelectuales? Pues resulta que el muy idiota se dedicaba a imprimir octavillas para un grupito de universitarios afines al Front Nacional de Catalunya. —Paco asintió con gravedad—. Creix está obsesionado con la universidad. Y allí tenemos infiltrados para aburrir.

—¿Albert está en vía Layetana?

—No, no... Con la excusa de que necesitábamos el sótano lo he mandado a la Modelo. —Sacudió la cabeza—. No aguantaría dos interrogatorios con alguien duro de verdad. Pude intervenir a tiempo y solo ha hablado conmigo. Eso es muy importante. La Modelo es dura, pero es otra cosa. No está con los presos comunes, sino en la quinta galería, con los políticos. No es el Ritz, pero si no le toca los cojones a la gente equivocada, sobrevivirá. ¡Bah, Paco! ¡Qué te voy a contar que no sepas!

Sabía. Claro que sabía.

La gente como él. Los hombres como él.

Invertidos. Transformistas. Travestidos. Maricones. Nenazas. Chuparrabos. Bujarrones. No podía ni recordar las veces que hombres como Fuentes lo habían detenido, golpeado, violado, humillado, enviado al Pabellón de Clasificación de Montjuïc, a la Modelo, al campo de trabajo de Nanclares de la Oca. Cada vez que se aplicaba la Ley de vagos y maleantes. Cada vez que desde el Gobierno Civil se expedía la orden: detengan a los sospechosos habituales.

Sospechoso habitual. Por no esconderse, por no bajar la cabeza. Sospechoso habitual solo por ser como era, porque Paco Sanllehí nunca, ni en los momentos álgidos del conflicto, se había significado políticamente. De hecho, nunca había tenido demasiada opinión política. Era amante de la libertad y del dejar vivir y por eso la República le gustaba. Pero nunca llegó a votar. Ni una sola vez.

Su familia era católica y medianamente conservadora. Catalanista. Poco dada a utopías revolucionarias. Cultivar, vender, misa de domingo. Apegados a la tradición. Paco no heredó ningún bien material después de su fuga con un músico pijo y maricón y de ser inmediatamente repudiado. Solo heredó una destacable habilidad negociadora y un tirón exacerbado por la liturgia católica. Paco era, realmente, un creyente de corazón, pero poco dado a visitar iglesias. En un rincón de su habitación, sobre un pedestal, tenía una estatuilla de un Jesús ciertamente agraciado chorreando sangre. A los pies, tazas de cristal con velas encendidas por las almas benditas. Decenas de velas que Paco prendía cada vez que alguien moría, que alguien enfermaba, cada vez que se le perdía algo y cada vez que lo encontraba. En un altar adyacente, cientos de estampitas de vírgenes y cuatro o cinco cristos crucificados en una especie de liturgia sadomasoquista que lo confortaba.

No, a Paco no le había interesado nunca la política. Había sobrevivido hasta entonces precisamente por eso. Le gustaba la República, pero no la quema de iglesias y el asalto a los conventos. Era algo que le afectaba en lo más profundo. Aquella visión de imágenes decapitadas,

profanadas. No, aquello le ofendía. Así que, cuando se vio en la tesitura de esconder a dos sacerdotes buscados por milicianos de la FAI con la pretensión de enviarlos a la checa de Sarrià y que habían requerido sus servicios sexuales con asiduidad y generosidad, hizo una excepción en su norma de no jugársela por nadie. No les debía nada, no tenía por qué hacerlo, pero se arriesgó para proteger a aquellos dos curas que en las circunstancias inversas no hubieran dudado en denunciarlo.

Todos sabían qué pasaba en la checa de Sarrià.

Todos sabían qué pasaba en vía Layetana.

Ahora no lo haría. Había aprendido. La Criolla había cerrado. Joan estaba muerto y aquella vida y la esplendorosa juventud ya no volverían. Era el momento de bajar la cabeza y callar. Colaborar. Averiguar. Delatar.

Paco Sanllehí Sanahuja, Paquita la Fantástica. Uno de los más grandes transformistas de Europa. La estrella que había vivido noches gloriosas en los escenarios del Edén, La Criolla, el Gran Kursaal. Lugares donde vestido, maquillado, transformado, imitaba como nadie a Pastora Imperio, a la Bella Chelito o a Concha Piquer, había tenido que asumir que a ojos de los demás solo era un librero de cincuenta años, que traficaba con cocaína, que a veces se prostituía y que, para acabarlo de redondear, era confidente de la Político-Social.

Aparentemente. Porque Paco era más. Mucho más.

Fuentes lo conocía, lo sabía. Pero, a pesar de que lo pensara, no lo sabía todo.

—A finales de mes habrá un acontecimiento importante en Barcelona. —El viejo comisario lo miró duramente a los ojos—. Muy importante. —Se puso el dedo índice bajo la nariz imitando un bigote—. Ya sabes lo que esto significa.

—Sí. Algo he oído —mintió Paco. No le convenía que Fuentes pensara que pasaba algo que no controlaba.

—Ya sabes que a finales del año pasado desarticulamos la Agrupación Guerrillera de Cataluña y detuvimos a muchos dirigentes del PSUC. Y a muchos maquis. Pero no los pillamos a todos. Sabemos que algunos de ellos andan sueltos y sin cobertura desde el exilio. Los que cortan el bacalao en Francia, y en Moscú los han dejado con el culo al aire después de media vida pegando tiros. Bien, hay rumores de que alguno venido de Francia se ha juntado a la desesperada con Los Maños.

—¿Pero el grupo de Los Maños no son anarquistas? ¿No son los que se cargaron al Melis, al confidente?

Fuentes asintió.

—La necesidad te obliga a tragarte muchos sapos, Paco, ya lo sabes. Y un enemigo común hace de la necesidad virtud. Los Maños necesitan gente si quieren intentar algo a gran escala. Y los maquis venidos de Francia son combatientes de primera. Fogueados en la guerra, en la resistencia, con Leclerc... —Se detuvo un momento mientras se secaba el sudor de la cara—. Después de darle el pase al cabrón del Melis, intentaron ametrallar al comisario jefe Quintela. Se nos escaparon por los pelos, y el grueso del grupo, Wences, Quico Sabaté y Facerías se han ido a Madrid. Pero volverán, eso seguro.

—Y eso tan importante que dices pasa a finales de mes. De este mes de mayo. —El cerebro de Paco funcionaba a máxima revolución—. Y habéis detenido a los universitarios de los que me hablaste.

—Sí, a finales de mes, principios de junio a más tardar. Y sí, hemos detenido a los universitarios. Los Creix creen que los guerrilleros que quedan intentarán buscar apoyo en los jóvenes cachorros universitarios, inflamados por teorías revolucionarias, para lanzar una operación a la desesperada. Quintela, de momento, lo avala.

Fuentes se levantó con dificultad, cogió el paquete de novelitas de a duro y la gabardina.

—Todo el mundo en vía Layetana debe estar muy nervioso...

—Todo el mundo está muy nervioso.

—Eso no tiene por qué ser mala cosa para nosotros.

—No, no tiene por qué serlo. —Rio flojito—. Habla con Dora. Dile que sabes que su hermano está en la Modelo. Ofrecele tu ayuda. Sois amigos hace más de veinte años. Mi hombre en la universidad, Laureano, no puede ser más memo, no puedo fiarme de nada de lo que me cuenta. Si su hermano le ha hecho alguna confidencia, si ha oído algo por ahí, Dora te lo dirá. Mótatelo como quieras, pero sácale lo que sepa.

Paco negó vagamente con la cabeza y al mirar a Fuentes ya no lo hizo como un confidente.

—Dora no va a saber nada. Tú la conoces igual que yo. Siempre ha sido una persona prudente. Nunca, ni en nuestra época más loca, hizo nada ni medio revolucionario. Otra cosa era su marido, Joan, que *Déu tingui en la seva glòria!* —Se santiguó en un gesto rápido—. Ni siquiera Albert sabrá gran cosa. Y, además, ¿tan importante es lo que pueda saber esa pobre mujer?

Fuentes levantó una ceja y una leve sonrisa apareció, fugaz.

—Bueno, digamos que me interesa tener claro qué es lo que sabe de lo que pasa allí dentro. Y no necesito tanto lo que te diga como la sensación que te dé. Te quiero con los ojos abiertos, puede ser que haya movimiento, que se intente comprar armas, explosivos. Si eso pasa, quiero que te las compren a ti. Yo me encargo de anular a los otros traficantes. Y necesito saber quién, cómo y cuándo.

Se puso el sombrero y se dirigió a la puerta. Al abrirla se detuvo unos segundos, con la mano en el picaporte. Quieto. Giró solo media cara y miró un punto indeterminado mientras decía flojo, con su catalán de poniente, áspero.

—Esta gente está desesperada y odia. No se lo reprocho. El odio es el único sentimiento que no prescribe, Paco. Podemos dejar de amar, pero no de odiar. El odio se hace señor de todo y se alimenta de lo que somos, hasta que nos deja secos. Yermos de otra emoción. —Y entonces sí que lo miró a los ojos, y a Paco le pareció un viejo fastidiado, adicto, enfermo, cansado—. Gracias por los libros. Ya te diré qué tal está el Coyote este. —Calló un segundo—. Y si la mandanga es tan buena como dices.

## 15

### La noche

Que nadie te toque. No notar el calor de una mano en otra, sobre la espalda, acariciándote una mejilla, un muslo. Sentir un abrazo cálido, envolvente, que dure unos segundos más de los que serían necesarios. El contacto de piel con piel, electrizante, único cuando es deseado, que provoca que cada centímetro del otro, cada célula se turbe y muera por alargarlo. El hecho único de comunicarte sin hablar y saber, en lo más íntimo, que ningún otro podrá proporcionarte un deleite como ese. Urgente. Imperioso. Salvaje.

Que nadie te toque, aunque sea en un momento mercenario, y a menudo sórdido, hace que el aislamiento, el hermetismo, la soledad, en definitiva, se haga insoportable.

Pasó mucho tiempo hasta que Dora volvió a sentir el contacto de otra piel en la suya. Podría culpar a la guerra, a la viudez, a los terribles días del hambre y la desesperación, pero ella sabía que eran excusas de mal pagador. Lo indiscutible era que el tema venía de antes. De los teóricamente felices años de la República, del desenfreno. De los años en que el mundo estaba por descubrir y la inconsciencia de la juventud los hacía ser osados, audaces, alocados quizá. Y no es que ella hubiera sido infeliz en su matrimonio, pero la verdad era que su relación con Joan en el sentido estrictamente carnal había sido un total y absoluto desastre.

Después de la muerte de Joan en el frente del Ebro, inesperada, increíble y sorprendente, al fin y al cabo, él era un simple enfermero que siempre estaba en la retaguardia en los hospitales de campaña, Dora había idealizado su matrimonio. Dice el refrán que no hay más ciego que el que no quiere ver, y debe ser una gran verdad, porque durante años ella se negó a reconocer, no a otros, sino a sí misma, que la cruda realidad era que había estado viviendo en un matrimonio que tenía más de farsa que de otra cosa. Y lo cierto era que hacía mucho, demasiado tiempo, que nadie la tocaba, y que el final tenso, incluso dramático de los últimos días republicanos, contribuyó a ocultar a ojos de todos lo que para los dos implicados era inevitable: el inminente e inevitable divorcio.

Y no es que Joan no hubiera sido un buen compañero de viaje. Lo fue excelentemente. Esbelto, bello, simpático, atractivo y atrayente. Seductor. Joan era un encantador de serpientes que deslumbraba a hombres y a mujeres. Siempre la trató como a una reina y a su lado la vida era divertida, desinhibida, libre y sin otros lazos que los del amor y el hedonismo. Y Dora fue muy feliz, creció, experimentó y abrió la mente y los sentidos a situaciones extraordinarias. Fueron años de excesos, *de joie de vivre*. Hasta que llegó un punto en el que no pudo mantener los ojos cerrados por más tiempo ante una situación que como poco podía considerarse anómala.

Y es que apenas tenían sexo. Ni en los inicios de su relación, cuando el anhelo por el otro lo llena todo. Como Dora había vivido en relaciones anteriores. Ella nunca había sido una mujer de

excesivos prejuicios, y no había ni contemplado la posibilidad de mantener la virginidad hasta la bendición canónica o civil, tal como pretendía su madre. Había tenido, consecuentemente, varias historias anteriores, la más intensa, la de aquellos veranos en el pueblo con Miquel Alberich. Primeros amores, momentos juveniles, de descubrimiento. Tórridos, ardientes. La comparación con Joan era inevitable a la vez que odiosa, y cuando al principio del matrimonio, asqueada, se tocaba, siempre acababa recordando aquellas tardes en la orilla del río. Ella y Miquel y aquel sexo urgente e intenso.

A regañadientes, fue aceptando el poco interés de Joan por los asuntos de cama, empujada, en parte, por su abrumadora personalidad, por la presión del entorno y porque el noviazgo había sido corto, sorprendentemente corto para lo que se estilaba en la época. Dora quiso creer que, una vez iniciada la convivencia marital, el tema se normalizaría, pero las cosas no fueron exactamente así. La frecuencia de sus encuentros nunca fue excesiva ni eran de una fogosidad desbordante. Pero, a los tres años de matrimonio, que follaran ya se podía considerar un acontecimiento, hasta que nunca más volvieron a hacerlo. Sin decirse nada. Sin motivo. Sin más.

Cuando años después lo recordaba, se dio cuenta de que, realmente, no vio nunca claro eso del casorio. De hecho, ella no tenía ninguna prisa por pasar por la vicaría y prefería un noviazgo más largo, pero Joan lo deseaba tanto, insistió de una manera tan convincente, deslumbró de tal manera a sus padres que a los seis meses de la primera cita se encontró, atónita, contrayendo matrimonio en la iglesia de San Felipe Neri en una ceremonia sencilla, pero preciosa. Con más amigos que familia y con un fin de fiesta en La Criolla que fue mítico y duró hasta altas horas de la madrugada. Y allí fue, el mismo día de su boda, cuando conoció a Paco.

Francesc Sanllehí Sanahuja, Paco, había llegado a este valle de lágrimas el día de la Candelaria, justo al estrenar el siglo, en la masía de sus abuelos maternos, sita en la villa de Horta. Su nacimiento fue plácido a pesar de que su madre era una mujer menuda, que superaba ampliamente la cuarentena y que el bebé pasó de los cinco kilos. Un chico grande y robusto de lloro contundente. Paco fue un bebé imprevisto, fruto de un único encuentro, rápido y étlico, entre la única hija de los Sanahuja y un herrero ambulante natural de Sagunto que hizo mutis por el foro con la tinta del acta matrimonial todavía fresca, a los dos meses de nacida la criatura.

«La chica de los Sanahuja ha hecho Pascua antes de Ramos», decían las piadosas a la vez que despiadadas vecinas ante la evidencia incontestable de una novia con un vientre de ocho meses al pie del altar. A la vista de las escasas fotografías del acto, Paco siempre sospechó, y así se lo explicaba a Dora entre risas, que las vecinas beatas, mujeres bien casadas todas ellas, hubieran querido estar en la piel de su madre, y haber estado, ni que fuera una sola vez, con semejante macho. Y es que el herrero Sanllehí resultaba, y eso era incontestable, un hombre sumamente inactivo. Alto, robusto, con una amplia espalda ejercitada a base de trabajo físico y una cabellera oscura y abundante. El rostro de rasgos armónicos, una mandíbula de macho alfa y unos ojazos verdes de belleza arrebatadora. El atractivo físico que, por suerte para Paco, heredaría al completo, no era, sin embargo, la mayor de sus virtudes. El valenciano desplegaba una simpatía desbordante y era jaranero, tarambana y amante de la fiesta y el bullicio, del vino y, por encima de todo, de las mujeres. Ciertamente Chimo Sanllehí tenía un don de gentes excepcional y conseguía embaucar por igual a hombres y a mujeres, y a estas últimas, cabe añadir, con una facilidad digna de estudio.

En este estado de cosas, el abuelo de Paco y padre de la deshonrada y madura hija que antes

de la llegada del Casanova del Turia no había conocido varón en el sentido bíblico del término, al ser sabedor del desastre, citó al atractivo mujeriego en el comedor familiar, sirvió dos vasos de ratafia, abundantes, y vaciando el suyo de golpe, sentenció con un tono suave y peligrosamente calmado.

—Las cosas pasan por alguna cosa. Dios Nuestro Señor a veces escribe recto con reglones torcidos. Y quiénes somos nosotros para cuestionarlo, ¿verdad, chico?

Lo miró sereno.

—Te seré sincero. Mi mujer y yo ya no teníamos esperanzas de que ninguna criatura naciera en esta familia. La nena no tiene veinte años precisamente, y soy su padre, pero no ciego. Digamos que no es la mujer más agraciada de la comarca. —La sonrisa, torcida, le desfiguró la cara—. Pero mira por dónde se ha obrado un pequeño milagro. Un milagro, por lo que sé, producto de la ingesta un poco excesiva de vino volviendo del baile de los sábados, ¿verdad? De otra manera no entiendo cómo ha podido suceder... ¡Candidatas no te deben faltar, chaval!

Hizo una pausa y se bebió de un trago la ratafia que Chimo no había ni tocado mientras sus ojos pequeños y oscuros lo miraban fijamente.

—Bien, fuera como fuera, ahora vamos a tener que hacer las cosas bien. Tendremos que comportarnos como hombres, ¿no es así?

El herrero, que era de todo menos idiota, entendió rápidamente lo que el hombre quería. Un nieto nacido de un matrimonio canónico y con un apellido. El resto le importaba poco o nada. Encajaron las manos y pactaron un matrimonio sin fanfarria y dos meses de apariencias. Después desaparecería y nunca más volverían a saber de él y, sobre todo, no les reclamaría nada de la criatura.

Así Paco Sanllehí heredó el apellido y el físico de su padre. Pero también el carácter fallero, expansivo, parrandero y calavera. La afición por la vida alegre y el buen beber. Todo no podían ser semejanzas, sin embargo. En la única cosa que nunca coincidió con el padre ausente fue en su afición por las mujeres. No nos llamemos a engaño, infinidad de ellas suspiraron por él y Paco siempre tuvo grandes amistades femeninas. Las mujeres lo deseaban, pero también lo apreciaban. Lo querían.

La cuestión era que Paco, desde el momento en que tuvo conciencia de sí mismo, y empezó a desear, a anhelar, otros cuerpos, supo con toda rotundidad, con toda crudeza, que le gustaban los hombres. Preferentemente delgados y guapos. Elegantes y sofisticados. Como Joan.

Y fue Paco quien, cuando la conoció y se hicieron amigos, tan amigos, le contó a Dora aquello que ella ya sabía. Aquello que intuía, pero no quería ni pensar. Le contó, con la máxima ternura y con un *whisky* delante, que Joan y él habían sido amantes una temporada, justo al llegar a Barcelona, que hacía tiempo que lo habían dejado, pero que su marido le había ayudado en momentos complicados, y que, gracias a que Joan le había conseguido una prueba en La Criolla, ahora era uno de los más famosos transformistas de Barcelona. Le contó, también, lo complicada que era la vida para los homosexuales y que Joan la quería y, a su manera, la deseaba. Que no se sintiera engañada, traicionada ni decepcionada. Y Dora lo escuchó, lloró y se dejó ir, como tantas noches antes y tantas después. Pero, en realidad, fingió que no lo oía. Fingió que aquella conversación nunca había tenido lugar. Cerró los ojos y los oídos. Cerró el corazón y continuó adelante.

Esta fue una constante en su matrimonio. Una huida hacia delante. Una vida convencional de

día y vivir la noche sin freno. Porque a pesar de que Joan trabajaba como enfermero en el Hospital Clínico, siempre cumplidor y responsable, le fascinaba el mundo de la farándula, de los *cabarets*, de los músicos, de los transformistas. El mundo de la noche. Cuando paseaba por el barrio chino, por el Paralelo, todos lo conocían, todos lo saludaban y él disfrutaba con ellos. Pero nunca, en ningún momento de su relación ni al principio ni cuando el desastre ya era inevitable, dejó a Dora de lado ni la excluyó. En aquellas noches interminables de La Criolla, Dora a veces lo acompañaba y a veces no, pero siempre fue su decisión, y una vez asumida la situación ella nunca pensó en pedirle una vida conyugal más convencional. Así lo había conocido, así le gustaba y así sería hasta que ella lo decidiera. El pacto a tres se había consumado.

Lo cierto es que Joan era una persona fascinante en todos los aspectos, y condujo a Dora a través de un mundo de naturaleza insospechada y de relaciones con unos niveles de solidaridad que la enternecían. Joan, junto con un médico especialista en enfermedades venéreas y otro enfermero, los tres amigos y compañeros en el Clínico, alquilaron un pequeño local en la calle Mediodía con Conde del Asalto. Montaron una pequeña clínica donde atendían gratuitamente a prostitutas y a algunos clientes angustiados ante la posibilidad de acabar con el miembro putrefacto. Trataban la gonorrea, la sífilis, las ladillas y todo tipo de verrugas, pústulas y fiebres. Alentaban a las meretrices a extremar la higiene y les proporcionaban preservativos. Las hacían lavarse con permanganato de potasio. Les administraban una inyección mensual de Duoginón para evitar los embarazos o de apiolina para provocar la menstruación, y también las hacían huir como del demonio de las clínicas de Vías Urinarias que se multiplicaban por todo el barrio chino. Para hacer honor a la verdad, de alguna de esas clínicas podía decirse que aplicaban una mínima ética científica, pero la mayoría anunciaban toda clase de tratamientos, utensilios y preservativos a cuál más fantasioso. La Mundial, El Cupido y La Mascota eran casas serias pero caras: «Gomas higiénicas. Gaste un real y ahorrará mil», proclamaba un cartel en el escaparate de El Cupido. Pero muchas meretrices y no pocos clientes no disponían de estos reales sobrantes. La clínica de Joan, por tanto, pronto se convirtió en un punto neurálgico en el barrio, y Dora se aficionó a pasarse algunas tardes tras el mostrador de aquel local levantado con cuatro ladrillos bastante enlucidos atendiendo a aquellas mujeres que no podían más que provocar su compasión, a pesar de que a menudo hacían gala de caracteres endemoniados y eran ásperas, desconfiadas y malcaradas.

Pero la realidad era que Joan y ella no follaban. Y cuando lo hacían, era porque iban bebidos y drogados, y todo se realizaba en un estado de delirio y semiinconsciencia. Donde ninguno de los dos sabía muy bien qué hacía ni con quién estaba.

Absenta y cocaína.

Y luego llegaron los amantes. Primero esporádicos, hombres que durante unas horas apaciguaban el ansia. Alguno llegó a mantenerse de manera más o menos estable durante unos meses. Nada serio. Nada que la hiciera perder la cabeza. Joan sabía o imaginaba lo que pasaba. Nunca lo censuraba. Incluso a veces Dora llegó a pensar que lo alentaba. Pero también de eso se cansó. La inquietud, la desazón no se calmaba. Parecía idiota. Las noches que no salía, que se quedaba sola en la cama conyugal, añoraba aquello que solo ocurre con el ser querido. Cuando los cuerpos se funden y él lo es todo. Quizá durante un instante, unos días, unos meses, una vida. Y entonces se tocaba y pensaba en Miquel.

Mientras tanto, las noches en La Criolla se sucedían. El local más famoso de la Barcelona de



entreguerras, de la Barcelona canalla que jamás volvería. Aquella ciudad abierta, libre y desinhibida que la beatería franquista enterraría. La Barcelona de los teatros del Paralelo, los cafés, y sobre todo de ese *cabaret* que acabaría siendo un mito de la noche barcelonesa. La Criolla abrió las puertas en el año 1925 en los bajos de lo que había sido una fábrica de hilos y tejidos, el número 10 de la calle del Cid. El local, rectangular y no muy amplio, estaba rodeado de unas columnas de hierro, último vestigio de su pasado industrial, decoradas con palmeras. Mesas de mármol, sillas de madera y mimbre, y un espacio libre para bailar al son de una orquestina. Las paredes estaban cubiertas de grandes espejos, velados casi siempre por el humo de los cigarrillos. A la izquierda, un mostrador de mármol de unos doce metros de longitud. Nada más. Nada de extraordinario que hiciera prever que acabaría siendo uno de los *cabarets* más famosos del sur de Europa. Otros eran más lujosos, más perversos, pero solo en La Criolla la fusión de sujetos de tan diversa procedencia se hermanaba en un desenfreno tal que la combinación resultaba perfecta. Era un lugar inimitable.

Cuando llegó la República, La Criolla ya gozaba de fama internacional. La visitaban clientes de todo el mundo atraídos por un espectáculo de transformistas que nada tenía que envidiar a los lujosos locales berlineses. Los transformistas de La Criolla, con Paquita la Fantástica como cabeza de cartel, actuaban y alternaban con el público. Actores, cantantes, aristócratas, políticos, periodistas, toreros. Todos se pasaban las noches allí. Y todos se mezclaban con chulos, chaperos, traficantes, putas, obreros del puerto y mafiosos. Y en medio de todos Joan. Y a menudo Dora. Bailando, bebiendo, riendo. Rodeada de amigos, divirtiéndose.

Pero sin que nadie la tocara al llegar a casa. Sola. Terriblemente sola.

La mano de Bonaventura temblaba muy levemente mientras acariciaba los tubos de ensayo dispuestos en hilera en el escaparate más alejado de la puerta. Los microscopios, alineados en la estantería de la izquierda, lucían bajo la luz de la luna que se colaba por los ventanales vidriados y altos, acabados en un arco de media punta. Las vitrinas, que llegaban al techo, se mostraban repletas de botes con líquidos de distintas espesuras, arenas de diferentes colores y otras con libros y más libros. Unas bandejas llenas de muestras de vegetales, flores y hierbas reposaban en una gran mesa central de una madera que algún día había sido barnizada y que ahora, desvaído el recubrimiento, parecía más una reliquia ramplona de una librería de segunda mano que el mobiliario que se esperaría en un moderno laboratorio de botánica.

Después de los bombardeos de 1938, y durante los siguientes diez años, la universidad había ido paulatinamente recuperándose del destrozo. Los laboratorios habían sufrido una importante puesta al día. Sin embargo, los recursos eran, como en todos sitios, escasos. Mecenas privados habían inyectado líquido en las arcas universitarias, pero no eran suficientes. A pesar de todo, aquel laboratorio que utilizaban los estudiantes de química y de botánica se había convertido en la joya de la corona del pacto de reconstrucción que, entre todos, en un tácito entente, habían pactado. Reconstruir el edificio, las relaciones, el pasado.

Olvidar. No preguntar. Bajar la cabeza ante las miradas altivas. Tragar bilis.

Ese era el precio de la derrota y la voluntad inequívoca de volver a ser.

Bonaventura, a menudo, se preguntaba si la restauración de las salas, las aulas, los desperfectos físicos, era tan costosa como la reedificación del pasado que todos juntos se obligaban a hacer. De la negación de todo lo que habían construido. De las heridas ocultas y recónditas que los desangraban. De aquellas costras invisibles que voluntariosamente, conjuntamente, construían para tapar las llagas mientras, por debajo, un pus viscoso y maloliente lo pringaba todo.

Y cuando caía la noche, a escondidas, se pasaba horas en aquel laboratorio que conocía como la palma de su mano, sentía que aquellos aparatos nuevos, aquellas paredes recientemente pintadas, y aquellas relaciones humanas construidas a base de olvido, de pasar página y de rencor, no valían el precio que todos estaban dispuestos a pagar. Que cada día pagaban.

A pesar de todo, se obligaba a olvidar la casa de Badalona y su vida de antes. Aquella casa de amplias habitaciones y balcones a la calle. Aquellos techos altos y la chimenea con su butaca de terciopelo verde donde se sentaba a leer y a menudo a escuchar música o la radio. Donde había sido feliz. Donde se sentía él otra vez.

Una vida confortable. La que había sido suya. La que nunca hubiera debido perder.

La infancia feliz, clásica, en el hijo primogénito de una familia acomodada. No de enorme fortuna, pero con una tradición en materia de negocios que empujó al padre de Ignasi, el señor Màrius Roure, a emigrar desde su Camprodon natal a una Barcelona en plena efervescencia industrial. Con entusiasmo y visión de negocio optó por no abrir la enésima fábrica textil, sino que, aferrándose a la tradición familiar, decidió construir una fábrica de galletas y dulces. La decisión era totalmente lógica, habida cuenta de que toda su parentela, durante generaciones, habían sido panaderos y pasteleros. Los dulces del obrador familiar eran muy apreciados en la demarcación de Girona, debido a la calidad de la materia prima y a una innegable influencia de la célebre repostería francesa en su elaboración, hecho hartamente comprensible dada la obvia proximidad geográfica. Con el paso de las generaciones, la familia Roure levantó varios obradores en Camprodon y comarca, donde elaboraban dulces artesanales que se distribuían incluso fuera de la provincia.

El padre de Ignasi, el menor de cuatro hermanos, calculó, de manera bastante realista, que el día aún lejano en el que su padre repartiera la herencia, a él no le tocarían ni las migajas. Tampoco estaba dispuesto a trabajar en uno de los obradores bajo el yugo paterno primero, y bajo el de su hermano mayor y heredero, después. Inquieto y atrevido, no quiso esperar la muerte del patriarca para empezar a construir su camino. Así decidió negociar una salida con la familia, un pacto que beneficiaría a ambas partes: renunciar a la legítima herencia a cambio de una cantidad de dinero en efectivo que le permitiera empezar una vida nueva lejos del yugo familiar. La propuesta, ciertamente innovadora, los sorprendió y no precisamente de manera grata. Pero pasados unos días, y habiendo digerido el órdago del hijo menor, el cónclave masculino Roure se reunió en una notaría de Girona, donde se legalizó el pacto. Y esa misma noche, con el capital ingresado en la sede gerundense de la Sociedad Catalana General de Crédito, Màrius Roure cogió una diligencia hacia Barcelona para no volver jamás.

La cautela y una elemental sensatez rigieron sus pasos y no tuvo prisa para llevar a cabo su idea. Disponía de una cantidad, cierto, pero tampoco se podía permitir dilapidar el dinero heredado con malas inversiones. *La pressa es mala consellera*, le decía siempre su padre. Se lo tomó al pie de la letra.

Nunca dudó que la apuesta ganadora era la de industrializar la producción de dulces y galletas. Productos con calidad artesana, pero aplicando las innovaciones tecnológicas de la época. Y con métodos de fabricación y distribución contemporáneos. Comprendió rápidamente que, adquiriendo las materias primas directamente a los payeses, sin pasar por lonjas ni intermediarios, controlaría mejor los precios y la calidad del producto final y que eso redundaría, sin duda alguna, en un mayor beneficio. Así, dedicó todo un año a viajar por las comarcas meridionales para adquirir el aceite más puro, de la arbequina más antigua. Estableció contactos con los mejores proveedores de avellanas y almendras de la ribera del Ebro y del campo de Tarragona, y comprometió el suministro de la más fina harina de trigo, cebada y espelta de los campos de la Segarra y el Urgell.

Una vez lo tuvo todo atado y estudiado, comenzó la búsqueda de una ubicación adecuada para construir la fábrica. Desestimó rápidamente las barriadas fabriles del Pueblo Nuevo, no le parecían ni higiénicas ni adecuadas para el tratamiento de materia alimentaria. Tampoco los locales intramuros fueron de su agrado: los callejones eran estrechos y mal ventilados y la inmundicia campaba por doquier.

Un día, un conocido lo llevó a Badalona. La posibilidad de establecerse cerca del mar le parecía un pequeño milagro para alguien que había vivido toda la vida entre montañas. Encontrar un terreno a un precio muy razonable y felizmente próximo a la fábrica de licor Anís del Mono lo acabaron de convencer. En poco tiempo la factoría de galletas Roure comenzó a funcionar. Màrius Roure trabajaba día y noche, y como tenía poco tiempo para cortejos, decidió casarse con la hija pequeña de uno de sus contables, una chica lista, trabajadora, guapa y pizpireta. Su matrimonio lo hizo razonablemente feliz y ella le apoyó en todo en su empresa, tanto vital como empresarial.

Al poco nació Ignasi, y a los dos años y pico Andreu. Después su esposa decidió que ya estaba bien de criaturas, y, a pesar de que al señor Roure le hubiera gustado tener una niña, así se hizo. Tal como se hacían las cosas en Can Roure, por consenso. Sin aspavientos ni discusiones absurdas. Si algo podía definir el carácter de la familia, era la exquisita educación, la voluntad de negociación y las buenas maneras entre ellos y con los demás.

Por lo tanto, cuando contradiciendo lo que siempre se había dado por supuesto, Ignasi comunicó a sus padres que no sería abogado, ni economista, ni seguiría con el negocio familiar, y anunció que su intención irrevocable era matricularse en la Facultad de Ciencias, Màrius, como treinta años antes había hecho su padre, reunió a la familia en su despacho de la fábrica, entendiendo que aquel era un asunto que excedía las razones puramente familiares. Concernía también al negocio y, por tanto, la decisión había que tomarla en común y en la fábrica.

—Ignasi, sabes que como hijo mayor y heredero lo más cómodo para ti hubiera sido contentarme, estudiar cualquier cosa y ponerte a dirigir el negocio. Habilidad e inteligencia no te faltan. Pero, hijo mío, tú no optas nunca por el camino fácil. Quieres hacer tu propia vía, andar tu propio camino, y, a pesar de que nada me hubiera hecho más feliz que tenerte a mi lado ahora que ya me hago mayor, me siento orgulloso de ti. Si esa es tu vocación, tienes mi —se detuvo y miró a su mujer que asintió imperceptiblemente— nuestra —rectificó— aprobación y ayuda. Si alguna vez necesitas volver, no dudes que aquí tendrás un lugar.

Cuando, algunos años más tarde, Ignasi consiguió la cátedra, convirtiéndose, así, en uno de los más jóvenes catedráticos de España, el orgullo paterno no hizo más que crecer. También ayudó el hecho de que su hermano pequeño, Andreu, decidiera, él sí, estudiar derecho y peritaje mercantil y tomar las riendas del negocio con empuje y acierto.

El único punto discordante en la apacible convivencia familiar fue siempre la política. Su padre y Andreu eran seguidores y votantes de la Lliga Regionalista de Cambó y de Prat de la Riba. Catalanistas, sí, y mucho, pero monárquicos y conservadores.

Ignasi no. En la facultad conoció a Bosch i Gimpera y a Rovira i Virgili, que acababan de fundar Acció Catalana como una escisión de la Lliga, a la que consideraban poco catalanista y demasiado conservadora. El joven Ignasi, que había leído a pensadores ligados a la órbita socialista, no dudó en afiliarse. Fueron años intelectualmente estimulantes y de militancia y compromiso, pero nunca terminó de encontrar su lugar en Acció Catalana y terminó abandonando el partido a pesar de su amistad con Bosch y con Rovira, amistad que ya nunca se rompería.

Ya catedrático, un compañero lo invitó a asistir a una conferencia de izquierdas nacionalistas que se celebró en el barrio de Sants en noviembre de 1931. En aquella reunión, a la que Ignasi solo acudió de oyente, se fundó Esquerra Republicana de Catalunya, partido al que se afilió de inmediato. El tránsito hacia posiciones más socialdemócratas no menoscabó su amistad con los antiguos compañeros de Acció Catalana, y prueba de ello fue que Bosch i Gimpera, al ser

nombrado rector de la universidad, ya en la etapa republicana, le ofreció el cargo de delegado para la Acción Social. Un honor que, al final, resultaría envenenado.

Y es que el equipo de gobierno del rector Bosch i Gimpera se ganó muchos enemigos en las élites conservadoras catalanas y españolas, refractarias a cualquier cosa que sonara ni de lejos a cambio social o a intentar modernizar aquella sociedad antigua, reprimida y rancia. Y cuando estalló la guerra y se vio venir la inevitable derrota de la República, Ignasi entendió que allí ya no había ningún futuro para él. Para ninguno de ellos.

La República había sido un espejismo luminoso a pesar de tener unas sombras terribles.

Pero ahora había llegado la noche cerrada. Y nadie sabía cuánto duraría.

Lo vio meridianamente claro, no había opción, ninguno de ellos la tenía, en realidad, y entonces entendió que debía irse a Francia junto con parte del patronato de la universidad. Sus padres rezaron, lloraron. Andreu le prometió que movería todos los hilos habidos y por haber para que saliera con bien del seguro consejo de guerra al que lo someterían si se quedaba. Apeló a decenas de industriales amigos que eran afines al nuevo régimen. A parientes bien situados en la nueva España que harían lo imposible para que lo amnistiaran. Irene, su mujer, intentó detenerlo amenazándolo con acompañarlo ella y el niño de tres años a Francia. Y, entre todos, lo convencieron.

El rector Bosch i Gimpera y el resto del patronato abandonaron Barcelona el 21 de enero de 1939 y lo hicieron con el presidente Companys y el presidente Aguirre de Euskadi. A pesar de la insistencia de sus amigos y el íntimo convencimiento de que no había otra salida, Ignasi dejó pasar ese tren. Paralizado por la duda, cuando quiso darse cuenta, cuando entendió que quedarse en Barcelona era un suicidio y, lo peor de todo, que ponía en peligro a toda la familia, ya era demasiado tarde. No le quedó otra que irse de noche, sin decir nada a nadie, en un tren cargado de milicianos republicanos que se dirigía a la frontera.

Era la retirada. Medio millón de personas en un mes.

Se marchó sin mirar atrás. Sin despedirse. Sin ningún privilegio, con un buen abrigo y una mochila con lo básico y todo el efectivo que pudo recoger. Necesitaba dinero para pagar a la gente que lo ayudaría a pasar la frontera. Fue uno más de los miles que cruzaron los Pirineos a pie, muertos de hambre y de frío.

Hasta llegar a Argelès.

Todavía no hacía quince días de su llegada al campo de refugiados y de la operación de campaña con la que Miquel Alberich le había salvado la vida, cuando supo que el 25 de febrero de 1939, incluso antes del fin de la guerra, el *Boletín Oficial del Estado* había publicado el decreto donde se oficializaba el cese como catedráticos de Pere Bosch i Gimpera, de Pompeu Fabra y de Joaquim Xirau. Eran los primeros de una larga lista en la que él figuraba en decimoséptima posición. Lo firmaba Pedro Sainz Rodríguez, ministro de Educación. Y, en ese mismo decreto, en un indigno párrafo final se los declaraba «enemigos de España».

Y así, con esa rúbrica, fue como los ganadores sentenciaron que Ignasi Roure ya no era catedrático, que ya no era un científico. Que todo por lo que había trabajado, por lo que había luchado, todo lo que había sido su vida había desaparecido. Con una rúbrica al pie de un decreto. Que no había más presente que ese campo de refugiados, malviviendo, con la cara destrozada y ciego de un ojo. Rodeado de gente extraña que no lo conocía y a la que no le importaba. Y fue entonces, justo en ese momento, cuando entendió con toda crudeza el alcance real de la tragedia.

Entendió que mientras Franco viviera, nunca nunca podría volver a casa.  
No como Ignasi Roure.

Pero fue él quien tomó la decisión. Quien quiso volver a casa. Nadie lo había obligado a coger aquel pasaporte ajeno, suplantar al amigo muerto. Sentir la mirada de desprecio de los camaradas de Argelès, oír los gritos de traidor a su espalda, el impacto de los escupitajos en su espalda. Fue él quien no dudó en cuál sería su respuesta cuando aquel verano de 1940 después de que Pétain firmara el armisticio con Hitler y una semana después de que las SS llegaran al campo, con el cadáver de Bonaventura Puig todavía caliente, el gendarme le preguntara como al resto de refugiados: *Compagnie des Travailleurs Étrangers ou Franco?*

Y recordara por última vez a Bonaventura, enterrado, lívido. A Miquel perplejo, viendo cómo su camarada, su amigo, contestaba con voz firme a la vez que entregaba aquel pasaporte robado:  
—Franco.

## Resistir

Cuando el 27 de febrero de 1939 el gobierno francés de la Tercera República y el gobierno español, dirigido por Franco desde Burgos, firmaron el acuerdo Bérard-Jordana, en el que Franco se comprometía a la neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial y, a cambio, Francia reconocía al gobierno de Franco como el único legítimo, en Argelès se congeló algo más que el agua.

El impacto inicial que generó la noticia fue poco a poco diluyéndose en la lucha cotidiana por sobrevivir. Los meses pasaban y la organización interna del campo empezaba a dar sus frutos. Poco a poco, los franceses les habían empezado a proporcionar madera, cuerdas y otro material, y se fueron construyendo los primeros barracones en una especie de cuadrícula ordenada, una especie de Ensanche en la arena, formado por calles principales y otras secundarias que se dibujaron intentando, de manera instintiva, mantener el orden en medio del desastre.

Más de cien mil personas amontonadas en pocas hectáreas.

Ya era imposible saber el número de muertos que se apilaban en los márgenes del campo, comprometiendo no solo la salud de los refugiados, sino también la de los propios franceses. El problema de salud pública era tan sangrante que finalmente las autoridades del campo, sobrepasadas, mandaron levantar cinco grandes tiendas como enfermerías y un precario hospital de campaña. Algunos médicos y enfermeras fueron reclutados entre los refugiados del mismo campo. Pero a pesar de ello, la disentería, la tuberculosis, el escorbuto y el tifus hacían estragos. Y los cadáveres seguían amontonándose. Finalmente, se autorizó a adecuar en un terreno anexo al campo un cementerio particular. Un cementerio desbordado de cruces bastas, hechas de madera o de cualquier cosa. Cruces fabricadas con un tenedor y un cuchillo. Con dos palos. Con dos huesos. Fosas sin nombres. Fosas comunes. Pequeñas para niños. Madre e hijo en un mismo agujero.

Qué ironía.

Al poco tiempo, el campo ya había sido dividido en dos partes claramente separadas. Una la ocuparon los civiles, la otra las tropas militares republicanas, los brigadistas internacionales que no habían podido o querido volver aún a sus países y algunos civiles como Bonaventura e Ignasi que, avalados por Miquel, gozaban del relativo orden de la zona militar. Los mandos republicanos, resistiendo al desánimo, intentaban mantener firme la disciplina dentro del campo. Todos viviendo en la quimera colectiva de un campamento militar con los soldados divididos en batallones y compañías. Donde cada mañana se levantaba la bandera republicana, se tocaba diana y se hacía instrucción.

La República y una manera de entender la vida y el país se hundía cada día más en la arena de Argelès.

Sin embargo, la consigna era resistir.

Resistir.

—Míralos, ya se preparan para formar.

El tono burlón de Bonaventura sorprendió a Ignasi en la misma medida en que, en el fondo, lo compartía. Había algo de heroico y a la vez ridículo en ese afán de fingir que el ejército republicano seguía en pie, y todos, incluso los mismos que cada mañana se alineaban bajo la bandera rasgada y sucia, lo sabían.

—Lo hacen para mantener la moral alta, ya lo sabes.

—¡Los cojones, la moral! Jugar a la guerra no nos levanta la moral a nadie. Todos estamos hartos de guerra. Lo hacen porque, si dejan de montar el numerito, perderían toda autoridad. Dejarían de tener privilegios, de ser los interlocutores con los putos franceses y acabarían siendo como cualquiera de los desgraciados del lado derecho. —Bonaventura hizo una mueca y se dobló por la mitad aguantándose la tripa—. ¡Coño! Ya vuelvo a tener dolor de estómago. ¡Hostia puta! Necesito beber.

—Queda poca agua, Bonaventura. Da solo unos sorbos. Y, por favor, aguanta un poco y no vuelvas a beber agua de esos pozos. Está salada y no es potable. Lo único que consigues es tener más sed. Mucha gente se está muriendo de disentería. Intenta aguantar.

Bonaventura cogió la cantimplora de Miquel y dio un trago largo. Miró desafiante a Ignasi. Este se puso el abrigo, indiferente a la provocación.

—Ya te apañarás con Miquel cuando vuelva. Me voy a los barracones de intérpretes.

Ignasi salió de la tienda sin mirar atrás. A medida que se iba encontrando mejor de las heridas de la cara, más le molestaba todo en aquel lugar infernal. Y cada vez aguantaba menos a Bonaventura y sus quejas continuas. Aquella especie de necesidad de pasar cuentas constantemente, de ser imprescindible en cada momento. Reclamando un reconocimiento que, era evidente, necesitaba más que la comida, que el agua. Vampirizándolos para después hacerles saber que, sin él, estarían perdidos. Cualquiera día Miquel lo mandaría a la mierda. La alianza, la camaradería que habían tejido entre los tres tenía una pata coja. Y al final, la terrible verdad era que Miquel y él estaban condenados a pudrirse en aquel infierno. O en el mejor de los casos apuntarse a una CTE para ir a trabajar, medio esclavizados, a algún lugar recóndito de una Francia cada vez más hostil, incapaz de acoger más refugiados, y con sus propios problemas con una Alemania crecida y una Italia afilando los machetes en la puerta trasera.

Ignasi sabía que a Miquel le esperaba, con toda seguridad, un tribunal militar y varias condenas de muerte. Y él, traidor a la patria, lo mismo o una condena a trabajos forzados que no era más que una sentencia de muerte en diferido. Qué podía esperar nadie de la gente que había matado al mayor poeta y lo había enterrado en una cuneta.

Pero el caso de Bonaventura era diferente. Aún no había podido enterarse bien de las razones por las que había huido de Barcelona con la retirada. Pero cada vez se hacía más evidente que Bonaventura no había estado nunca en el ejército y que la razón de su fuga no había sido, en ningún caso, por razones ideológicas. De hecho, comenzaba a ser una obviedad que la ideología de Bonaventura se limitaba a intentar rapiñar lo máximo posible y a sobrevivir. Ignasi lo despreciaba y envidiaba en igual medida: aquella falta de ética, aquella ligereza vital lo hacía libre. A él, en cambio, el peso de la conciencia, el deber, la supuesta heroicidad que impregnaba todos los actos cotidianos, lo aplastaban. Lo inmovilizaban.



«No Pasarán. Más vale morir de pie que vivir arrodillado».

Aquella letanía.

Pero pasaron, y ahora todos estaban arrodillados en aquella arena helada.

Bebiendo agua pútrida. Muriendo como perros.

Llegó al barracón de los intérpretes y, a pesar de llevar el papel que lo acreditaba, tuvo que discutir cinco minutos con el gendarme de la puerta. Impaciente, una hilera de gente, cada día más larga que el anterior, necesitaba que alguien les hiciera de traductor con los burócratas franceses. Necesitaban de todo, desde redactar una simple instancia, apuntarse para un reconocimiento médico, hasta notificar oficialmente una defunción. Todo el papeleo debía hacerse en francés y, si bien había algunos que lo chapurreaban con mayor o menor fortuna, poca gente en el campo dominaba el idioma con la fluidez de Ignasi, que había hecho parte del doctorado en la Universidad de la Sorbona y había colaborado a menudo con el Muséum National d'Histoire Naturelle. Conscientes de su valía, los mandos militares franceses lo reservaban para redactar las instancias más comprometidas y, a menudo, lo utilizaban para asuntos personales. A cambio, gozaba de cierto privilegio con el reparto de comida y agua, de madera, o con el tratamiento médico de sus heridas.

Aún no había traspasado el umbral de la puerta cuando se oyó a lo lejos el rumor de los motores de una avioneta. Aquel ruido era como una sirena para los refugiados, que sabían que desde esas avionetas que periódicamente sobrevolaban el campo se filmaban películas y se tomaban fotografías, y también sabían que estas películas acababan en los noticiarios de todo el mundo.

Las consignas.

Resistir. El orgullo de la República.

Ignasi se detuvo y, a pesar de haberlo visto cien veces, no pudo evitar mirar a su alrededor con el corazón en la garganta. Todo el mundo, hombres, mujeres, niños, militares, brigadistas, ancianos..., todo el mundo había tirado al suelo lo que tenía en las manos y, mirando al cielo, levantaban el puño. Nudos en muchos estómagos. Silencio sepulcral. Miles de puños alzados al cielo.

No conseguirían fotos ni imágenes de gente derrotada.

La República no moriría en ese campo.

Allí, en aquella arena infecta, allí, con aquel gesto que algunos hacían mientras lágrimas como puños se deslizaban por sus mejillas, allí, en el campo de refugiados de Argelès-sur-Mer, en el campo de Saint-Cyprien, se fraguaba, día a día, la conciencia del exilio republicano.

Orgullo. Dignidad.

Ignasi, de pie junto al gendarme que, respetuosamente, guardaba silencio ante el gesto de aquella gente, vio a Miquel mirando la avioneta, el gesto desafiante, alzando el puño poderoso. Sonrió al descubrirle la mirada y leyó en sus labios «¡levanta el puño, coño!». Ignasi le sonrió a su vez y, mientras sacaba la mano del bolsillo, divisó a Bonaventura, en pie ante la tienda, con la mirada oscura y los brazos cruzados en el pecho. Un intenso dolor le desfiguraba el rostro. Y fue entonces cuando Ignasi fue realmente consciente de que algo no iba bien. El gesto altivo y autosuficiente había desaparecido, y allí solo había un hombre jodido. Muy jodido y muy amargado.

La República quizá no moriría en ese campo, pero mucha gente sí lo hizo. Y una parte

importante de Ignasi quedó allí, entre aquel mar infinito y aquel alambre oxidado. Una parte que ya nunca habría de volver.

## Cuerpos celestes

Parece que la teoría de la atracción de los cuerpos celestes trata de un juego según el cual un cuerpo celeste cercano provoca una conexión gravitacional tan fuerte que inclina las órbitas del resto de planetas. Así, los dos planetas del sistema que se sienten atraídos tienen sus traslaciones coordinadas de tal manera que se estiran mutuamente, manteniéndose ambos en el mismo plano inclinado. Por otra parte, existe la interacción mutua entre dos cuerpos. Los dos cuerpos que interaccionan reciben los efectos de las fuerzas que ejercen entre sí. Y, como es obvio, las interacciones siempre se producen por parejas.

No lo vio llegar, pero notó cómo una mano le apretaba la cintura y unos labios cubrían los suyos. Esta vez no aceptó la lengua y con una leve presión separó a Miquel, que la miró fijamente, serio, hasta que poco a poco su mueca burlona destensó el ambiente. Se mantuvieron dos segundos más en silencio, Dora evitando aquellos ojos grandes, oscuros, que la quemaban, mirando a Ingrid Bergman.

—¿Vamos?

Duda. Dora. Vete. Hace demasiados días que dura esto. No puedes. No deberías. Sabes que no podrás pararlo. Que él lo desea, que tú también.

—Vamos.

La habitación donde se alojaba Miquel era realmente miserable. Estrecha y larga. El extremo opuesto a la puerta lo ocupaba un pequeño hornillo, una mesita redonda y un brasero situado bajo la única ventana que comunicaba con un patio de luces sucio y oscuro. Detrás de la puerta, impidiendo que se abriera del todo, había un armario, destartado, que sorprendentemente conservaba intacto un espejo decorado con pequeñas flores biseladas que, en lugar de embellecer la pieza, solo conseguía aumentar la sensación de miseria de todo aquello. Enfrente del armario y pegado a la pared, un camastro de seis palmos y una silla de madera basta, sin barnizar. Una habitación sórdida, aunque impecablemente limpia. El suelo barrido, la escasísima y parcheada ropa perfectamente colgada y doblada. Sábanas limpias y la cama hecha a la manera militar.

Dora ni se dio cuenta. Ni lo vio.

El hornillo. El armario. El espejo. El patio de luces.

Solo vio a Miquel.

Sus labios, sus manos grandes, aquellos ojos de fuego devorándola. Solo necesitó media hora y dos vasos de vino barato para ser consciente de que no podía pararlo. Que no quería pararlo. Que aquello era lo que necesitaba desde ni recordaba cuándo. Y ni por un segundo pensó en Albert, torturado en vía Layetana, en sus padres, solos y ancianos. Ni mucho menos en Bonaventura, solo en aquella torre, cada día más hermético, aislándose de todos. Evitando a

Laureano, evitando a los profesores, evitando a todo el mundo que no fuera ella.

Nada de aquello importaba realmente. Aquí y ahora. Solo ellos dos. Los cuerpos famélicos, el anhelo reprimido. Todo lo otro formaba parte de aquella vida raquítica y mísera que había durado demasiado tiempo. Aquella boca, aquellos ojos eran su urgencia. Y consiguió que todo volviera a ser como en aquellos momentos en que ambos tenían veinte años y estaban desnudos en la orilla del río. Como si no hubieran pasado eones de tiempo y toneladas de desgracias. Y fueran jóvenes y bellos. Y el futuro se mostrara espléndido.

Cuando se querían.

Miquel la desnudó con parsimonia. Pieza a pieza, disfrutando de la desesperación de ella. La erección bajo el pantalón era evidente y Dora intentó, con torpeza, desabrocharlo. Miquel le apartó las manos y sin decir nada la lanzó sobre la cama.

Sin contemplaciones.

Como había hecho siempre.

Como a él le gustaba. Como sabía que a ella le gustaba.

La penetró sin quitarse la ropa y le cogió las muñecas y se las unió por encima de la cabeza mientras la embestía, sin darle tregua. Mantuvo la boca sobre la suya todo el tiempo, hasta que notó los espasmos de ella y entonces se dejó ir con un grito ronco.

—¿Recuerdas aquellas tardes en el río?

—Claro.

Dora se volvió de lado para mirarle el perfil, la nariz prominente. Siempre le había gustado. El cuerpo corpulento, redondeado por la madurez. El cabello que había sido oscuro y ya era casi blanco. Las cicatrices producto de mil guerras que lo envejecían y al mismo tiempo, en una especie de milagro inverosímil, lo embellecían. Lo escrutó en silencio, con un desasosiego casi imperceptible que solo sufría al tenerlo cerca.

Él, consciente de su mirada, se mantuvo boca arriba, la vista fija en el techo sucio. Pensando. Articulando el discurso que llevaba toda la tarde preparando y del que dependían tantas cosas. Decidiendo cómo enfocarlo para no asustarla. Cómo empezar.

Cerró los ojos un momento y se notó desfallecer. No se veía capaz. No con Dora. Notó que ella se movía, inquieta, a su lado, y pensó que no aguantaría demasiado tiempo más. Más temprano que tarde llegarían los remordimientos, las preguntas y entonces perdería la oportunidad. Argelès pasó como un relámpago ante sus ojos, como siempre pasaba. Y la resistencia, el maquis, el monte, el frío y el hambre. El miedo cada vez que veía a un policía. La miseria, ya crónica. Vivir sin documentación. Vivir sin futuro.

Solo una esperanza. Una salida.

Se volvió y le acarició la mejilla. Le dedicó una media sonrisa notando cómo la desazón de Dora se reducía.

—Albert no está en vía Layetana. Ya no. —Levantó una mano al ver que Dora comenzaba a sonreír, esperanzada—. Está en la Modelo. Ya habrá llegado. Lo trasladaron hace pocos días.

Dora balbuceó.

—Pe... Pero... la Modelo... ¿por qué?

—Esto no es tan mala noticia como parece. En la Modelo hay una red de presos políticos que lo cuidarán, gente del partido, organizados... El caso no lo lleva un comisario hijo de puta, eso es seguro. Sacarlo de allí es el favor más grande que podían haberle hecho. Con una semanita debe

haber tenido más que suficiente. Nena, en vía Layetana es donde están los policías tarados de verdad. Sabe mal decirlo, pero las hostias que debía recibir ya se las han dado. Y me han asegurado que está razonablemente bien. Cagado, pero bien. Intentaré que mis contactos en la Modelo, viejos camaradas de vuelta de todo, lo protejan. Lo harán sin preguntar nada, por eso no sufras. Te lo prometo, Dora.

Calló unos segundos. La información debía ir calando poco a poco. Gota a gota.

—Tu hermano no es una lumbrera, pero la verdad es que eso le podía haber pasado a cualquiera. Lo que sospechabas era cierto. Imprimía octavillas y carteles para las juventudes universitarias catalanistas. Los de la *politicossocial* están muy pendientes de los estudiantes, les han pillado ojeriza o algo. Han apretado un poco fuerte a un par de criaturitas de estas y, naturalmente, han cantado la parrala. Total, todo el grupito al trullo.

Se detuvo al ver cómo Dora se desconcertaba. ¿Eran buenas o malas noticias? ¿Saldría de la cárcel? ¿Qué podían hacer?

Ahora. No dudes, Miquel. Entra a matar.

—Todo esto pasa por lo que me dijiste que sucederá pronto —dijo con voz suave—. Es evidente que preparan una gorda. Están limpiando las calles. Deteniendo preventivamente. Ya sabes. Como siempre.

Poco a poco, Miquel, paso a paso.

—Me dijiste que trabajabas en el Gobierno Civil, ¿verdad? —La mano derecha descansó sobre la cadera de Dora y la acercó para besarla, suave—. Tú sabrás mejor que yo lo que pasa. Por la calle se oyen cosas.

Apoyó la cabeza de Dora en su pecho mientras callaba unos segundos.

—Todo esto es una mierda, Dora. Tú lo sabes. Estamos condenados. Todos nosotros. Tú, yo, Albert. Todos. No tenemos ningún futuro aquí, puedes tenerlo por seguro..., ningún futuro que no sea agachar la cabeza y tragar. Vengo de Francia y... ¡qué hatajo de hijos de puta! Y los ingleses, y los americanos. Nadie nos ayudará desde fuera. Ni los que cortan el bacalao en el exilio de Francia ni los de Rusia. Nos han dejado tirados, abandonados a nuestra suerte, sin infraestructura, sin contactos, sin papeles, sin un duro. Les da lo mismo que nos mate un guardia civil o un somatén en las montañas o nos torture Quintela en vía Layetana. Esta traición de los nuestros es la que más cuesta de digerir. —Levantó la barbilla forzándole la mirada—. Solo hay una salida, Dora.

Ahora.

Dora habló al fin, con un hilo de voz, una brizna de esperanza vibrante en las cuerdas vocales resacas por la fatalidad, una chispa de ánimo en los ojos apagados.

—¿Cuál? ¿Cuál, Miquel?

Ahora.

—Hacer algo. Un golpe gordo y en la yugular. Algo que nos redima. Joderles esto que pasará, eso que todo el mundo esconde. Tú lo sabes.

Los cuerpos celestes se atraen. Sí. Pero a veces la sincronía entre sus órbitas se pierde. Entonces siguen su recorrido, pero el punto aquel en que convergían, en el que su movimiento se convertía en equilibrado y armónico, desaparece. Y, otra vez, vagan solos por el espacio hasta que, fatalmente, las leyes de la física los vuelven al punto inicial.

Dora se sintió incómoda. Estiró la sábana gastada y se tapó los pechos mientras el aire entre

ambos se hacía denso, tan denso que costaba aspirarlo. Rehuyó su mirada.

—No puedo hablar de eso, ya lo sabes. El ambiente allí es terrible. Todo el mundo me mira, me controlan en todo momento. Gracias al director del departamento que no me han puesto de patitas en la calle. Y eso que siempre pensé que mi jefe era un idiota pusilánime. —Miró a Miquel fijamente—. Ya ves, nunca acabas de conocer del todo a la gente.

—Seguro que se te quiere follar. —El tono frívolo, intentando aligerar todo, la sonrisa burlona destensando la cara.

—¡Qué dices! Si es de misa diaria. Tú no sabes lo que es aquello. No nos hacen ir a trabajar con mantilla por el canto de un duro.

El aire volvía a ser respirable, la tensión, aunque presente, había aflojado un poco y Miquel decidió aflojar un poco más.

—No creas, lo entiendo bastante. Y por nada del inundo quisiera que tuvieras problemas en el trabajo. Bien, más de los que ya tienes. Pero no sabes lo que es vivir así, con esta precariedad, esperando una ayuda que no llega. —Se pasó la mano por la cara y al retirarla parecía realmente un hombre desesperado—. Nos han abandonado, Dora. El partido nos ha dejado tirados. Lo han dicho desde Rusia. No habrá más contactos, no habrá más dinero, más misiones. Solo puedo contar con cuatro camaradas, la mitad en la Modelo y conmigo mismo.

Le acarició suavemente la mejilla.

—Sé que puedo contar contigo, pero te pedía demasiado. Perdóname. Que estés aquí es suficiente. Ni te imaginas cuánto me ayuda.

El beso fue inevitable, como inevitable fue que Dora le susurrara al oído cuando las mejillas se rozaron al fundirse en un abrazo que preludiaba el inicio de un segundo asalto.

—Viene Franco a Barcelona, probablemente los últimos días de este mes. No lo sabe casi nadie todavía. No tengo ni idea del porqué de tanto secretismo, pero creo que tienen miedo de que se esté tramando un atentado. Está todo el mundo muy nervioso y todo huele mal. Muy mal.

## 19

### Veneno

Habían pasado dos semanas desde la detención de Albert y el ambiente, lejos de relajarse, cada vez estaba más tenso. Bonaventura aparentaba serenidad mientras notaba cómo la paranoia lo invadía.

Miedo. Ansiedad. Desconfianza.

Escalofríos cuando alguien lo miraba unos segundos más de lo necesario, cuando le preguntaban por Albert.

Sospechas.

Mala fe.

A medida que los días iban pasando y no había noticias del Albert, los fantasmas crecían a su alrededor exponencialmente. Vivía en aquella aparente placidez en que parece que no pasa nada, pero sí pasa. Las miradas se clavan, incisivas, en la espalda y los murmullos te acompañan al caminar. Una letanía ininteligible a tu alrededor. Ensordecedora.

Cuando cogió aquel pasaporte maldito y subió al camión en el que los traidores a la República abandonaban Argelès, no quiso mirar atrás. Había decidido no oír los insultos de los refugiados, no sentir los escupitajos llenos de rencor y desprecio a su paso. Salir adelante y volver a casa. Subir al camión y no volver la cabeza. Ni un último vistazo al lugar que lo marcaría para siempre.

Pero la voluntad es débil, y como la esposa de Lot al abandonar Sodoma, Bonaventura no pudo evitarlo. Lanzó una última mirada al lugar que le había cambiado la vida. Habían sido solo unos segundos los que tardaron sus ojos en barrer el campo. Buscando. Sí. Buscando, aunque no lo quisiera reconocer, a aquel hombre que le había salvado la vida, que le había ofrecido su protección y su amistad y que no merecía de ninguna manera aquella deslealtad.

Un Judas sin treinta monedas de plata.

Un Judas con un pasaporte.

Y, efectivamente, en una suerte de ajuste de cuentas absurdo, sin épica ni consuelo, Ignasi Roure, renacido en Bonaventura Puig, se convirtió en piedra al ver a Miquel plantado en medio del gentío. Rodeado de refugiados escuálidos, sucios, pero dignos. Hombres que levantaban el puño. Mujeres que gritaban. Y esa mirada de Miquel. Una mirada sin ira, sin desprecio ni odio. Era una mirada, aquella, de tristeza infinita, empapada de un desengaño profundo. Intuyó unas lágrimas luchando por salir de entre sus pestañas, y lo último que vio antes de que su propio llanto lo volviera todo borroso fue el perfil de Miquel, aquella nariz, aquel gesto altivo andando despacio hacia la tienda. Un hombre con todo el peso del mundo sobre sus espaldas.

Y Miquel, en realidad, no sabía nada. No sabía lo peor.

La infinita cobardía.

La monstruosidad de su traición.

Cuando, dos años después de salir de Argelès y habiendo cumplido la increíblemente corta condena a trabajos forzados, llegó a la puerta de la fábrica en Badalona, se dio cuenta de que allí todo había cambiado. Desastrado, desfigurado y sucio, nadie lo reconoció. Prudente, él tampoco dijo quién era. No tardó demasiado en saber que su padre había muerto al poco de su marcha, que su madre estaba enferma y vivía con Andreu... e Irene. Se habían casado en cuanto el Consulado de Francia le comunicó a la familia que Ignasi Roure había muerto de disentería en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer. Indagó discretamente entre los empleados domésticos, entre los trabajadores de confianza y averiguó que la familia había acabado reconociendo en privado que había sido una suerte que Ignasi no hubiera vuelto, que tal como estaban las cosas, solo hubiera traído desgracia a la familia y al negocio. Le contaron que el matrimonio entre Andreu e Irene funcionaba y que hacía poco habían tenido una niña preciosa. Y también le aseguraron que su hermano estaba criando al sobrino como propio, un chico serio y formal que nunca había dado un disgusto y que estudiaba en los jesuitas con excelentes resultados.

Estuvo días malviviendo por los alrededores de la fábrica. Incapaz de tomar una decisión. Incapaz de pensar en nada. Enterrado por su familia. ¿Qué les podía reprochar? Extraño entre su gente. Extraño en su ciudad. Badalona había dejado de ser el pueblo de costa donde había vivido desde siempre. Barrios nuevos de pisos baratos que se estaban construyendo por doquier. Acogían miles de personas recién llegadas con anhelo de prosperidad, de trabajo. Badalona se convertía en una ciudad de acogida. Una ciudad que, paradójicamente, a él lo expulsaba.

Solo los vio un día. Era un domingo al mediodía. Bonaventura llevaba varias semanas durmiendo en la calle y comiendo cualquier cosa. Salían de la iglesia de San José, de donde la madre era devota. Donde él había sido bautizado, donde había hecho la comunión y donde se había casado. Bonaventura estaba en la puerta pidiendo caridad. Sin demasiado dramatismo ni exhibiendo las heridas. Sentado en los escalones, con la cabeza baja.

Fue una intuición. Una opresión en el pecho que le hizo levantar la vista. Y los vio salir, sonrientes. Su madre, una anciana asida al brazo de Andreu, un poco calvo, pero lustroso y bien conservado. Irene, espléndida y elegante, hablaba animadamente con un muchacho alto y apuesto. Guapo. Su hijo, que era una mezcla perfecta de ambos. Todos parecían felices y en paz con Dios y con el mundo. La paz que da el dinero, la buena alimentación y la tranquilidad.

Quiso irse, pero no le dio tiempo.

Su madre se detuvo frente a él. Lo eligió a él de entre la multitud de mendigos que levantaban la mano. Cada uno más histriónico que el anterior, lamentándose a voz en grito de sus desgracias. Lo escogió a él, que los miraba en silencio. Se deshizo del brazo de su hermano y se acercó, caminando con dificultad, hasta cogerle la mano. Dejó unas monedas en su palma. Su madre mantuvo su mano sucia entre las suyas. Temblaban levemente. Le miró a los ojos mientras él notaba cómo algo se rompía en su interior.

Porque entonces lo supo.

Que a pesar de todo lo que había sufrido, Ignasi nunca volvería.

Que Ignasi Roure acababa de morir definitivamente en la escalera de aquella iglesia.

Y que ahora le tocaba vivir a Bonaventura Puig.

Su madre le había dado dos monedas de cinco duros. Para alguien en su situación, era una verdadera fortuna. Compró algo de comida, ropa de segunda mano y un billete de tren hacia



Barcelona. El trayecto lo vivió mal, nervioso, pero cuando bajó en la Estación de Francia notó una fuerza nueva, distinta. Vagabundó unos cuantos días por la Barceloneta, desorientado, hasta que una mañana oyó a otros vagabundos que en el puerto necesitaban gente para trabajar de estibador. Era el trabajo ideal para él en ese momento. Un empleo que no le obligara a pensar demasiado, pero que le permitiera ingresar un mínimo. Vivir al día, sin planes, como nunca había hecho. Aquel trabajo le dio estabilidad unos meses, hasta que un día Siseo, el jefe de los estibadores, un buen hombre con el que compartía turno, tardes de vinos y partidas de *botifarra*, le comentó, como de pasada, que su hijo había presentado instancia para trabajar de bedel en la universidad. En el querido y añorado edificio, donde no se había atrevido a entrar de nuevo.

Fue un arrebato. El más elemental sentido de la prudencia le decía que debía mantenerse alejado de un lugar donde, a pesar de la purga, seguía trabajando mucha gente que lo había conocido. Que le había conocido *mucho*. Pero pudo más la añoranza, el anhelo de recuperar, aunque solo fueran las migajas de lo que él había sido. Naturalmente, lo contrataron enseguida. Su pasado como Bonaventura no le inhabilitaba, el certificado de buen comportamiento en el campo de concentración lo avalaba, y el sorprendente y exhaustivo conocimiento de la institución y del edificio le catapultaron a lo más alto de la lista de admitidos. Juró fidelidad al Movimiento y al régimen. Y comenzó su nueva vida.

Desde el primer día de trabajo, extremó las precauciones habituales que habían formado parte de su cotidianidad desde su vuelta a Barcelona. Y hasta ese momento, todo había ido bien. Habían pasado los años, y ahora casi nunca pensaba en su otra familia. Supo, por la esquila de *La Vanguardia*, que su madre había muerto. A menudo, se acercaba al cementerio de Badalona, siempre a deshoras. Para no encontrar a nadie. Pero no añoraba a Irene, y su hijo era ahora un recuerdo lejano, más bien una entelequia que una presencia en su vida. Y estaba Dora. Conocer a Dora. Enamorarse de Dora. Casarse con Dora. Solo por el hecho de existir le había devuelto la esperanza, una esperanza pueril, si se quiere, de volver a sentir algo parecido a la felicidad.

Pero ahora todo lo que había conseguido, peligraba. Por culpa del atontado de Albert, que tenía de revolucionario lo que él de cura. Toda la familia estaba ahora en el punto de mira. Su instinto le decía que lo mejor era dejarse ver lo menos posible, de aislarse todavía más de los compañeros y de los pocos profesores que habían sobrevivido a la purga y lo habían conocido como Ignasi Roure. Sobre todo, se escondía de un par de antiguos compañeros de departamento, que habían logrado salvar la cátedra por el canto de un duro y que, si bien creía que no lo habían reconocido, bajo presión podrían llegar a sospechar.

Ya no iba a los laboratorios y evitaba toda tentación de pasear por los jardines y el invernadero. Como Quasimodo en la ópera, solo se sentía seguro en su casa. Y allí estaba, solo. Horas y horas escuchando la radio, sus discos de *jazz*, leyendo, mirando la torre y sus vitrales mientras su mundo se empequeñecía cada vez más, y esa sensación maldita le recordaba aquella otra que había intentado enterrar en aquella arena de Argelès.

Saberse prisionero entre cuatro alambres y el mar.

Y solo una esperanza. Un hilo que lo unía al exterior. Dora. Un hilo cada vez más seco, más arisco. Que se debilitaba día a día, y no sabía por qué. Una Dora que evitaba el contacto, que casi no le hablaba y rehuía su mirada. Una Dora ausente que se iba de madrugada y volvía casi de noche. Una Dora que se le escapaba como arena entre los dedos.

Siempre arena. Maldita arena.

Y aquel comentario. Casual. Inocente. Intencionado. Envidioso. Cáustico. Quién sabe.

«La vi salir de una portería del chino con un hombre». «Diría que era ella». «Y parecía que se tenían confianza».

Y el veneno en la sangre. Corriendo por todo el cuerpo hasta el corazón, hasta el cerebro. Pudriéndolo todo. Contaminando lo más bonito. Veneno en las extremidades. Veneno que mata la prudencia, el sentido común. Veneno que lo mata todo, excepto al mismo veneno que, dueño y señor del cuerpo, actúa.

El bar estaba lleno de chavales jugando al billar. Eran de todos los tamaños. Algunos no llegaban a las mesas y había que ponerles unos cajones bajo los pies a modo de alza. La sala era grande y disponía de seis mesas de billar clásico, destartaladas, y dos de billar americano recién estrenadas. Las paredes pintadas de un verde desvaído aparecían recubiertas en la parte inferior por unos paneles de madera oscura donde descansaban hileras de tacos perfectamente alineados. En el otro extremo, tras la barra de bar forrada de la misma madera, un hombre corpulento, grueso y calvo leía desganadamente una novelita de a duro. Chupaba desacompasadamente un caliqueño que contaminaba aún más un ambiente con una evidente falta de ventilación, mientras de vez en cuando vigilaba, de reojo, al grupo de críos que practicaban sin descanso.

Dos parroquianos bebían unos chatos de vino mientras pontificaban acerca del juego de los niños. De repente, gritaban a alguno que había cometido un error, lo que lo hacía, a sus ojos, merecedor de una muerte lenta y dolorosa como colofón a innumerables y sádicos tormentos. La virtud pedagógica del método la ponía en entredicho la cantidad de repeticiones del error por sujeto abroncado, y el hecho, incuestionable, de que el error parecía contagiarse de manera inmediata al resto de las criaturas, de modo que todos entraban en un bucle grito-error-grito-error que solo finalizaba cuando, milagro, algún aprendiz se sacaba de la manga una carambola extraordinaria, y entonces todos bebían y se felicitaban. Hasta el próximo error.

Miquel Alberich miraba el juego desde el otro extremo de la sala. Siempre había sido bastante aficionado. En el pueblo, antes de la guerra, solía jugar al billar clásico, en la Sociedad Obrera. No era demasiado bueno, o al menos no podía competir con el chico de Ca Paquel, que tenía una mano indudable para las triangulaciones, las cuales le llevaron a disputar, con razonable éxito, algunos torneos provinciales. No, Miquel no era un gran jugador, pero le gustaba observar a los expertos. Las caras concentradas, los dedos diestros, la tensión en el ambiente cuando se jugaban algo más que la honra. En aquella sala de billares también, y no era algo menor, se sentía ciertamente protegido. El señor calvo y barrigón había sido un antiguo camarada que había tenido la buena fortuna, una vez pasada la guerra y una relativamente breve estancia en la cárcel de Salamanca, de ser lo suficientemente hábil para montar aquel negocio con otros tres socios, aficionados al billar y a la buena mala vida, tan rojos como él.

El juego. La buena mala vida. La revolución.

El billar les daba de comer y un lugar donde reunirse sin despertar demasiadas sospechas. Habían conseguido, además, que algunos de los estraperlistas del barrio chino lo utilizaran como almacén de emergencia y eso, que en principio parecía que les perjudicaba, en realidad les ofrecía una tapadera perfecta al formar parte de una red de sobornos que los mantenía

relativamente tranquilos. Mientras la pasma pensara que eran simples contrabandistas y fueran cobrando el porcentaje acordado, no se preocuparían de nada más.

Miquel llevaba algunos días observando las idas y venidas de los socios del billar. Aprovechaba los ratos que Dora trabajaba para conseguir algo de dinero haciendo de colillero con el Seco o, si había suerte, ayudando a descargar los camiones que abastecían las paradas de la Boquería. Pero, por encima de todo, mientras trajinaba, pensaba. Urdía y desurdía planes. Y esa era, realmente, su verdadera ocupación: observar y pensar.

Observar el ambiente. Los preparativos discretos. El despliegue de seguridad. Los policías revisando el alcantarillado, los tejados.

Y pensar. Qué hacer. Cómo. Cuándo.

Cómo conseguir lo necesario para hacer lo que hay que hacer.

Cuándo hacerlo.

Cómo conseguir saber cuándo.

Y Dora. En medio de todo. El medio o el fin, ya no lo sabía.

Aquellas dos semanas habían sido una locura. Para él, para ella, para los dos. Una vorágine de sudor, de placer, de sexo y de sentimientos. No siempre ni todos agradables. Él la deseaba, la quería, ardía por verla llegar, radiante, con esa sonrisa fascinante y los ojos brillantes y juguetones, y cuando lo hacía, algo se le retorcía dentro. Porque él lo sabía. Sabía lo que había tenido, lo que había sentido otras veces. *Lo que se debía sentir*. La angustia del amor. Y no se reconocía en aquel Miquel. En sus argucias, sus mentiras. En aquel darle un poco, pero no demasiado. Siempre tensando la cuerda. Manipulando a aquella mujer que lo merecía todo. No se reconocía en aquel hijo de puta en el que se había convertido.

Eres una preciosidad, le decía cuando yacían, sudados, y ella lo acariciaba o le decía alguna ternura, ingenua. Y él solo pensaba en cómo crear ese ambiente de confianza, en cómo preguntar sin que se alarmara, en cómo retenerla hasta averiguar lo que tenía que saber. Lo que necesitaba saber.

Fingiendo. Disimulando.

A veces el amor te puede dejar empapado. Debería ser ligero, pero lo notas pesado a tu alrededor. Una losa elegida. Cuando te supera y te desborda, pero también cuando lo recibes y no lo das.

A veces el amor es suficiente y a veces sobra.

Vio entrar a Paco e inmediatamente se puso alerta. Lo había visto por las calles y en la librería. Había sabido de su pasado turbio y que se había librado por los pelos de terminar muerto en el penal de Nanclares. Que vendía libros y que, si tenías suficientes duros, y eras de confianza, te pasaba mandanga entre las hojas de las novelitas baratas. Y si tenías muchos más duros, y eras de confianza, además de novelas de calidad, ofrecía mandanga chachi y alguna mamada. Miquel entrecerró los ojos mientras lo veía mirar a derecha e izquierda. No le pareció un pusilánime, precisamente. El gesto era serio y la mirada inteligente. Miquel dudó antes de dar un paso adelante y dejarse ver. En el fondo, lo que Paco hiciera o dejara de hacer se la soplaba. De todo lo que le habían contado solo le interesaba una cosa, que Paco era un seguidor. Y de los buenos.

Y que era amigo de Dora. Desde antes de la guerra.

Sobrevivir a una guerra civil, a tres años de campo de concentración, a una guerra mundial, a

una invasión por los Pirineos y a varios años de maquis y guerrilla, no habría sido posible sin que Miquel hubiera desarrollado bastante la prudencia. Y también un fino olfato que lo llevaba a desconfiar y preguntarse cómo era posible que un homosexual fichado, traficante y medio chaperero, no estuviera en la Modelo ahora mismo, con el resto de los habituales. Con la limpieza bárbara que habían hecho en el barrio. Con Franco llegando. Cómo era posible que alguien con un perfil tan poco discreto fuera un seguidor. Dio un paso hacia la puerta. Quizá no había sido buena idea venir hasta aquí para abordarlo, y era evidente que la respuesta a sus dudas solo podía ser una: que alguien lo estaba protegiendo. ¿Y para qué? O bien Paco sabía cosas y callaba a cambio de protección o bien contaba cosas al protector. La primera opción no le importaba, la segunda era muy muy peligrosa.

Que hubiera aceptado encontrarse con él sin ningún pesar, solo con la referencia de un contacto lejano, no lo tranquilizaba, sino todo lo contrario. Había tratado antes con otros seguidores y las medidas de seguridad a su alrededor eran grandes. Gente curtida y bien conectada, y que a pesar de toda la prudencia del mundo habían caído con el resto del comando. Pero todos habían desaparecido como por arte de magia. Parecía que la única persona en toda Barcelona que podía conseguirle explosivos era Paco. Eso, como mínimo, era raro.

No lo veía claro. Pero tampoco tenía otras opciones. Necesitaba material. Dinamita, mechas, detonadores. No disponía de mucho dinero ni de tiempo para contactar con gente en Francia ni tampoco estaba seguro, tal como estaban las cosas con la dirección del partido en Moscú, que le hicieran caso. La cuestión indudable, sin embargo, era que Franco venía y aquella confianza de Dora, aquel susurro, había hecho que la idea germinara, creciera y lo invadiera todo. Sus días, sus noches. A partir de ese momento cada acción, cada pensamiento, estaba destinado a perfeccionar el plan.

El plan.

Nunca hubiera podido pensar que el destino, tan cruel con él, fuera al final generoso. Miquel Alberich sería quien mataría al hijo de puta.

O moriría intentándolo.

Esta certeza le hizo ignorar toda prudencia y avanzó hacia Paco, que charlaba en la barra con un cliente habitual. Este, que hacía lato que lo estaba controlando a distancia, levantó la vista, y, al cruzarse las miradas, intuyó peligro, locura y una determinación extrema. Percibió con toda nitidez el desespero y el fanatismo. Bebió de un trago el vino que le quedaba en el vaso y sonrió.

## 21

### Star

Bonaventura miró la pistola con ojos desorbitados.

Era una Star Super S de 9 milímetros de calibre. El arma reglamentaria del ejército y de la Guardia Civil desde 1946, una pequeña joya de fabricación nacional basada en el diseño de la legendaria Colt M1911. Era una pistola muy apreciada por los cuerpos de seguridad como arma semiautomática, ligera, que descargada pesaba poco más de un kilogramo, muy fiable y con un calibre no demasiado potente, pero de alta eficacia en las distancias cortas. Su empuñadura resultaba muy cómoda para cualquier tipo de mano, ya que permitía acceder fácilmente a todos sus mandos. Debido a su novedoso sistema de puntería era una pistola muy precisa, y la calibración de la mira se realizaba de manera rápida y natural. En conclusión, era un arma excelente y fiable, pensada para llevar encima sin que se notara demasiado. Bajo la axila o en la pernera. O sea, ideal para un BPS.

La tuvo que coger con las dos manos. La mano derecha, que la sostenía, le temblaba con tanta virulencia que temió que la pistola se le acabara cayendo al suelo. Miró alrededor y, por primera vez en mucho tiempo, su casa le pareció ajena, Como si en realidad los años pasados allí no hubieran supuesto más que un parpadeo en su vida. Suspiró y pensó cómo era de increíble la facilidad con que todo, absolutamente todo, podía cambiar. Solo hacía falta una imagen, un segundo, y ya nada volvía a ser lo mismo. Aunque no quisieras creer lo que tus propios ojos habían visto. Un segundo que marca, como un tatuaje tabernario, el momento exacto de la ruptura.

La noticia de que Albert estaba en la Modelo había aliviado un poco la presión sobre la familia. Sin ser una situación idílica, tampoco se había acabado convirtiendo en una caza de brujas contra ellos. No lo habían podido visitar, pero sí hacerle llegar ropa y algo de comida. Y, sobre todo, habían recibido la confirmación de que estaba vivo y en relativo buen estado. El hecho de haberlo ingresado en la galería de los presos políticos le ofrecía cierta protección frente a los presos comunes y un cobijo, al menos, emocional. Bonaventura sabía lo que era la cárcel. Que tu vida dependa de otras personas. Albert, el sensible Albert, en medio de tiburones.

Dejó la Star sobre la mesa del comedor y trató de calmarse un poco. Como si al no tocarla negara su existencia y cómo la había conseguido. Como si la ausencia de la frialdad en su mano borrara el hecho de que la había robado. Un arma reglamentaria y registrada. Rehusó mirarla, allí, reluciente sobre su mesa, intentando, así, no pensar en lo que pasaría cuando Laureano se diera cuenta de que le faltaba aquella pistola de la que tanto se jactaba y que escondía en un agujero tras el espejo del lavabo. Como le había contado mil veces.

Porque Laureano Pons era, lisa y llanamente, un fascista de manual. Su padre, diligente tendero en Sallent y carlista convencido, había luchado en la tercera guerra carlista participando

en el asedio de Olot a las órdenes del célebre comandante Savalls. Fue herido de gravedad en una pierna y esa circunstancia lo llevó de vuelta al pueblo con todos los honores. El fin de la guerra en 1876 y la derrota de la causa carlista le forzaron a establecerse de manera definitiva en Sallent, serenarse, casarse y abrir la tienda de ultramarinos que regentaría hasta su muerte. El progenitor, habiendo vivido las miserias del frente, había procurado proporcionar una mínima formación académica al joven Laureano, hijo único, con la esperanza de que llevara la contabilidad del negocio familiar. Pero este tenía otras inquietudes que no pasaban en ningún caso por el colmado familiar. La genética y el heroico pasado castrense del padre pesaban mucho y el chico resultó ser más de pistolas y de fanfarria militar. Así, el joven Laureano intentó alistarse en el ejército en varias ocasiones, fracasando en todas ellas, fundamentalmente debido, por un lado, a un físico decididamente enclenque y, por otro, a su exagerada tendencia al histrionismo y la hipérbole postural que asustaron, con todo fundamento, a los mandos militares. Desencantado, entró a formar parte del somatén local, bastante menos exigente, y de allí al requeté provincial, donde progresó hasta dominar las cuadrillas de media provincia.

Al estallar la guerra, y tal y como era previsible dados los antecedentes, desertó rápidamente de las filas republicanas y se pasó al bando nacional. Sin pisar ni un solo día el frente, logró entrar, inexplicablemente, con las victoriosas y triunfales tropas de Franco en Barcelona. Este hecho le granjeó, incomprensiblemente, una fama de héroe de guerra total y absolutamente innmerecida. Al terminar la contienda, y ante la perspectiva de volver a Sallent a despachar bacalao y legumbres, Laureano, en una jugada desesperada, se ofreció a la policía no como agente, pues era evidente que no daba la talla, sino como infiltrado o, en el cénit de su desesperación, de simple oficinista. En definitiva, donde ellos creyeran conveniente. Cuando el capitán al que le estaba dando la tabarra iba a mandarlo a la mierda por enésima y definitiva vez, tuvo la suerte de que Antonio Juan Creix, el tristemente célebre inspector de la Brigada Social, de la que años después acabaría siendo el director, pasara por su lado en aquellos precisos momentos. Se detuvo unos pasos más allá y, sin volverse, escuchó el discurso delirante, grandilocuente e inconexo de Laureano. Se volvió lentamente y sus ojos pequeños, oscuros y fríos como el hielo se fijaron en aquel desgraciado, raquítrico y desaliñado, pero tieso como un general, que estaba deseando delatar comunistas.

Creix levantó la mano, se le acercó, hablaron entre susurros cinco minutos, y lo fichó de inmediato. Lo puso bajo las órdenes directas de su hermano Vicente, que estaba empezando a construir una red de afines con la aviesa intención de infiltrarlos en los círculos intelectuales izquierdistas y catalanistas de la universidad. Los hermanos Creix estaban obsesionados con la universidad, donde, a pesar de la enorme cantidad de profesores y trabajadores exiliados y de la impresionante purga que se había llevado a cabo entre los que se quedaron, la semilla de la lucha contra el régimen renacía velozmente, si es que alguna vez había llegado a morir. Vicente Creix supo ver rápidamente el potencial de un personaje como Laureano. Un fanático sin escrúpulos y con menos luces. Una semana después comenzaba a trabajar como jefe de conserjes.

No era el único infiltrado, pero sí el que cortaba el bacalao, o eso le hacían creer. Tieso, seco y arrogante, al final había conseguido el poder que había anhelado toda su vida. Y lo ejercía de manera indiscriminada. Contra estudiantes, trabajadores, profesores. Se sentía como John Wayne, *el sheriff* del poblado. Y había sido esa prepotencia, esa falta de la más elemental discreción, la variable que los hermanos Creix no tuvieron en cuenta. Resultaba tan evidente en todas sus

actuaciones, tan estridente, que, al final, se convirtió, obviamente, en un rotundo fracaso como espía.

Lo que Laureano no sabía ni siquiera sospechaba, era que en la BPS todos lo tenían tan o más calado que en la universidad, y que Fuentes y otros comisarios se cachondeaban de él constantemente. Y mucho menos se daba cuenta de que Fuentes lo utilizaba para algunos asuntos oscuros que otro infiltrado más listo se hubiera cuestionado. Era el clásico tonto útil.

Que los últimos días Laureano rondaba a Bonaventura era una evidencia y él era totalmente consciente de ello. El edificio era grande y había muchos rincones para esconderse si uno quería, y Bonaventura los conocía todos, pero últimamente Laureano parecía multiplicarse a su vera. Desde que había pronunciado la insidiosa frase sugiriendo la traición de Dora, revoloteaba a su alrededor como un cuervo rodeando el moribundo. Esperando ansioso su derrumbe. Un paso en falso que le permitiera obtener una pírrica victoria ante la lucha sorda que habían mantenido durante años. Laureano hubiera querido conquistar a Dora y lo había intentado de diversas e infructuosas maneras. Ella se reía ante algún patético intento de halagarla o se disgustaba cuando, alguna vez, intentaba presionarla desde su posición en la policía. Pero Laureano, lejos del desánimo, insistía e insistía, hasta que supo que se había comprometido con Bonaventura. El hombrecillo era tradicional hasta el tuétano y un matrimonio canónico era sagrado a sus ojos. Y Dora, en virtud del acta matrimonial, pasó a ser intocable. Pero mezquino y rencoroso como era, ahora disfrutaba enormemente ante la humillación de su rival y de la mujer que lo había rechazado. La tentación de la venganza era demasiado golosa para dejarla pasar, sobre todo para un psicópata con delirios de grandeza. La simpatía que le despertaba Bonaventura y el hecho de que nunca hubiera cuestionado ni en público ni en privado su autoridad no le producían ningún remordimiento. La empatía era, para Laureano, un concepto desconocido. Como la compasión. Simplemente no existían.

Pero Bonaventura dudó. Se negó a sí mismo que las insinuaciones de Laureano tuvieran un resquicio de verosimilitud. No quería reconocer que, en realidad, eran muy plausibles. El comportamiento errático de Dora, las llegadas a deshoras, la mirada ausente, el trato frío. Se debatió días y noches, pero, al final, acabó por seguirla. Y ahora estaba, inmóvil, en la penumbra de aquel portal maloliente del barrio chino, maldiciendo el momento en que decidió espiarla, mientras veía cómo Dora, su Dora, daba a otro un beso en la mejilla, tan tan cerca de la comisura de los labios. Veía la mirada cómplice con la que ella envolvía a aquel hombre corpulento de pelo cano. La cara de Dora iluminada con esa sonrisa que ya no le regalaba, que reservaba para ese otro.

Y Bonaventura en su escondite. Paralizado.

Aquella sonrisa. Aquel beso en la mejilla.

Nada podía empeorar.

Dora se fue calle arriba, hacia Tallers, y Bonaventura se quedó quieto, escondido en aquel portal sucio de orines. Vio cómo el hombre miraba a Dora mientras se alejaba, y cómo, cuando ella volvió la cara en una última sonrisa, él levantó una mano de dedos gordos para despedirla. Bonaventura reconoció los gestos, la complicidad, la mirada de los amantes.

Nada podía empeorar.

O quizá sí.

Las piernas, los pies, se le volvieron de cemento. Toneladas de cemento anclándolo al suelo,



oculto en la oscuridad, mientras todo se diluía a su alrededor, se iba difuminando mientras aquel hombre se metía las manos en los bolsillos y se volvía.

Bonaventura, Ignasi, quien fuera que era ahora, deseó no haber seguido nunca a Dora. Maldijo estar allí cuando Miquel Alberich, más viejo, más corpulento, pero con la misma mirada, con el mismo gesto, con el perfil de siempre, pasó por delante de él, absorto, y siguió andando calle arriba hasta que, de repente, se detuvo y recogió una colilla del suelo, la estudió y se la metió en el bolsillo.

Y la Star sobre la mesa. Limpia y reluciente. Con seis balas. Y la vida que pesa tanto que te aplasta mientras, desesperado, buscas algo a lo que aferrarte. Piensas con desespero mientras, en el fondo, en lo más hondo del corazón, del cerebro, de los huevos, de las entrañas, sabes que estás pagando. Que, por un momento, durante un suspiro, creíste que te habías librado. Pero no. Al final, siempre tienes que pagar. Y ahora, tantos años después, las facturas emocionales comienzan a acumularse, mientras te das cuenta, desesperado, de que en la cartera del corazón no te queda ni un duro.

## El mercado

Dora bajaba por la ronda de San Antonio lentamente. El sol primaveral tamizado por el verde esplendoroso de las hojas de los plataneros la calentaba. Observaba, con los ojos entornados, cómo la calle bastante concurrida a esa hora del domingo por la mañana iba volviéndose bulliciosa a medida que dejaba la plaza Universidad atrás y se acercaba al mercado. Observó el hormigueo de clientes y de curiosos apoyados en la esquina de la calle de Urgell con Tamarit mientras distinguía de entre la multitud a viejos conocidos que hubiera saludado con gusto. Con otros, no quería intercambiar ni una mirada. Los vencedores y los vencidos. Así estaban las cosas.

El barrio de San Antonio estaba tan cercano al barrio chino que la relación de buena-mala vecindad entre ambos era inevitable. Lo mismo que con el Pueblo Seco. El mercado del barrio, el más grande de la ciudad, había sido diseñado, construido y pensado para alimentar a las clases populares que se amontonaban extramuros, y siguiendo el plan de Cerda, también debía ser el mercado de abasto de toda la ciudad. La proximidad con el mercado de la Boquería dio pie a creer que el nuevo mercado sería un apéndice de este, un gran almacén que abastecería a la Boquería y al resto de los mercados. No fue así. La Boquería, con su imponente fachada a la Rambla y su posición privilegiada, consolidó su posición como mercado de gran calidad, de productos exquisitos, donde los agricultores con mejor género montaban los puestos. Era donde las criadas de la burguesía y de la casta de altos funcionarios engordados a las ubres del nuevo régimen iban a comprar los más selectos alimentos. Donde el resto de los barceloneses paseaban y esperaban la última hora del sábado para intentar comprar a buen precio la morralla que los privilegiados habían rechazado. Los huesos y los despojos de los puestos de casquería. Las pieles del bacalao. Las frutas picadas y las patatas grilladas que ningún rico quería.

Pero el mercado de San Antonio, tan cercano al barrio chino y al Pueblo Seco, era otra cosa. Era el mercado popular de precios populares. Con puestos regentados por gente del barrio donde se fiaba y a menudo se pagaba en especies. Ese mercado era, sería, durante muchos años, el lugar donde el tejido de un barrio que era el Ensanche, pero no se lo sentía, se amalgamaba, en una especie de épica de perdedores, con la menestralía del Pueblo Seco a un lado y la marginalidad rumbosa del barrio chino al otro. Los gitanos de la calle de la Cera mezclando flamenco y *son* cubano, inventándose la rumba mientras las amas de casa de Poeta Cabanyes barrían las aceras, limpiaban los cristales escuchando aquellas notas nuevas. Y los comerciantes de Manso, de Urgell, de Parlamento sacaban las sillas a la puerta de las tiendas mientras veían pasear las gitanas esplendorosas e iban a tomarse un carajillo en la bodega del Rafel, un vermut en el bar Amigó, o a jugarse los cuartos en las timbas clandestinas del bar Ramón.

Un mercado podía estructurar o reventar un barrio. En San Antonio, aquel mercado lo

vertebraba todo de lunes a sábado, como tantos otros. Pero había algo que lo hacía diferente a cualquier otro. Único.

Era los domingos cuando todo cambiaba.

El mercado dominical del libro de ocasión. Los puestos de libros de segunda mano.

Cuando, después de una larga reivindicación, la asociación de comerciantes había conseguido que el ayuntamiento autorizara el traslado del mercado dominical del libro de ocasión desde la ubicación tradicional del Paralelo a las marquesinas del mercado, este dejó de ser un mercado como los demás. Se convirtió en algo único. Al principio, se trasladaron poco más de trescientos librereros, pero la inmediata y espectacular acogida popular ungió aquellas instalaciones, aquellas calles, aquel barrio, como el lugar de peregrinación para ir a buscar, en los momentos más oscuros, la luz de la palabra. Del poema bien escrito. De la música que templaba el alma cuando un texto te llega dentro, te entra en el estómago y te lo agarra bien fuerte. Sin dejarte respirar. Aquellos librereros que pasaban frío o calor no eran conscientes de que, con sus míseros chiringuitos, con las novelas de duro sucias y estrujadas, estaban proporcionando un baño de dignidad y de educación a varias generaciones.

En esos tenderetes destartalados, si se contaba con el padrino adecuado, se podían conseguir ejemplares prohibidos de Proust, Kafka, Malraux, Gide, Camus o Sartre. O libros escritos en catalán que los librereros escondían bajo cubiertas falsas. Libros que a menudo ni tan solo se cobraban, libros que pasaban, gastados y pegajosos, de mano en mano, y que disfrutaban, así, de una clandestina segunda vida.

Los toldos verdes que colgaban de las marquesinas protegían los puestos al tiempo que les proporcionaban una sombra gratamente reparadora, y estos, dispuestos en un aparente desorden, conformaban una amalgama de pequeños laberintos, callejones enredados y pasillos sin salida, de manera que acababan erigiendo una suerte de ciudad efímera, construida con maderas, plásticos y libros. Todo aquel universo de palabras. Aquel único e increíble marasmo de cubiertas arrugadas, de hojas mil veces leídas y de esquinas de página dobladas que eran el último testigo del punto de lectura de aquel propietario que, con gusto o con pesar, había vendido el libro.

La esquina doblada como metáfora de todo.

Dora no había sido nunca una mujer aficionada a la lectura, aunque lo había intentado con denuedo. Primero con novelitas rosas, luego, con novelitas negras, más tarde con obras maestras de la literatura. Pero no era algo que le proporcionara demasiado placer. Ella necesitaba estímulos más tangibles, más inmediatos. Una copita de vino con una amiga. Una buena película. Un serial de la radio. La lectura era, para alguien tan activo, algo que requería calma y sosiego, concentración y atención. Y Dora era acción. Para Joan, en cambio, sin ser un gran intelectual ni pretenderlo, la lectura había sido siempre una afición cotidiana, cultivada a menudo con libros de calidad ínfima que solo se elevaba cuando hacía caso a Paco, poseedor de un criterio infinitamente más refinado.

Pero fue Bonaventura el que más le insistió en que leyera. La afición por la literatura en Bonaventura era otra cosa. Un hábito diario, un placer íntimo y solitario. Bonaventura era un lector culto, ávido y sensible que gozaba con los clásicos y también con los escritores contemporáneos más vanguardistas. Leía en catalán, en castellano y en francés. Devoraba la novela y el ensayo, pero era la poesía lo que le deparaba el placer más absoluto. Al principio de su relación, cuando yacían en la cama, desnudos y relajados, le recitaba al oído, con la voz ronca

de deseo, poemas de Rimbaud, de Baudelaire.

Y en esos momentos, ella admiraba aquella dicción perfecta y aquella sensibilidad tan alejada de la sensiblería empalagosa de Joan y de los excesos testosterónicos de los otros hombres. Era entonces cuando se sentía realmente cerca de Bonaventura, de aquel hombre tranquilo, educado y reposado. De aquella persona honrada, que nunca la engañaba, que la trataba como a una igual. Que la animaba a ser ella misma, a no dejarse pisar, a cultivarse. Que realmente la amaba. Aquel caballero educado, al entender que ella prefería el cine o la música, y que los libros que le escogía cuidadosamente se eternizaban en la mesilla de noche, lo dejó estar sin ningún aspaviento, sin ningún comentario, sin hacerle notar de ningún modo aquella íntima y pequeña decepción.

—¡Dora!

El grito la sobresaltó. Vio a Paco gesticulando desde el otro lado de la calle Tamarit. Dora le sonrió, desganada, y cruzó el maremágnum de gente hasta llegar al tenderete que hacía de sucursal dominical de la librería de *La Luna* y donde Paco, cada domingo, exponía su mejor género. Siempre y cuando la noche del sábado no hubiera sido especialmente intensa. Cuando esto ocurría, cogía lo primero que encontraba y lo colocaba sin orden ni concierto, de manera que la clientela habitual y el resto de los librereros solo dando un vistazo a los títulos expuestos podía determinar, sin margen de error, si la noche anterior había habido jarana y mandanga o mandanga y jarana.

Abel Sucunza, un navarro rumboso y juerguista que regentaba una pequeña librería en la calle Parlamento, y que compartía con Paco vecindad, amistad y gusto por la buena literatura, el buen vino y mejor comida, recibió a Dora con un fuerte abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—Hoy ha *follao*, nena. Mira, ha cubierto la *paradeta* con el mantón de Manila de su madre... Y la ha llenado de novelitas rosas.

El comentario la sorprendió y no pudo evitar un estallido de risa. Abel se limpiaba las lágrimas con el dorso de la manga mientras Paco sonreía negando con la cabeza. Dora no podía parar. La risa se mezclaba con unas incontenibles ganas de llorar, y aquellas lágrimas que derramaba consiguieron desvanecer los nubarrones oscuros que la habían acompañado aquellos días. Realmente, no era consciente del bien que le hacía un poco de aquella frivolidad inofensiva, de una complicidad sin contraprestaciones. Un rato sin pensar en prisiones, en traiciones, en decepción.

Paco sacó la petaca con un poco de aguardiente.

—Va, cojones, bebed un poco. Sí que salí ayer, y no, no follé... ¡Abel, hostia, qué mal pensado eres! He puesto el chiringuito dedicado al amor... porque había quedado con Dora, después de muchas semanas sin vernos. Y porque ella sabe que es la mujer de mi vida.

Dora rehusó el aguardiente, no así Abel, que dio cuenta de un trago generoso. Pero ella sonrió ante la galantería aceptándole la mentira, como siempre. Se la aceptó como lo había hecho con tantas cosas..., la relación paralela e intermitentemente con Joan, los exabruptos, los períodos de depresión y de euforia, el histrionismo desmedido. Aquel amor abrumador cuando le hacía caso y el desprecio excluyente cuando decía o hacía algo que no era de su agrado.

Lo miró con cariño y lo cogió por el brazo.

—*Quina pena d'home, Déu meu!* Abel, más de veinte años escuchando la misma monserga.

—Te mereces el cielo, chata. Venga, iros a tomar un café que este lo necesita. Yo te vigilo el chiringuito. —El navarro, que conocía a Dora hacía años, vio en ella, esta vez, algo diferente, una

sombra que lo inquietó. Los empujó fuera de la marquesina.

Subieron hasta Floridablanca y se sentaron en la granja Canigó en silencio. Los dos cafés humeantes los reconfortaron al momento. Dora estaba expectante pese a no tener ninguna razón para ello: Paco y ella se veían regularmente, en ningún caso tanto como antes de la guerra, pero seguían manteniendo el contacto. Diferente del de antes, claro. En los viejos tiempos todo los unía, ahora, todo los separaba. Pero ellos, tercios, habían mantenido la amistad, a menudo de manera clandestina, sobre todo Dora. No estaba el panorama para dejarse ver a menudo con un chapero, traficante de cocaína, estraperlista y exvedete. Negar al amigo, esconderlo como si se avergonzara de lo que representaba, ocultar a Bonaventura el grado de intimidad que algún día habían compartido, cómo de intenso había sido todo, la angustiaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Como siempre con Bonaventura. Verdades a medias. Omisiones.

Culpa.

Porque Dora nunca le había contado a Bonaventura la verdad sobre su primer matrimonio. La homosexualidad de Joan y su relación de años con Paco. Las noches que los tres pasaban en La Criolla. Las drogas y los amantes. Pensó que no lo entendería, que habría sido una grieta entre los dos. Y calló. Dora calló y le contó una versión bastarda en la que Paco era un viejo conocido de Joan. Un pobre represaliado con el que mantenía un contacto más cortés que otra cosa. Y Paco, que era más listo que el hambre, había sabido aceptar su nuevo papel y mantenerse al margen de su vida. Los dos, gatos viejos, acabaron estableciendo un pacto tácito, nunca verbalizado, y consiguiendo, así, que su relación cambiara como había cambiado todo lo que los rodeaba. Hacia peor.

—Albert está en la Modelo. En la quinta galería. Imprimía octavillas para unos estudiantes del Frente Nacional de Cataluña. Los han pillado a todos. Ha estado unos días en vía Layetana y lleva casi dos semanas en la Modelo.

Lo soltó todo de golpe, sin respirar, como queriendo liberarse de aquel peso insoportable en el estómago. Como cuando sabes que el mareo solo pasará con el vómito reparador.

Si a Paco le sorprendió la confesión inesperada, no lo pareció.

—Ya lo sabía. Por eso quería verte.

Le cogió la mano por encima de la mesa y ella, a su pesar, agradeció el contacto con una mueca que quería ser una sonrisa.

—Está bien, Dora. Conozco gente que está dentro. No en la quinta, sino con los presos comunes, pero allí dentro todo se sabe. —La voz un poco más oscura, más dura—. Bueno, igual que fuera. Todo se sabe.

Dora lo miró de repente. Su lenguaje corporal cambió de manera imperceptible y la pena se transformó en una especie de alerta. Paco la miró fijamente y ella le rehuyó los ojos. ¿Qué sabía Paco? ¿Qué había oído? ¿Algo que hubiera hecho Albert? ¿Qué hubiera dicho? Quizá Miquel...

—¿Qué es lo que sabes, Paco? —Dora le estrechó la mano en un intento de generar un espacio de intimidad y darle énfasis a la pregunta.

Paco calló unos segundos. Sopesó explicarle banalidades, chismes de la cárcel que bien podrían servir en el caso de Albert como en el de cualquier otro. Dora, ahora sí, lo miraba ansiosa, y la angustia que transmitía era tan genuina que decidió cambiar de estrategia. Fuentes necesitaba información y él ya tenía alguna, era evidente. En el fondo, lo que pudiera contarle

Dora no era imprescindible. O quizá sí. Aquel tipo del otro día quería comprar explosivos y, además, se la follaba. Fuentes aún no sabía eso último, y era mejor que, por ahora, siguiera sin saberlo. El colillero parecía un muerto de hambre, pero era evidente que en materia de armas sabía de lo que hablaba. Paco recordó las palabras de Fuentes: Franco llegará pronto y es probable que haya exmaquis que quieran comprar explosivos. ¡El viejo cabrón nunca se equivoca! Y Dora en medio.

Volvió a mirarla y recordó aquellas celdas asquerosas en Nanclares. Las humillaciones, las violaciones en la Modelo. Fuentes no era el cabrón más grande de la BPS, pero no estaba para hostias y, además, tenía sus propios problemas. Ambos tenían mucho que ganar y mucho que perder en esta historia. Si necesitaba información de Dora, debía ser por algo. Debería apretarla un poco.

—Sé que Franco llega pronto a Barcelona. Sé que en vía Layetana están histéricos. Sé que están encerrando a todos los habituales y que me he librado por los pelos esta vez. No sé por qué esta vez están tan nerviosos —le mintió—, pero sí sé que si Albert...

Calló unos segundos mientras el «o tú» flotaba, denso, entre ambos.

—Si Albert —continuó— sabe algo, haría bien en decirlo. No están los tiempos, de hecho, nunca lo han estado, para estúpidos e inútiles heroísmos. Tú... —Carraspeó con un punto nervioso—. Tu trabajo te permite tener información confidencial, conocer gente... y tu hermano está detenido por actividades contra el régimen..., es cuestión de tiempo que aten cabos y te pregunten.

Dora lo miraba mientras notaba cómo la angustia le cerraba la garganta y le subía por los ojos que se llenaron de lágrimas. Vio a Paco, el bello Paco, con una expresión ansiosa que desmentía la calma de sus palabras. Vio a Paquita la Fantástica de nuevo. Actuando. Sin maquillaje ni pestañas postizas. Sin las pelucas ni los trajes de volantes. Sin purpurina ni lentejuelas. Pero actuando. ¡Se lo había visto hacer tantas veces! Las lágrimas, al fin, desbordaron los ojos y, torrenciales, cayeron sin fin, sin medida. Notó cómo Paco se impacientaba, se revolvía la mala conciencia y la máscara de amistad resbalaba abajo, tan abajo que parecía que nunca había existido. Y supo, también, que no podría confiar más en él. Las lágrimas seguían cayendo, incesantemente, como si aquel llanto silencioso pudiera, fuera capaz, tuviera el poder de borrarlo todo.

Ignasi fue consciente de que Bonaventura se moría el mismo día en que se supo que Pétain había firmado el armisticio con los alemanes. El 22 de junio de 1940. Ese día, no solo su amigo iniciaba una agonía de la que no se recuperaría, sino que moría también la idea de una Francia libre. Los ideales de la República francesa vendidos al invasor fascista. Desesperación. Todo Argelès llorando. Y los rumores, inquietantes, de que, en un mes, dos a más tardar, la seguridad del campo se reforzaría con miembros alemanes de las *Waffen SS*.

A partir de la firma del armisticio, las condiciones en el campo se degradaron aún más, si eso era posible. A la endémica falta de alimentos y de agua, se añadía la inminente llegada de extranjeros que nada tenían que ver con la República española. Convoyes llenos de judíos franceses, belgas, polacos. Gitanos. Homosexuales. Y fue en aquel preciso momento cuando comenzó la derrota psíquica y física de aquellos miles de personas que llevaban ya meses recluidos en el campo. Prisioneros sin delito, sin juicio y, cada vez más, sin futuro. Los ánimos iban cayendo a medida que Francia hacía evidente que ya no podía sostener a miles y miles de refugiados. Francia rendida a los pies del Führer. Una guerra que amenazaba con eternizarse y un hambre que empezaba a generalizarse en toda Francia. Aquel junio de 1940, los miles de refugiados de Argelès, de Saint-Cyprien y de los otros campos se dieron de bruces con la cruda realidad. Y esta era que las potencias del Eje fascista estaban ganando la guerra, y que a pesar de lo que dijera Churchill, Inglaterra se encontraba cada vez más aislada y el aliento de Rusia aún no se dejaba sentir en la nuca del Tercer Reich. Y la realidad también era que aún faltaba más de un año para que a las ocho de la mañana del domingo 7 de diciembre de 1941 la aviación japonesa atacara por sorpresa a la flota americana que se encontraba en Pearl Harbor, Estados Unidos entrara en la Segunda Guerra Mundial y se cambiaran las tornas.

Aquel junio de 1940, la Segunda República estaba definitivamente enterrada.

Y comenzó el sálvese quien pueda. Por un lado, funcionarios de la República ofrecían pasajes para ir a América, especialmente a México y a Venezuela. Muchos hombres solos, sin familia refugiada, o con ganas de desaparecer, se apuntaron. Ignasi vio la duda en los ojos de muchos soldados republicanos. Pero en ese momento aún estaban sujetos a la disciplina militar, aún podía más el espejismo de la recuperación de la República que la posibilidad de un futuro más allá del Atlántico. Por otra parte, el gobierno de Pétain empezó a forzar a los hombres de entre dieciocho y cincuenta y cinco años que quisieran permanecer en Francia a formar parte de los *Groupements de Travailleurs Étrangers-GTE*. El objetivo para estos grupos era doble. Por un lado, tener controlados y ocupados a los refugiados más politizados, y por otro, aprovechar su fuerza de trabajo en las tareas más duras y ásperas de reconstrucción. Era una doble ventaja para el

gobierno de Pétain. Y para los refugiados, los GTE despertaban sentimientos contrapuestos, eran temidos a la vez que anhelados. Apuntarte a un GTE te garantizaba abandonar Argelès, sí, pero a costa de ir a trabajar en unas pésimas condiciones, cuasi de semiesclavitud. Jornadas de hasta doce horas diarias para hombres que llevaban meses desnutridos y enfermos. Y todo, por un sueldo misérrimo. Pero se comía. Se cobraba. Se trabajaba. Ofrecía el espejismo de una vida medio normal. Ofrecía la posibilidad de volver a empezar. Lejos de casa, pero volver a empezar. Hasta que volviera la República y Franco cayera.

Y, por último, planeaba, como los cuervos cuando vuelan en círculos ante un cadáver, la oferta del gobierno de Franco de volver a España, donde les aguardaban los consejos de guerra y los campos de trabajos forzados. Pero también la familia, los amigos, los paisajes de la infancia, los olores y los sabores. Raíces a las que muchos no estaban dispuestos a renunciar. La oferta de Franco era tremendamente tentadora, sobre todo para aquellos que no tenían delitos de sangre en su haber y para los que no habían sido mandos militares ni ostentado cargo público alguno, simples simpatizantes de izquierda o soldados rasos que habían formado parte de las levas republicanas y que en plena retirada hubieran sido fusilados, pero en el caso de aceptar ser repatriados, se les garantizaba que no habría venganza. Más de lo que nadie tenía garantizado en el campo. Sí, había mucha gente en Argelès a quienes no les esperaba un pelotón de fusilamiento si volvían. Como Bonaventura.

—Ya están otra vez aquí los cabrones de los fachas. Intentando que volvamos.

La frase le salió a Miquel como un escupitajo. Como aquel escupitajo amarillento que esputas y se pega al suelo, denso.

—Esto parece una feria de pueblo. —Ignasi bajó la voz—. Los gendarmes dicen que en un año el campo debe estar vacío de españoles. Que lo necesitan para otra «clientela» y que quien no vuelva a España se va a los GTE, o a la Legión. Y, la verdad, no sé cuál de las dos opciones es peor.

—Volver es traición, Ignasi. No es una opción. Por lo menos para nosotros. Yo no volveré nunca si no es para matar al gran cabrón.

La voz, la voluntad indoblegable. Los principios intactos. Miquel en estado puro. Y en el fondo, aquella pátina de vulnerabilidad que Ignasi sabía que lo recubría. Aquello que le revestía los huesos, los órganos, todo él bajo la piel dura del gran guerrillero. La vulnerabilidad que ponía en evidencia la extrema fragilidad de quien necesita de la camaradería, del apoyo del grupo para crecer, para ser fuerte. El desespero del camarada dispuesto a dar la vida por ti.

—Ignasi, debemos apuntarnos a los GTE. De momento, es la única manera segura de salir de aquí. Ya sé, es una puta mierda. Trabajo de esclavos. Pero piensa, piensa un poco... Una vez estemos fuera, se trata de aguantar un poco y a la mínima oportunidad, nos fugamos y nos alistamos en la resistencia.

El gesto imperativo, los ojos relucientes oteando futuras batallas.

—La resistencia está desplegada por toda Francia, necesitan gente, y nosotros tenemos los cojones pelados de pegar tiros.

—Miquel, yo no he pegado un tiro en mi vida.

—¡Es igual, coño! Eso se aprende rápido. Además, con tu cabeza y el dominio que tienes del francés y del inglés, ¡seguro que serás útil!

Miquel hablaba deprisa. Palabras agrandadas, henchidas de optimismo, agarradas a una última



esperanza.

—Debemos ayudar a Francia y a Inglaterra a ganar al cabrón de Hitler. Rusia apretará desde el este. ¡Hazme caso, joder! Es cuestión de tiempo que los americanos entren en la guerra, sabes que en el Pacífico la cosa se está complicando, y los japoneses son muy hijos de puta. Roosevelt no quiere tener el patio trasero alborotado y a Hitler envalentonado. Es cuestión de tiempo. Piensa, si los soldados republicanos luchamos con los aliados, cuando termine la guerra y caigan Hitler y Mussolini, ¿qué crees que harán con Franco? Deberán restablecer la República. Al fin y al cabo, les gustará más o menos, pero es el único gobierno legítimo y democrático. Debemos hacerlo, Ignasi. Es que no nos queda otra salida.

—Yo lo de los americanos no lo tengo tan claro.

Roosevelt no tiene un pelo de tonto y, de momento, en su casa no le ha caído ni una bomba. Hitler está como una cabra, pero sabe perfectamente que América está fuera de su alcance. Y, Japón, ¡hombre! Esos sí que son más imprevisibles. No sé, Miquel, yo ya no confío en Francia, y en Inglaterra menos. Aunque consigan ganar la guerra, no creo que quieran más sarao en España. Y luego está Stalin. Las potencias occidentales y Rusia son aliados de circunstancias, pero a la que termine la guerra se sacarán los ojos. Rusia es una bomba para los intereses ingleses, franceses, de media Europa. Esto está cantado.

—Stalin nos ayudará. La República era revolucionaria y socialista. Stalin presionará y nos ayudarán. Debes tener fe.

Fe. La palabra maldita. Ignasi nunca había tenido demasiada fe. Ni en ningún Dios ni en ningún hombre. Y si en algo lo tenía, era en la razón, en la ciencia, en el conocimiento. Pero los últimos meses, los últimos años, incluso esta se le había agotado.

—¿Y qué hacemos con Bonaventura?

El nombre cayó, contundente, entre ambos. Añadiendo tensión y dureza. Tensando el hilo que los unía, conscientes de que era la pata coja de su amistad.

Bonaventura, en caída libre, ya no podía ocultar que estaba enfermando, y que cada vez dependía más de sus amigos. Y esta era justamente la situación a la que no había querido llegar. Su frustración hacía que la tosquedad de su carácter se agravara a la vez que se daba cuenta de que se estaba convirtiendo en un lastre. Las relaciones eran cada vez más tensas con Ignasi, que ya estaba harto. Pero Miquel se negaba a admitir ninguna grieta en la alianza que habían construido, y como una madre cegada, consentía y disculpaba las salidas de tono de Bonaventura, las pequeñas tiranías, los egoísmos cotidianos.

—De momento, nada. Esperar a que se encuentre mejor y después apuntarnos los tres a las GTE. No está tan grave, ¿no? Tú hablaste con el médico gabacho el otro día. Te dijo que no debe beber más agua de esos pozos de mierda, ¿verdad? Estoy intentando conseguir toda el agua limpia que puedo. Esto te dijo, ¿no? Que tenía que beber mucha agua para no deshidratarse.

Ignasi asintió rehuendo la mirada de Miquel. Y al hacerlo cerró un poco más el círculo de mentiras en el que se había instalado. La consecución del plan que, inconscientemente, había comenzado a urdir. Porque Ignasi sabía que Bonaventura estaba condenado, que se estaba muriendo de disentería. Los vómitos y las diarreas sangrientas eran constantes y llevaba varios días con mucha mucha fiebre. Efectivamente, el médico francés le había dicho que debía ingerir muchos líquidos, cuantos más mejor, y Miquel se estaba desviviendo para conseguirlos. Pero también le había dicho que precisaba antibióticos y que en el campo prácticamente no había. Por

lo menos, para todos. La gente moría de disentería a decenas. Pero el doctor también le había hecho saber, en un susurro, que, dada la excelente labor de Ignasi en el pabellón de traductores y su buena disposición con determinados trabajos extras, su amigo tendría antibióticos. Y le dio un bote con seis dosis. Suficientes. Agua limpia y las seis pastillas, y se salvaría.

Bonaventura deliraba mientras Ignasi intentaba enfriarle la cabeza con un paño empapado. Deliraba y le contaba historias inconexas. Historias de su familia, de la guerra, de Barcelona. Le contó, entre otras cosas, que él sí podía volver a Barcelona, que en realidad no debería haberse ido con la retirada, que no estaba fichado y que se había ido por puro acojone. Que nunca había militado en partido político alguno y que solo era un ladrón. Un vulgar ladrón. Que había aprovechado la quema de conventos y el desmadre de los últimos años de la guerra para robar y robar en casas de burgueses, en iglesias y conventos. Y que tal vez, solo tal vez, había delatado a algún fascista escondido para que lo llevaran a la checa de turno y de ese modo cobrar la recompensa. Pero que nunca nunca había matado a nadie. Sabía que, si volvía, era seguro que iría de cabeza a la cárcel o a un campo de trabajo, pero también sabía que no lo matarían.

—¿No estamos ahora en una puta cárcel, Ignasi? —La mano que le cogía fuerte la camisa le temblaba violentamente—. ¿Crees que las cárceles de Franco son peor que esto? ¿Qué es lo que nos espera? Vosotros estáis jodidos. —Reía entre arcadas—. Pero yo puedo volver. Volveré.

E Ignasi continuó secándole el sudor, continuó dándole el agua potable que Miquel se desvivía por conseguir. Lo limpió, lo confortó y lo acompañó, inmóvil a su lado, durante la dura, la larga agonía. Pero no le dio ni una sola de las seis pastillas de antibiótico que días antes había tirado, una tras otra, en ese mar tan azul, en ese mar tan bello.

La bofetada cayó como un latigazo y Dora, incrédula, miró a Miquel con ojos desorbitados mientras a su alrededor todo se desmoronaba a pedazos. Aquel entramado falaz que había ido construyendo se había derrumbado. Lo que durante los últimos días no había querido ver ahora se presentaba ante ella con toda crudeza. Aquellas sensaciones cambiantes, las sospechas ferozmente silenciadas, le volvían una y otra vez con un punto de acidez que le revolvió el estómago.

Si no fuera para llorar, hasta reiría. Al final, su historia había sido la más previsible de todas. La ingenua enamorada vilmente utilizada por el amante desaprensivo. Narrada en mil libros, filmada en mil películas. Ni un poco de originalidad, al final, Miquel y ella habían quedado reducidos a un puro estereotipo.

De los primeros días de euforia, del anhelo, el desespero, la pasión por el otro, el arañar minutos antes de separarse. Oxitocina por todo el organismo, los neurotransmisores palpitantes, Miquel entregado, Miquel a sus pies. De aquellos primeros días, a los sutiles, tenues pero inexorables cambios. Las miradas no tan amorosas, aquel sexo cada vez más urgente, un puro trámite ejecutado con prisa y un punto de desgana. Primero, la negación. Después, el desconcierto, y finalmente las justificaciones en voz baja, intentando negar lo que en el fondo Dora comenzaba a intuir.

Cómo puede cambiar todo tanto en tan poco tiempo.

Y la sospecha, no reconocida y oculta en el pliegue más recóndito del cerebro, la sospecha de que en el fondo y quizá un poco, solo un poco, Miquel la había estado utilizando. Un pensamiento que, si alguna vez irrumpía, quemándolo todo, ella corría a enterrarlo profundo, muy profundo y aún más rápido en un ejercicio perfecto de autoengaño.

La bofetada de Miquel fue como levantar la compuerta del dique que mantenía a raya todo lo que, una vez salió a la superficie, ella ya no fue capaz de volver a reprimir. Libres del yugo al que les había sometido, todas las sospechas, todos los celos, se hicieron presentes y se extendieron, crueles, por su cerebro, por su cuerpo y por su alma como el ejército invasor que aniquila todo a su paso. Que no hace rehenes. Que ejecuta a todos aquellos a los que ha vencido. Desconfianza, decepción y una inmensa pena por ella, por él y por todo lo que había vuelto a nacer después de tantos años. Vergüenza de que, durante aquellas semanas, toda su vida girara alrededor de aquellos ratos que pasaban juntos, y que el resto del tiempo fuera una suerte de sonámbula, una drogadicta que solo vivía para obtener la siguiente dosis. Trabajaba, consolaba a sus padres, y se dejaba consolar por un Bonaventura que estaba a años luz del centro de su universo.

Para Miquel, en cambio, la bofetada fue el último asalto perdido con la persona que alguna vez había sido. Aún no había retirado la mano que ya se había arrepentido. Había sido un golpe

repleto de frustración y de impotencia que ponía en evidencia el hecho irrefutable de que Miquel Alberich ya no podía amar. Que este sentimiento que había derrochado tantas veces se le había agotado. Las reservas de amor no son infinitas, se ve, y él, que siempre había ido sobrado, ahora se sentía un minusválido. Como si le faltara una pierna o un brazo. Pero no era una extremidad lo que ya no estaba. Era algo más vital. Le faltaba el corazón. Se lo habían extirpado y allí donde debería haber estado solo quedaba un hueco sombrío, una madriguera húmeda repleta de un frío que amenazaba con fagocitarlo.

Dicen los doctores en la materia que, durante un tiempo, el cerebro continúa enviando impulsos nerviosos al miembro desaparecido, o bien el cerebro sigue recibiendo mensajes de los nervios que originalmente transmitían los impulsos desde el miembro perdido, de manera que la persona amputada puede sentirlo en forma de cosquilleo, pinchazos o incluso de dolor. Es un proceso mediante el cual el cerebro ha de reorganizar la información sensorial posterior a la amputación y ajustarse a los cambios físicos irreversibles. Miquel, a veces, sentía algo parecido al amor en ese espacio a la izquierda de su pecho. Cuando veía llegar a Dora por la calle y cuando ella lo miraba, radiante, mientras estaban en la cama. Eran espasmos, como si aquel órgano inexistente palpitará una, dos, tres veces, y con aquellos movimientos fantasmas quisiera redimirse. Redimirlo.

Pero la verdad es que hacía mucho tiempo ya que a Miquel la capacidad de amar se le había empequeñecido, secado y acabado por desaparecer. Habían sido demasiadas decepciones, demasiadas injusticias y demasiadas traiciones. Y él, que siempre había sido pródigo en excesos sentimentales, ahora no podía dar un poco de amor ni, aunque quisiera. ¡Y vive Dios que quería! Pero era malgastar esfuerzos en algo que ya sabía inútil. Era demasiado tarde. En aquellos momentos todos sus pensamientos, sus anhelos y sus deseos se habían enfocado en una única meta. Liberarse. Liberarse del pasado, de las deudas pendientes y, con su liberación, convertirse en el héroe que siempre debería haber sido. Solo cuando todo pasara, tal vez, solo tal vez, aquel corazón ausente volvería a regenerarse y podría amarla. Otra vez.

Tal vez sí. Pero ahora necesitaba información. Información que Dora sabía. Que Dora podía obtener. De nuevo Dora. Solo Dora.

¿Qué día llega Franco, Dora? ¿A qué hora? ¿Cuál es el trayecto? ¿Dónde estarán colocados los francotiradores? ¿Revisarán el alcantarillado? ¿Dónde estarán los policías? ¿Qué dotación lo vigilará? ¿Cuántos secretas? Necesitaba datos concretos, planos.

Pero no.

Dora dejaba ir la información en cuentagotas, dosificándola, como si de manera inconsciente supiera que, si la soltaba de golpe, todo aquello acabaría. Y para terminar de sacarlo de sus casillas, se negaba a contarle las cosas que él necesitaba saber y, además, lo hacía disfrazándolo de amor, de prudencia, de protección. Dora protegiéndolos a todos, a sus padres, al bobo del hermano. Y sobre todo protegiéndolo a él. Sí. Dora le decía que callaba para protegerlo a él. ¡A él! Porque según ella era imposible matar a Franco, que sus pretensiones eran el plan de un loco suicida.

—Si te doy esa información, te estoy condenando, Miquel. Nunca lo matarás. No tú solo. Caerás allí mismo, o te detendrán, te torturarán y te fusilarán. Y yo te quiero demasiado, no voy ser cómplice de tu muerte.

Como si él no fuera un muerto en vida.

Estúpida. Ingenua Dora. Protegiendo al mundo sin pensar en quien más protección necesitaba, Albert.

Y dando otro paso más hacia su degradación moral, hacia su transformación en aquella persona que nunca creyó que llegaría a ser, se lo tuvo que decir. La tuvo que forzar, amenazar. Hubiera preferido no hacerlo, pero la culpa era de ella. No le había dado otra opción. La frase le salió envenenada, pronunciada con una voz densa, cargada de desprecio.

—Ten en cuenta que yo conozco mucha gente en la Modelo y que los mismos que ahora lo están protegiendo, pueden dejar de hacerlo. O peor aún, pueden hacérselas pasar putas allí dentro. Solo una palabra mía, Dora, una orden, y a nadie le importará lo que le pase a tu hermano.

Dora tardó unos segundos en reaccionar. Como si le costara asimilar lo que había dicho Miquel. La amenaza. La asquerosa amenaza. La expresión perpleja, el gesto helado. Pero ella no le creyó. Miquel iba de farol en aquella partida, pero ella leyó la jugada y no se lo creyó. Él nunca le haría esto. Con una frialdad de la que no se sabía capaz y sin rastro de aquel amor que aún no había desaparecido y ya lo echaba de menos, le escupió la fecha. Como un tiro en la nuca.

—Martes, 31 de mayo. Probablemente, hacia las siete de la tarde. Llega en un barco procedente de Valencia. Habrá un despliegue sin precedentes. Y no te voy a decir nada más. Lo siento.

Y entonces la bofetada. El brazo de Miquel disparado con sequedad, empujado por años de frustración, de frío, de hambre, de traiciones, de puro desespero. Sin pensar. Una bofetada que le giró la cara y la paralizó mientras una rojez intensa le cubría la mejilla. Cuando lo volvió a mirar, lo hizo con los ojos heridos, los labios carnosos transformados en una línea temblorosa. Ni rastro de lágrimas. Solo desencanto, solo decepción.

Dora se vistió con toda la calma del mundo. Se vistió y se marchó en silencio. Ya se lo habían dicho todo. Se marchó sin aspavientos, sin reproches y sin volver la vista atrás, dejándolo allí, en aquella cama todavía empapada de su sudor. Solo. Más solo de lo que nunca había estado en su vida.

# **TERCERA PARTE**

Barcelona, finales  
de mayo de 1949

CK: ¿Tengo que oír de nuevo que tu marido es un gran hombre, que combate por una causa justa?

SA: También fue tu causa. Y tú también luchaste por lo mismo que él.

CK: Ya no lucho por ninguna causa más que por la mía propia. La mía es la única causa que me interesa ahora.

*Casablanca*, MICHAEL CURTIZ, 1942

## El encargo

Fuentes observó al director Quintela cautamente, entrecerrando un poco los ojos a causa del humo del cigarrillo a medio consumir. Bolsas profundas rodeaban los ojos del policía, hacía días que dormía poco y mal. Demasiada tensión, demasiado trabajo y demasiada cocaína. Lo sabía. Y la úlcera lo estaba matando. Poco a poco. Demasiada mala vida, Fuentes, te haces mayor.

El reflujo volvió y no pudo evitar un leve gesto de dolor que intentó ocultar dando una calada al cigarro, casi consumido, mientras se preguntaba por el hecho insólito de que Quintela lo hubiera citado en su despacho. No era nada habitual que el director hablara con él directamente. Los hermanos Creix eran sus interlocutores habituales y ellos les transmitían las órdenes a los demás. Era consciente de que ni Quintela ni los Creix ni ninguno de los que cortaban el bacalao en la BPS terminaban de fiarse de él. No se los reprochaba. Que a estas alturas no estuviera muerto, o hubiera sido degradado, expulsado o, en el mejor de los casos, estuviera patrullando calles, podía considerarse casi un milagro. Fuentes era un *outsider*, y eso, en todos los regímenes, acaba siendo un problema. Con Primo de Rivera, con la República y con Franco. El poder no acepta de buen grado la disensión ni el pensamiento crítico. Y Fuentes nunca había tragado con facilidad. Pero al final había aprendido. A la fuerza.

La vida no había sido fácil para aquel joven campesino de Seros que, una vez acabado el servicio militar, decidió reengancharse al ejército, con el único objetivo de salir del pueblo y escapar así de un destino donde el único horizonte era seguir cosechando fruta para el señor de toda la vida. Se alistó en el ejército y pasó seis años de soldado raso en África. Habiéndose fogueado en el Rif, lo destinaron a Ceuta, ya como sargento de Infantería. Años intensos en todos los sentidos. Hastiado de la vida militar, volvió a Barcelona cuando Azaña creó la Guardia de Asalto como la réplica republicana, laica e izquierdista a la policía de toda la vida. Era el inicio del sueño republicano. De África volvió cargado de ilusiones y también con dos aficiones de las que nunca se libraría, la adicción a cualquier derivado del opio y a la comida picante, y una profunda aversión a todo lo que tuviera que ver con el pensamiento único y con la obediencia ciega. Esto último era una reacción lógica a la vida castrense y a que Fuentes era, por encima de todo, un tipo inteligente y lúcido, dotado de un extraño sentido de la lealtad y del honor. En un giro de guion en el relato de su carácter, se podría decir que gozaba también de una notoria falta de escrúpulos y una gran imaginación a la hora de zurrar. Calidad que sus superiores en el Cuerpo de Investigación y Vigilancia de la Guardia de Asalto supieron valorar generosamente. En nada fue el comisario más joven de Barcelona.

Muchos compañeros de cuerpo, y no pocos confidentes, a menudo se preguntaban por la insólita capacidad de supervivencia del viejo comisario. Ni él mismo hubiera podido explicarlo,



si alguna vez hubiese tenido ganas, pero puestos a especular, quizá la clave radicaba en que a pesar de que convivía a diario, nunca simpatizó lo más mínimo con la derecha. Tampoco fue un revolucionario. Si alguna vez tuvo opinión política, no la hizo saber. Lo que sí dejó claro ante todo el mundo era que tenía un profundo sentido de la justicia, y una extraña ética personal. Y, por qué no confesarlo, una tendencia natural a la relajación de costumbres que, tras convivir con lo más rancio del escalafón castrense, entendió que era del todo incompatible con una exitosa carrera militar.

Dejar el ejército, una vez tomada la decisión, no le costó lo más mínimo. El problema era que no tenía otra opción más que volver a Seros. Azaña y la nueva Guardia de Asalto lo cautivaron desde el principio. Un cuerpo nuevo, con una pátina democrática que lo cautivó, una oportunidad de hacer las cosas bien. Y de poner orden en la policía. Era público que Azaña no confiaba en los cuerpos de seguridad del Estado, en gran parte monárquicos y de tendencias ultraconservadoras. Así, la Guardia de Asalto se convirtió en la fuerza de orden público fiel a la República que hacía de contrapunto. Cuando en diciembre de 1936 Azaña los fusionó con la Guardia Civil, Fuentes comenzó a intuir que las cosas pronto se torcerían. Desgraciadamente, no se equivocó. Al inicio de la guerra, la Guardia de Asalto mayoritariamente se mantuvo fiel al gobierno, y una minoría de guardias civiles también, pero una gran parte de los miembros de la Benemérita apoyaron a los golpistas.

Era cuando recordaba aquellos años en la Guardia de Asalto, en aquella Barcelona franca, era entonces cuando lo rodeaba aquella brisa, suave, incipiente y leve, llena de voces del pasado, de murmullos de gente que ya no estaba, de sentimientos antiguos y de suspiros llenos de desengaños resistentes a la nostalgia más tenaz, que se sentía joven otra vez. Cuando todo parecía que podía suceder, que lucharían y vencerían. Y durante un momento, sí que lo hicieron. Todo. La libertad. La esperanza. La fugaz fe en el ser humano. Aquellos instantes. El amor. Las noches bajo las sábanas blancas de María. Aquel mar blanco e infinito con olor a lavanda que marcaba su horizonte.

Luego llegó la guerra. Las levas. Las checas. Los *paseillos*. La quema de conventos. De iglesias. Los robos indiscriminados. Las violaciones. La derrota de la retaguardia. Y la más absoluta impotencia.

Y más tarde, los bombardeos. La desolación. La muerte. La retirada. La guardia mora. Las purgas. La disolución del cuerpo. Fuentes saludando brazo en alto la entrada de Franco mientras asumía que uno puede tener la razón y ser derrotado, que la fuerza bruta puede destruir el alma, y que a veces el coraje no es suficiente. Y el asco al sentir, muy dentro, un pequeño y mezquino alivio al ver que, al fin, la paz entraba en su ciudad cabalgando al lado de aquel hijo de puta. Una paz de mierda. Pero paz.

A veces la paz no es más que miedo.

Y todos tenían tanto miedo.

Y al final, la primera decisión: exilio o Cuerpo Nacional de Policía. Y la segunda: la irrelevancia o la Brigada Político-Social. Y luego la primera delación, la primera paliza a un antiguo conocido en el sótano de vía Layetana. El primer muerto en sus manos, incapaz de soportar el martirio. Justo el día en que María también moría.

El 3 de marzo de aquel año 1949, cuando faltaban cinco minutos para las dos del mediodía, los dos grupos de guerrilleros antifascistas más importantes que quedaban en Cataluña, los maquis

de Quico Sabaté y los anarquistas conocidos como Los Maños, en un hecho sin precedentes, se habían aliado para matar a Eduardo Quintela, el omnipotente director de la Brigada Político-Social. Este se había convertido en el enemigo número uno de lo que quedaba de la CNT en Cataluña y por osmosis del resto de los militantes antifranquistas. No era esa la primera vez que intentaban eliminarlo, pero sí fue, de lejos, el intento más serio. El automóvil de Eduardo Quintela avanzaba por la calle Marina, por la parte del paseo Carlos I, entre las calles Mallorca y Provenza, dos vehículos aparentemente inofensivos estaban aparcados, esperando: una furgoneta Citroën y un Fiat. En un momento dado, Quico se plantó en medio de la calle y disparó con un fusil ametrallador una larga ráfaga al coche que se acercaba. El parabrisas se hizo añicos y el vehículo se detuvo. Salieron dos hombres que intentaban escaparse. Entonces, el Fiat los adelantó y las metralletas de sus ocupantes, José López Penedo y Wenceslao Jiménez Orive, Wences, del grupo de Los Maños, vaciaron dos cargadores sobre ellos. Los dos hombres quedaron tendidos sobre el asfalto. Quico y el Wences se acercaron al coche ametrallado, miraron las caras de las víctimas y no encontraron la que buscaban. En lugar de Quintela y su escolta ocupaban el coche dos jefes falangistas. Uno de los falangistas y su chófer, muertos. El otro estaba gravemente herido.

El atentado, preparado con mucho cuidado, había fallado estrepitosamente, otra vez solo debido a un cambio de última hora en la rutina diaria de Quintela. Todos, en Madrid y Barcelona, fueron conscientes de que esta vez la guerrilla había estado a punto de apuntarse una gran victoria, y en consecuencia las decisiones en el Ministerio del Interior no se hicieron esperar: cincuenta miembros de la BPS de Madrid llegaron a Barcelona semanas después. Cincuenta miembros que lo primero que hicieron fue investigar a todos los veteranos de la brigada, interrogarlos, pedirles el nombre de sus confidentes, las redes de contactos que a lo largo de los años habían tejido, intentando encontrar, Fuentes lo sabía, la fuente de información que fluía de la comisaría hacia fuera. Cuando llegó su turno, él se negó. No dio ni un nombre. Y no lo hizo para salvar el culo a los desgraciados como Paco que trapicheaban bajo su protección. Ni tan siquiera para salvar el suyo, ya que era consciente de que una investigación sobre su vida y sus vicios fuera de la comisaría sería su perdición. Lo hizo sin pensarlo, sin estrategia, como una reacción ilógica, irracional. Nadie que no fuera un loco hubiera dicho no a una investigación interna tras un atentado contra el máximo responsable del cuerpo. Pero esa negativa era, a su manera, lo único que le quedaba de aquel Fuentes de antes. De aquel joven comisario implacable, pero justo.

Increíblemente, le salió bien. Los Creix, pobres estúpidos, a pesar de que le tenían una manía tremenda y que a duras penas lo toleraban, montaron en cólera, le amenazaron. Todo en vano. Hasta que Quintela intervino. En ese momento Fuentes creyó de veras que su suerte había terminado. Pero Quintela no era como los Creix, era otro tipo de capullo. Era un capullo como él. Un capullo refinado y listo.

Cuando lo llamó al despacho, el director no mencionó a los delatores, ni a los confidentes. Había indagado discretamente acerca de Fuentes. Y, como buen negociador, lo dejó hablar primero.

—Si estos tipos de la central de Madrid empiezan a detener a mis confidentes, se me va a ir todo el chiringuito al carajo, señor director. Disculpe lo soez del lenguaje, pero a estos de Madrid aquí no los conoce ni el tato. A la que hagan cuatro preguntas y suelten cuatro nombres, se sabrá que la información viene de mí. Señor director, usted y yo somos perros viejos. No nos queda mucho servicio ya, y los dos sabemos cómo funciona este negocio. Si se corre la voz que me

cuestionan desde aquí, pierdo autoridad. Y si pierdo autoridad, lo pierdo todo. Qué le voy a explicar.

Quintela fumaba en silencio. Los ojos pequeños y negros fijos en Fuentes.

—Naturalmente que mis confidentes hacen cosas. Trapichean, contrabando, ¡qué sé yo! Pero, al final, nada grave. Yo soy partidario de dejar que la gente se busque la vida siempre que no se vayan de madre. Y hacer la vista gorda a según qué a veces da unos resultados estupendos.

Hizo una pausa y decidió que era la hora de sacar a pasear los galones que tantas veces le habían servido en aquellos tiempos de comunión diaria y Falange.

—Eso lo aprendí de los Servicios de Información del ejército, en África. Tenían comprados a todos los jefes del Rif. No se habían tirado un pedo y ya nos enterábamos. Qué más da un poco de trapicheo si ese dinero engrasa la cadena que te trae la información.

Quintela habló y la voz le salió oxidada. Vieja.

—Ya sabe que el Generalísimo va a llegar en una semana. Muy probablemente el martes 31. Había dudas sobre si sería una visita privada o pública, y parece ser que será pública, lo cual es malo para nosotros. La gente en Madrid está muy muy nerviosa y no les falta razón. Esta es una tierra plagada de desafectos. —Los ojos incisivos como dos brasas de carbón, incandescentes—. Ya lo sabe. No se trata solo de mi atentado. Como bien sabe, hace nada el grupo del Quico se ha cargado al agente Oswald Blanco a la salida del cine Condal, en pleno día. La bomba en la fábrica de cerveza Moritz del año pasado. ¡Qué le voy a contar! Me consta que el ministro del Interior, Serrano Suñer, ha intentado persuadir al Caudillo para que cancele el viaje, o al menos para que lo posponga, pero no ha habido suerte.

Fuentes hizo el gesto de coger otro cigarrillo, pero detuvo la mano a medio camino mientras interrogaba con la mirada a Quintela, que asintió. Cogió el paquete del bolsillo de la americana y le ofreció uno. Quintela los encendió los dos a la vez con un pesado encendedor de oro.

—Bien. El inspector Creix hace ya unas semanas que nos avanzó la probable visita del Caudillo. Siguiendo sus órdenes se han efectuado detenciones e interrogatorios, sobre todo en el ámbito universitario, movimientos estudiantiles de izquierdas y catalanistas y elementos que les dan apoyo. También se han detenido a los sospechosos habituales. Ahora mismo tenemos la Modelo a reventar.

Quintela hizo un gesto impreciso con la mano que sostenía el cigarrillo. Las volutas de humo hacían figuras en el aire, entre los dos. Prosiguió:

—Todo eso ya lo sé, comisario. No pasa nada en la brigada que yo no sepa. No necesito de usted que me explique lo que ya sé. Lo que todos me explican. Necesito que me diga lo que no sé. Y quiero que le quede claro que no saber me molesta profundamente.

Fuentes parpadeó unas cuantas veces antes de hablar.

—No entiendo muy bien lo que quiere que le diga.

—No me toque los cojones, Fuentes. —El taco sonó como un disparo—. Usted siempre ha sido un tipo oscuro. Sabe moverse en todos los ambientes, lo cual reconozco que no es un mérito menor. —Hizo una pausa—. Aunque también, si no se tienen claras las lealtades, puede ser peligroso. —Levantó la mano a modo de disculpa—. No me malinterprete, no tengo ningún motivo para dudar de la suya. Pero sé que sus contactos son muchos y diversos y que sus opiniones no siempre se ajustan a las de la mayoría.

—Ya. Entiendo. —Fuentes se pasó la mano por la cara—. Tal y como yo veo las cosas nos

estamos equivocando de ámbitos. La información sobre la guerrilla urbana y los maquis no está en las universidades. Allí, probablemente, se estén formando los ideólogos contrarios al régimen. Políticos. Pero esa gente no deja de ser una banda de blandos intelectuales. Mucha palabra, mucha octavilla y cartelito, pero poca traca. Otra cosa son los maquis y la gente que manda el PCE desde Rusia. Eso, director, es harina de otro costal. Aunque tampoco quedan tantos, no se crea. Son pocos y peleados, pero muy muy peligrosos. Gente curtida, cabreada y hastiada que cada vez tiene menos apoyo logístico del exilio. Se sienten abandonados por los de fuera y por los de dentro. Sin futuro ni perspectiva y abocados a vivir como delincuentes. Y no son delincuentes. No quieren robar, no quieren trapichear. Son guerrilleros orgullosos y altivos. Y ahora muy frustrados. Por tanto, mi opinión es que empieza a haber una probabilidad real de que alguien acabe actuando a la desesperada.

—¿Un lobo solitario?

—Exactamente. Impredecible, indetectable. Si hay en marcha una operación de Los Maños o de Quico o Facerías, nos enteraremos. Podemos preverlo y pararlos. Pero un lobo solitario...

—Entiendo.

—He hablado con mis contactos. Si alguien quiere atentar, cosa que todavía desconocemos, tanto si es en grupo como en solitario, necesitará explosivos, armas, material, en definitiva, aunque sea para hacer una Orsini, un Molotov, algo. Y yo tengo a todos los estraperlistas de Barcelona controlados. Y atentos.

—Bien.

Se hizo el silencio. Los dos mirándose. La cara del director impávida. Segundos de tensión hasta que Quintela relajó levemente el gesto.

—Quiero un informe diario, verbal, nada por escrito. Solo a mí. ¿Entendido?

Asintió, y en ese momento supo que había ganado. Que había conjurado algo más que una amenaza. Había ganado tiempo. Estatus. Había ganado un valioso salvoconducto. La confianza del hijo de puta mayor del reino.

## Delación

Nunca la había visto así. Nunca la quería volver a ver así. Dora, aquella mujer fuerte y sólida. Independiente e inteligente. Firme e íntegra. Aquella mujer fresca y alegre había desaparecido. Había sido sustituida por una sombra desdibujada y agria. Oscura, amargada, derrotada. Y Bonaventura intuía el motivo. Más que intuía. Sabía.

Cuando la vio entrar por la puerta, mucho más pronto de lo que era habitual en los últimos tiempos, fue consciente de que todo había estallado. Aquella desolación, los ojos rojos, la piel pálida. Un adelanto de lo que vendría. Al primer vistazo, sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra, entendió que ya no podría mantenerse al margen. Que la vida tranquila que había conseguido reconstruir estaba a punto de desaparecer. Lo supo cuando vio a Miquel con Dora. Lo sabía ahora, cuando Dora corrió hacia él y apoyando la frente en su pecho comenzó a llorar y llorar, sin descanso, sin consuelo. Llorando por todos. Por Albert, por sus padres, por ella, por él. Por todo lo que habían tenido y habían perdido. Por la confianza traicionada. Por la esperanza hecha añicos.

Por traición. Por falsedad.

Por la vergüenza.

Miles de lágrimas se derramaron en aquellos momentos. Y exhausta, al fin, lo miró y comenzó a hablar, en un torrente de palabras que parecían no tener fin, todo lo que había pasado. El encuentro casual. El amor de adolescencia nunca olvidado. La ilusión. La infidelidad. El sexo. Las preguntas. El arrepentimiento. El enfriamiento. El chantaje. La bofetada. El fin. Vomitó todo aquel amasijo de emociones, de angustias, de remordimientos, limpiándose de culpa y asumiéndolo a la vez. Bonaventura asintiendo en silencio. Resistiendo.

Cuando le dijo que no podía arrepentirse, que le gustaría poder hacerlo, pero que durante unas semanas todo aquello había conseguido hacerla sentir de nuevo viva. Cuando le contó que la Dora que había conocido y con la que se había casado era un triste esbozo de lo que ella era realmente. De lo que había sido. Cuando lo miró con aquellos ojos que transmitían tantas cosas y le dijo en un susurro apenas audible: «No te mereces esto que te he hecho. Tú nunca me has engañado. En esta historia todos somos unos impostores, pero tú no. Tú eres lo único auténtico, de verdad, que me queda». Cuando agachó la cabeza, por primera vez en ocho años, esperando la absolución o la condena. Cuando todo esto pasó, mientras volvía a abrazarla, la cabeza de Dora de nuevo confortada por el calor de su pecho, la respiración más sosegada, el llanto calmado, Bonaventura supo, finalmente, lo que tenía que hacer.

Y en ese instante le vino el recuerdo nítido, claro como el cielo después de una tormenta, de la cara de Miquel, de pie en la playa de Argelès, mirándolo. Aquellos ojos repletos de decepción.

Aquel rictus de pena infinita. La traición del amigo, del camarada que lo abandona sin dar la cara. Sin honor ni coraje. Porque la verdad descarnada era que Bonaventura todavía estaba caliente cuando Ignasi cambió los pasaportes y corrió a buscar a aquel médico francés abrumado por la ingente cantidad de enfermos y la terrible falta de material sanitario. Ignasi fue a buscarlo sabiendo que, desbordado de trabajo y hartado de pacientes a los que no entendía, ni se molestaría en leer aquel informe de defunción perfectamente redactado. ¿Cómo podía sospechar nada malo de aquel español tan formal, culto y educado y que hablaba tan bien el francés? ¡Con todo el trabajo que había! ¡Aquel señor tan correcto! El doctor, en aquellos momentos, le hubiera firmado un cheque en blanco. Musitó una fórmula rápida de pésame, le apretó el brazo en un gesto de solidaridad y firmó el certificado de defunción casi sin mirarlo.

Ignasi cargó el cuerpo del amigo muerto hasta el cementerio y lo dejó allí. Cavó la tumba solo. Sin avisar a Miquel, sin avisar a nadie. Y una vez enterrado, corrió a la caseta donde los funcionarios de Franco inscribían a los que querían volver a España. Entregó el pasaporte de Bonaventura con aquella foto sin cicatrices. La altura, la constitución y el color del cabello coincidían. Recordó a la pobre mujer enloquecida que le había cortado la cara y nunca agradeció tanto aquellos estigmas como en aquel momento. El funcionario, hastiado de tener que hablar todo el día con rojos de mierda, no miró ni tres segundos a Ignasi y estampó el nombre en la lista.

Bonaventura Puig García. Su nombre a partir de ahora.

Aquella fue la cara de Miquel cuando se enteró de la muerte de Bonaventura y la desazón en el cementerio, buscando enloquecido entre las decenas de tumbas nuevas, sin encontrarla. Hasta que vio la tierra removida, tan nueva, y aquella cruz de madera con el nombre de Ignasi Roure clavada en medio. Y entonces lo comprendió todo. Y corrió, otra vez, con los ojos llenos de lágrimas, el gusto de hiel en la garganta, buscando a Ignasi, para que le explicara qué significaba todo aquello. Negándose a reconocer la traición. «Tranquilo, seguro que esto tiene una explicación. Ignasi lo ha hecho por alguna razón. Tiene un plan. Seguro que tiene un plan». Pero cuando llegó a la tienda que compartían y no vio el macuto de Ignasi la verdad lo golpeó, inclemente, dejándolo allí plantado. Con el peso del desengaño sepultándolo en aquella arena. Y cuando vio llegar los camiones franquistas para llevarse a los traidores a la República, lo entendió todo. Lo supo. Y entonces ya no corrió. Caminó calmadamente, las manos en los bolsillos, hasta que lo vio. Subido ya a un camión. De espaldas al campo. «No se volverá. Es demasiado cobarde. No lo hará». Pero Bonaventura lo hizo en el último instante, cuando los camiones ya se ponían en marcha, cogiéndolo desprevenido. E Ignasi, ya Bonaventura, al cruzarse las miradas, descubrió lo que Miquel no hubiera querido mostrarle nunca y lo que aún le perseguía en sueños: el alma herida, el desengaño y la inmensa pena. Bonaventura esperaba rabia, insultos. No la mirada triste de aquel hombre que le había salvado la vida y le había ofrecido su amistad sin ningún límite. Que le había dado todo lo que tenía a cambio de nada.

Y ahora, diez años después, Bonaventura acababa de culminar aquella traición que había comenzado en Argelès. Probablemente podría argumentarse que lo había hecho para proteger a Dora, para proteger a Albert, que, al fin y al cabo, ellos eran su familia. Que Miquel ahora era un asesino sin escrúpulos que había seducido a su esposa y que, al no obtener lo deseado, la había amenazado y golpeado. Podía decirse todo eso e incluso se lo podía llegar a creer. Pero Bonaventura era demasiado inteligente, era demasiado lúcido. Y ni por un instante, ni uno solo, le quitó hierro a lo que acababa de hacer mientras Dora dormía, agotada por el llanto. Ni por un

instante se engañó pensando que aquella delación anónima, aquella llamada al comisario Fuentes, era por otra razón más que para protegerse. Para evitar que Miquel, que era la única persona en Barcelona que sabía quién era él en realidad, pudiera, si tenía la ocasión, devolverle la putada.

## Ramón

El maquillaje aplicado con destreza hacía ya muchas horas, lucía ahora, apagado, cuarteado sobre todo alrededor de los ojos y de la boca. Las vocalistas y vedetes reían con desgana ignorando deliberadamente las más o menos disimuladas miradas de la concurrencia. Pasaban de las dos de la madrugada de un día laborable y la plana mayor de los artistas del Apolo y del Talía, del Molino y del Pompeya, se encontraban sentados a una larga mesa situada justo enfrente de la barra de mármol. Estaban reventados y hambrientos, las dos sesiones diarias los dejaban exhaustos. Como hacían a menudo, habían subido, renqueantes, la calle Conde Borrell desde el Paralelo hasta el chaflán con Tamarit. Hasta el bar Ramón, donde para entrar había que bajar tres escalones, y a aquella hora, llamar a la puerta.

Ir a cenar al bar Ramón una vez cerrados los teatros y *cabarets* se había convertido en una tradición para los artistas y técnicos del Paralelo desde el final de la guerra. La destacable calidad de las viandas que allí se despachaban en una época de gran carestía, unido a la debilidad que el matrimonio Estalella tenía por el mundo de la farándula y el hecho incuestionable de que, en aquel bar, uno podía cenar como un rey, jugar como un ministro y quizá terminar el día como un obispo, hacían que la clientela, nada despreciable de día, se multiplicara por la noche.

Ramón Estalella estaba detrás de la barra mientras su mujer, Marina, sacaba de la cocina una enorme bandeja humeante. Los artistas estallaron en aplausos y risas cuando la dueña dejó sobre la mesa el bacalao a *la llauna*, especialidad indiscutible de la casa. El bacalao, sí, y también el vino del Penedés, no en vano los Estalella eran nativos de esa comarca. Vino barato, pero de excelente calidad. Comprado directamente a pequeñas bodegas. Envejecido en botas centenarias. Vino y bacalao para los trabajadores del mercado, para vecinos y clientes de día. Y vino y bacalao para lo mejor de cada casa al ponerse el sol. Porque al bar Ramón iba siempre siempre lo mejor de cada casa.

Marina se acercó a la barra para coger las jarras de vino que Ramón acababa de llenar hasta casi derramarlo y susurró bajito:

—Aquella que hay en la punta, bajo la ventana... ¿No es Carmen? La vedete, quiero decir, la de Lirio.

Su marido sonrió levemente bajo el bigote cuidadosamente recortado y asintió discretamente.

—Sí que lo es, sí. No es la primera vez que viene, mujer. Quizá otras veces ha llegado más tarde, cuando ya estabas arriba, con las niñas. —Señaló con un golpe de cabeza el pisito de dos habitaciones que hacía las veces de altillo del bar, donde el matrimonio vivía con sus dos hijas pequeñas.

Marina la volvió a mirar de reojo.



—Es aún más guapa vista de cerca. ¡Qué ojos más verdes! —La mujer parecía de veras admirada—. Me parece verle un cierto aire a Ava Gardner, ¿no? Y lo del gobernador civil... López Alegría... ¿Crees que es cierto que hay lío?

La pregunta quedó en el aire, flotando, interrumpida por unos golpes en la puerta cerrada a cal y canto. Tres golpes secos, imperiosos. Ramón miró a su mujer y esta corrió a llevar las jarras de vino a la larga mesa. Después, discretamente, se fue hacia la cocina, al final de la barra, justo detrás de tres grandes botas de vino. Apagó las luces y subió por una escalera de caracol medio escondida hacia el pisito donde las niñas dormían.

Llamadas a esa hora no eran buena cosa. Ramón miró alrededor. Los habituales ya habían llegado y las dos o tres mesas donde cada noche se jugaban timbas de brisca hacía rato que echaban humo. Los jugadores estaban concentrados, los tapetes verdes llenos de cartas, vasos, ceniceros y billetes. Los artistas habían llegado todos juntos hacía ya mucho. No era probable que apareciera ningún otro tan tarde. Masculló bajito, se secó las manos y fue hacia la puerta con un mal presentimiento. Desde una de las mesas donde se jugaba a cartas, Prieto, habitual participante y conocido contrabandista, le hizo un gesto de calma. Es lo que tienen los profesionales del hampa, que no pierden detalle de lo que pasa alrededor. Les va la vida en ello. Prieto echó atrás la silla y, mientras con la mano izquierda continuaba sosteniendo las cartas, deslizó discretamente la mano derecha bajo la chaqueta, donde era evidente que guardaba una pistola. Ramón suspiró mirando al techo al tiempo que abría la puerta y pensaba en que la gente veía demasiadas películas.

Lo sorprendió una cara totalmente desconocida. Un hombre corpulento, de pelo algo canoso, ojos grandes y negros, y una nariz grande y curvada, la ropa limpia pero muy usada. Zapatos destrozados. El precario estado económico del tipo era evidente, y que no podría pagarse una consumición ni jugar a las cartas, una obviedad. Y eso sin tener en cuenta que, en el bar Ramón, a partir de las diez de la noche no entraba nadie que no fuera conocido. Apenas empezaba a ajustar la puerta de nuevo mientras musitaba «está cerrado» cuando una mano surgió de la oscuridad y lo detuvo. La cara que había detrás de la mano sí la conocía. Todo el mundo en el barrio la conocía.

—¡Comisario Fuentes! Pase, pase... No lo había visto. Hacía días que no se dejaba caer... ¿Un vinito? ¿Un carajillo?

Fuentes retuvo a Miquel por el brazo y comenzó a bajar los escalones. Esperó que Ramón cerrara la puerta y se detuvo delante del barman. Los dos eran prácticamente de la misma altura y complexión. Ambos eran calvos y lucían un bigote similar. A Miquel, a pesar de la tensión, se le escapó una media sonrisa al pensar que Fuentes parecía el hermano mayor de aquel camarero.

—No te preocupes, Ramón. —Fuentes lo miró con afecto y le habló en catalán, dándole a entender que no estaba de servicio—. No pasa nada. Necesito una mesa tranquila. Mi amigo y yo necesitamos tratar unos asuntos en un lugar discreto y de confianza... ya me entiendes. —Miró las timbas y se pasó al castellano—: Nada oficial, por supuesto.

El barman asintió en silencio. Claro que entendía. Eran tiempos difíciles, tiempos en que un negocio como el suyo, siempre en la compleja línea que separa lo ajustado a la ley de lo que no lo es, necesitaba toda la protección posible. Los primeros años después de la guerra les habían pasado factura a todos, y fue forzoso cambiar el carácter del negocio. El viejo comisario era consciente de que de vez en cuando alguna partida de estraperlo se guardaba en el almacén del bar, y que aquel vino tan bueno llegaba de noche como por arte de magia. Como muchos sacos de

patatas y verduras que se recogían en los campos del Maresme y se transportaban a Barcelona en tren... Y también sabía que justo antes de encarar la entrada a la Estación de Francia, donde funcionarios contabilizaban y decomisaban los cargamentos, algunos sacos caían misteriosamente del convoy. Caían en lugares pactados donde viejos conocidos los estaban esperando para cargarlos en carros que hacían pasar por delante de capitania, con dos cojones. Las partidas de brisca a menudo cargadas de cuartos, y en las que a veces se habían perdido patrimonios y matrimonios, eran famosas en el mundillo. Y Fuentes no estaba al margen.

Al comisario le gustaba aquel bar. Le gustaba el saber hacer de Ramón y Marina, le caían bien, le gustaba la comida y el ambiente. A veces, al terminar el servicio, se acercaba, cenaba aquella *carn d'olla* extraordinaria y charlaba un poco. Era de los pocos lugares que le recordaban, ni que fuera de lejos, a un hogar, cosa que, en esos tiempos, no era poco. Precisamente por la estima que les tenía no iba más a menudo, era consciente de que su presencia continuada hubiera acabado perjudicándolos más que otra cosa. Pero hoy lo necesitaba. Y siempre que los había necesitado, nunca le habían fallado.

Cuando le habían pasado aquella llamada anónima que, antes de colgar abruptamente, le susurró un nombre y una dirección, había sopesado olvidarla, o como mucho enviar a algún chaval nuevo para que investigara un poco. Pero la verdad es que algo en la voz de aquel hombre le había inquietado. Era el tono, las palabras utilizadas, dando la información precisa, sin divagar. La dicción perfecta, con un castellano casi sin acento. Una voz de locutor. De profesor. La voz suave y pausada de alguien instruido, acostumbrado a hablar en público. En todo caso, no era ningún confidente ni tenía el acento ni los modos de los tipos con los que habitualmente se movía. Además, el hecho de que aquel tipo hubiera llamado a la BPS pidiendo expresamente que lo pasaran con él era, como poco, curioso. Hacía mucho tiempo que Fuentes no estaba detrás de una investigación en la que fuera el comisario de referencia, y de cara a todo el mundo, incluso en comisaría, su trabajo era continuar manteniendo la red de confidentes, deteniendo a los habituales y haciendo ver de vez en cuando que confiscaba una partida de estraperlo y detenía a cuatro putas y a cuatro chaperos.

Con la mosca detrás de la oreja fue hasta la librería de *La Luna*. Paco había intentado contactarlo hacía un par de días, pero Fuentes había pospuesto el encuentro. Maldijo no haber hablado con él aquella mañana, como había pensado. Ahora llevaba encima mucha mala baba y una fotografía borrosa sacada de los archivos militares con la cara de un hombre joven y atractivo. Moreno y de ojos grandes y oscuros, nariz aguileña, labios finos. La ficha de Miquel Alberich, de la leva republicana, hacía veinte años. Nacido en un pueblo de la ribera del Ebro, excombatiente republicano, refugiado en Argelès, CTE, resistencia francesa, división Leclerc, maquis y guerrillero con Los Maños. Un carrerón. Probables contactos con el exilio francés. El perfecto retrato de un lobo solitario.

No tuvo suerte. No había encontrado a Paco en ninguna parte. Ni en la librería ni en los billares ni en los bares habituales. Tampoco era raro, Paco solía desaparecer un par de días de vez en cuando, pero que se esfumara precisamente ahora le tocaba los cojones. Necesitaba información y necesitaba cocaína. Y Paco tenía las dos cosas. Probablemente, estaba en Montjuïc, en el poblado de barracas de Can Valero, y por un momento sopesó acercarse hasta allí, pero lo desestimó. Al fin y al cabo, la calle Ferlandina estaba relativamente cerca de la pensión donde supuestamente dormía el tal Alberich. Era medianoche y el ambiente nocturno del barrio chino se

iba animando. Fuentes se notaba cada vez más nervioso, en parte por la abstinencia y en parte porque la ausencia de Paco le trastocaba los planes, además de tocarle los cojones. Hubiera preferido enviar a Paco a la pensión. Si enviaba a alguien de la BPS debería informar a Quiniela, y no le convenía que el director estuviera al tanto, todavía. No paraba de darle vueltas, aquella llamada tan extraña, con una información tan precisa. ¿Podía ser una trampa? Podía. ¿Una venganza? Las delaciones falsas eran el pan de cada día en aquellos tiempos desgraciados. Quizá.

Pero lo había llamado a él, solo a él.

Maldijo de nuevo, y con la pistola en la mano subió aquella escala inmundada. Un viejo desdentado estaba cabeceando tras un mostrador mugriento. No se molestó en decir su nombre, era seguro que Alberich se movía con documentación falsa. Le enseñó la placa de la BPS y notó cómo el viejo se tensaba. Sintió el miedo del anciano, y el placer que le confería la sensación de poder lo confortó en la misma medida que lo avergonzó. Dejó la fotografía sobre el mostrador rogando que el tiempo y los años de guerra no hubieran maltratado demasiado al guerrillero. Se puso el dedo índice en los labios pidiendo silencio.

—¿Lo conoce? —murmuró.

El viejo miró atentamente la foto. Dudó unos segundos, pero finalmente movió la cabeza arriba y abajo.

—¿Está aquí ahora?

Volvió a asentir.

—¿Qué habitación?

El viejo levantó las manos que había mantenido ocultas bajo el mostrador, le mostró seis dedos. En una mano le faltaban dos y en la otra uno, por lo que Fuentes tuvo que hacer el esfuerzo absurdo de contarlos.

—¿Tiene llave maestra?

El viejo le alargó una llave oxidada con la mano temblorosa. Fuentes, de nuevo, le indicó silencio y avanzó despacio por el pasillo.

Cuando Miquel se despertó, sorprendido, tenía la pistola de Fuentes a dos centímetros de la frente. Miró alrededor a la desesperada.

—Ni se te ocurra, Alberich.

Fuentes notó con satisfacción cómo, al pronunciar su verdadero apellido, la cara del hombre se había oscurecido todavía más. Aquel gesto, la aceptación en el fondo de aquellos ojos oscuros que lo miraban, la comunicación no verbal del viejo guerrillero, parecía desbordarse.

Había cantado bingo.

## Madre

Siempre te ha pasado lo mismo. No sé por qué esta vez tenía que ser diferente. Tu problema ha sido que nunca has querido hacer las cosas como es debido. Y eso, a la larga, pasa factura. Y ahora has pagado con creces. ¿Qué te pensabas? La vida es una puta mierda y más vale que lo vayas entendiendo. Y tú tienes una especial habilidad en complicártela y en complicársela a los demás. ¡Como si ya no tuviéramos bastante desgracia en esta familia!, como si lo de Albert no fuera suficiente, tienes que venir tú y ponernos a todos en peligro de nuevo. ¿No tuviste suficiente en la guerra? ¿No tuviste bastante con todo lo que pasó aquí? ¿Con lo que pasó en el pueblo? ¿Recuerdas a la tía Madrona? Ella tan digna, tan moderna, que os comía la cabeza a todas las niñas con las tonterías que leía en los panfletos de la CNT. Que si la igualdad, que si el derecho al divorcio, que si el aborto libre, que si el derecho a la educación para las niñas, que si las mujeres tenemos que hacer política. Que yo no digo que todo eso no estuviera bien, pero ¿sabes lo que pasó? ¿Lo sabes? Ella, tan intelectual, tan leída, tan comprometida, que llegó a ser comisaria de la CNT, la única mujer comisaria en las tierras del Ebro. Ella, a la que no le tembló el pulso cuando entraron en la iglesia y lo quemaron todo, los santos, el altar mayor, todo. Excepto los libros de registro, lo que sea, sea, que los salvó de la quema e hizo que los llevaran al ayuntamiento. Pero ¿todo lo demás? Todo destruido. ¿Y qué crees que hicieron entonces las luminarias revolucionarias? Construir un horno de pan justo donde estaba la pila bautismal. Un horno de pan, que el desgraciado que lo hizo todavía está preso en la cárcel de Salamanca. De horno de pan y de almacén de comida, eso fue lo que hicieron con la iglesia. ¡Dios los perdone a todos! Pues eso, que pierdo el hilo, ¿sabes qué le hicieron a la tía Madrona cuando los nacionales ocuparon el pueblo definitivamente? Le raparon la cabeza, Isadora. Le raparon, y el viejo de Cal Sord le ató las manos, le ató los pies, la desnudó y después de amarrarla a un caballo la arrastraron como vino al mundo por todo el pueblo. Bajaron por la calle Mayor, Isadora, por la plaza de la Iglesia, llegaron hasta la estación de tren y la subieron por San Bartolomé. La arrastraron desnuda y rapada por todo el puñetero pueblo, Isadora. No la mataron de milagro. A su marido, al tío Antonio, que no se había metido con nadie en su vida, lo fusilaron en el camino de Almatret. Por ella. ¿Qué pensabas? Las cosas se pagan, Isadora. Y tú deberías saber eso. Has sido siempre una ingenua y una descastada. Siempre mirándonos por encima del hombro, despreciando tu propia sangre y todo porque nosotros nunca hicimos la revolución. No la hicimos, no. No hemos hecho más que trabajar como burros, para que vosotros dos pudierais salir adelante, sacrificándolo todo para vosotros. Siempre ese gesto soberbio, Isadora. Y tomándonos por idiotas. ¿Crees que no sabíamos lo que pasaba en tu casa? ¿Que no sabíamos cómo era Joan? ¿Todo lo que hacíais en La Criolla? Todo el mundo lo sabía. ¿Pensabas que nadie te había visto como una fulana? Bebida,

drogada y vete a saber qué más. ¿Crees que no vino nadie a explicarnos lo de la clínica de Joan? Y tú, siempre arisca, siempre altiva, siempre con la razón. Y, además, encima, culpando a tu padre por vender la casa del pueblo. Yo decidí venderla, sí, y tú sabes más que nadie el deseo que tenía de volver, de morir allí. La casa de los yayos. ¡Pero cómo volver si todo el pueblo sabía lo que estaba pasando aquí! Que mi hija era una perdida casada con un maricón rojo que se pasaba las tardes con putas y las noches con travestís. La vendí, sí, porque la vergüenza no me permitía volver. Y ahora, Albert, que siempre ha ido detrás de ti como un pelele, que se ha pasado la vida imitándote e intentando estar a tu altura, ahora se ha hecho el machote y quizá por tu culpa acaben matándolo en la cárcel. Y siempre con esta cara de asco, esta queja continua con tu trabajo. ¿Tienes idea de cómo se tuvo que humillar tu padre para que te dieran este trabajo? ¿Cómo tuvo que agachar la cabeza ante aquel grupo de falangistas hijos de perra? ¿Crees que fue fácil para él? Cuando te volviste a casar, pensé que, quizá, podría haber alguna esperanza para ti, para nosotros. Pero era demasiado esperar. Que por una vez hicieras las cosas como es debido. Y Bonaventura, este desgraciado, este *pocapena*, tiene que tragar el ver su nombre en entredicho, que el cabrón de Laureano está esparciendo chismes por toda la universidad. Con tu hermano en la cárcel. Tu padre desesperado, que cualquier día nos echan a todos a la calle.

¿Sabes lo que pienso?

Pienso que hubieras debido marcharte a Francia con la retirada. Que nos equivocamos al no dejarte marchar. Que quizá este no era tu sitio. Que nunca lo ha sido.

## El pacto

La llegada de Fuentes y Miquel al bar tensó el ambiente. Los jugadores de brisca continuaban como si nada, pero la partida parecía como congelada, los naipes quietos, atrapados en las manos de los jugadores, y estos, inmóviles y mirándose los unos a los otros, semejaban malos figurantes de una película de gánsteres. Los artistas bajaron un poco el tono de voz. Carmen del Lirio, sentada a un extremo de la mesa, saludó al comisario con un golpe de cabeza y Miquel, a pesar de la situación, no pudo evitar perderse en aquellos ojos verdes. Fuentes se inclinó levemente ante ella y siguió a Ramón hasta el fondo del local.

Los sentó a la mesa más apartada, justo en el lado opuesto a la cocina. Un sitio que no era de paso y donde nadie los molestaría. Ni los escucharía. Dejó dos vasos y una botella de vino sobre la mesa. Al poco les trajo un platillo de patatas guisadas con pimiento rojo y cebolla, y dos cubiertos.

—Hay que poner algo en el estómago si se bebe. Café no me queda, pero tengo una achicoria bastante decente, si quieren.

Fuentes le agradeció el detalle con una sonrisa. Miquel no dijo nada.

El comisario sirvió dos vasos generosos de vino y le dio a Miquel un tenedor y un chusco de pan negro. Cogió un trozo de patata y se lo puso en la boca.

—Come. Esto frío no vale nada. Marina es una extraordinaria cocinera y el vino es sorprendentemente mejor que lo que cabría esperar por el precio y el local. ¿Has cenado?

Miquel negó con la cabeza.

—Me lo imaginaba. Ramón, ¿queda un poco de bacalao? Nada, una tapita para que mi amigo lo pruebe.

La palabra amigo quedó flotando entre ambos como el trozo de corcho que se desmenuza al destapar una botella y cae aislado en medio de la copa, fastidiando, forzando a introducir los dedos en el líquido para sacarlo o, en su defecto, arriesgarse a tragarlo.

Amigo, dice.

Miquel escrutó los ojos del comisario por primera vez mientras intentaba controlarse con la comida. Llevaba muchas horas, muchas, sin comer nada. La mirada profunda que tanto perturbaba a Dora en la cama, esa mirada que le provocaba escalofríos que le recorrían el cuerpo, que le cerraba el estómago y le ponía los pezones erectos y el sexo húmedo, esa mirada que presagiaba deseo y locura, continuaba siendo oscura y altiva, pero ahora exudaba una sensación de peligro que Fuentes, que tenía los huevos pelados de interrogar a gente, no pasó por alto.

Continuaron comiendo y bebiendo en silencio. Solo cuando Ramón les llevó las tazas humeantes de achicoria, dos copas de coñac y encendieron dos cigarrillos, Fuentes habló.

—Alguien me ha llamado esta mañana a vía Layetana y me ha expuesto de manera clara y concisa quién eres, qué has hecho antes y cuáles son tus planes cuando Franco llegue a Barcelona el martes. No sé qué le habrás hecho a esa persona, pero la información que me ha dado es precisa y veraz. Como imaginarás, me he molestado en comprobarlo, y te deja en una muy mala situación.

Miquel dio un sorbo a la copa de coñac. Durante toda la cena, durante todo el trayecto desde la pensión hasta el bar, desde el momento mismo que había notado el tacto frío de la pistola de Fuentes al detenerlo en la pensión, sabía que estaba perdido, que se había ido todo a la mierda, y que en el mejor de los casos lo fusilarían rápido y, en el peor, sería torturado sin piedad para terminar, a la postre, fusilado. Y, extrañamente, en ese instante, con la pistola en la frente, no sintió miedo ni angustia ni ansiedad ni tampoco asombro o enojo, no sintió nada de lo esperado. Solo un intenso alivio. Como un niño que han pillado en una travesura y el padre o el maestro lo castiga. En la penitencia está la salvación, decía el cura del pueblo cuando era pequeño. Descansa en paz, Miquel. Hasta aquí has llegado. Amén.

Le sorprendió que fuera Fuentes quien lo hubiera localizado. Mucho. ¿Fuentes? Todo el mundo en el barrio chino conocía el talante del viejo comisario. No era un fanático falangista, se dedicaba al trapicheo y las putas... y él no tenía nada que ver con ese negocio. ¿Por el tema del tabaco? Resultaba inverosímil que un comisario en persona se preocupara por él o por el Seco. No tenía ninguna lógica. Y por el tema político, todavía era más improbable, sobre todo teniendo en cuenta que, en principio, nadie estaba al corriente de su verdadera identidad. Era consciente que su punto más vulnerable era el referente a la compra de los explosivos... Y bien, ya había tomado las precauciones necesarias al respecto. Todavía no los tenía, por lo tanto, no lo podían acusar de eso. Aquella, de momento, era una vía muerta.

Qué cojones pintaba Fuentes en todo eso.

Además, lo había llamado por su nombre de verdad.

¡Y hostias! Nadie en Barcelona sabía quién era él en realidad. Ni los camaradas maquis ni los de la Agrupación. Todo el mundo lo conocía como Elíseo Pérez.

Nadie en Barcelona sabía su nombre. ¿Nadie?

La idea cruzó su cerebro, veloz, devastándolo todo a su paso. Como un invasor arrasa la tierra conquistada. Como cuando la Biblia habla de azufre, sal y tierra quemada. Campos yermos donde ya no crece nada. La destrucción del último atisbo de confianza en algo. En aquello que algún día te hizo mejor. Creer en alguien. Negación. Imposible. No.

Ella no.

—No sé de qué me está hablando, comisario. Me temo que le han dado un soplo falso. Me busco la vida y me dedico a vender tabaco ilegal, eso lo reconozco, pero tal y como están los tiempos, quien más quien menos trasgrede un poquito la ley, ¿verdad? —La voz suave, el rostro pétreo.

—Señor Alberich, Miquel, ¿verdad? No me tome por imbécil. Ni me gusta ni creo que usted piense que lo soy. Antes de molestarme en venir a buscarlo he comprobado que usted es quien es y que efectivamente estuvo en Argelès, que entró en París con la división Leclerc y que participó en la invasión del valle de Aran en 1944. A partir de aquí, Miquel Alberich desaparece del mapa. Pero a la vista está que no es así, ¿verdad?

Miquel procesó la información. «No ha dicho *venir a detenerlo*, ha dicho *venir a buscarlo*». La mente le funciona a mil por hora. Buscando conexiones. Buscando salidas. La sensación de

alivio ha pasado a la historia. Otro trago de coñac.

Piensa, Miquel, cojones, piensa.

—Los compañeros en la frontera no tenían ni idea de que usted hubiera llegado a Barcelona ni que hubiera estado colaborando con la guerrilla. Lo situaban con el maquis, tal vez con Caracremada, pero no con Los Maños. —La voz amistosa, pero dura, dejó traslucir un punto de respeto—. Con el exilio de Francia y Moscú de culo, no le niego capacidad para sobrevivir, amigo Miquel, ni voluntad de lucha.

Supo que era inútil negar lo evidente, que aquel viejo comisario no iba de farol y que sabía de lo que hablaba. ¡Hostia puta!, lo sabía.

Y la necesidad de contarle, de explicarse.

—Fue en Argelès donde empezaron las reuniones entre los militares que habíamos sobrevivido y los civiles del PCE y de las Juventudes Socialistas Unificadas. No fue fácil, la moral era baja y las condiciones muy desfavorables, pero al final, en octubre de 1940, se tomó la decisión de colaborar con la resistencia antifascista en la Francia no ocupada contra los alemanes y contra el gobierno títere de Vichy. Nos apuntamos en masa a las CTE y así conseguimos salir del campo e ir hacia las fábricas. Naturalmente, huimos. Muchísimos. La mayoría de los españoles escapados de los CTE nos unimos a la resistencia, y fue en los campamentos de la resistencia, los *maquisards*, como los llamaban los gabachos, donde lo aprendimos casi todo sobre la guerrilla. Demasiado difícil para nosotros la palabra *maquisard*, *maquis* nos resultaba más fácil y así nos bautizamos. Éramos maquis como antes habíamos sido milicianos. Siempre fue un motivo de orgullo ser un maquis. Todavía lo es.

La voz de Miquel se fue apagando como una cerilla cuando se ha agotado el fósforo. La última palabra apenas un murmullo. Fuentes indicó con un gesto a Ramón que volviera a llenar las copas de coñac mientras encendía dos cigarrillos más. El silencio ahora los confortaba. Miró los ojos de aquel hombre cuando le ofreció el cigarrillo encendido. Aquel guerrillero vencido y vejado que hablaba flojo y entre dientes, pero que levantaba la cabeza, altivo. Aquel hombre que relataba con orgullo el fracaso de toda una generación. De la de ambos. Que, en un último acto de dignidad, cuando ya lo creía todo perdido, necesitaba contarle al enemigo que su vida, que su lucha, no había sido inútil.

La épica de la derrota.

—Hacia el verano de 1944 las unidades exclusivamente españolas de los maquis franceses fuimos reconocidas por la dirección de la resistencia, éramos la Agrupación de Guerrilleros Españoles y llegamos a ser más de nueve mil hombres. A partir del desembarco de Normandía, se inició una nueva estrategia militar aliada, y dejamos los sabotajes y acciones espontáneas para dedicarnos al ataque frontal contra unidades aisladas de la Wehrmacht. Logramos liberar muchos pueblos del sur de Francia. Pero todos nosotros pensábamos obsesivamente en cruzar al otro lado de los Pirineos. Nos tomamos la lucha en Francia contra los nazis y el régimen de Vichy como el preludeo del combate definitivo que liberaría a España del fascismo. Todos luchamos hasta la extenuación y muchos murieron. Porque estábamos convencidos.

Fuentes asintió con la cabeza. El rostro impertérrito.

—Te seré sincero: aquí muchos también.

Miquel no le hizo caso. Ni siquiera lo oyó. En aquellos momentos no estaba sentado en un bar de Barcelona. Estaba en los campos de la Provenza, estaba entrando victorioso en París.



—Y entonces, cuando la Wehrmacht ya había sido desalojada del sur de Francia, planeamos ejecutar la invasión de España por el valle de Arán. Se creó la división 204, once brigadas, éramos casi ocho mil maquis. Llevábamos en las espaldas ocho años de lucha armada, pero ninguno de nosotros estaba cansado y todos teníamos claro el objetivo: había que conquistar el territorio entre el río Cinca, el Segre y la frontera francesa. Posteriormente, se declararía la zona conquistada como territorio bajo el gobierno legítimo de la República y, de inmediato, los maquis repartidos por el interior del estado encabezarían un levantamiento general en toda España contra Franco. ¡Estábamos tan convencidos de que eso obligaría a intervenir a los aliados para liberar España! Intervendrían para liberarnos de la misma manera que nosotros habíamos ayudado a liberar el resto de Europa. —La voz apenas audible—. Estábamos tan convencidos de que funcionaría que, cuando fracasamos, muchos quedamos en *shock*, incapaces de volver a Francia, refugiados en las montañas. Conviviendo con campesinos muertos de hambre. Gente cansada de penurias que al principio nos ocultaba, nos ayudaba, pero que cada vez estaba más extenuada, más harta, y era más hostil.

—No se les puede reprochar.

—No. No se puede. —El perfil altivo barrió el bar—. Pero tampoco se nos puede reprochar nada a nosotros. Tomábamos lo imprescindible para sobrevivir. Nada más. Usted sabe lo que ha pasado, lo que el partido nos ha hecho. Al principio nos mandaron aquí con instrucciones y medios, pero el año pasado todo cambió.

—Cuando Stalin forzó a la Pasionaria y a Carrillo a abandonar la vía armada, ¿verdad?

—Exactamente. Cortaron el envío de dinero de golpe. En seco. Todos estábamos en precario, con documentación falsa y sin poder buscar trabajo. Muchos volvieron, forzados. Pero a mí la vida en una dacha soviética no me atrae demasiado. —Sonrió con tristeza—. Soy del sur, yo. No me gusta el frío. Llegado a este punto, solo tenía dos salidas, volver a Francia o probar suerte en Barcelona. Barcelona ganó, las agrupaciones guerrilleras urbanas al menos estaban apoyadas por lo que queda de la CNT.

—Anarquistas y comunistas juntos. —Fuentes sonrió irónicamente por debajo del bigote—. Vivir para ver.

Miquel esbozó por primera vez esa media sonrisa irónica.

—Sí. La política hace extraños compañeros de cama. Se dice así, ¿verdad?

El silencio irrumpió de nuevo y los rodeó aislándolos del sonido de las otras mesas. Los artistas poco a poco se habían ido marchando. Solo quedaban las dos partidas de cartas y unos cuantos habituales en la barra. El ambiente era plomizo, denso y cargado. Y no solo de humo.

—Ya sé... ya sé... y ahora, usted, solo y sin nada que perder, quiere hacer el disparate de cargarse al dictador. ¿No ve que eso es un suicidio?

La desesperación traspasaba la mirada, el olor, los gestos de Miquel.

—¿Y qué me queda, comisario? ¿Qué me queda? Lo he dado todo por la República, todos nosotros lo hicimos. ¡Sacrificamos nuestra juventud, nuestro futuro, defendiendo aquello en lo que creíamos! Y cometimos errores, la República cometió errores, sí, muchos y graves. Pero lo tuvimos tan cerca... —El tono se endureció—. Todo el mundo nos ha traicionado, dentro y fuera. Dicen que el peor fuego es el fuego amigo, ¿no? Le puedo asegurar que es cierto. Nos lo han quitado todo y nos han dejado en la estacada. ¿Y ahora qué hago? ¿Volver a Francia, donde no seré más que otro *cochon espagnol*? ¿Moscú? No, mi única esperanza es matar a Franco. Liberarme y

al mismo tiempo liberaros a todos. ¡A todos! —El tono se elevaba, la cadencia era mesiánica—. ¿No lo entiende?

—Alberich, lo entiendo más de lo que cree. Ustedes no fueron los únicos que perdieron cosas en el desastre de la guerra. Muchos de nosotros hemos sobrevivido, como hemos podido, y puede estar seguro de que no ha sido nada fácil. Yo fui fiel a la República, pero mucha muchísima gente estaba agotada después de tres años de guerra y del descontrol de la retaguardia. ¿No recuerda los paseillos de los milicianos? ¿Las checas? Sí, Alberich, la República cometió muchos errores y el más grande de todos fue dejar el orden público en manos de los anarquistas. Un error colosal. Creo que Companys no preveía lo que pasaría cuando creó el Comité Central de Milicias Antifascistas, y estoy seguro de que no quería que pasara lo que pasó. Pero pasó. Y mucha gente que ni tan siquiera era de derechas vio en la entrada de Franco una liberación. Un poco de orden, un poco de cordura.

Miquel abrió la boca para la réplica, pero la cerró a un gesto de Fuentes.

—Espere, déjeme terminar. Muchos de nosotros, muchos, sobre todo aquí en Cataluña, pensamos que Franco sería como un Primo de Rivera rechoncho, que pondría orden y concierto y que, habiendo tomado nota de las barbaridades que entre todos habíamos hecho, se restituiría al rey y, pasado un tiempo, se podría volver a intentar. Y pensábamos que los aliados ayudarían. Pero todos sabemos cómo ha acabado el cuento. Con una panda de psicópatas dirigiendo el país. Todo está podrido, el régimen está putrefacto desde la base. El sistema está viciado y lo peor es que lo controlan todo, absolutamente todo.

El humo trenzaba figuras a su alrededor y la voz de Fuentes cada vez sonaba más ronca:

—Se engaña mucho, Alberich, si piensa que matando a Franco acabará con la dictadura. No me sea ingenuo, el sistema no caerá. Y no caerá porque mucha mucha gente, no quiere que caiga. Ahora mismo, casi nadie quiere que caiga. —La voz parecía un cuchillo—. Ni dentro ni fuera. No con Stalin controlando media Europa.

Miquel negó con la cabeza, el brillo de los ojos, la fe ciega en su misión. No quería escuchar, no lo quería creer. Fuentes suspiró. Sí, tenía delante al lobo solitario del que había hablado a Quintela. ¿Qué debía hacer? ¿Detenerlo? Si registraba la habitación, era seguro que encontraría algún tipo de arma o explosivos. Y, aunque no encontrara nada, solo por sus antecedentes le esperaba un consejo de guerra sumarísimo y varias condenas de muerte. Ambos lo sabían. En el fondo, que el lobo solitario apareciera en este momento era una suerte, podía irle más bien que mal. Si conseguía hablar de una puta vez con Paco... Encendió otro cigarrillo, esta vez solo uno. Miquel lo observó, alucinado, por primera vez consciente de las dudas del policía.

El viejo comisario tiró al suelo el cigarrillo apenas encendido, cogió la cartera y dejó dinero de sobras para pagar la consumición. Cogió la americana, se la puso con toda calma y miró a Miquel fijamente.

—No te detendré... —Por primera vez lo tuteó—. Porque si le vuelas la cabeza al hijo de puta de Franco y de paso a cuatro más de alrededor, yo seré el primero que me alegraré. Pero formo parte del dispositivo de vigilancia y protección y puedes tener por seguro que si estoy allí cuando lo hagas, te lo impediré. ¡Ah! Y no te daré opción a que me delates en ningún consejo de guerra. Porque, amigo Alberich, si el martes ambos estamos allí y estás en mi ángulo de tiro, no tengas ninguna duda de que te mataré.

Se levantó y le entregó un papel. Miquel lo miró mientras Fuentes se despedía de Ramón y,

con toda la calma, salía del local. Miquel permaneció unos segundos perplejo, hasta que sintió de nuevo el tacto del papel en la mano. Era un folio sin membrete, pulcramente mecanografiado. Lo desdobló y reprimió un taco al leer su contenido. Era la descripción detallada, horario previsto incluido, del recorrido que el Generalísimo haría el martes 31 de mayo cuando llegara al puerto de Barcelona en un barco procedente de Valencia. También detallaba el número y ubicación de los francotiradores, los efectivos desplegados en las alcantarillas. Y las líneas esenciales de todo, absolutamente todo el plan de seguridad.

## La puerta

La puerta de cristal de la librería *La Luna* estaba cerrada a cal y canto. El cartel de cerrado bien visible y la llave echada. Pero la persiana metálica, extrañamente, no estaba bajada. A través de los cristales un poco polvorientos, se veía la oscuridad del interior. Hojas de los árboles y papeles se acumulaban en el poyete, y un par de cartas mal encajadas en el buzón empezaban a amarillear por el sol. Todo resultaba raro. Paco era extremadamente pulcro y escrupuloso y barría y fregaba la entrada de la tienda, el trozo de poyo y la acera todos los días del mundo. Y limpiaba los cristales a menudo. Y, por supuesto, recogía el correo diariamente. Y, volviendo al principio, la persiana metálica estaba levantada.

Dora dio la vuelta por el callejón de atrás para ver si había luz en el patio. Tampoco. ¡Todo era muy extraño! Llevaba tres días sin responder a ninguno de sus mensajes, y lo que al principio solo la extrañó un poco, terminó exasperándola. No era propio de Paco marcharse sin decir nada a nadie. Si lo había hecho, es que las cosas estaban peor de lo que ella pensaba. Poner tierra de por medio con la que caía era comprensible, otra cosa era desaparecer así. Dora pasó del enfado a la exasperación y al miedo. A pesar de ser consciente de que era una imprudencia, había tocado teclas en el Gobierno Civil y logrado averiguar que Paco no estaba entre los detenidos preventivos por la visita de Franco. Por tanto, sabía que no estaba en la Modelo y le habían asegurado que tampoco en Nanclares. Entonces ¿dónde se había metido? Muerta la relación con Miquel, su única opción para contactar con el interior de la prisión era Paco. Y necesitaba imperiosamente comprobar que Albert estaba bien y que la amenaza de Miquel era pura chulería. Estaba convencida de que había sido una bravata nacida de la frustración y la rabia, pero ¿cómo podía estar segura? ¡Se había equivocado en tantas cosas! En el fondo, ¿qué sabía de él? Nada. Había reaparecido no hacía ni un mes después de toda una vida. Era evidente que ya no era aquel joven idealista que la había enamorado en la adolescencia, pero ella tampoco era aquella chiquilla pavisosa. No creía que fuese capaz, pero no podía fiarse de que no haría nada contra Albert, y Paco... Paco sabía muchas cosas, mucho más de lo que contaba. La gente hablaba, el barrio era como un pueblo, y Paco, que siempre había pensado que ella no se enteraba de nada, no se daba cuenta que hacía tiempo que sospechaba cosas... Que sabía que él tenía contactos en todas partes, dentro y fuera de la Modelo. Además, había intentado sonsacarla el día del mercado de San Antonio, y le dio la sensación de que él sabía mucho más de lo que parecía. Y tampoco era normal que últimamente se librara de estar en las listas de los sospechosos habituales. Blanco y en botella, era seguro que filtraba información a cambio de protección.

Siempre había sido un tío listo y si había algún peligro sabría qué hacer, y, además, si las cosas se ponían feas para Albert en la Modelo, solo Paco podía intentar protegerlo. Recordó su

último encuentro y la ansiedad al ver que no le sacaba ni media palabra, aquella ira contenida, el nerviosismo disfrazado de palabrería, y se mareó un poco. En el fondo era un tío legal y fiel, le debían haber apretado mucho, realmente. Se pasó una mano por el cabello, consternada. Si lograba encontrarlo, ¿cómo pedirle ayuda sin traicionar a Miquel? ¡Sin traicionar a Miquel! ¿Te has escuchado, estúpida? ¿No te ha traicionado él? ¿No te ha utilizado, te ha engañado, te ha usado de la peor de las maneras posibles? ¿Por qué no lo quieres vender, si es lo mínimo que se merece? Una risa amarga le desfiguró la cara. Porque traicionarlo era condenarlo a muerte. Y a pesar de todo lo que le había dicho, de todo lo que le había hecho, aquella mierda de mundo aún sería más absurdo, más inhóspito, y más insoportable si Miquel no estuviera en él.

No sería ella quien lo sentenciaría.

Ya había traicionado a bastante gente. Ya había sido la hija de puta mayor del reino con Bonaventura. El saco de las putadas lo tenía repleto.

Bonaventura. El pinchazo en el estómago, cuando pensaba cómo la relación entre ambos se había establecido en una rutina extrañamente cordial y tranquila, como si Bonaventura hubiera extendido, encima de ellos, un manto de negación a todo lo que había pasado de un mes a esta parte. A Dora le resultaba incomprensible la ausencia de reacción en Bonaventura a sus palabras, que eran ciertas, pero a la vez innecesariamente crueles.

—Te quiero, pero nunca he sentido por ti nada ni remotamente parecido a lo que siento por Miquel. Nunca lo he sentido por nadie. Y lo más triste es que te lo mereces más que ningún otro. Siempre te lo has merecido.

Aquellas frases salían de su boca como puñales, los cuales se clavaban en aquel hombre que tenía delante. Que la sostenía y la consolaba. Y la náusea inundándole todas las células del cuerpo. La vergüenza y la culpa extendiéndose como un cáncer. La culpa que nadie nunca había conseguido hacerle sentir. Aquel peso maloliente que la dejaba sin armas, sin salidas.

No entendía a Bonaventura. Aquella comprensión extrema, el amor sin fisuras, ni un mínimo reproche. La aceptación sin réplica de su disculpa la tenía todavía descolocada. Y la voluntad, el empeño, obcecado, ciego, como un buey con orejeras, de volver a aquella apariencia de normalidad anormal. Ese triste y desesperado intento de ignorar que todo había cambiado.

Qué carga el amor cuando se convierte en una deuda. Qué carga cuando amas por agradecimiento, para compensar a quien te ama.

Y mamá.

Todos aquellos reproches, toda aquella bilis cuando, desesperada, acudió buscando ayuda, buscando consuelo. ¡Cómo podía haber sido tan ciega! Como había podido pensar que recibiría alguna otra cosa que no fuera un vómito oscuro y pútrido. Aquel vómito que le nacía de lo más profundo, de una madre decepcionada por no haber tenido la hija deseada. Y al despertarse de aquel sueño feliz que habían sido aquellas semanas con Miquel, Dora, la idealista, la vital Dora, se había dado cuenta de golpe de lo trágico de la situación. Miquel, su presencia, su voz, su olor, su mirada, sus manos, los besos, el sexo, le habían anestesiado los sentidos y, empapada de aquel amor absoluto, había vivido el drama de su familia como una autómatas. Escuchando, confortando, sí, pero, en realidad, ajena a todos. Había aceptado el consuelo torpe de Bonaventura, sus caricias, con el corazón en otro lugar. Como si los demás no fueran capaces de notar que ella no era más que un envoltorio vacío. La ausencia, cuando alguien está presente, es el castigo más terrible. Y el más injusto. Y ahora, todo aquello se le volvía en contra con la fuerza de la marea

cuando de noche inunda de nuevo la playa. Dejándola a la intemperie empapada y fría. Helada.

Definitivamente, Paco no estaba. Retrocedió por Ferlandina hasta llegar a la esquina de Joaquín Costa. Deliberadamente, evitaba los alrededores de la pensión de Miquel, como si borrando aquel trozo de la geografía barcelonesa pudiera extirparlo de su vida. Sabía que tarde o temprano acabaría volviendo a recorrerlos con la vana esperanza de saber algo de él, pero de momento aún podía resistirse. De momento.

Acababa de girar por la calle Joaquín Costa cuando notó una mano que la agarraba del brazo y la empujaba dentro de un portal. Instintivamente asió el bolso con fuerza, dispuesta a utilizarlo como arma.

—Eres una grandísima hija de puta, Dora.

La voz se le clavó en el estómago, como si hubiera sido una cuchillada. El portal estaba medio a oscuras, pero aquella voz la hubiera reconocido entre un millón. Aunque sonara temblorosa por la ira, ronca por el rencor. Y cuando, alucinada, se volvió y descubrió su cara a un palmo de la suya, el miedo la paralizó. Los ojos de Miquel desorbitados, el gesto agresivo, los puños cerrados y aquella nariz que se había afilado aún más como un puñal que quisiera atravesarle el cerebro y destruirla.

—Miquel..., ¿estás loco?

La sorpresa de Dora resultó ser tan genuina, los ojos abiertos, el interrogante en la cara, las lágrimas acumulándose, que Miquel aflojó un poco, solo un poco, la presión en el brazo.

—Eres una grandísima hija de puta.

La voz sonaba ácida.

—No te creía capaz de esto, Dora. Lo que has hecho es mezquino y despreciable. Muchas veces me han traicionado en la vida, pero esta putada, probablemente, ha sido la peor de todas. ¡Y mira que el listón lo pusieron alto! No sé ni por qué he venido a buscarte, pero quería que lo supieras, quería que supieras que tu patética venganza no ha servido de nada. Estoy aquí, nadie me parará. Y tú, la que menos. Y que ahora sé lo que vales. Nada.

—Pero... pero qué dices...

El desconcierto inicial había dado paso a una exasperación que iba aumentando a cada segundo que pasaba. Dora la notaba crecer a cada palabra.

—Pero ¡quién cojones te has pensado que eres hablándome así! ¡Lo único que he intentado hacer, imbécil, es salvarte la vida!

—¿Salvarme la vida? ¿Pero serás cínica? ¿No sabes que tengo pendientes cinco condenas de muerte?

—Precisamente por eso no te quise dar la información que me pedías. Porque eres un muerto viviente intentando comprar explosivos, ideando este atentado de pacotilla. ¡Que no conseguirás matar a Franco, Miquel! Y que, si lo consiguieras, o te matarían allí mismo o te fusilarían al día siguiente.

El tono subía, la exasperación se convertía en ira. Las lágrimas, que parecían a punto de rebosar, se habían contenido. La ira las había parado.

—¿Y vienes a decirme que yo te he hecho una putada? ¿Yo? ¿Que lo único, lo único que he hecho ha sido amarte, ayudarte, protegerte? Yo sí sé ahora lo que valían esas tardes juntos. ¡Una mierda, valían!

Con un movimiento brusco se deshizo de la mano de Miquel y se encaró con él. Ya no tenía

miedo, y esa cólera ciega de ella, extrañamente, logró calmarlo. Y con la calma volvió el raciocinio. El análisis.

—Un momento, Dora.

La voz serena se detuvo en seco cuando ella empezaba a volverse para irse.

—¿No has sido tú quien ha llamado a la BPS?

—¿A la *politicossocial*? ¿Yo? ¿Te has vuelto loco?

La claridad, la rapidez en la respuesta, la evidente sinceridad en cada palabra lo aturdió. Se sentó en el primer escalón de aquella escalera sombría mareado por la certeza de su error y el vértigo de no tener ni la más remota idea de quién podía haberlo denunciado a Fuentes. Dora le miraba de pie al lado de la puerta. Indecisa, no sabía si consolarlo o cabrearse aún más porque él hubiera podido pensar que ella podía ser capaz de hacerle algo así.

Ganó el rencor.

—Lo que más pena me da, Miquel, es que al final de todo me he dado cuenta de que no me conoces nada. No sabes nada de mí. Quién soy, qué pienso y qué siento. De mi ética. De lo muchísimo que te he llegado a amar. Y no lo sabes porque en el fondo te importa una mierda yo y lo que yo sienta. Estás tan amargado que no puedes ni quieres querer a nadie, y no sé cuál de las dos posibilidades me da más pena. Solo piensas en ti, en tus traumas, en Argelès y en todo lo que hubiera podido ser. Y no te das cuenta de que, perdido en tus fantasmas, nunca nunca nos has dado una oportunidad. Nunca me has dado una oportunidad.

Dora estaba disparada, la bilis borboteaba en sus palabras, salpicando todo con cada hebra de saliva.

—Ni la más mínima posibilidad de averiguar cómo podría ser la vida conmigo. Siempre con el freno puesto. Siempre dando lo mínimo, y sabiendo, cabrón, que me tenías a tus pies. Aquel gesto indiferente, aquellos silencios absurdos. Y cuando veías que me alejaba, la atención inmediata, el despliegue de tus encantos. Hasta que supiste que no te contaría nada. Que lo único que te importaba realmente no te lo daría. No te importó que lo hiciera por ti, para protegerte de ti mismo. Porque lo que quieres hacer es una locura. Una puta locura, Miquel.

—Pero, pero si no has sido tú... solo tú sabes quién soy, Dora. —La voz implorando—. Aunque alguien me hubiera visto con el seguidor, alguien que me reconociera de antiguos atentados..., aun así, nadie en Barcelona conoce mi verdadero nombre, nadie sabe dónde duermo... Y menos todavía los planes para matar a Franco. Ni el Seco, ni nadie de la agrupación guerrillera. Todas estas cosas solo las sabías tú. Solo tú...

Miquel enterró la cara entre las manos y ese gesto de impotencia, de dolor, le impidió ver cómo Dora palidecía y se dejaba caer hasta sentarse en el suelo, con la espalda en la pared, todavía al lado de la puerta. El ruido de Dora al sentarse hizo que Miquel la mirara. Parecía noqueada, con una expresión de absoluto desconcierto.

—Entonces... Bonaventura... No me lo puedo creer... Bonaventura...

El suelo se movió bajo Miquel. Aquel nombre. Infrecuente. No podía ser. Imposible. Demasiada casualidad. No.

Sin embargo, la pregunta.

—¿Bonaventura? ¿Quién es Bonaventura?

—Mi marido. ¿No te había dicho su nombre? Después de lo que pasó entre nosotros la última vez... se lo conté todo.

Parecía avergonzada, deseando justificarse. Justificarlo.

—Pero él es incapaz de algo así. Es un caballero, tranquilo y muy comprensivo. Me quiere muchísimo. No haría nunca eso. ¿Sabes que estuvo en Argelès también? Estaría encantado de que alguien matara a Franco.

El abismo cada vez mayor. Bonaventura. Argelès.

La voz sonó floja, como sin fuerza.

—¿Cuál es su apellido?

Dora lo miró, incómoda. Hasta ese momento no había caído en la casualidad. Pero el azar es así, ¿no? Caprichoso. No, Bonaventura no conocía a Miquel, era imposible. Miles de personas estuvieron allí amontonadas. Miquel era militar, Bonaventura un civil, y, además, él estuvo solamente unos meses. No, seguro que no se conocían. Seguro que no, pero ¿por qué le costaba tanto decirle su apellido?

—El apellido, Dora.

Esta vez ya no sonó a ruego.

—Puig. Bonaventura Puig.



## 31

### La solución

La comisaría de vía Layetana era un hervidero de gente aquella mañana. Las unidades especiales llevaban días desplegadas por toda la ciudad y nadie había dormido demasiado. Unidades de la guardia civil patrullaban los alrededores del puerto, donde estaba previsto que el Generalísimo llegara hacia las siete de la tarde del día siguiente, procedente de Valencia. El motivo oficial, inaugurar la XVII Feria Internacional de Muestras de Barcelona. Antes se había programado una ruta de visitas de ciudades del interior, como Olot o Manresa, donde el Orfeón Catalán, dirigido por el maestro Luis Millet, le ofrecería un concierto en su honor.

Eso de cara a la galería.

El motivo officioso era reforzar su figura en una región donde la imagen del régimen nacional-católico estaba cayendo estrepitosamente. La desafección entre las clases bajas y medias era notoria, pero más grave resultaba que buena parte de las élites que habían apoyado financiera e ideológicamente la «gloriosa cruzada» empezaban a pensar que la autarquía económica y el aislamiento internacional del régimen los estaba llevando a la irrelevancia en Europa y en el mundo. A muchos de los industriales catalanes no les gustaba demasiado, por no decir nada, el tufo a naftalina e incienso que desprendían las visitas bajo palio del jefe del Estado, y aún menos los ataques indiscriminados a la lengua y a la cultura catalana. En palabras de un destacado representante del Círculo de Economía: «Quizá hemos apagado un fuego para caer en las brasas. Y pagando un ojo de la cara, encima». Otro industrial, menos elíptico, había concluido en una concurrida cena en el restaurante Siete Puertas: «Somos la puta y pagamos la cama».

Los industriales catalanes, pues, clamaban en el desierto por un cambio en la desastrosa política económica de Franco. Querían abrirse a los mercados extranjeros, querían la incorporación de España en las instituciones internacionales y que comenzaran a entrar las divisas tal y como estaba pasando en Italia y en Portugal desde 1945. Menos misas y velas y más planes de estabilización y desarrollo. No se decía en abierto, pero muchos pensaban que apoyar a Franco había sido un error catedralicio y un magro negocio. Y ese runrún soterrado había conseguido llegar al centro de la maquinaria del Estado, y, gustara en los cenáculos del poder o no, todos allí sabían que poco se podría hacer si el capital catalán o vasco les daba la espalda.

Por lo tanto, Franco vendría a Cataluña las veces que fueran necesarias, inauguraría plantas de fabricación de automóviles, pantanos o exposiciones universales. Y quizá, quizá, ficharía a algún economista catalán que tuviera en la cabeza algo más que la doctrina falangista, para intentar así contentar a propios y extraños, para intentar recibir alguna migaja suelta del Plan Marshall y que la ONU reconociera al régimen de una puta vez.

Franco llegaba en pocos días y no a territorio amigo. La guerrilla estaba noqueada y los

estudiantes poco organizados, pero Barcelona, a pesar de las manifestaciones de exaltación al régimen, no había claudicado del todo. Los maquis estaban en las montañas, lejos, muy lejos, pero no podía descartarse nada.

A principios de enero, una trifulca en el Pirineo leridano entre el grupo de maquis del Caracremada y la Guardia Civil había supuesto la muerte de un enlace. Un enlace que llevaba encima numerosa documentación sobre la planificación de un atentado a gran escala. Eso había hecho saltar todas las alarmas, dado que de la documentación decomisada podía deducirse claramente que hacía ya unos meses que el comité conspirador de Barcelona, desligado totalmente de la organización en el exilio, había comenzado la preparación de una gran acción. Hacía meses que una brigada de casi cien hombres, divididos en tres grupos, habían ido consiguiendo uniformes del ejército y de la policía armada, y habían robado varias sotas de la sacristía de la catedral. Increíblemente, hasta la muerte del enlace no había habido ninguna filtración. Lo que hacía evidente que dentro de la Iglesia el régimen tenía enemigos. El problema, sin embargo, era la obtención de armas a gran escala. Conseguirlas en el mercado negro era posible, pero se trataba de abastecer a casi un batallón. Los guerrilleros planearon asaltar varios cuarteles, pero pronto se descartó. Una acción así alertaría demasiado a la policía. Entonces, intentaron entrar armas desde Francia o desde Marruecos por diversas vías, sin éxito. Finalmente, decidieron recurrir al mercado negro, a pesar del riesgo de filtraciones, y solo entonces las armas comenzaron a llegar lentamente. Disfrazados y deficientemente armados, pero preparados para cuando Franco volviera a pisar suelo catalán.

El Plan 1001 preveía que el primero de los tres grupos, disfrazados de curas y militares, disparara sus ametralladoras y lanzara granadas mientras el dictador, como era costumbre, pasara revista a las tropas. Mientras este grupo intentase huir entre la confusión creada, los otros dos, vestidos de policías y militares, contendrían a la multitud y confundirían a las fuerzas del régimen. Después de esto, los asaltantes se dividirían en dos columnas, y se dirigirían o bien a pisos francos o a una calle cercana, donde los esperarían varios transportes. El plan no era en absoluto descabellado, pero nada de todo esto llegó nunca a pasar. Desmantelaron el grupo guerrillero y les incautaron armas e infraestructura.

La BPS y su director Quintela se apuntaron una gran victoria. Y vendieron al ministro Serrano Suñer que Barcelona era la ciudad más segura de España. Y en esta coyuntura eufórica se empezó a planear otra visita del Caudillo. Pero... ¿Barcelona era tan segura en realidad? Quiniela y los Creix estaban nerviosos, y tenían buenas razones para ello. El último mes había habido movimientos inquietantes, chivatazos. No, nadie estaba tranquilo aquellos días en vía Layetana, todos los efectivos abocados en la protección del Ser Supremo. Alcantarillas ocupadas, francotiradores en los tejados, buzos rastreando el puerto palmo a palmo. Y todos los efectivos de la secreta patrullando de incógnito en la noche barcelonesa.

Fuentes contemplaba, impávido, aquella actividad febril. Él tampoco había estado desocupado las últimas horas, a pesar de que la presión en la comisaría había ido *in crescendo* a medida que se acercaba la fecha. Quintela supervisaba personalmente el despliegue y exigía informes prácticamente diarios. El viejo comisario intentaba pasar desapercibido, pero su posición había sido puesta en entredicho, aunque en realidad ya contaba con ello. Nadie encontraba al famoso lobo solitario, pese a que habían llegado a la BPS informes de que se había tanteado la compra de material explosivo en los circuitos de conseguidores habituales. La idea de la existencia de un

nuevo grupo armado, de algún modo bendecido por los intelectuales catalanistas de izquierda, volvía a tomar fuerza y despertaba los miedos más arraigados. Una alianza entre el brazo ejecutor de la guerrilla y la *intelligentsia*. Mala cosa para el régimen. La presión aumentaba mientras Fuentes notaba el suelo moverse bajo sus pies. Que Quintela le comprara los argumentos del lobo solitario relegando la teoría del grupo armado no había gustado demasiado en los sectores falangistas del cuerpo. Le tenían ganas.

Bueno, quien algo quiere, algo le cuesta.

Cuando aquella mañana el director Quintela lo llamó al despacho con voz fúnebre no le sorprendió demasiado, podría decirse que lo estaba esperando. Lo que no esperaba era ver a los hermanos Quintela y a dos inspectores de Madrid flanqueando la mesa del director con cara de «Fuentes, estás acabado». Todo el montaje, todo el plan se aguantaba por los pelos ¡Ah! El puñetero reflujo volvió y empezó a sudar.

—Comisario. Parece que su teoría del lobo solitario no acaba de confirmarse. A pesar de todos nuestros esfuerzos no se ha conseguido no ya detenerlo, sino ni tan siquiera identificarlo. El único avance destacable en relación con su teoría, y no estoy seguro de que usted esté al corriente de ello, es que ha llegado una información, muy fiable, de que estos últimos días se han producido diversos intentos de compra de dinamita a proveedores poco habituales. No sé en qué lugar le deja a usted eso.

El comisario intentó aparentar una calma que no sentía.

—Mis fuentes me han informado de ello —dijo con serenidad—, y todavía estoy confirmando su veracidad. Pero que el chivatazo no provenga de una de mis fuentes, de mis fuentes *directas* — enfatizó— no invalida en nada mi teoría. La información ha venido de la calle, no de una prisión. Si hubiéramos encerrado a todos los habituales, como se pretendía en un principio, nunca hubiéramos sabido eso.

Antonio Creix, notoriamente enfadado, interrumpió.

—Bueno, igual ya tendríamos encerrado tanto al que quiere comprar como al que quiere vender.

Quintela lo miró con frialdad, y el comisario cerró la boca de inmediato.

—Eso se lo concedo, Fuentes. Pero, por contra, su famoso lobo solitario no aparece por ningún lado. En cambio, el chaval ese que imprimía octavillas, recuérdeme el nombre...

—Alberto Colom.

—Eso, Colom, ese chaval que no parecía tener mucha información, según usted, ha pasado a estar bajo la protección de los mandamases del PSUC en la Modelo. Quizá Vicente Creix tenía razón después de todo y los universitarios les están haciendo el trabajo sucio a los maquis. Quiero que lo traiga cagando leches. Personalmente. En nada llega el Generalísimo y no quiero ni un cabo suelto. ¿He hablado claro?

Aquella conversación le estaba revolviendo el estómago. La úlcera lo mataba, pero Fuentes decidió hacer un órdago. Faltaba tan poco para alcanzar el objetivo que ahora mismo no le convenía delegar nada en ninguno de la comisaría. Era imprescindible que Albert no hablara con nadie que no fuera él. En la Modelo no molestaba, pero en manos de los Creix... vete a saber qué habrá oído en prisión. Estaba claro que debía ir a buscarlo él personalmente, pero era mejor que mostrara contrariedad, debía forzar un poco las cosas para que nadie dudara de que ir a buscar a Albert no había sido idea suya, sino una orden directa del director.

—Con todos mis respetos, director. Con todo lo que tenemos encima, ¿usted cree que el chaval ese sabe algo más de lo que ya nos ha dicho? Y en todo caso, ¿tengo que ir yo personalmente a buscarlo a la Modelo? Mandaré a alguien de confianza...

Calló en seco al ver cómo el director lo miraba. Había vuelto a colársela, y había reforzado la orden, pero Fuentes no sabía cuánto le duraría la suerte. Se despidió con un «lo siento, señor, ahora mismo voy a buscarlo», mientras su cerebro funcionaba a cien por hora. ¿Cómo era posible que Paco no le hubiera dicho nada de todo aquello? El chaval de la imprenta, ¿qué pintaba con los del PSUC? Era un crío que no conocía ni al tato. Los estudiantes con los que jugaba a la resistencia eran del Frente Nacional de Cataluña, de la órbita de Unión Democrática y de la Federación de Jóvenes Cristianos. Aquel grupo de pijos se parecía a los viejos militantes *pesuqueros* como un huevo a una castaña. Que Fuentes en persona le hubiera filtrado al tarado del Laureano Pons que aquellos desgraciados imprimían octavillas y planeaban quién sabe qué, lo había hecho, precisamente, porque ninguno de ellos tenía ni la más remota conexión con la guerrilla ni con nadie similar.

Todo aquello no estaba previsto, y eso le preocupaba, y mucho. Debía hablar urgentemente con Paco, pero primero tenía que llamar a la cárcel. Necesitaba saber quién había visitado a los veteranos comunistas los días antes de que adoptaran a Albert como protegido. Esperó unos minutos antes de llamar, debía calmarse. Necesitaba calma. Tardaron una hora larga. La respuesta breve: nadie que no fuera familiar o visitante habitual. ¡Hostia puta! Línea muerta. Cuando iba a colgar, sin saber por qué, pidió que le buscaran los nombres de los visitantes, si había ido alguno, de los miembros de la agrupación guerrillera, los anarquistas detenidos en enero. Esos eran unos descastados, maquis que llevaban años y años arrastrándose por las montañas y tenían poco o ningún arraigo en la ciudad. Lo lógico era que recibieran pocas visitas. Efectivamente, la lista era corta y al tercer nombre cantó bingo: Eliseo Pérez, alias Miquel Alberich.

El cabrón de Alberich había conseguido que protegieran al chico, realmente se había tomado muchas molestias y se había expuesto mucho. Por alguna razón. Quería saberla. No era verosímil que solo fuera por Dora, se la tiraba, eso lo sabía a ciencia cierta, pero también que no había conseguido que ella le diera ninguna información importante. Los datos necesarios para atentar se los había proporcionado él mismo. El informe con los detalles del despliegue policial, los explosivos de primera y tirados de precio. ¡Joder! ¡Solo faltaba que pulsara él mismo el detonador! Un runrún empezó a inquietarlo, quizá había sido un error dejarlo libre, quizá estaban corriendo demasiados riesgos aprovechándose de aquel viejo maquis que les había caído del cielo, listo para inmolarse. Encantado con el papel de lobo solitario. Quizá el mítico Miquel Alberich no era tan valiente, después de todo.

Detenerlo hubiera parado la histeria. Hubiera calmado demasiado las cosas. Eso no les interesaba.

Un momento.

Yo soy la única persona que sé quién es en realidad el lobo solitario. Yo soy quien le ha dado la información y los medios para que atente. Yo soy quien recogerá a Albert de la prisión. Todo pasa por mí. De momento, todo pasa por mí, y, el único eslabón débil en todo el montaje sigue siendo Albert. Sí, este chico en ningún caso debe llegar a vía Layetana. Alguien debe quitarlo de en medio, y averiguar qué coño sabe. Qué coño le han contado en la Modelo.

Calma. Piensa.

Paco es amigo de Dora.  
Paco conoce a Albert.  
Paco tiene contactos.  
Paco tiene *los* contactos.  
Paco es la solución.

—¿Quién eres?

La pregunta estalló entre ambos en el preciso momento en que Bonaventura abrió la puerta de casa. Dora lo esperaba sentada a la mesa del comedor, donde solo había dispuesto una taza de café, aún humeante. De la radio surgía, oxidada, la voz de Billie Holiday cantando *This foolish things*. La orquesta de Benny Goodman los rodeaba.

En otro momento habrían escuchado, complacidos, una de las canciones favoritas de la pareja. En otra vida, probablemente, habrían acabado haciendo el amor con aquellas notas.

—Bonaventura Puig murió en el campo de Argelès. ¿Quién cojones eres?

Antes de todo aquel desastre, tal vez.

—Has visto a Miquel, ¿verdad?

La mejor defensa es un buen ataque, dicen. La cara de Dora, blanquísima, parecía tallada en piedra. Solo los ojos, brillantes y rodeados de profundos círculos oscuros, evidenciaban algo parecido a la vida.

—Naturalmente que he visto a Miquel. Te extraña, ¿verdad? Te lo imaginabas en la Modelo o, mejor aún, en el Campo de la Bota. —La risa sarcástica le deformó la cara en una máscara fea—. Pero tú no eres el único que tiene siete vidas. Aquí nadie es quien parece, ¿no crees?

Ciertamente es muy sencillo, si uno quiere, esquivar el abismo. Basta con cerrar los ojos y no mirar. Cerrar los ojos y el cerebro y negar lo que realmente eres. Evitar el reflejo oscuro del espejo deformado en el que todos nos vemos altos y guapos y triunfadores. No, claudicar ante aquella realidad fingida y vertebrada a base de artificios y convenciones del no nos haremos daño, del mejor así, de lo que es conveniente.

Porque la vida es inconveniente. Es feroz. Despiadada y cruel.

Como nosotros. Como todos y cada uno de nosotros. Inconvenientes. Ferozes. Despiadados y crueles.

Bonaventura lo sabía, lo había sabido siempre, a pesar de que llevaba diez años huyendo. Huyendo de la maldita playa, de la traición, de su pasado y de un futuro que no podía controlar. Huyendo de lo que había sido e intentando verse de nuevo alto, guapo y triunfador. Sin querer darse cuenta que el tiempo de la impostura había terminado. Como en aquel juego de la infancia, donde la convención establece que, cuando el niño se tapa la cabeza con un paño, los adultos fingen asombro ante su desaparición: «Ohhh, ¡el niño ya no está!». Y el niño se quita el paño y ríe. Un juego de engaños en que la criatura piensa que burla a los adultos, pero la realidad es justamente la contraria. Pero aquí y ahora, en este juego, no hay niños y no hay risas. Los engaños han terminado y el paño no te lo has quitado por gusto. Te lo han arrancado a la fuerza. Dora ha

venido y te ha dejado a la intemperie, desnudo e indefenso mientras te ves, como eres en realidad, en el cruel espejo de sus ojos. Y ese no es un espejo de feria. Y en su reflejo ya no apareces ni alto ni guapo ni triunfador.

Ves lo que eres realmente. Solo un impostor.

—Me llamo Ignasi Roure y nací y viví en Badalona hasta que me vi forzado a huir con la retirada. Mi familia poseía, todavía posee, una fábrica de galletas. Estudié Ciencias, fui profesor titular de Botánica y después catedrático aquí mismo. Formé parte del patronato con el rector Bosch i Gimpera. Estaba casado y tengo un hijo.

Édith Piaf cantaba *La vie en rose* y la calidez de su voz se iba escarchando al contacto con el ambiente gélido de la habitación.

—Todo esto ya me lo ha contado Miquel, dime algo que no sepa. Por ejemplo, cómo alguien puede ser capaz de mentir a su mujer durante ocho años. Y cómo crees tú que se puede sentir esa mujer cuando se da cuenta de que no sabe nada de la persona con la que cree que lo ha compartido todo.

La voz le temblaba un poco, a pesar de que ella hacía esfuerzos por contener la ira.

—¿Realmente crees que si me hubieras contado la verdad te habría delatado? ¿Tan poco me conoces? ¿Tan ridículamente estúpida crees que soy? Te hubiera apoyado, te hubiera admirado. Te hubiera entendido cuando ibas a los laboratorios y al invernadero en lugar de pensar que estabas un poco tarado. Hubiéramos compartido algo más que mentiras y cama.

El tono subía a la vez que la cara de Bonaventura se crispaba.

—¿Y tú, Dora? ¿Y tú? ¿Has sido sincera tú conmigo? —Rio con sarcasmo—. No eres la única que tiene derecho a estar enfadada aquí, Dora. Y no, no me refiero a haberte follado a Miquel. Eso, a estas alturas de la película, la verdad, me importa bien poco.

Detuvo la réplica de Dora con un gesto.

—Me la sopla que te folies a Miquel o a veinte más. No es ese el tipo de engaño que me duele. En realidad, es muy sencillo, yo no he sido sincero con mi pasado, querida, pero tú nunca has sido sincera con el presente. Nunca te he mentado desde que te conocí, siempre he estado aquí, te he amado y he luchado por nosotros, olvidando, enterrando mi pasado precisamente porque todo aquello que dejé atrás no nos salpicara. Contigo empecé una nueva vida y pensaba que tú también lo habías hecho conmigo. Pero resulta obvio que me equivoqué, tú siempre fuiste a medio gas en esta historia.

Dora lo contemplaba atónita. Lágrimas silenciosas le afluían de los ojos, empapándole las mejillas.

—Yo no te conté quién había sido, qué había hecho, eso es cierto. Pero lo que soy ahora, lo has tenido siempre. Te lo he dado todo, no me he guardado nada. Pero tú, tú nunca has sido capaz de hacerlo. —La risa amarga volvió a sacudirlo—. La pobre Dora, siempre suspirando por aquella vida que no volverá, siempre dándolo todo a medias. Dejándome las migajas de ti. Y yo, ciego, me negaba a reconocerlo, me lo negaba constantemente, pero es evidente que te casaste conmigo solo porque en ese momento era lo más conveniente para ti. Porque no aguantabas la amargura de tus padres, al pusilánime de tu hermano.

Una pausa.

—En serio: me pregunto si alguna vez has sentido por mí algo que se parezca ni remotamente a lo que yo siento por ti.

La trompeta de Gillespie interpretando la banda sonora de *Laura* invadió por unos segundos el silencio incómodo. «Nunca olvidaré el fin de semana en que murió Laura...», y Dora se acordó de los dos, al inicio del noviazgo, en aquella sala oscura, la mano de él cubriendo la suya y dándole ese calor, esa seguridad tanto tiempo anhelada. Se levantó y apagó la radio. No quería más recuerdos. No olvidaría nunca el encuentro con Miquel aquella mañana. No hay perdón para los traidores. No habría perdón para Bonaventura, Ignasi, quien coño fuera.

Y entonces ella comenzó a hablar. A vomitar toda esa amargura, ese pozo sin fondo de rencor que había ido acumulando. Habló durante mucho rato, volcando en esas palabras la frustración de su vida con Joan, el fracaso de su matrimonio, el ancla que siempre le había supuesto su familia. Del odio mezquino de su madre y de cómo ella la culpaba por no haberla dejado marchar. Le habló de cómo le resultaba de insoportable vivir allí y así. Le contó con toda crudeza que reencontrar a Miquel había sido como respirar aire fresco después de haber estado diez años encerrada en aquella tumba. Todo eso le dijo, lo escupió sin inmutarse, sin darse cuenta de que su amor a medias, su amor impostor, no le había dado a aquel hombre ninguna oportunidad, le estaba haciendo a Bonaventura exactamente lo mismo que Miquel le había hecho a ella. La paradoja, en medio de la ofuscación, le pasó desapercibida.

Ella hablaba y hablaba, a veces exaltada, a veces entre llantos, mientras él cada vez más abrumado se encerraba en un mutismo que la enervaba, enclaustrándolos a ambos en un bucle infinito.

—No te conozco, Bonaventura, Ignasi, como te llames. No te conozco. Podría llegar a entender que me escondieras tu nombre, el pasado, el miedo a que te descubrieran, eso podría llegar a entenderlo. Pero aprovechar todo lo que te conté de Miquel en un momento de debilidad, aprovecharlo para vengarte de mí, de él, de ambos... no lo puedo entender. Condenar a muerte a una persona que nunca te hizo mal, que te salvó la vida, al que ya engañaste una vez.

Aquella mirada cargada de superioridad moral. Rellenita de desdén.

—Miquel es un desgraciado que se ha vuelto loco y que conseguiré que lo detengan o lo maten, da lo mismo el orden, en realidad, pero es un luchador, un hijo de puta egoísta que nos sacrificará a todos por aquello en lo que cree. Sus ideales serán su tumba, pero a la vez lo redimirán. Tú vivirás, sí, pequeño y atrapado en esta red que has tejido aquí. Encerrado en esta pecera de cristal de donde no te atreves a salir, suspirando cada noche en tu laboratorio. ¿Quién es el amargado aquí? No me hagas reír.

—Dora, tú no sabes lo que fue Argelès... lo que tuve que hacer para salir de allí...

Lo cortó con un gesto.

—No quiero saber nada más. No quiero saber nada más de ti, de lo que hiciste ni de lo que harás a partir de ahora. Franco llega mañana hacia las siete de la tarde. Vendrá en barco desde Valencia. Desembarcará en el puerto y subirá en coche descubierto por Colón y el Paralelo hasta la plaza de España. Miquel lo matará, o lo intentará, y yo estaré allí también y... ¿sabes? Probablemente mañana Miquel morirá intentando matar a Franco. Quizá yo también intentando impedirselo. Pero ahora ya no importa. Tú ya estás muerto.

Una última mirada. Una última lágrima. Una última chispa de afecto lejos, muy lejos. Y después la frialdad, la total indiferencia, el desprecio mientras se dirigía a la puerta.

—Recoge lo que tengas y vete.

Y el golpe al marcharse.



## El patio

La luz entraba, oblicua, por el rincón del patio donde Albert estaba sentado, solo, a pesar de que estaba abarrotado de presos que caminaban en círculos o hablaban en grupos. La Modelo estaba saturada y la avalancha de detenciones preventivas no había hecho más que agravar un problema endémico; la sobrepoblación de un centro penitenciario que triplicaba el aforo para el que fue construido. Los presos se amontonaban en las celdas, en los lavabos, en la enfermería, en el patio, en el comedor. Las condiciones higiénicas y sanitarias eran deprimentes y también había hambre, mucha hambre. Albert no recordaba haber pasado tanta hambre, ni en 1938, en aquellos meses fatídicos en que las bombas caían sobre una Barcelona famélica.

No tenía buen aspecto, casi un mes en la quinta galería le había pasado factura. Aquella aureola naíf y pueril que siempre le había rodeado se había esfumado. En su lugar, un gesto grave le otorgaba, de golpe, la madurez que siempre le había sido esquiva. El niño de la casa se había hecho mayor. Y lo había hecho a hostias. La dureza de la vida en prisión le había hecho crecer, sí, pero sobre todo el aislamiento de amigos y familia. La soledad. Y, además, darse de bruces contra una realidad que hasta ese momento ignoraba: que a la cárcel solo iban los pobres.

Después de las dos noches en vía Layetana, el traslado a la Modelo fue un alivio. Dio por hecho que allí se reencontraría con los compañeros a los que habían detenido con el material que él había impreso. No les guardaba ningún rencor a pesar de que lo habían delatado. ¡Quién no lo hubiera hecho después de aquellos infernales interrogatorios! Pero la realidad fue que ninguno de ellos llegó nunca a pisar la cárcel. Todo se resumió en una noche en vía Layetana, unas cuantas hostias y para casa. Mientras tanto, Albert recorría el patio y preguntaba, desesperado, a presos de otras galerías, buscando, enfebrecido, caras conocidas entre aquella multitud de gente.

Y luego el desconcierto. El aislamiento. Las miradas condescendientes de los demás presos políticos, curtidos, muy curtidos en la lucha contra el régimen. Algunos, hijos de republicanos ajusticiados, represaliados o exiliados. Hijos que recogían la antorcha de sus padres, de sus hermanos mayores. Hombres duros que paraban fábricas, que organizaban huelgas de hambre. Que hacían algo más que repartir papeles y hacer pintadas.

¡Ay! Aquellas miradas condescendientes hacían más daño que las bofetadas del comisario Fuentes, porque Albert podía haber sido un ingenuo, pero no era idiota, y muy pronto entendió cómo funcionaban las cosas allí dentro. Y sí, allí todo estaba muy clarito. No era conveniente mezclarse con los presos comunes. Los presos políticos tenían la organización, la disciplina, el apoyo de gente de fuera y dominaban la vida en prisión. Impartían una justicia firme e implacable que podía hacer tu vida allí soportable o un verdadero infierno.

Albert, al principio, despertó indiferencia. No tenía antecedentes, no era militante de ninguno

de los partidos antifranquistas, y su talante conciliador le facilitó una entrada suave y la indiferencia más o menos socarrona de los que allí movían el cotarro, más ocupados en la intendencia diaria. Recoger sellos, tabaco, comida para los presos con condiciones más precarias y de vez en cuando organizar actos de protesta del estilo de boicotear la misa diaria obligatoria o negarse a saludar con el brazo en alto. Las represalias a estos actos de rebeldía eran inmisericordes. Torturas, celdas de aislamiento, privación de comida, humillaciones públicas. Albert asistía en silencio a esta lucha sorda entre los presos y la dirección de la prisión que acababa siendo una suerte de perverso reflejo de la lucha en el exterior.

A Albert, entonces, nadie le hizo mucho caso hasta que, un par de semanas después de su llegada, comenzó a percibir guiños en algunos presos ya veteranos, sobre todo del entorno del PSUC. Pequeñas cosas como intercambiar saludos a la vista de todos o sentarse a su lado en el comedor. También ofrecerle algún cigarrillo o pedirle opinión profesional sobre la calidad de la impresión del periódico comunista *Treball* que circulaba por la cárcel y también sobre los libelos de propaganda clandestina editada por los mismos reclusos. Albert aceptó los gestos con educación y procurando corresponder en la medida de lo posible. Pero pronto se dio cuenta de que todo aquello no era más que una comedia, una estrategia para que todo el mundo allí dentro tuviera claro que él era un protegido de los comunistas. Que no se le podía tocar. Y aquel, era un regalo inesperado. Un verdadero seguro de vida.

Quizá, en realidad, no lo habían dejado tan solo.

El guardia le tapó el sol al quedarse de pie ante él. Albert, perdido en sus pensamientos, no lo había oído acercarse.

—¿Alberto Colom?

Albert asintió con la cabeza y apagó lentamente el cigarrillo en el suelo antes de levantarse con parsimonia. No hacía ni un mes que lo habían detenido y ya era otra persona.

—Acompáñame, tienes una visita.

No pudo evitar un gesto de sorpresa y al mismo tiempo de alegría. Lo que peor llevaba de todo era el aislamiento al que lo habían sometido. Ni una visita de la familia, ni de un amigo. Solo tres conversaciones breves con un abogado de oficio que tan solo llenaba formularios y más formularios con la diligencia de un funcionario y que no respondía a ninguna de sus preguntas.

Salieron del patio por la puerta del fondo y giraron a la derecha hasta llegar a la garita hexagonal que era el cuartel general de los vigilantes. Sentía la puerta de hierro cerrarse tras él y el ruido de las llaves en las cerraduras. Aquellos segundos en medio del pasillo, hasta volver a sentir las llaves en la cerradura delantera y ver cómo se abría la siguiente puerta, eran asfixiantes, claustrofóbicos. La sorpresa fue cuando pasaron de largo la zona de locutorios. También rebasaron la enfermería mientras se acercaban cada vez más a la puerta de salida.

Albert, ya todo nervio, miraba alternativamente a derecha e izquierda. A su lado, la cara del guardia que, impertérrito, lo cogía innecesariamente fuerte por el brazo.

Antes de llegar a la puerta principal, giraron a la izquierda en un gesto final que dejó a Albert petrificado; llegaron al patio donde los presos no tenían acceso y que se utilizaba para aparcar las furgonetas de la policía y los coches oficiales grises que llevaban los inspectores y comisarios. Uno de los coches esperaba con el motor en marcha. El funcionario lo empujó sin contemplaciones al notar cómo Albert, de manera inconsciente, iba frenando el paso. El nerviosismo del chaval ya era evidente. Los ojos se movían angustiados, buscando una

escapatoria que claramente, no existía.

El clic metálico al abrirse la puerta del coche desde dentro le retumbó en la cabeza con la fuerza de un disparo. Era uno de los coches oficiales grises, pero este tenía los cristales traseros tintados, de manera que el interior permanecía en penumbra. El contraste con la claridad del exterior hizo que Albert no pudiera distinguir quién iba al volante. Aquella ceguera que tan solo duró unos segundos, los suficientes para que el hombre hablara. Para que el peor de sus temores se hiciera realidad. Para que Albert iniciara una oración silenciosa.

Porque el hombre del coche ni siquiera se volvió a mirarlo.

Pero él hubiera reconocido esa voz entre un millón.

Era la voz del comisario Fuentes.

## El vigilante

Laureano Pons volvió a registrar por enésima vez la habitación. Miró debajo de la cama, detrás de la puerta. Vacío el armario y la cómoda tirando la ropa al suelo, histérico. Deshizo la cama y tumbó el colchón. Nada. Volvió al cuarto de baño y se quedó mirando, estupefacto, el agujero tras el espejo. Vacío. Como un idiota, pasó la mano por todos los rincones, en un absurdo intento de negar la evidencia, que en la habitación no había nada, que le habían robado la pistola.

Y no cualquier pistola. La reglamentaria.

Volvió a la habitación y se sentó en la cama y, como siempre que no controlaba ni entendía algo, empezó a encadenar bucles de ira, desesperación, ira y vuelta a empezar. Ahora tocaba desesperación. Pronto volvería a tocar ira.

Un golpe en la puerta lo sobresaltó, era de madrugada y el silencio en los pasillos donde vivían los bedeles era total. A lo lejos, se oía el rumor de los vehículos que pasaban por la Gran Vía y de los que bajaban por Balmes. Pocos a esa hora. Permaneció inmóvil, pero el golpe volvió, aún más fuerte. Resopló y musitó «voy». A medio camino se detuvo, consciente por primera vez del desorden de la habitación, de que alguien tenía su pistola y de que no tenía ni puta idea de cuánto tiempo hacía que se la habían robado. Y de que acababan, en un hecho insólito, de llamar a su puerta de madrugada. Y de que esa tarde llegaba Franco.

Entreabrió la puerta, tapando con su cuerpo la visión del desorden, y descubrió la cara de uno de los nuevos vigilantes, a sueldo de la BPS, que hacían rondas por el edificio por la noche.

—¿Que cojones pasa, Vilaseca? No son horas.

—Lo siento, señor. Han mandado aviso de vía Layetana.

Laureano se tensó al oír la última palabra.

—Bien, si es así no pasa nada. Espera un momento que me ponga algo encima.

Le cerró la puerta en las narices. No podía dejarlo entrar y que viera el estado de su habitación, y tampoco quería que lo viera en camiseta y pantalón corto. Fue al lavabo y, mientras miraba con aprensión el agujero vacío, meó largamente y se lavó la cara y las manos. Se vistió rápidamente e, intuyendo que sería un día largo, eligió un calzado cómodo. El más cómodo. A falta de pistola cogió un puño americano y sedo puso en el bolsillo de atrás del pantalón. Miró alrededor con desagrado antes de cerrar la puerta, mientras pensaba que le diría a alguna de las chicas que limpiaban el edificio que lo dejara todo ordenado y limpio. Sonrió por debajo del bigotito. Aquel, naturalmente, no era su trabajo, pero ninguna de ellas podía negarse. La mayoría eran viudas de guerra, viudas de rojos. Algunas habían sido maestras o enfermeras y las habían inhabilitado al terminar la guerra abocándolas a aceptar trabajos poco cualificados y peor pagados y a ser víctimas silenciosas de abusos de todo tipo. Todas aquellas mujeres dependían de

su benevolencia, una palabra suya y se iban a la calle. Una palabra suya y sus hijos no comerían caliente esa noche.

Reconfortado por aquel pensamiento se dirigió agriamente al vigilante, que le duplicaba en tamaño y que tenía cara de fastidiado por la espera.

—A ver, ¿qué tripa se les ha roto?

—Hemos recibido una llamada en la garita de guardia, era el secretario del inspector Creix. Resulta que el chico ese que vivía aquí, el que detuvieron imprimiendo octavillas...

—¿Alberto Colom?

—Sí, el hijo de los Colom. Se ve que ayer lo trasladaban de la Modelo a la central para interrogarlo de nuevo, y en el trayecto, el coche donde iba fue interceptado. Tres encapuchados encañonaron a los policías que lo custodiaban y se lo llevaron.

—¡Coño! —La exclamación surgió, espontánea. El vigilante hizo ver que no lo había oído.

—Está en paradero desconocido. Pero con lo que viene hoy. —Alzó una ceja significativamente—. No quieren tramitar una orden de busca y captura. Aunque eso no quiere decir que no se le busque. Nadie espera que regrese aquí..., pero...

—Sí, sí, claro..., hay que estar atentos, claro.

El vigilante adoptó una posición marcial, de manifiesta superioridad, que desconcertó a Laureano, acostumbrado a que todo el mundo allí agachara la cerviz en su presencia.

—El inspector Creix y el director Quintela quieren que movilice a todos los efectivos que tenemos aquí. Lo que pasó ayer no es una buena noticia para nadie. Parece que, al final, el sindicato de estudiantes no estaba tan desmantelado como nos informaste.

Laureano estaba atónito. ¿Quién se pensaba que era este desgraciado? ¿Cómo se atrevía a hablarle en ese tono? Iba a replicarle cuando el vigilante, ahora ya con un gesto totalmente autoritario, lo frenó.

—En Madrid hay muchos nervios y no están precisamente muy contentos de cómo se están llevando las cosas por aquí. Quiero que cojas a todos tus hombres, los despliegues, y que hoy y mañana la universidad sea un búnker. Quintela ha hablado con el rector y está al tanto de todo. Si hay la más mínima sospecha de alguien de dentro quiero que lo detengáis, si hay alguna filtración quiero que la tapéis. Todo el mundo armado y vigilando. ¿Ha quedado claro? Y, evidentemente, hay que interrogar a toda la familia del chaval ese.

Laureano, que a estas alturas ya era consciente de que aquel hombre no estaba a sus órdenes, más bien al contrario, asintió.

—Ya me encargo personalmente de interrogar a la hermana y a los padres de Colom, viven justo aquí al lado...

—No. Están viniendo profesionales desde la central. Tú límitate a lo que te he dicho antes. Despliega efectivos, que vayan armados, pero que las cosas se hagan con mucha discreción. —La mirada era puro hielo—. No quiero numeritos de ardor guerrero hoy. Todo mesurado y cauto, pero que no se mueva ni una hoja aquí sin que yo me entere, ¿estamos? En un par de horas quiero que me informes del despliegue. Estaré en la garita.

Laureano entró en la habitación mientras algo parecido a la desolación lo invadía. La sensación de impunidad que hacía tantos años que lo acompañaba se había evaporado. Lo que acababa de pasar no estaba bien. Tenía que hablar con Creix. Él era el que mandaba allí. ¿Quién se pensaba que era el imbécil ese? No podían hacerle eso, esa desautorización, colocarle un

infiltrado en su territorio, sin decirle nada. Aquello no lo podía consentir. Llamaría ahora mismo a vía Layetana. Lo oirían.

Todos desplegados y armados, ha dicho. Desplegados y armados.

Y comenzó a llorar.

# **CUARTA PARTE**

Barcelona, 31 de mayo  
de 1949

CK: Y ahora llame al aeropuerto. Confirme la salida y no olvide que le estoy apuntando derecho al corazón.

INAULT: Ese es mi punto menos vulnerable.

*Casablanca*, MICHAEL CURTIZ, 1942



## La mañana

Miquel había dormido poco aquella noche. Se había obligado a tumbarse un rato a pesar de que la adrenalina le recorría el cuerpo sin tregua. Como en las grandes ocasiones del pasado: justo antes de una batalla en las trincheras del Ebro, dentro del tanque con el que entró en París o el día que, cagado de frío y de miedo, cruzó la frontera para invadir el valle de Arán. Su organismo siempre reaccionaba igual, en un *crescendo* imparable de ansiedad que a pesar de todo acababa siendo controlable. Los sentidos alerta, la piel erizada y cierta excitación que podría parecer casi sexual. Y, en esas horas previas, su comportamiento nunca variaba: había que evitar la conversación con el resto de los soldados, de los maquis, de los guerrilleros. Aislarse, enmudecer, concentrarse en apaciguar aquella agitación interna, esforzarse en mantener ese gesto soberbio, insolente y carismático, que todo el mundo esperaba de él.

En las horas previas a una incursión, Miquel se convertía en un lobo en estado de alerta, tenso en la espera, aislado de la manada. Y aquella madrugada del 31 de mayo de 1949, estaba concentrado, sí, alerta, sí, excitado, sí. Y también estaba solo. Realmente solo. Un lobo sin manada, sin tribu donde refugiarse o de la que huir. Al final, se había convertido en lo que más temía la BPS. Al final, había acabado siendo el lobo solitario.

Pero no para hacer lo que todo el mundo esperaba.

Se rio bajito mientras disfrutaba con la ironía, con la paradoja de lo que iba a hacer.

Aún no había salido el sol cuando ordenó por última vez aquella habitación donde había pasado los últimos tres años. Hizo la cama con unas sábanas limpias, apiló las escasas pertenencias en el armario y puso un par de mudas, las menos desgastadas, en una pequeña mochila. Se duchó sin prisa, enjabonándose con generosidad, a estas alturas de la película no necesitaba escatimar el jabón. A media ducha, pensó en masturbarse. Muchos camaradas lo hacían antes de la batalla, «ayuda a rebajar la tensión», decían. Quizá sí que ayudaba. Se quiso conceder el gusto, y en un impulso involuntario, le invadió el recuerdo del cuerpo de Dora, sudoroso, dulce y cálido. Y con su recuerdo, un pellizco de nostalgia, un pellizco de deseo y un pellizco de culpa que alejó con enojo. No se podía permitir esas cosas hoy, no podía permitirse pensar en otra cosa que no fuera en el objetivo, así que terminó la ducha rápidamente, cabreado consigo mismo por ese momento de debilidad.

Todavía tenía una expresión ceñuda cuando se afeitó. Lo hizo con precisión, casi delicadamente, como si se preparara para una cita romántica. Le chocó la imagen que le devolvía el espejo, todavía empañado por el vaho. La de un hombre maduro pero atractivo, la imagen de alguien con posibilidades y futuro. Se reiría, si todo aquello, en el fondo, no diera pena. De vuelta a la habitación, se vistió con su mejor ropa, gastada pero limpia, de colores neutros. En los pies,

sus únicos zapatos. Se dirigió, decidido, hacia el hornillo de la cocina y, con un cuchillo, hurgó en el fondo de latón hasta despegarlo. Allí, envueltos en plástico, había unos cuantos billetes arrugados y algunas monedas, y también un pasaporte antiguo. El auténtico. Contó el dinero y lo guardó en la cartera. El pasaporte fue a parar a la mochila.

Barrió la habitación con la vista, consciente de que nunca volvería allí. Cerró la mochila y del fondo del cajón de la mesilla de noche sacó una funda de navaja de cuero desgastado, en la que se veían unas marcas que correspondían claramente a una dentadura. Pasó el dedo índice por los surcos que habían dejado los dientes de Ignasi el día que le había operado en aquella playa maldita, y una ola de extraña nostalgia lo invadió, una especie de sádica añoranza de aquellos momentos, de aquellos días en que todos aún eran puros, eran auténticos, sin fingimientos y sin imposturas. Extrajo la faca de su interior y la abrió con un gesto rápido, diestro. Volvió a guardarla en la funda y la dejó en el bolsillo derecho del pantalón. Ya no había nada más allí que necesitara. Solo quedaban recuerdos, y estos, cuando son deseados, alivian el alma, consuelan soledades y calientan inviernos, pero cuando no los quieres, cuando ya no los necesitas, hielan el corazón, agarrotan las entrañas y, en realidad, molestan más que otra cosa.

Los rayos del sol de la mañana rebotaban contra los cristales de la torre y, en un ejercicio de malabarismo óptico, salían disparados hacia los ventanales de la casa de Dora. Este efecto solo ocurría unos meses concretos del año, cuando el ángulo del sol al despuntar era el justo. No pasaba en invierno, no pasaba en verano, tan solo en aquellas primaveras espléndidas de Barcelona. En unos segundos el sol iluminaría toda la habitación.

Dora odiaba el frío, los días cortos y la lluvia. Cuando era pequeña e iba al pueblo a pasar la Navidad, el choque le resultaba brutal. Pasaba parte del largo viaje en tren mirando por la ventana, aquellos paisajes marineros en su primera mitad, y lo que veía era el tímido sol invernal y un nivel de nubes razonables, incluso a veces disfrutaba de tormentas mediterráneas, truenos y relámpagos. El invierno dócil del litoral. El tren avanzaba y llegaba a Sitges, a Vilanova, a Tarragona, a Reus, y entonces empezaba a adentrarse hacia el interior, a esa Cataluña recóndita y áspera. Y se llegaba al Túnel, nombre con el que las gentes de las comarcas del sur habían bautizado, en una exhibición de creatividad, el largo paso subterráneo que atravesaba por debajo la sierra del Montsant y daba paso al Priorat, y una treintena de kilómetros más allá a la ribera del Ebro. Tierras distintas a las bañadas por el mar, con otra climatología, otros paisajes, olores, colores. Todo el mundo sabía que, atravesar el Túnel, conducía invariablemente a un cambio en el termómetro. En verano, el calor caía a plomo, inclemente, y el sol lucía con insolencia. En invierno, salir de las entrañas del Montsant significaba adentrarse en la noche eterna en que convertía el día aquella niebla lechosa que rodeaba al valle del Ebro. Aquella humedad sobrecogedora, el rocío escarchado que hacía que aquellos paisajes tan queridos se cubrieran de un manto blanquecino que, al desaparecer, con suerte al mediodía, todo se despertara húmedo y fangoso. A Dora, la niebla le erizaba la piel. La detestaba, como detestaba las noches de invierno en casa de los abuelos, con aquella luz de gancho que apenas los iluminaba, todos juntos cerca de la chimenea. Detestaba el frío húmedo que se te agarraba a los huesos y te helaba de dentro hacia fuera. Odiaba el brasero y el olor a carbón que dejaba en la cama cuando la abuela lo pasaba por el lecho intentando evitar, en vano, que la pequeña Isadora se acostara entre sábanas que, de tan

heladas, parecían mojadas. Con el particular sentido del tiempo que poseen los niños, el pueblo querido del verano, aquel de los baños en el río, de los melocotones exquisitos, de las noches al fresco, le parecía algo lejano que nunca volvería. Tan solo en la infancia los veranos son larguísimos, cierto, pero los inviernos devienen eternos.

En otro momento, Dora habría disfrutado del sol que bañaba la cama y se hubiera estirado, perezosa, dejando que los rayos le barrieran la cara, el cuerpo. Ojos cerrados y laxitud. Quizá hubiera despertado Bonaventura, tal vez no. Hoy no tenía opción, él ya no estaba. Su ropa en el armario, su cepillo de dientes, sus libros y sus discos continuaban allí. Pero su olor a limpio, su presencia silenciosa y amable, había desaparecido.

Para no volver.

Y ella, empapada de sentimientos que no sabía cómo identificar. Alivio. Rabia. Odio. Pena. Sí, una enorme e incommensurable pena.

La llamada insistente en la puerta, por inesperada, la sorprendió. Y se descubrió deseando que fuera Bonaventura, deseando que hubiera vuelto con alguna explicación mágica que borrara el último mes, que obrara el milagro de un salto temporal donde todo volviera a estar en su sitio. Albert en casa, Miquel para siempre joven, incólume en aquellos veranos de la adolescencia, bien escondido en la memoria más recóndita, esa misma memoria a la que acudía cuando Paco y ella bebían absenta y juntos recordaban viejas anécdotas de La Criolla, sabiendo que Bonaventura estaría en casa, esperándola. Ese lugar donde ella se quejaría, con la boca pequeña, de su vida prestada.

Aquella ilusión absurda la hizo levantar de golpe, correr hacia la puerta y abrirla con ojos brillantes, para encontrarse a un palmo de su cara el rostro absolutamente demudado de Laureano Pons.

Al viejo estibador las horas de sueño le resultaban pesadas y ásperas, y como a la mayoría de los ancianos, le sobraba noche. Desde que se había quedado viudo y se había jubilado definitivamente, le sobraba noche, le sobraba día y casi se podía decir que le sobraba vida. Y eso que, objetivamente, no se podía quejar. A sus setenta largos años, podía decir que disfrutaba de un estado de salud razonablemente óptimo, su físico imponente aún se mantenía, una altura por encima de la media y unos músculos templados a base de genética y trabajo físico. No se había convertido tampoco en un abuelo gruñón, incómodo y pesado, más bien al contrario. A Siseo, el ya retirado capataz jefe de los estibadores del puerto de Barcelona, la edad, la experiencia y haberse comido muchos marrones, le habían extremado el carácter pausado, reflexivo y sensato de siempre, y lo habían mantenido como un indiscutible punto de referencia en el mundo de la estiba, que se había ganado a pulso al liderar con sorprendente éxito, a veces discretas y a veces sonadas, negociaciones con la dirección del puerto.

A pesar de la edad, el hombre mantenía una envidiable salud y estatus, pero le sobraba vida y le sobraba soledad. Y le faltaba su mujer y el único hijo de los tres que había sobrevivido a la guerra y que, hastiado por el techo invisible que en aquella sociedad corrupta sustituía la meritocracia por el clientelismo, había emigrado a Suiza. Siseo y su esposa fueron los primeros en alentarle a buscar un futuro mejor que la dura jornada en el puerto, que los trabajos miserables en la construcción, siendo conscientes, en todo momento, de que eso los condenaba a una vejez en

soledad. Ella había muerto hacía dos años. Y ahora a Siseo le sobraba todo.

Por eso, que llamaran a la puerta de su cuarto de casa de la Barceloneta en plena noche no lo pilló durmiendo ni lo asustó en exceso, a pesar de lo excepcional de la situación. Si se sorprendió al ver a Bonaventura Puig plantado en el rellano, no lo hizo explícito, y lo dejó pasar con un sobrio cabezazo a modo de saludo. Tampoco hizo ningún aspaviento ante el evidente nerviosismo del hombre.

Se sentaron en dos sillas a ambos lados de la pequeña mesa. La luz de la farola entraba por el balcón y los iluminaba un poco teatralmente. Todo sombras. Siseo encendió una pequeña luz que había en una mesita auxiliar, junto a la vieja radio de válvulas.

La voz del viejo intentó sonar socarrona.

—Joder, Bonaventura, creo que no te había visto nunca sin afeitado. ¿Un coñac? —La voz ya sonó más grave—. Sí, creo que nos irá bien un coñac.

Sin esperar respuesta, fue hacia la minúscula cocinita, de la que salió con dos copas en una mano y una botella de coñac francés escandalosamente caro en la otra.

—Como puedes comprobar, el viejo Siseo aún tiene contactos entre la profesión. De vez en cuando me hacen llegar una de estas. Yo no pregunto. —Miró con toda intención—. Ya sabes que quien no pregunta, no sabe, y quien no sabe, no puede hablar.

Bonaventura lo miró con cariño y, al intentar sonreír, una mueca de dolor le transformó la cara. Ambos bebieron en silencio mientras el anciano recordaba el día que aquel hombre serio y educado, de buena planta, cicatriz en la cara y manos delicadas, le había pedido trabajo. Siseo no era imbécil y en su profesión había visto de todo. El trabajo de estibador siempre había sido una profesión dura y desagradecida, pero no necesitaba de una cualificación especial. Y era precisamente en aquellos días, recién terminada la guerra, cuando muchos hombres desesperados buscaban cualquier trabajo, por muy duro que fuera. Cada día se formaban colas interminables ante la oficina. Padres de familia, gente recién repatriada, excombatientes, delincuentes. De todo. Pero nadie como Bonaventura. La pulcritud en el aspecto, la sensación evidente de no estar donde tocaba, conmovió a Siseo en la misma medida en que le despertó la curiosidad. En un arrebato, lo contrató pese a que había candidatos mucho mejores, con más físico y más experiencia. Pero *algo* le dijo que no se equivocaba. También le dijo que duraría dos días en la estiba. Y *ese algo* siempre tenía razón.

No podían existir dos personas más diferentes en origen y formación, pero se hicieron amigos casi en el acto. La relación de camaradería fue transformándose en un vínculo paterno filial. Sí, podría decirse que Bonaventura terminó siendo como un hijo, a veces más cercano que el suyo propio. Partidas de dominó, copitas de coñac en los bares de la Barceloneta y el convencimiento cada vez mayor de que Bonaventura no era, por mucho que lo hiciera ver, quien decía que era. Y el miedo soterrado de que solo era cuestión de tiempo que alguien le preguntara qué hacía aquel hombre elegante, educado e ilustrado, cargando cajas en el puerto. Por eso, cuando una mañana su hijo le contó que se presentaba a unas pruebas para ser bedel en la universidad, que buscaban gente, no dudo ni un momento en convencer a Bonaventura de la necesidad de intentarlo. No sabía si su hijo conseguiría el trabajo, y desgraciadamente no lo hizo, pero *ese algo* le hizo saber que con toda seguridad contratarían a Bonaventura. Él, probablemente, perdería a un amigo, pero Bonaventura salvaría la vida.

—Necesito que me ayudes. No puedo volver al trabajo, ni con Dora ahora.

El viejo le sostuvo la mirada, consciente de que tras aquella visita había mucha tela, y que si requería de su ayuda no era para buscar un piso. Bonaventura, que a pesar de todo quería aparentar aplomo, transmitía tanta angustia que hizo que Siseo estuviera seguro de que lo que tantos años había temido, finalmente había llegado. Y también estaba seguro de que ayudar a aquel hombre irremediablemente lo comprometería. Un hormigueo añorado y olvidado a partes iguales le empezó en la tripa y fue subiéndole torso arriba. Era aquella sensación de tensión, de peligro, de jugárselo todo. Como cuando escondían armas y munición para los milicianos en almacenes recónditos del puerto. Como cuando las tropas del general Yagüe entraban victoriosas en la ciudad mientras ellos embarcaban a escondidas decenas de personas en barcos que zarpaban sin papeles ni permiso con destino a Suramérica, a Rusia. Como cuando, contraviniendo toda prudencia, contrataba a gente como Bonaventura, que era evidente que no eran quienes decían ser.

—Tengo toda la noche, chico. Si algo me sobra es coñac del bueno y tiempo. Cuéntame qué pasa y qué coño quieres que haga.

Bonaventura dio un trago para intentar que el nudo en la garganta aflojara. No quería llorar delante del viejo. Este, consciente, esperó en silencio.

—Mi nombre es Ignasi Roure.

Y durante los siguientes minutos Bonaventura se lo contó todo. Todo lo que le había estado ocultando tantos años. Badalona, la familia, la fábrica, la universidad, el compromiso político, el estatus de refugiado. Todo lo que había sido y lo que había perdido.

—En Argelès aprendí a sobrevivir y el valor de la amistad, pero también cometí el error más grande de mi vida. Un error por el que todavía no había pagado, pero que, ahora, tantos años después, ha vuelto para cobrarse la deuda.

Si las palabras le sorprendieron, Siseo no lo hizo evidente.

—Dejé morir a un amigo. De disentería. Con una agonía terrible. Tenía el antibiótico para curarlo y, en lugar de hacerlo, lo tiré al mar. ¿Y por qué? Pues porque Bonaventura y yo nos parecíamos mucho. Misma altura, color de piel y cabello, misma complexión. Con las heridas de la cara era difícil distinguirnos. Yo tenía condenas de muerte. Él solo delitos comunes. Lo dejé morir y lo enterré con mi nombre.

Siseo lo miraba, ahora sí, tieso como un palo. El rostro como tallado en piedra. Solo un leve temblor en la mano que sostenía la copa.

—Volví con el pasaporte del amigo muerto. Y lo hice pasando por encima de mis principios, de mis ideales y de la República. Fui desleal a todo lo que había sido importante para mí. Pero lo peor de todo es que traicioné de la manera más ruin al hombre que me había ofrecido su amistad incondicional, sin mencionar, además, que me había salvado la vida.

Los árboles del cementerio de Montjuïc estaban esplendorosos. Las tonalidades de sus hojas iban del verde más vivido al amarillo desvaído, y acompañaban, con una suave sombra, al caminante que se internaba por la montaña, camino del cementerio. A primera hora de la mañana, las avenidas estaban desiertas, las fuentes apagadas, y el palacio parecía un decorado de opereta, incongruente. Tan solo en los huertos que cubrían parte de la montaña se veía algún movimiento de campesinos que iban a regar. Ya se sabe que, cuando empieza a hacer calor, se debe regar por la noche o muy temprano por la mañana, y el horario del riego era, como en todas partes, sagrado.

El barrio de barracas de Can Valero dormía y las calles improvisadas, polvorientas y sin asfaltar amanecían desiertas. La falta de alcantarillado y de los más elementales servicios públicos hacía que el ambiente, cuando llegaba el buen tiempo, fuera pesado. Pronto los niños saldrían de las casas hacia las fuentes para buscar agua con la que regar las calles y evitar que se los comiera el polvo. Colas de niños en las siete únicas fuentes de agua para casi veinticinco mil personas.

Las barracas se levantaban siguiendo un precario orden justo detrás del castillo, montaña abajo, hasta llegar a la zona de los Tres Pinos, donde se erigía otro núcleo más pequeño. El centro del barrio, sin embargo, era la Casa Valero, un bar levantado por unos aragoneses alrededor del año veinte y que había acabado dando nombre al barrio. Resultaba paradójico que el centro de aquel poblado, en contra de lo habitual, no fuera un ayuntamiento o una iglesia, sino un bar. Sería una genialidad si no resultase trágico. Este hecho resumía perfectamente la absoluta falta de atención municipal. Aquel poblado, el Somorrostro y Can Tunis eran las caras miserables de la gran ciudad, olvidados por unos poderes públicos que les daban la espalda. En cualquier caso, no todo el mundo en Can Valero vivía igual, de hecho, había barracas construidas con materiales bastante sólidos: ladrillo y teja, pero la mayoría se habían erigido de manera muy precaria con materiales de desecho o de reciclaje; madera, cartón y uralita. Las dimensiones eran mínimas, para las cocinas, letrinas o lavaderos y a menudo el espacio interno se dividía en dos ámbitos, uno para estar y el otro para el descanso, separados únicamente por una cortina. Veinte metros cuadrados en total, a veces ocupados por varias familias.

La mayoría de los hombres trabajaban en la construcción o en las fábricas de la incipiente Zona Franca, y algunas mujeres limpiaban en las casas señoriales del Ensanche y de los nuevos barrios ricos por encima de la Diagonal. Pero en toda la montaña abundaba la prostitución y la corrupción de menores. A una escala escalofriante, era una lacra. Y, además, los poblados de barracas eran el paraíso del estraperlo. Allí se custodiaban grandes cantidades de alimentos, de medicinas, de productos de primera necesidad de los que casi nadie disponía y que se tenían que vigilar día y noche. La degradación avanzaba día a día y la corrupción policial lo permitía todo a cambio de generosas mordidas, convirtiendo a aquellos poblados en ciudades sin ley, donde las fuerzas de seguridad no entraban si podían evitarlo.

Hambre. Plagas. Mafia. Delincuencia alentada por los que deberían combatirla. Abusos. Hombres trabajando de sol a sol por sueldos de miseria y mujeres envejecidas a los treinta años. Y una generación de niños, de jóvenes que renegaban de la vida de sus padres y veían en la delincuencia la única manera de salir de aquella miseria. La historia mil veces contada.

Miquel fumaba apoyado en la pared de una de las barracas mientras esperaba que su contacto hiciera acto de presencia. Miraba alrededor y pensaba que veinticinco mil almas indocumentadas, no empadronadas y fluctuantes, convertían Can Valero en un paraíso para los delincuentes, sí, pero también para aquellos que no querían ser encontrados, que se atrevían a bajar a la ciudad y que construían su cuartel general en las lindes del cementerio.

No era un mal lugar para esconderse si no fuera porque se vivía de puta pena.

Y si no fuera porque él tenía otros planes. Mucho mejores.

Miquel seguía fumando mientras observaba cómo Paco Sanllehí se acercaba con parsimonia desde el otro lado de la calle. Con una calada final, tiró la punta del cigarro al suelo justo a tiempo de ver salir a dos hombres, uno de cada callejón, rodeándolo. La nariz se le curvó un poco

más mientras una sonrisa perversa le dejaba los dientes al descubierto y la mano derecha se perdía en el bolsillo del pantalón, donde la navaja esperaba.

La noticia de la fuga de Albert golpeó a Dora como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Laureano, sudoroso y nervioso, parecía tan noqueado como ella. Un pobre desgraciado al que se le estaba desmoronando la vida. «Bienvenido al club, querido», pensó.

—No debería estar aquí, Dora. Pronto vendrá gente de la BPS a interrogaros. A toda la familia. Pero es que ha pasado algo..., debería hablar con Bonaventura.

La voz no era la misma de siempre. El gesto tampoco. Rezumaba angustia. Dora lo miró con aprensión mientras lo invitaba a pasar. Se quedaron los dos quietos, incómodos, en el centro del comedor.

—Bonaventura no está. No ha dormido aquí hoy.

La voz sonó más áspera de lo que Dora hubiera querido.

—¿Cómo... cómo... no está? —Laureano boqueaba, incrédulo—. Y ¿dónde está? Necesito encontrarlo, hablar con él. Es urgente... es importante...

—No tengo ni idea. Bonaventura... —Tragó saliva al pronunciar el nombre, mientras pensaba lo fácil que sería ahora delatar a Ignasi, a Bonaventura, quien coño fuera—. Discutimos ayer y se ha ido de casa.

—Pero... pero... ¿volverá? ¿Ha cogido equipaje? —Un destello de autoridad lo poseyó de repente—. Tengo que registrar la habitación. Ha desaparecido algo... importante...

Dora lo detuvo con un gesto. El gesto de autoridad luchaba por imponerse, pero en realidad Laureano estaba casi implorándole. «Algo no va bien aquí. ¿Cómo puede ser que me diga que él no debería estar aquí?». Aquel cabrón había delatado a Albert y a los otros estudiantes. Aquel fascista de mierda había estado acosando a su familia. Disfrutándolo. ¡Puto psicópata! Pues ahora le tocaba disfrutar a ella.

—Bonaventura no ha cogido nada. Tiene aquí toda la ropa, los libros, todo. Se marchó sin nada. Si quieres registrar la casa, tendremos que esperar a que vengan los de la BPS. Nosotros no tenemos nada que esconder.

—Razón de más para buscar, Dora. Si los agentes de la central encuentran lo que creo que tiene, tendréis un grave problema, te lo aseguro.

Un perverso placer le recorría el cuerpo al percibir la creciente desesperación del hombre. La tentación de alargar el momento era grande, pero al mismo tiempo comenzaba a desasosegarla. ¿Qué cojones estaba buscando?

—No sé cómo tienes la cara de llamar a mi puerta para pedirme nada después de lo que nos has hecho. Sé que has sido tú el que ha vendido a Albert. Bonaventura lo sabe y mis padres también. Y lo que es peor para ti, todo el mundo aquí sabe quién eres, Laureano. Desde el más tierno estudiante al catedrático más antiguo. Estoy segura de que lo que buscas te compromete más a ti que a nosotros. ¿Y sabes qué? Nada me resultaría más placentero que ver cómo te empapelan. Tú no tendrías ningún reparo en tirarme a los leones si estuvieras en mi lugar. —El desprecio empapaba sus palabras—. Pero tienes suerte de que yo no sea como tú. Nunca lo he sido y nunca lo seré. Dime qué cojones estás buscando, y ya miro yo. No permitiré que toques ni una sola de mis cosas.

Laureano había pasado del bochorno a la palidez para volver al bochorno en segundos mientras las palabras de Dora se le deslizaban por entre las conexiones neuronales sin llegar a penetrarlas, porque una sola idea lo ofuscaba. El cabrón de Bonaventura sabía dónde guardaba la pistola, se lo había enseñado, según recordaba, al menos en un par de ocasiones. No era el único, pero los otros que conocían el escondite eran agentes y ellos ya tenían armas. «Seguro que está aquí. Tengo que recuperarla. Cuando la tenga en la mano, ya le bajaré los humos a la puta esta. Eso si no le meto un tiro y acabo ya con tanta tontería».

Esa última idea, absurda, le proporcionó una extraña calma, como siempre que pensaba en una salvajada así. Dora abatida a sus pies, el tiro en la nuca, su cerebro mezclado en la sangre. Sí, pensar en esa posibilidad lo calmó lo suficiente como para que su voz sonara distinta.

—Una pistola, Dora. Lo que estoy buscando es una pistola. Una Star reglamentaria. —Separó los dedos índice poco menos de un palmo—. De este tamaño.

Dora percibió el cambio de actitud en el hombre y el ambiente en la sala se alteró por completo. Una imagen estalló, como una bomba de neutrones, en el cerebro de Dora. La imagen de un Bonaventura desencajado tras haberla estado esperando durante horas, intentando, rogándole que le permitiera aquel último intento de explicarse, de que ella entendiera, aunque fuera un poco. Y su fracaso cuando ella lo bombardeó con toda la mierda que era capaz, y era capaz de generar mucha mierda. Cuando le escupió su inmensa decepción, la mezquindad infinita de su vida. Cuando comparó con la máxima crueldad posible su cobardía con el sentido de sacrificio, la renuncia y el honor de Miquel. La falta de piedad cuando dictó una sentencia que no admitía apelación ante ningún tribunal ni humano ni divino, y que borraba, con efectos retroactivos, cualquier hebra de complicidad que alguna vez hubieran compartido.

—No te quiero ver nunca más. Estás muerto para mí.

Aquella imagen de Bonaventura, entrando en la habitación, cogiendo la americana y hurgando tras la estantería de libros. Aquella imagen de Bonaventura, de Ignasi, daba igual, con la mano en el pomo de la puerta, las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Nunca dudes del amor que te he tenido, Dora. He sido un impostor estos años, pero mi amor ha sido lo único auténtico en todo este desastre. No te preocupes, no me verás más, solo piensa que quizá esta vez sí seré capaz de hacer una última cosa de la que ambos podamos sentirnos orgullosos.

Dora corrió hacia la habitación. Tiró al suelo, sin contemplaciones, todo lo que había en la estantería, los libros, los discos, todo. Laureano entró al oír el estrépito y la encontró allí, los ojos como platos, rígida y con una cartuchera en la mano. Con *su* cartuchera en la mano.

Vacía.



## La hora del Ángelus

Los inspectores enviados de Madrid le ponían los pelos de punta. Desconfiados y siniestros, con aquellas gafas oscuras y aquellos bigotitos fascistas, se asemejaban a una mala copia de los nazis de las películas. Aquella rancia pulcritud representaba la antítesis a los métodos, quizá poco ortodoxos, de Fuentes y de muchos de sus antiguos compañeros de la Guardia de Asalto. Exceso mediterráneo frente a la severidad mesetaria. Flexibilidad versus rigidez. La zanahoria y el palo. Agua y aceite.

Fuentes palpó la cartera por encima de la tela de la americana y notó cómo aquella ansiedad conocida empezaba a invadirlo. Entre la falta de sueño y la tensión, las ganas de consumir se le disparaban. Ya se lo sabía. Afortunadamente aún le quedaba algo de mandanga, la noche había sido larga y el día no pintaba calmado, precisamente. Dudó, debía racionarla. Si empezaba querría más, y con Paco medio desaparecido... retiró la mano.

—Escribano, por favor, llame a la cafetería y que suban un termo de café bien cargado. Café de verdad, que no me jodan, ¿eh? Luego reúne al equipo en la sala dos. Nos desplegaremos en un par de horas.

El joven agente, uniformado, se cuadró y cogió el teléfono con diligencia. Fuentes lo miró con un punto de aprensión. Esa era la savia nueva que iría sustituyendo a los viejos policías. Jóvenes que recordaban la guerra como una pesadilla de niñez y que tenían grabados a fuego los principios del Movimiento. Que desconocían las viejas tradiciones, los códigos de la calle. Que tan solo entendían los métodos salvajes de los Creix. Jóvenes que venían de todo el país y que no tenían más arraigo que la comisaría. Negó con la cabeza. Cada vez le gustaba menos cómo funcionaba todo allí y pensaba que, pasados diez años ya desde la victoria, las cosas deberían empezar a funcionar de otra manera. Abrir la mano, ventilar toda aquella naftalina. «Esta gente nunca tendrá bastante. No habrá suficientes cárceles para todos los que piensen diferente. Ni suficientes porras ni pistolas», pensó mientras observaba cómo los inspectores de la antigua escuela, viejos policías uniformados que habían sobrevivido a tanto como él, se movían entre escépticos y aprensivos en medio de aquella especie de Gestapo en que se había convertido la comisaría.

Sonó el teléfono de su mesa y el «diga» le salió demasiado áspero. Por el contrario, la señora de la centralita le informó con la voz átona de siempre que la llamada era para él. La aceptó a la vez que pensaba que aquella telefonista madurita lo sacaba de quicio con su voz absurda, pero que todavía tenía un polvo.

—Comisario Fuentes al aparato.

La modorra y los pensamientos lúbricos desaparecieron al mismo tiempo que la voz al otro lado lo espabilaba de repente. Era Paco. Por fin. Escuchó en silencio y colgó con un «de acuerdo»

final. Estiró los brazos mientras notaba cómo le crujían las articulaciones y una leve sonrisa le curvaba los labios, miró a derecha e izquierda y cogió la cartera. No empezaba mal el día, en absoluto. Todavía con una sonrisa de oreja a oreja fue derecho al lavabo.

Bonaventura y el viejo estibador estudiaban el mapa del puerto con atención. La cafetera, vacía, había dejado una marca marrón en el hule de flores que cubría la mesa, y la botella de coñac hacía rato que se había acabado. El humo de los Ideales enturbiaba el ambiente.

Siseo lo escuchó en silencio mientras Bonaventura le iba contando todo lo que había pasado en Argelès, primero, y los acontecimientos de las últimas semanas, después. La detención del cuñado y la aparición, de la nada, del miliciano republicano que resultó ser el amor de juventud de Dora. La visita de Franco y, finalmente, el cénit de su ignominia: la delación. El viejo había necesitado varias copas para ayudarse a digerir todo aquello. Y mientras bebía, miraba al hombre que tenía delante preguntándose si alguna vez lo había llegado a conocer de verdad, si esa persona que había querido como a un hijo era, en realidad, un monstruo. Pero ¿quién no era un monstruo en aquellos tiempos? ¿Quién no era un traidor a algo? ¿Quién no fingía, quién no ocultaba? ¿Quién no callaba por prudencia? ¿Quién no había vuelto la cara a algún amigo, marcado como rojo? ¿Quién no había sido un cobarde, al final?

Todos eran impostores.

Todos eran unos cobardes.

Pero tal vez el tiempo de serlo había acabado.

—Lo que quieres hacer es muy peligroso, chico. Mucho. ¿Sabes lo que habrá desplegado allí esta tarde? El puerto parecerá un búnker. No nos podremos acercar ni a cien metros, no tienes ninguna posibilidad. Ninguna.

—Si tú me ayudas tengo una, pequeña, de acuerdo, muy pequeña, pero una. Por eso he venido a verte. —Se acercó al viejo—. Te aseguro que si tuviera otra opción no hubiera recurrido a ti, si alguien se entera de que me has ayudado... no quiero ni pensarlo, pero no veo otra manera...

Siseo lo miró con una mezcla de ternura y preocupación.

—Chico, yo ya no tengo nada que perder. No tengo nada, de hecho. ¿Qué me pueden hacer? ¿Detenerme? ¿Torturarme? ¿Fusilarme? Cuando Fina estaba viva, me lo hubiera pensado. Si tuviera a mi hijo y a los nietos aquí, también me lo pensaría. Pero así. No me hagas reír.

La amargura en la voz golpeó a Bonaventura. Se dio cuenta de que el espanto no era la vejez, la decrepitud o la inminencia de la muerte. El espanto era la soledad. Y en esa casa se veía mucha soledad.

—¿Si lo de hoy es lo más excitante que me ha pasado en años! —ironizó, en un intento de destensar el ambiente—. Yo ya soy un viejo estorbo, pero tú tienes mucha vida por delante, chico. Aún puedes volver a empezar...

—¿Empezar qué? ¿Dónde? Le he robado una pistola a un *políticosocial*, Siseo. Mi mujer, que trabaja en el Gobierno Civil, tiene en su mano denunciarme por, entre otras cosas, bigamia. Ya no tengo trabajo, soy un traidor para ambos bandos.

—Tu familia, en Badalona, son gente de dinero...

—A mi familia les hago una putada si aparezco. Mi hermano pequeño se ha casado con mi mujer, tienen una hija en común. Mis padres ya están muertos. ¿Qué harán conmigo? ¿Cómo les

cuento que llevo diez años viviendo a veinte kilómetros y no les he dicho nada?

Bonaventura calló mientras miraba a su alrededor, aquel comedorcito minúsculo, abarrotado de muebles, de fotografías, de recuerdos. Un museo dedicado a una vida que estaba a punto de terminar. Pero de una vida de verdad. Auténtica. Notó que le faltaba el aire.

—He sido un fraude media vida, Siseo. No soy mala gente, de verdad que no. —Le cogió la mano al viejo, que negaba con la cabeza—. Pero he sido un cobarde. Por cobardía he traicionado a las personas que más quería y que más me han querido. Pero ahora puedo arreglarlo. Puedo devolver algo de lo que ellos me dieron. Puedo salvar la vida de Miquel, puedo hacer que Dora se sienta orgullosa de mí por última vez. ¡Quién sabe! Quizá acabarán juntos. Puedo hacerlo. Solo, solo tienes que conseguirme un uniforme de estibador y una identificación. Y alguien que me entre en el puerto, lo más cerca posible de la dársena donde atracará Franco. A partir de aquí ya es cosa mía.

—Pero... pero...

—He de llegar a Franco antes de que lo haga Miquel. Si lo mato seré un héroe, vivo o muerto. Si no llego a matarlo y me cogen, Miquel no podrá ni acercarse. En cualquier caso, le salvaré la vida. ¿Lo entiendes, Siseo? Entonces, estaremos, por fin, en paz.

Matar a Franco. La frase sonó inquietante y a la vez deliciosa. Era una tentación difícilmente eludible. Como lo era un pastel muy dulce para un diabético hambriento. Peligroso, pero a la vez inevitable. Ma-tar-a-Fran-co. Todas las sílabas sonaban bien. Ma-tar-a-Fran-co. Era música, puta música celestial.

Si matarlo fuera ni remotamente posible.

Paco Sanllehí miró a Miquel con cautela. No se habían visto cara a cara desde el día del billar, cuando cerraron el trato, y ese día la conversación no fue demasiado larga. Miquel era un hombre parco en palabras y Paco no estaba especialmente comunicativo. De hecho, no había necesitado conversar demasiado, sabía perfectamente quién era aquel colillero apuesto que hacía negocios con el Seco y se follaba a su amiga, y no hacía falta ser demasiado listo para deducir que lo que pretendía era sacarle información del Gobierno Civil.

Pero, a pesar de que lo había investigado a fondo, no había conseguido averiguar ni siquiera su verdadero nombre. Elíseo Pérez era, evidentemente, un alias, y pese a haber indagado concienzudamente, nadie se había ido de la lengua o, realmente, nadie sabía nada. Mandó seguirlo, pero Miquel los despistaba cuándo y cómo quería. Era resbaladizo como una anguila y resultaba evidente que no era la clase de tipo que actuaba por impulso y que valdría la pena, al menos, tenerlo en cuenta. Tratar con un hombre así era arriesgado, aunque Paco era consciente de que necesitaban a un lobo solitario y que no encontrarían a otro mejor. Y lo cierto era que el colillero les había caído del cielo en el momento oportuno, por tanto, no había ningún problema en conseguirle dinamita de la buena y un temporizador de primera a un precio muy razonable.

Solo tenía que convencer a Miquel de que no le convenía tener la dinamita hasta el mismo día del magnicidio. La argumentación era fácil, Can Valero era un lugar seguro, y así todos estarían más tranquilos y en el caso de que hubiera alguna filtración no le encontrarían nada encima. Naturalmente, no se pagaba hasta la entrega. Los ruidos del billar parecieron apagarse en el momento en que Miquel lo miró a los ojos, impávido, evaluando, sopesando, mientras Paco le

sostenía la acometida. Aquellos segundos antes de que Miquel alargara la mano para encajarla y cerrar el negocio fueron tensos y Paco notó la sospecha, el recelo.

Y un mal presentimiento que no lo abandonaría.

Sin embargo, no podía quejarse, todo estaba yendo bastante bien. Podía estar razonablemente satisfecho, a pesar de que Paco se sentía realmente agotado. Aquel puñetero mes de mayo estaba resultando una pesadilla. Todo el mundo se había vuelto loco, Fuentes lo presionaba y Dora, la fantástica Dora, se negaba a ayudarlo, callando como una puta traidora, ocultándole lo evidente. Como si pasara algo en aquel barrio que él no supiera. Dora había sido una amiga querida, pero aquella partida la jugaba con muy malas cartas. Pésimas. La muy idiota se había equivocado no confiando en él, había equivocado las lealtades. Todo por una polla. Aquel día, en el mercado de libros usados, se lo puso en bandeja, le ofreció ayuda, protección. Y nada. En ese momento firmó su perdición. ¡Ay, la frágil Dora!

¡Ah! ¡Qué cansado estaba de todo y de todos!

De vivir haciendo el papel de buena persona, de marica excéntrico.

La loca de Paco, Paquita la Fantástica, había quedado enterrada bajo los escombros de La Criolla. Después de Nanclares, Paco Sanllehí era otra persona, había aprendido a jugar y a ganar las partidas, si era necesario, marcando las cartas. Como estaba haciendo ahora. Como tuvo que hacer cuando volvió al barrio terminada la guerra y se dio cuenta de que, en realidad, la apariencia de cambio era solo eso, apariencia. Las cosas parecían diferentes para seguir siendo lo mismo. ¡Ah, la naturaleza humana! La disidencia y el vicio no se podían erradicar con edictos ni con cárceles ni con agua bendita. En realidad, la victoria de los nacionales no había conseguido mucho, tan solo ocultar en las sombras lo que antes se hacía a la luz. Y ya se sabe que todo lo que se mueve entre tinieblas genera violencia y abuso, depravación y corrupción, y una multitud de oportunidades para una persona inteligente, atractiva y curada de espantos. Y él, que iba sobrado de las tres cosas, sumaba una cuarta, la firme determinación de no estar ni un minuto más en el bando de los que lloraban por el paraíso perdido. Él construiría su paraíso. Y este paraíso no se levantaría vendiendo libros usados, tirándose a viejos reprimidos ni traficando con cocaína. Se hacía anticipándose a las cosas y pensando a lo grande.

Obteniendo información. Vendiendo información. Filtrando información.

Reencontrar al comisario Fuentes como uno de los responsables de la BPS en el Distrito V había sido un golpe de suerte fenomenal. Hacía mil años que se conocían y, si bien no se podía decir que habían sido amigos, sí era cierto que siempre se habían entendido. Que hablaban el mismo código, como le decía Fuentes en los escasos momentos de confraternización. Realmente, el veterano comisario era un *rara avis* en su gremio, un poli inteligente, suficientemente inteligente para entender que adaptarse al nuevo entorno, aprender las nuevas maneras de hacer era tan necesario como saber mirar alrededor y descubrir que..., en el fondo, todo todo, lo bueno y lo menos bueno, seguía estando allí y solo había que cogerlo. También entendió enseguida que, aunque no lo hiciera explícito, era evidente que Fuentes no era precisamente afín a los nuevos aires nacional-católicos. El viejo comisario quería retirarse y disfrutar de la vida, pero tenía vicios. Vicios caros. Necesitaba más dinero que lo que la misérrima pensión de comisario le proporcionaría. Y para eso, necesitaba a Paco.

En esa particular alianza, Paco dejaba que Fuentes pensara que llevaba el control, que tenía la sartén por el mango y que él solo era una pieza, quizá la más importante, de su red de confidentes.

Pero la realidad, la cruda realidad, era que el juego de poder era al revés. El comisario conocía a medias el alcance de sus negocios, de sus contactos. Pero el viejo le impuso líneas rojas y Paco pronto aprendió hasta dónde podía llegar con Fuentes; la droga y las deudas se pagaban, nada de prostitución ni masculina ni femenina ni por supuesto infantil. Nada de ajustes de cuentas ni matones de película, solo estraperlo de lujo. Nunca de productos básicos ni de cartillas de racionamiento. Y la palabra era la palabra. La traición era la muerte. El pacto no escrito había funcionado, durante años, perfectamente.

Hasta ahora.

Los tiempos estaban cambiando y Paco necesitó establecer nuevas alianzas. El barrio chino, su territorio natural, era tierra quemada por la secreta, y de tan obvio resultaba ser un lugar poco seguro para según qué negocios. Otra cosa era Montjuïc. Una montaña llena de poblados dejados de la mano de Dios, con un cementerio enorme y huertos y descampados con mil y un recovecos. Todo el mundo sabía que allí las cosas funcionaban de modo diferente, el Estado no les imponía su ley, la policía no se acercaba y la BPS no actuaba más que en situaciones extremas.

Sí, Paco tejió provechosas alianzas. Consiguió excelentes escondrijos donde nunca se encontraría la mercancía que le llegaba del puerto vía Can Tunis. Palés que se despistaban solo descargarse los barcos y terminaban en una cocina de un hotel de lujo. O en la mesa de un cardenal. O en la nariz de un comisario de policía.

O dinamita robada en una mina de Sallent que serviría para matar a Franco.

Ma-tar-a-Fran-co.

¡Ah! Si solo fuera posible...

Fuentes escrutó detenidamente a Dora. La observaba discretamente, desde el otro lado de la habitación, medio escondido entre las sombras mientras dos agentes de su confianza la interrogaban. Hacía muchos años que no la había visto y no quería que le reconociera. Todavía. La recordaba levemente, tampoco es que se hubiera fijado demasiado cuando iba por La Criolla. Habían pasado veinte años y entonces ella era una chica joven, redondita y jovial. El tiempo le había restado frescura y alegría, pero le había afinado los rasgos, haciéndola más angulosa, más seca. Más interesante. Dora, como mucha gente, ganaba en las distancias cortas, y, por el contrario, y como muy poca gente, había conseguido mejorar con el paso del tiempo. La observó hablar, con aquella exuberancia gestual tan del sur, mientras pensaba que, en realidad, todo aquello le venía demasiado grande. Demasiadas cosas sobre los hombros de aquella mujer que aguantaba, digna y rígida, las acometidas del interrogatorio, intentando salvar lo que le quedaba de familia. Definitivamente aquella joven perdida entre Joan y Paco había ganado aplomo. Pero siempre en medio de un absurdo. Como un miércoles inverosímil. El vértice de ese triángulo incongruente.

Joan y Paco.

Bonaventura y Miquel.

Y Dora en el centro.

Siempre triángulos.

Siempre en el centro.

Y Paco gravitando en una órbita extraña que cada vez le resultaba más inquietante. Había

recibido su llamada y sabía que con esa confirmación ambos habían sellado una fuga de agua del peligroso barco en el que estaban navegando, habría que ver si la habían cerrado en falso. Paco le había confirmado que el gran desembarco seguía adelante. Tuvo que pensar, para calmarse, que era la última vez que participaba en aquel negocio que le repugnaba, pero que le procuraría una jubilación dorada. Encendió un cigarrillo, oculto en las sombras, escuchando cómo Dora negaba una y otra vez que supiera nada de su hermano, a quien no había vuelto a ver desde su detención ni sus padres tampoco. Que no se había intentado poner en contacto con ellos por ninguna vía. El viejo comisario movió la cabeza... naturalmente no sabía dónde estaba, naturalmente que no se había puesto en contacto con la familia... ¿Cómo podría hacerlo?

Si estaba en una barraca de Montjuïc...

Muerto. Con un tiro en la cabeza.

No podían arriesgarse a que hablara, que contara lo que *no* sabía. La ausencia de complot, el absurdo de la teoría del atentado. Que todo era una exageración repleta de filtraciones falsas e in medias verdades. No podía llegar vivo a vía Layetana. Quiniela, al mandarlo traer desde la Modelo, lo había sentenciado a muerte.

Y la llamada de Paco. Ya está hecho. Todo en orden. El lobo tiene la dinamita.

Todo en orden.

Apagó el cigarrillo y, con un gesto, indicó a uno de los guardias que cambiara el turno de preguntas del interrogatorio. Había que tocar el tema conyugal. De toda la historia de Dora y el maquis lo que menos le cuadraba era el papel del sufrido marido. Recordó los informes que tenía sobre la mesa de su despacho; Bonaventura Puig, un ladrón de poca monta, especializado en asaltar conventos e iglesias, y sospechoso de denunciar a un par de burgueses a los responsables de la checa de Lesseps, para acto seguido vaciarles la casa. Un prodigio de inteligencia, aquel tipo. Comenzó a delatar a gente de dinero justito cuando Barcelona ya era un puro descontrol, el Ebro había caído y la derrota de la República era una evidencia. Yagüe a las puertas de Barcelona. No, no parecía muy sensato, ese Bonaventura, más bien un tipo impulsivo y sin mucho escrúpulo. Nada que ver con Joan. Nada que ver con Dora.

Y he aquí que aparece en Argelès. Como Miquel. Como ochenta mil personas más, por otro lado. Pasa un año y poco en el campo y, al firmarse los acuerdos con Pétain, solicita el retorno a España. Pena mínima de trabajos forzados. Y poco después vuelve a Barcelona transformado en un hombre educado, serio y responsable, dispuesto a formar una familia cristiana. Ocho años de matrimonio aparentemente feliz. Y ¡sorpresa! Desaparece justamente el día antes de la llegada de Franco. Si eso era normal, él era una monja. Algo olía muy mal en todo este asunto. Su viejo instinto de poli de calle le decía que aquel tipo era más de lo que parecía, y también le decía que Dora lo sabía.

Alberich, refugiado en Argelès. Comparte pueblo con la madre de Dora. Novios de adolescencia. Quiere matar a Franco.

Joan, homosexual muerto en el Ebro. Amante de Paco. Marido de Dora.

Albert, afín a los movimientos catalanistas cristianos. Cabeza de turco. Hermano de Dora.

Bonaventura, también refugiado en Argelès. Antiguo ladrón. Vuelve reconvertido en un prudente, decente y educado bedel de universidad. Segundo marido de Dora. Actualmente desaparecido.

Y en el vértice: Dora. Siempre Dora.

El puerto estaba aparentemente tranquilo. A pesar de haber disfrutado de diez años de paz, no se había vuelto a los niveles de tráfico de mercancías ni de pasajeros de antes de la guerra, pero había indicios de que, lentamente, algo estaba cambiando. Nuevos aires llegaban del otro lado del Atlántico y de los Pirineos. Parecía que empezaba a agrietarse el bloque del pensamiento único gubernamental y había quien hablaba de contactos a alto nivel entre sectores aperturistas del régimen y la administración del presidente Truman y los gobiernos de Francia y el Reino Unido. Se hablaba de un entendimiento *sotto voce* con el Vaticano con el objetivo de que Pío XII mediara para conseguir cierto deshielo diplomático y económico. Y, fruto de esta voluntad de apertura, había razones fundadas para pensar que al racionamiento y las cartillas le quedaban dos primaveras. Y es que, de hecho, el tráfico de mercancías rodado, ferroviario y marítimo iba creciendo año tras año.

Eso suponía para el puerto de Barcelona más barcos, más toneladas de mercancías y una infraestructura claramente insuficiente si lo que se pretendía era ser el principal puerto del arco mediterráneo peninsular siguiendo el modelo de Marsella. París versus Madrid. Barcelona versus Marsella. La segunda ciudad del Estado tenía que convertirse en la reina de la cuenca mediterránea, el comerciante fenicio y mestizo debía ser la solución para que el régimen no muriera asfixiado por su propaganda. Nuevas ideas y nuevos aires que iban calando los entornos apropiados y bien informados.

Y Paco estaba bien informado. Su red proporcionaba a la gente de la calle productos de baja categoría, sí, pero también proveía a las élites que huían cada vez más del *middle class* Ensanche hacia los nuevos barrios que nacían por encima de la Diagonal de vino francés, *whisky* escocés, cosmética, perfumes franceses, los trajes de lujo de las *maisons parisiennes* o las medias de nailon norteamericanas. Y si bien ese estraperlo de lujo no era el más importante en términos cuantitativos, a Paco le permitía tener oídos en salones donde se susurraba que el negocio del contrabando estaba irremediablemente sentenciado y que, con la apertura de fronteras y la liberalización del comercio, en un par de años, tres a lo sumo, se acabaría el racionamiento. Y con el racionamiento, el estraperlo. Y ya no serían necesarios los conseguidores. Los tiempos cambiaban, pero no del todo y, aunque siempre le quedaría el tabaco y la mandanga, ya tenía cincuenta años y estaba harto de esa mierda.

Y entonces, como caída del cielo, una visita del Caudillo a Barcelona. Fuentes pidiendo información y anhelando una jubilación dorada. Y un plan y una maquinaria que empieza a ponerse en marcha. Filtraciones de venta de explosivos a comisarios de la BPS que hablan de un lobo solitario que quiere atentar contra el dictador, un lobo solitario que ningún secreta, ningún infiltrado ha detectado. Magnificar imaginarios complots intelectuales. Y al final, en el trayecto de media hora que va de la Modelo a vía Layetana, la fuga de un detenido por actividades contra el régimen, un detenido que nadie encuentra y en principio sin ningún delito de consideración más allá de imprimir propaganda para los movimientos universitarios antifranquistas.

Se rio flojito. Realmente, entre él y Fuentes estaban creando la falsa tormenta perfecta.

Paco sonreía desde el rincón de la barraca mientras Miquel observaba las cargas de dinamita detenidamente, con ojo experto. Ahí está el lobo solitario. El lobo listo pero cegado, tan cegado en su misión divina que no recela del hecho de que un comisario de la BPS primero lo detenga y

luego lo deje marchar. ¡Ah! Realmente Fuentes había resultado ser un actor de primera.

Y mientras tanto, la policía, la Guardia Civil, buscando guerrilleros, lobos solitarios, jóvenes nacionalistas universitarios enloquecidos, todos unidos en una conspiración comunista-judeomasónica lista para matar al dictador. Controles en las carreteras, controles en los accesos al puerto. Todos buscando maquis bajados de las montañas, terroristas enajenados. Nadie, nadie prestando atención al tráfico habitual de mercancías. Ni a los camiones que van llegando ni a los barcos que van descargando los productos de lujo y la gran carga de mandanga que hará a Paco lo suficientemente rico, lo suficientemente libre, para poder largarse de este país de miseria.

La voz grave de Miquel lo sorprendió.

—Bueno, creo que todo es correcto. El material es de primera realmente, ligero, potente, muy bien.

Deslizó una mano en el bolsillo del pantalón mientras veía con el rabillo del ojo cómo los dos hombres que acompañaban a Paco se tensaban y cómo este permanecía, impávido, en su rincón. Miquel, con una calma sorprendente, sonrió. ¡Ay, cuánto teatro! ¡Qué numeritos de gánsteres de película americana! No era necesaria tanta puesta en escena. Miquel había sospechado de Paco desde el minuto uno. Que una exvedete de *cabaret* se ganara la vida traficando, trapicheando y enculando viejos no le parecía ni bien ni mal, se la traía al paio, pero una cosa era pasar mandanga a viciosos adinerados y conseguirles *whisky* y medias de seda y otra muy distinta conseguir dinamita de la buena y un detonador decente. Y en poco tiempo. Y, encima, para un tipo sin referencias.

No. Miquel no se había fiado nunca de Paco, pero había intentado conseguir armas por otros modos, en vano. Parecía que alguien estaba capando las vías de suministro habituales. Los otros conseguidores habían desaparecido. Todos lo dirigían hacia Paco, hacia aquel hombre que se hacía el estupendo, pero que le ofrecía material de primera a precio de saldo. Sí, parecía que alguien quería que atentase contra Franco, y ese alguien se lo estaba poniendo todo en bandeja.

Sin embargo, la necesidad de encontrar explosivos lo empujó a cerrar el trato. Al poco de hacerlo, se dio cuenta de que lo seguían, y que aquellos tipos no eran secretas. El nivel de tensión aumentó, pero cuando Fuentes lo detuvo y le escenificó el numerito de viejo policía republicano arrepentido y empático, fue la confirmación de sus sospechas. En el mismo momento en el que le dio el papel con la información más confidencial del despliegue del dispositivo policial, lo tuvo claro. El viejo comisario fue convincente, e incluso era posible que en algunos momentos le dijera la verdad, pero no coló. Miquel llevaba mucha mili en la espalda.

Todo aquello era una pantomima.

Y él no era idiota.

Y entonces comenzó a seguir a los atontados que lo vigilaban. Y entendió muchas cosas. Supo de la relación de Paco con Dora, que ella le había ocultado. De la *entente cordiale* entre Fuentes y Paco. El viejo comisario era un cocainómano corrupto y no sería él quien le reprocharía nada, pero allí, empezando por él mismo, nadie era quien parecía ser. Seguía moviéndose en el mundo de la impostura, del teatro.

Actuemos, pues.

La cartera apareció en su mano mientras el ambiente se relajaba. Sacó los billetes, que dejó encima de la mesa, a dos palmos de la dinamita. Paco no se movió de su rincón mientras uno de los hombres los cogía y contaba. Pareció satisfecho. Miquel introdujo con cuidado el explosivo y



el detonador en la mochila. Se la cargó a la espalda.

Finalmente, Paco se acercó y le ofreció la mano. La sonrisa amplia, afable, le deslucía la mirada fría. No había rastro de Paquita la Fantástica en aquella barraca.

—Ha sido un placer hacer tratos contigo. Cuando lo necesites, ya sabes cómo encontrarnos.

—Con suerte, no volveremos a vernos.

—O, con suerte, volveremos a vernos en unas mejores circunstancias.

Miquel hizo aquella mueca tan suya mientras asentía con la cabeza. Se volvió poco a poco hacia la puerta. Hizo chasquear la lengua mientras se volvía, la mirada picara, la nariz apuntando, curvada, hacia Paco.

—¿Puedo pedirte un último favor?

Si se sorprendió, no lo dejó traslucir.

—Si está en mi mano...

—Lo está. Dile a Dora tan solo una cosa. Que todo fue verdad. Que nunca lo dude. Y al comisario que gracias, que fue un placer, y que la próxima vez invitaré yo.

Salió sin esperar respuesta, mientras notaba, a sus espaldas, cómo la temperatura había bajado diez grados. Sonrió y respiró profundamente. Aquellas pequeñas victorias eran mejores que las más épicas. ¡Ah! Le sorprendía que hubieran pensado que Miquel Alberich no sabía con quién se jugaba los cuartos.

Ya era mediodía y el sol comenzaba a arder. Miró el reloj y pensó que aún tenía mucho día por delante. Silbando, empezó a caminar montaña abajo.

Era cerca de la una del mediodía cuando Dora consiguió llegar al Gobierno Civil. Aún temblaba cuando atravesó la puerta de la oficina. El interrogatorio había sido duro, y el hecho de que la llevaran a vía Layetana la había asustado, pero al menos había evitado que interrogaran a sus padres, por el momento. Fuera quien fuera quien dirigía aquella investigación no quería hacer sangre, al menos con dos ancianos. Después del choque inicial al saber que Albert había escapado, ya esperaba la temática y el tono de las preguntas, pero la baja intensidad del interrogatorio en lo referente a su hermano la sorprendió. Las preguntas eran mecánicas y no escuchaban demasiado sus respuestas, como si ya las supieran de antemano. Parecía, realmente, que lo que pasara con Albert les importaba un bledo.

Otra cosa fue cuando empezaron a hablar de Bonaventura. Entonces la pillaron desprevenida y lograron hacerla tambalear. Era evidente que sospechaban algo y que querían encontrarlo costara lo que costara. En todo el tiempo Dora no podía quitarse de la cabeza la imagen de la cartuchera vacía en su mano y la cara de Laureano al darse cuenta de que Bonaventura la tenía. Ella sabía, sin embargo, que Laureano no había dicho nada, no era tan tonto como para ponerse él mismo en el disparadero. La presionaron con dureza y, en un momento dado, pareció que se escaparía alguna hostia, pero al final entendieron que no podía decir lo que no sabía. Y la soltaron.

Evidentemente, le habían puesto vigilancia. De hecho, el agente que la seguía tampoco se molestaba demasiado en disimular. Y eso la angustiaba, necesitaba encontrar a Miquel y avisarle de que Bonaventura estaba descontrolado, desesperado y armado. Necesitaba encontrar a Bonaventura y decirle que nada era tan definitivo y que quizá entre todos podían encontrar una manera de sobreponerse a ese desastre. Necesitaba encontrar a Albert, el pobre Albert, un pelele

al que estaban utilizando, porque si de algo estaba segura era de que Albert era incapaz de escaparse de aquella manera. No era un guerrillero, no era un maquis, era un pobre linotipista con el coco comido por amor a la patria y el cerebro inflamado por arengas y consignas. Ninguna organización antifranquista movería un dedo para sacarlo de la cárcel de aquella manera tan peliculera. No a él.

Eso solo podía hacerlo alguien con muchos contactos.

¿Miquel?

Necesitaba encontrarlos a todos, pero tenía un policía de la secreta pegado a la chepa. ¿Qué podía hacer? Paco estaba desaparecido. La habían dejado sola y no podía ir a casa y enfrentarse a su madre de nuevo. Aún no. Y menos todavía ver a Laureano como un buitro a su alrededor. Aún no. En vía Layetana la habían dejado marchar a la orden de «vaya usted a trabajar». Mejor hacerles caso. A pesar de que no se veía con fuerzas de convivir un día entero con toda aquella gente, lo más inteligente era tragar quina y acompañar a los compañeros a la tribuna, que como empleados del Gobierno Civil tenían reservada, para, banderita en mano, ir a recibir al dictador aquella tarde. Miquel seguro que estaría allí, y esa sería su única oportunidad de encontrarlo, de advertirle. De parar aquel disparate. Y si Bonaventura intentaba matar a Miquel, ella podría por lo menos probar a detenerlo. A ella no la mataría. A ella no. ¿No?

Al entrar en la oficina, se hizo un silencio incómodo de golpe. Aunque era evidente que todos sabían de dónde venía, la tensión de la jornada no les había dejado demasiado tiempo para cotillear. Desde la BPS habían llamado al señor Mateu para advertirle de que la estaban interrogando, pero estaba claro que no esperaban verla hoy. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? El señor Mateu había sido generoso todas aquellas semanas, y pudiendo, no había hecho sangre con su delicada situación, pero lo cierto es que ella se lo estaba poniendo cada vez más difícil. Dejó el bolso y fue al baño mientras una arcada la sacudía. La tensión, el calor y llevar casi un día sin comer no ayudaban precisamente. Se mojó la cara y consiguió no vomitar, y mientras se sentaba en la taza, se cogió la cara entre las manos. Quería llorar y no podía. Aquel nudo en la garganta, aquella presión en el pecho se lo impedía, y solo un leve gemido salió de sus labios resecos. Decidió beber agua del grifo, pero nada más bajarle por la garganta la arcada fue imparable y lo vomitó todo. Sorprendentemente, al terminar, se sintió mejor.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Era el señor Mateu.

—Señorita Colom, me han dicho que acaba de llegar. —Unos segundos de silencio, de duda—. ¿Se encuentra usted bien?

La voz de detrás de la puerta sonaba genuinamente preocupada, severa, pero preocupada.

¿De qué serviría mentirle?

—No. No me encuentro demasiado bien.

—Abra la puerta y vayamos a mi despacho, pero antes pase por su mesa y recoja su libreta y el bolígrafo. Al fin y al cabo, es mi secretaria... todavía.

—Señor Mateu... yo...

—Hágame caso, Isadora —le dijo, esta vez en catalán—. No es necesario que hablemos a través de una puerta si podemos hacerlo cara a cara. Hágame un favor, a los dos; antes de venir, llame al bar de siempre, que nos suban dos cafés con leche y magdalenas. Es evidente que necesita comer y a mí no me vendrá mal. Hoy será un día largo, muy largo.

Nunca supo si fue por haberla llamado por su nombre de pila, por haberle hablado en catalán,

cosa inaudita y ciertamente atrevida en aquellas circunstancias, o por aquella amabilidad que parecía sincera, nunca supo por cuál de aquellas cosas o tal vez por todas ellas, pero tras aquella puerta Dora notó algo, pequeño, muy pequeño, incipiente quizá. Algo genuino y cálido. Algo que se parecía, tan solo se parecía, a la esperanza.

Quizá sí que podría ir al puerto. Quizá sí podría detener aquella locura.

¿Quizá todo podría volver a ser como... antes?

## La tarde

A partir del mediodía los balcones de las calles del centro de Barcelona aparecieron, casi sin excepción, adornados con la enseña nacional. En algunos, en un éxtasis nacional-patriótico, convivía la rojigualda con la bandera de la Falange, mientras empleados municipales colgaban banderolas del alumbrado público en las principales arterias. Las fachadas de los edificios oficiales se recubrían con grandes estandartes. Se habían esmerado especialmente en las Reales Atarazanas, en el Gobierno Militar y los inmuebles de alrededor. Largas tiras de banderolas descendían por el fuste del monumento a Colón, alrededor del cual una considerable profusión de enseñas, banderas y estandartes le daban un aire como de fiesta mayor de pueblo.

Hacia las cinco de la tarde, riadas de gente bajaban por las Ramblas, la vía Layetana y el Paralelo hacia el puerto. El mirador de Miramar, en Montjuïc, también se iba llenando. Miquel, mezclado entre la multitud, no dejaba de admirar el fervor de los ciudadanos. Miles de personas que habían llegado de toda la provincia paseaban alegres, como si recibir al dictador fuera la ilusión de sus vidas. El 14 de abril de 1931, muchas de aquellas personas, estaba seguro, festejaban en esas mismas calles el triunfo de la República. Había de todo, niños y ancianos, jóvenes cogidos de la mano y gente madura. Muchos, muchísimos, sonreían, banderolas en mano, pero, de vez en cuando, la mirada de Miquel se cruzaba con la de otra persona. Aquel hombre con el sombrero calado y la camisa arremangada, aquella mujer elegante que agarraba fuerte el bolso, aquel abuelo con boina que fumaba un caliqueño y que, al clavar los ojos en los suyos, de inmediato se reconocían. Se asustaban al tiempo que se confortaban. El contacto duraba unos segundos, los suficientes. Y luego cada uno de ellos lo evitaba de nuevo, por si acaso... y tal vez el hombre, o la mujer o el abuelo, reía innecesariamente alto o hablaba con artificiosa animación con el de al lado. Por si acaso...

Había mucha gente, sí. Había mucha alegría, sí. Y había mucha amargura, también.

Dos horas de retraso era el rumor que corría por el puerto. Francisco Franco Bahamonde, el Generalísimo, su esposa y su hija, habían salido del puerto de Valencia con dos horas de retraso. Seis y media de la tarde era la hora prevista de llegada, así que como muy temprano el crucero *Méndez Núñez* de la Armada española atracaría a las ocho y media. A pesar de que la demora les daba un poco más de margen, en capitanía de Marina ya estaba todo el mundo a punto de revista. La policía portuaria vestía de gala, sudando la gota gorda, mientras una multitud de trabajadores se apresuraba para dejar la parte del puerto que atravesaría el dictador, impoluta. Alfombra púrpura a pie de amarre y jardineras llenas de flores esplendorosas alineadas a lo largo de todo el trayecto que Franco recorrería a pie. Unas barras de latón reluciente separaban a mano derecha un espacio en el que, forrado de terciopelo granate, esperarían las autoridades; el alcalde de la

ciudad, don José María de Albert Despujol, Peralta y Pujol de Senillosa, barón de Terrades; el gobernador civil de Barcelona, don Eduardo Baeza y Alegría; el arzobispo de Barcelona, don Gregorio Modrego Casaus; el capitán general de la región, don José Solchaga; el gobernador militar, don Luis Madariaga; otros mandos militares de menor graduación y los dirigentes locales de la Falange. En un segundo reservado, los alcaldes de las principales ciudades metropolitanas y los gobernadores civiles de Tarragona, Lérida y Gerona y, en un lugar destacado, las esposas de las autoridades, señoritas de la buena sociedad catalana y otros invitados de postín.

Frente al reservado principal se situaba la compañía de honor, vestida con uniforme de gala, del Regimiento de Jaén número 25 con bandera, escuadra, banda y música. La Federación Colombófila de Cataluña, al servicio de las transmisiones del ejército, había dispuesto en unas grandes canastas dos mil quinientas palomas mensajeras que serían liberadas en el mismo momento en que desembarcara su excelencia.

El puerto, pues, hervía y se llenaba a medida que se iba acercando el momento. Ni las aguas estaban tranquilas, ya que una multitud de pequeñas y medianas embarcaciones, engalanadas, esperaban la llegada del *Méndez Núñez* y al resto de las naves militares que lo escoltaban. El nerviosismo era evidente en los responsables de la seguridad, que se movían por todas partes. Policías uniformados, soldados en cada esquina y muchos muchos otros policías de paisano escondidos entre la gente. Miquel los detectaba al momento, los delataba su estado de alerta, aquellas mandíbulas tensas y la mirada huidiza, mirando a todas partes sin mirar a nadie. El bulto de la cartuchera bajo la americana. Un par lo habían mirado unos segundos más de lo normal, pero ninguno fue más allá. Fuentes no lo había vendido. De haberlo hecho, todos los secretos que inundaban los alrededores del puerto tendrían su descripción. Y le hubiera sido imposible llegar a Colón. Sacudió la cabeza al pensar en cómo de extraordinaria es la vida y cómo te regala extraños compañeros de viaje.

Dos horas de retraso eran muchas, pero, a pesar de que el rumor iba serpenteando entre la gente, no se notaba. El ambiente festivo era notorio y los barceloneses, cansados de tristezas, se tomaban la visita como una jornada de fiesta mayor. Ciertamente se veían falangistas uniformados y mujeres de la sección femenina, todos con las camisas azules y las boinas caladas, pero en realidad eran notas discordantes, desafinadas en el conjunto de la melodía. Barcelona rebosaba, pero en parte era debido a que desde el Gobierno Civil se había recomendado a las empresas que dieran la tarde libre a sus empleados, se habían suspendido las clases en los institutos y en la universidad, con el claro objetivo de que la ciudad entera saliera a la calle. Incentivos y presiones para hacerlo. Barcelona, la vencida Barcelona, recibía de rodillas al vencedor, al garante de la única y muy católica patria. Gloria al César.

Miquel sonrió para sus adentros al llegar al pie de la estatua de Colón. De la mochila sacó una pequeña petaca con coñac y, con esa sonrisa malévola tan suya, la levantó en dirección al mar.

—*Ave, Caesar, morituri te salutant.*

Y dio un trago largo.

El uniforme le iba un poco corto y ancho, pero fue el más adecuado que Siseo pudo conseguirle con tan poco tiempo. No era de estibador, sino del equipo de limpieza y mantenimiento del puerto. Después de pensarlo detenidamente y de hablar con un par de personas, Siseo averiguó que ese

día no se haría ninguna descarga en el muelle central. Otra cosa eran los muelles auxiliares, donde la actividad laboral era normal. Pero en la zona portuaria más cercana al lugar del desembarco del *Méndez Núñez* toda la actividad se había detenido ya la noche anterior y, por lo tanto, prácticamente no quedaban estibadores en los alrededores. Otra cosa era la gente que limpiaba o se encargaba del mantenimiento.

Bonaventura era alto y delgado, y la mayoría de los trabajadores del puerto estaban bastante más fuertes. El trabajo lo requería. El viejo lo miró con ojo crítico; definitivamente, se pusiera lo que se pusiera, no tenía la más mínima pinta de estibador, y aún menos de limpiador. Nunca la tuvo ni cuando lo era de verdad. A los ojos de todos, Bonaventura era aquel señor extraño que no se permitía según qué bromas ni según qué confianzas. Siempre había parecido alguien colocado allí con calzador y durante un tiempo algunos compañeros desconfiaban de él, y mucho. A pesar de ello, él no había sido nunca del todo consciente del rechazo que despertaba entre sus compañeros, que lo veían alguien de otra clase, ajeno a su realidad. Un tipo reservado y estirado, diferente. Siseo no les recriminó nunca ese reparo, sino todo lo contrario. Sobre todo, al principio, en lo más íntimo, lo compartía. Durante un tiempo le preocupó seriamente la posibilidad de que Bonaventura fuese un infiltrado de la patronal colocado allí para identificar a los trabajadores críticos con el sindicato vertical o poco afines al régimen. Y la verdad era que en la estiba había muchos de estos.

La sospecha, pues, nació, pero duró poco. Pronto Siseo y los demás compañeros que cortaban el bacalao entendieron que, a pesar de que aquel señor extraño y estirado guardaba muchos secretos, en realidad no era más que lo que aparentaba, alguien que necesitaba con urgencia un trabajo discreto y fácil para el que estaba claramente sobrecualificado. Alguien que escapaba de algo e intentaba construirse otra vida. Como tantos otros en aquellos días en que en las estufas de las casas quemaban día sí y día también carnés de afiliados a partidos políticos o sindicatos, cartas comprometedoras, fotografías con según quién, libros prohibidos. Hogueras íntimas donde la gente carbonizaba lo que había sido, lo que un día había creído, aquello por lo que había luchado. Y siempre con un ojo en la casa de al lado, ventanas cerradas, puertas barradas por miedo a aquellas misérrimas venganzas, hijas de la estulticia intelectual y ética de los ganadores sin honor. El pánico a las delaciones.

Pero Bonaventura resultó ser como todos ellos, un perdedor sin épica, sin gloria.

Un buen compañero, inteligente y sensato.

Incapaz de vender a nadie. Incapaz de matar una mosca.

Dios mío.

Un escalofrío sacudió a Siseo mientras intentaba no pensar en nada más que en lo que debía hacer.

—Este pase es lo máximo que he podido conseguirte en tan poco tiempo. Podrás acercarte bastante a la zona de desembarco. Pero ya te puedes imaginar cómo está aquello de militares. El lugar por donde desembarcará Franco no queda demasiado lejos del límite del pase, pero... a partir de ahí...

—No te preocupes. Solo necesitaba esto. El resto es cosa mía. Has cumplido con creces, como siempre.

Siseo notó cómo se le humedecían los ojos, y el hecho lo enojó. Quería decirle que no era necesario que hiciera aquel disparate, aquella especie de inmolación absurda, de penitencia

suicida. Quería decirle que él sabía, siempre había sabido, que era un buen amigo y una persona fiel y que, al fin, en el pecado había llevado la penitencia. Y que sabía que hacía años que la purgaba. Que no era necesario. Sobre todo, esas palabras. No hace falta, amigo mío. No es necesario.

Pero también quería decirle cabrón hijo de puta, eres un cobarde asqueroso traidor a la República, asesino y malnacido. No mereces el amor de Dora, no mereces mi amistad ni mi respeto. Mereces que el miliciano que te salvó la vida te la quite de un disparo. Pero eres mi amigo. Y te quiero. Y no quiero que hagas esta locura.

Pero las palabras se quedaron allí, atascadas en la garganta, luchando por salir. Palabras que nunca se pronunciarían, sentimientos que nunca se expresarían. Hijos perdidos, amistades malogradas, amores irrecuperables por no haber dicho lo que se tenía que decir cuando había que decirlo.

No, no dijo nada de todo aquello. Asintió con la cabeza y le dio una palmada en la espalda. Una palmada que significaba muchas cosas y al mismo tiempo no significaba nada. Bonaventura lo cogió del brazo y lo abrazó fuerte. Un abrazo que lo quería decir todo. Cuando se separaron no se miraron directamente, avergonzados, y cada uno se fue en una dirección.

Siseo hacia su cuarto de piso, un poco más solo todavía.

Bonaventura, Ignasi, hacia su destino.

Fuentes la vio. Pálida y desencajada, pero extrañamente hermosa. Vestida con la camisa azul cielo y la falda marina como el resto de las secretarias del Gobierno Civil. Todas iban con el mismo uniforme, pero Dora, en un extremo, destacaba. La media melena indómita, libre, sin moños ni ganchitos ni escondida bajo ningún sombrero, los ojos brillantes y la finura del rostro, no la hacían especialmente atractiva, pero sí atrayente. Como años antes en La Criolla, cuando, joven y espléndida, bebía, bailaba y regalaba a quien quisiera admirarla aquella sonrisa magnífica, única. La vio allí, con aquel ademán angustiado, mirando a derecha e izquierda, buscando desesperadamente a alguien. ¿Buscando a Alberich? ¿Buscando al marido desaparecido? Quizá buscando a los dos. Fuentes también los buscaba, pero encontrarla allí lo había sorprendido, el vértice del triángulo aparecía por sorpresa. Y eso no entraba en sus planes.

Fuentes reprimió un gesto de contrariedad. Quizá se había equivocado y debería haberla dejado bajo custodia en comisaría, pero era un riesgo que no quería correr. Y ahora allí estaba, en medio de la zona de máxima seguridad con una banderita en la mano. Alguien en el Gobierno Civil confiaba mucho en ella. O muy poco.

Y no sabía si eso le gustaba.

No, no le gustaba.

Hacía rato que había entrado en la zona cero. El retraso en la llegada de Franco tenía a todo el dispositivo de los nervios, pero a él ya le convenía. En realidad, cuanto más histeria hubiera a su alrededor, mejor. El informe que Creix y los inspectores venidos de Madrid habían puesto en la mesa del director Quintela sobre la existencia de una acción coordinada entre lo que quedaba de la Agrupación Guerrillera de Cataluña, elementos universitarios vinculados a la democracia cristiana nacionalista, y en el colmo del paroxismo conspiranoico, logias masónicas venidas desde Francia, había sido aplaudido, alabado y tomado como base del operativo de protección.

Fuentes sacudía la cabeza y notaba cómo el reflujo le subía por el esófago una y otra vez. ¡Ah! ¡Qué poquito le quedaba de comerse aquella mierda! Quintela, al final, había desestimado la teoría del lobo solitario y abrazado la de la conspiración armada. Bien. En realidad, cualquiera de las dos le servía. Rio flojo mientras pensaba con qué facilidad se habían tragado la inmensa bola que les había preparado.

Todos iban desesperados buscando terroristas mientras en el muelle auxiliar, el más alejado, hacía días que palés y palés estaban siendo descargados y escondidos en las fosas vacías del cementerio de Montjuïc. Las autoridades portuarias vistiéndose de gala para recibir al dictador, compitiendo en fervor, no fuera que alguien dijera que se era poco afecto, mientras nadie con responsabilidad controlaba aquellos barquitos de segunda que llegaban a destiempo con cuatro frutas y verduras. ¡Ah!, no hay medida de control más eficaz que la de la vecindad. Y había que sumar, además, que toda la policía portuaria, inflamada de amor patriótico, estaba desviviéndose por acordonar la zona cero, ningún agente queriendo perderse el espectáculo.

De tan obvio, resultaba patético. Solo habían hecho falta unos sobornos algo más generosos de lo normal a los vigilantes habituales para hacer de aquella operación de contrabando la más grande y la más fácil de la historia. Paco estaba satisfecho, y él también. En uno de esos palés, solo en uno, y bien protegido, había llegado una cantidad destacable de base de cocaína que bien corlada y distribuida les daría mucho dinero. Aquella misma noche, la mitad del cargamento marchaba a Francia, y la otra mitad a Madrid. Mandanga de calidad excepcional a un precio también excepcional.

Aquella era, debía ser, su última vez. Conseguir el suficiente dinero para disfrutar de una jubilación descansada y anticipada. Matar al terrorista. Honores y medallas y para casa.

Dejar esa mierda. Intentar volver a vivir.

Paco se lo expuso con toda claridad: era ahora o nunca, y tenía que reconocer que el maricón había tenido una idea luminosa, una puta genialidad, de hecho; aprovechar la llegada de Franco para pasar a la vista de todos una carga de mandanga, de productos de lujo, de medicamentos que los retirara antes de que todo aquello se fuera a la mierda.

Pero que Franco llegara no era suficiente, había venido muchas veces desde 1939, previamente había que crear un clima de paranoia, de tensión, que fuera *in crescendo*. Era esencial aprovechar las detenciones de los maquis y los atentados fallidos de la Agrupación de principios de año, y no menospreciar el efecto paranoico que podía tener en el director Quiniela su fallido intento de asesinato. Así, Fuentes dirigió los interrogatorios haciendo participar, aparte de a sus colaboradores habituales, a agentes de la máxima confianza de los Creix. Por un lado, pretendía que su fama de viejo, pero duro *outsider* no lo perjudicara, y por otro, afianzar la idea de que la guerrilla urbana había abandonado la estrategia de atentar contra objetivos menores para concentrar las escasas fuerzas que le quedaban en un objetivo final: matar al dictador. Este era el mensaje: lo que quedaba de la resistencia antifranquista armada, abandonada por el exilio en Moscú, intentaría como fuera y a la desesperada un gran golpe de efecto.

Esa fue la semilla inicial. Que hubiese una filtración, apenas un mes antes de la visita, de que en la universidad había una cédula que podía dar apoyo logístico y propagandístico a maquis vinculados al PSUC era un veneno que Fuentes había ido inoculando por diferentes vías en el entorno de los Creix. La principal, el memo de Laureano Pons, encantado de conocerse y de ser el responsable de desarticular un peligrosísimo comando formado por cuatro estudiantes y un



linotipista armados con pancartas, octavillas y ejemplares de *El capital*.

La detención de Albert y del resto estaba prevista. Y que desde círculos afines a la clandestinidad comunista y anarquista se hicieran llegar mensajes de posibles acciones armadas también. Pero lo que fue del todo accidental y providencial fue la aparición de Alberich, del mítico Elíseo Pérez. Un profesional con una trayectoria sin mácula, un pura sangre de la lucha armada. El perfecto lobo solitario. Y que encima se follase a Dora Colom resultaba ser una cuadratura del círculo imbatible. Sin embargo, no les resultó fácil atar cabos. Miquel era corrosivo a más no poder y Dora resultó ser más dura de lo que pensaban y no dijo nada a pesar de las presiones de Paco. Era una mujer inteligente y no se fiaba de nadie, y realmente no podía reprochárselo. Sin embargo, la prudencia de Dora enervó a Paco, que la vivió como una traición, cuando de hecho lo único que ella pretendía era proteger al hombre que amaba, a su familia y a él mismo. Fuentes tuvo que pararle los pies a Paco, le dio miedo de que si la agobiaban demasiado acabara explotando por otro lado, no había que perder de vista que trabajaba en un lugar delicado y lo último que quería Fuentes era a gente del Gobierno Civil haciendo preguntas a Quintela. O que el foco enfocara hacia Paco y su gente. Si caía Paco, caía él. Abandonaron esa vía.

Dejaron a Dora en paz.

Pero cuando ya no sabían por dónde tirar y habían decidido concentrarse de nuevo en el entorno universitario, ¡oh, Dios!, recibió aquella milagrosa llamada anónima en que delataban a Miquel Alberich, alias Elíseo Pérez. El amante de Dora. El lobo solitario. Aquella voz grave, calmada y en un castellano impecable le proporcionó absolutamente todo lo que le faltaba. El nombre real. Lo que quería hacer. Dónde se escondía. En ese momento no sospechó, aún no había atado cabos, pero ahora estaba seguro de que el delator era el misterioso y desaparecido marido de Dora. Bonaventura Puig. Es curioso cómo a veces las cosas más obvias resultan, en cambio, tan difíciles de percibir. De hecho, en un primer momento, era lógico pensar que Bonaventura le había llamado instigado por Dora. El despecho es capaz de eso y de más. Desechó pronto esa idea, no era propio de Dora actuar con rencor, y en realidad con la detención de Alberich no ganaba más que una venganza espuria. Demasiado obvio. Debía cambiar de perspectiva y calmarse, si la vía del lobo solitario acababa fallando, siempre le quedaba Albert, alimentando la teoría de la conspiración.

Al poco, otro golpe de suerte, Miquel mueve ficha y coloca a Albert bajo el ala protectora de los viejos comunistas de la Modelo, convirtiéndolo, así, en lo que no era: un peligroso terrorista. Realmente, cuando todo va de cara, todo va de cara.

Y como traca final, una fuga de la Modelo a dos días de la visita y la filtración de un lobo solitario comprando dinamita.

Solo había que sentarse y esperar.

En Madrid todos muy nerviosos. En vía Layetana, también.

Y los hombres de Paco empezando a distribuir el contrabando discreta, pero rápidamente.

¡Ah! ¿Y si como guinda al pastel el cabronazo de Alberich lograra cargarse al hijo de puta? Un segundo, solamente un segundo antes de que él lo matara.

## El atardecer

El *Méndez Núñez*, finalmente, atracó en el muelle del puerto de Barcelona en medio de un pasillo de fragatas militares y escoltado por cientos de pequeñas embarcaciones engalanadas, y tal como estaba previsto, dos mil quinientas palomas mensajeras echaron a volar cuando Franco pisó tierra, al mismo tiempo que las campanas de todas las iglesias de la ciudad repicaron. Una multitud enardecida sacudía las banderolas que les habían repartido a la vez que la banda militar tocaba el himno nacional.

Franco, su esposa y su hija fueron recibidos con la liturgia nacional-católica esperada. Bajo palio y obsequiando a las damas con dos espléndidos ramos de flores. La luz violácea del atardecer conseguía que Barcelona luciera radiante, y pareciera realmente rendida ante el poder incontestable del dictador. Las autoridades de las dos orillas del Ebro estaban satisfechas, la proverbial efectividad catalana había dado muestra una vez más del proverbial *seny*, bajando la cabeza cuando era necesario.

No era conveniente, sin embargo, menospreciar la *rauxa*.

Dora había llorado, había suplicado al señor Mateu que le permitiera ir al puerto con el resto de los compañeros. El hombre, sinceramente preocupado, se resistía, ya que no acababa de entender el alcance del lío en que se había metido, y eso lo inquietaba. El señor Mateu, sin embargo, aunque estaba seguro de que Dora no era muy, por no decir nada, afín al régimen sabía que era una mujer fiable, leal y honrada. Mateu, hijo de familia cristiana y profundamente conservadora, alto funcionario sensato y aplicado, valoraba mucho esas cualidades, y no podía por menos de admirar la altiva dignidad con que aquella mujer aceptaba la derrota, que las reglas del juego eran otras, y la firme voluntad con que intentaba que eso no la cambiara. Él era su jefe, no pensaban igual, y probablemente nunca lo harían, pero la respetaba mucho y la apreciaba aún más. Y fue por la estima que le tenía y contradiciendo el más elemental sentido común, que cedió. Dora iría al puerto con el resto.

Y allí estaba ella, con aquella absurda bandera en la mano. En medio de aquel delirio. Intentando reconocer la cara de Miquel, de Bonaventura, entre la gente. Y al mismo tiempo rezando por no encontrarlos. Para que no hubieran conseguido entrar.

Si tiempo después alguien le hubiera preguntado cómo vivió aquellos momentos, Dora no habría sido capaz de contestar. Habría dicho que en su cabeza todo había pasado muy despacio. Segundos que parecían minutos, minutos que se convertían en horas. Cómo pudo pasar todo tan rápido y al mismo tiempo con una lentitud exasperante, le resultaba totalmente inexplicable.

Desde su tribuna privilegiada, Dora vio cómo Franco en primer término y su mujer y su hija dos pasos por detrás, empezaban a caminar por la alfombra púrpura camino del Bentley que los

sacaría del puerto y los pasearía por la ciudad camino del palacio de Pedralbes. Miles de ojos fijos en aquella persona bajita y rechoncha. Y fue justo en el momento en el que la comitiva ya había saludado a las autoridades y se habían hecho los parlamentos de rigor, y justo cuando Dora estaba a punto de perder de vista al Caudillo y compañía, cuando lo vio. De pie, a pocos metros de distancia, pero con una multitud de gente separándolos. Bonaventura, vestido con un mono gris absurdamente corto, un poco apartado y con una actitud grave, la cicatriz cincelada en una cara que parecía de granito, estaba junto a otros operarios que, en un tono desenfadado, comentaban la jugada. Franco se iba acercando hacia la posición de Bonaventura, y a su paso la gente se alborotaba y subía el volumen del griterío. En un vano intento por que Bonaventura la viera, Dora levantó un brazo, pero fue inútil. Bonaventura, que no perdía de vista al dictador, estaba serio y concentrado, como un felino preparado para saltar sobre la presa.

La cara, la actitud. En ese momento Dora lo entendió todo. Y aquella idea, aquella certeza, la paralizó un segundo mientras la lógica del razonamiento la abrumaba. Bonaventura no quería matar a Miquel. Bonaventura, inmolándose, quería ser quien matara a Franco e intentar así redimirse. A sus ojos, a los ojos de Miquel. A los de todos.

Boqueó como cuando un pez cae fuera del agua.

El aire, caliente y pesado, no le llegaba a los pulmones mientras, a la desesperada, intentaba moverse por entre la gente. Avanzó unos metros con dificultad y cuando parecía que lograría llegar a una zona con más movilidad, notó una mano que la cogía por el brazo, algo que le presionaba en la espalda y una voz ronca y autoritaria que le susurraba al oído:

—Quieta, Dora. Soy el comisario Fuentes. Ni te muevas. Ni respires. Tienes una pistola en los riñones.

Miquel hacía horas que había abandonado la zona de Colón. Había captado el ambiente y las medidas de seguridad que se habían desplegado por donde pasaría el coche oficial. Era prácticamente imposible que nadie pudiera acercarse al vehículo. La comitiva, al final, no se pasearía por las emblemáticas Ramblas. Demasiado estrechas, demasiado llenas de gente. Subiría por el Paralelo, avenida amplia donde se cortarían el tráfico hasta la plaza de España. La distancia entre el coche y la gente era grande. Un cordón de guardia urbana retenía al público y había tiradores de élite del ejército en los tejados de los edificios.

Realmente, había miedo a un atentado. Barcelona estaba literalmente tomada por el ejército y la policía, parecía un búnker. Miquel sonrió de aquella forma que no presagiaba nada bueno. No, parecía que finalmente Franco no moriría hoy. Por lo menos, a sus manos.

Volvía a Montjuïc y, al volverse, vio Barcelona a sus pies, aquella ciudad antigua y gastada que empezaba a iluminar las calles, avenidas y plazas que ya no le decían nada. Como le había pasado con el pueblo primero, con Francia después, Barcelona ya formaba parte de lo antiguo, de lo superado. Sin embargo, de improvisto, Dora se coló en su pensamiento mientras un remordimiento pesado y viscoso reptaba por sus propósitos anidando en ellos la duda. Dudaba sobre si ir a buscarla para contárselo todo, contárselo y liberarla, así, del odio, del peso de la culpa, del sentimiento de traición. Era consciente de que se lo debía, en la misma medida que sabía que no lo haría. Esa sería una deuda que quedaría pendiente entre ambos. No podía pagarla. No ahora. Quizá algún día.

Ahora tenía cosas que hacer. Sopesó la dinamita con una mano y se dirigió con paso ágil hacia el cementerio. Trepó por las avenidas menos concurridas hasta llegar, caída ya la noche, a los alrededores de las fosas comunes. Allí abundaban nichos vacíos o abandonados.

Avanzó prácticamente a oscuras, últimamente visitaba mucho el cementerio y ya empezaba a conocer los atajos. Se sonrió, quizá tanta visita era un mal presagio. Comenzó a frecuentarlo al seguir a los hombres de Paco y darse cuenta de que en aquella necrópolis se ocultaba algo más que cadáveres. Después de haber estado varios días observando las llegadas de pequeñas embarcaciones de pescadores y las descargas en los muelles secundarios, se había dado cuenta de que, camufladas entre las cajas de pescado, se transportaban pequeñas bolsas que en el trayecto hacia la lonja acababan en manos de alguno de los viejos camaradas reconvertidos en limpiadores de tumbas que malvivían de las limosnas de las beatas. Aquellos desgraciados, perdedores como él, dormían en barracas adosadas a los muros del cementerio. La mayoría de aquellos hombres, destrozados física y anímicamente tras años de cárcel, campos de concentración y de trabajo, y la mayoría ya sin familia, hacía tiempo que habían renunciado a cualquier tipo de lucha, solo querían comer cada día. Y si el pago era limpiar tumbas, vender estampitas a beatas o transportar y esconder estraperlo, se hacía.

Miquel había pasado largos ratos observándolos, y eso le proporcionaba paz y, en una paradoja absurda, le angustiaba. Hacía evidente la fina, finísima línea que separaba el vivir la vida o vivir una vida de mierda. Comprobó que invariablemente, después de haber barrido, recogido flores secas, regado las losas, abrigado los latones de las tumbas más lujosas, al final de la jornada, uno o dos, a veces tres de aquellos hombres, se desplazaban hasta la zona de la fosa común, en lo alto del cementerio, junto al muro que daba al mar. Aquel rincón de vistas privilegiadas que nunca nadie visitaba ni nadie ponía flores, era donde se enterraban los detritus de la ciudad. Aquellos que nadie reclamaría, porque a nadie importaban o porque nadie quería recordarlos. Ladrones, prostitutas, rojos fusilados en el campo de la Bota.

Así, los limpiadores de tumbas a veces llegaban con bolsas que desaparecían y a veces era al revés, mientras fuera, cuando se hacía de noche, los hombres de Paco rondaban, controlando a esos pobres desgraciados que les hacían el trabajo sucio. Pero ¡sorpresa!, desde hacía dos días el tráfico de bolsas se había incrementado exponencialmente, y con diferente metodología. No eran los limpiadores de tumbas los que transportaban estas bolsas, sino los hombres de Paco. La nueva mercancía era lo suficientemente valiosa o delicada para no delegar.

Una hilera de humo se distinguía claramente desde el cielo, y el repique de las campanas hizo que las palomas y las gaviotas levantaran el vuelo. El pequeño cabrón ya estaba aquí, y todo el mundo lo estaba mirando. *Bienvenue à Barcelone, bâtard.*

Llegó a la fosa común por la parte de atrás. Aparentemente no había nadie, pero no estaba seguro del todo, de hecho, era muy improbable que si en aquellas tumbas había lo que sospechaba, lo dejaran sin vigilancia. Por lo tanto, tan sigilosamente como había llegado, se escondió donde lo hacía habitualmente. El lugar le ofrecía buena visibilidad y la posibilidad, tan solo saltando una pequeña valla, de huir montaña abajo. Efectivamente, no tardó en ver acercarse la lucecita de una punta de cigarro y en oír unos susurros. Eran los vigilantes del cementerio, que hacían la ronda, pero estos no le preocupaban. Los dejó pasar. No hacía ni medio minuto que los vigilantes habían desaparecido girando en la esquina cuando los dos hombres de Paco se dirigieron directamente hacia un panteón medio derruido, apartaron cuatro piedras sin molestarse en peinar los

alrededores, era evidente que tenían comprados también a los vigilantes. Bajo las piedras recuperaron dos bolsas de un tamaño considerable. Dejaron el escondite más o menos igual y se fueron bordeando la tapia del cementerio. Miquel salió rápidamente, comprobó que no quedaba nada en la tumba y los siguió extramuros. Estuvo serpenteando entre los huertos un buen rato, hasta que, al final, se detuvieron frente a una pequeña masía de adobe. A Miquel le recordó la que tenía su familia en el pueblo, en las tierras de regadío bañadas por el Ebro.

Desdeñó la nostalgia a la vez que abría la vieja faca. Los hombres de Paco no lo oyeron acercarse por detrás y no tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que pasaba. Miquel les había cortado el cuello con un movimiento impecable. El ruido de los cuerpos al caer se había visto apagado por un creciente alboroto que venía del puerto. Mucho ruido, demasiado. Algo estaba pasando allá abajo.

La aparición de Paco en el umbral le hizo olvidar el ruido del puerto y, en cambio, sonreír abiertamente, no esperaba a otra persona.

—Hola, Paco. No hemos tardado tanto en vernos como pensabas, ¿verdad?

Dora no pudo reprimir el grito. No lo pudo evitar a pesar de que toda la vida se lo reprocharía. Aquel grito espontáneo al ver cómo Bonaventura sacaba la Star del bolsillo del uniforme. El último rayo del sol ya estaba escondiéndose tras el mar, haciendo refulgir la pistola en su mano, mientras Franco pasaba justamente por delante. Tres hileras de personas los separaban de la alfombra púrpura y una veintena de metros más adelante Bonaventura, imbuido de una extraña calma, levantaba la pistola mientras enfocaba con el único ojo bueno. Tenía un buen ángulo de tiro y la Star era una pistola muy fiable. Bonaventura no era un gran tirador, pero su altura hacía que no tuviera demasiados obstáculos delante que le dificultaran el disparo. Que acertara era algo muy factible.

Pero Dora gritó. Y aquel grito, aquel tono conocido, hizo que Bonaventura se detuviera y mirara, un segundo, hacia donde ella estaba, paralizada y con los ojos llenos de lágrimas. Llenos de lágrimas, pero vacíos de odio, llenos de miedo, de angustia, pero vacíos de resentimiento. Huecos de lástima y llenos de perdón.

No lo hagas, por favor. No lo necesitas. No lo necesito. No lo necesitamos.

Fue un segundo, cuando él la miró y supo, demasiado tarde, que al final había conseguido ser él mismo. Que al final, ante todo el mundo, podía ser la persona que siempre había querido. Ni un profesor distinguido ni un refugiado traidor ni un bedel miedoso. Fue un segundo de aquellos que valen una vida. Porque la mirada que él le devolvió al descubrirla allí era la síntesis perfecta de todo lo que ella había significado. La devastación, la renuncia y la soledad ante la magnitud del sentimiento, la certeza de saber que nunca recibirás el equivalente y, a pesar de todo, ofrecerlo, darlo a manos llenas, sin escatimar nada. Ni un poco.

Fue un segundo, solo un segundo, antes de que Fuentes apartara a Dora de un empujón, la tirara al suelo y la bala volara, él sí un experto tirador, para incrustarse en la frente de aquel hombre alto y delgado, con gafas de pasta, barba espesa y una cicatriz que le cruzaba la cara. Con un ojo sin visión y el otro... el otro todavía lleno de Dora.

# EPÍLOGO

Barcelona, 23 de diciembre  
de 1949

INAULT: Bien, Rick, ya no es solo un sentimental, sino que además es un patriota.

CK: Quizá sea este un buen momento para empezar.

INAULT: Es muy posible que sí. Tal vez le conviniera desaparecer de Casablanca una temporada. Hay tropas de la Francia libre en Brazzaville. Podría facilitarle un pasaje. Rick: ¿Un salvoconducto? Me vendría bien un viaje, y gastarme el dinero de la apuesta. Aún me debe diez mil francos.

INAULT: Y esos diez mil francos cubrirán nuestros gastos.

CK: ¿Nuestros gastos?

INAULT: Ajá.

ck: Louis, creo que este es el comienzo de una hermosa amistad.

*mbos desaparecen juntos en la noche).*

*ndido a negro*

*Casablanca, MICHAEL CURTIZ, 1942*

—El mar en invierno es triste.

Dora no contestó, pero le dedicó una sonrisa breve. Le cogió la mano un momento. La tenía helada.

—Pero, de todos modos, a mí me gusta.

Fuentes se sentó con cuidado a su lado. La playa estaba desierta a esas horas, y los baños de San Sebastián, a sus espaldas, proyectaban una sombra fantasmagórica. Hacía frío, pese a lucir el sol y a que era mediodía. Notó cómo Dora temblaba un poco a pesar de llevar un abrigo grueso, de hombre. Un abrigo negro y elegante, muy usado, pero de buena calidad, que con toda seguridad había sido de Bonaventura, ¿o ya podía llamarlo Ignasi? Daba lo mismo. Dora llevaba el abrigo de su marido muerto y aquel hecho intrascendente, accesorio, lo enterneció. Muchas cosas lo enternecían últimamente.

Demasiadas cosas, pero ¿alguien podría reprochárselo?

¿Con todo lo que había pasado?

Miró el perfil de la mujer que contemplaba el horizonte con serenidad. Algo en ella había cambiado, tal vez de manera imperceptible, quizá sí, pero algo era distinto en su actitud, en su manera de hablar, en sus movimientos. Toda ella era la misma y al mismo tiempo otra. Habían pasado siete meses ya desde la muerte de Bonaventura, desde la desaparición de Albert, desde la marcha de Paco. Toda aquella historia de medias mentiras y medias verdades que él le había ido desvelando y que Dora había fingido que se creía.

Fuentes lo sabía. No se había tragado ni media palabra.

Pero Dora, tal vez por primera vez en su vida, había decidido. Y había elegido volver a vivir, ser ella la protagonista de su renacer. Soltar todo el lastre que, en un primer momento, parecía que la hundiría. En primer lugar, dejó la vivienda en la universidad que había compartido con Bonaventura y alquiló un pequeño piso justo al lado del Hospital Clínico. A su padre le ofrecieron una modesta jubilación y decidieron volver al pueblo con la excusa de cuidar a una tía de su madre, anciana y viuda. Dora era consciente de que ninguno de los dos se recuperaría jamás de la desaparición de Albert, y sobre todo su madre se aferraba, de una manera casi infantil, a la posibilidad de que su hijo hubiera huido al extranjero. La hija los alentaba en la mentira, pero desaparecido el hermano, el vínculo entre los tres había ido disminuyendo hasta convertirse en un hilillo casi imperceptible. Habían pasado demasiadas cosas. Demasiada hostilidad. Demasiado rencor. Dora, a pesar de todo, iba a verlos al pueblo de vez en cuando, pero las visitas eran breves, tristes, vacías y frías.

También decidió continuar trabajando en el Gobierno Civil. El trabajo era lo que era, pero algo allí también había cambiado. El señor Mateu, a su manera, estaba convirtiéndose en un amigo. Cercano y cariñoso. Generoso y atento. El mundo gris que lo rodeaba empezaba a tener un poco de color.

Dora se había quedado sola, pero no le importaba.

Recordaba mucho a Bonaventura y al final había logrado salvar aquellos momentos que habían



hecho única su relación. Y pensaba en ellos a menudo, ya sin rencor, sin pena. Con ternura.

Casi nunca se permitía pensar en Miquel. Le dolía. Quizá algún día lo conseguiría. No sería hoy ni mañana. Quizá aquel día no llegaría nunca.

Cuando Fuentes, pasado un tiempo prudencial, la contactó para contarle, para explicarse, para disculparse, para ofrecerle dinero, ayuda, lo que necesitara, ella lo escuchó en silencio, ambos en el Café de la Ópera, aislados del bullicio de su alrededor. Ella lo escuchó y no lo creyó. Agradeció el dinero y la ayuda, pero no los aceptó. Sin tensión, sin drama. Se despidió educadamente y, cuando iba a levantarse para irse, Fuentes le dijo rápido, sin pensar:

—Ellos te querían. Ambos. Tienes que saber que los uniste más que mil campos de concentración. A todos nosotros, de alguna u otra manera, nos uniste. Y todos te queremos. Eres una mujer extraordinaria, Dora. Y siempre siempre serás el vértice de todos los triángulos.

Ella miró a aquel policía rechoncho y calvo que había matado a su marido y pensó que al final todos habían acabado cumpliendo su destino. Le sonrió.

—Le agradezco estas palabras, comisario, de verdad que sí.

Y a los pocos días, volvieron a tomar café, y también quedaron, de vez en cuando, para ir a comer juntos. Y el día que Fuentes se jubiló lo celebraron juntos, solos, cenando en el Siete Puertas. Y se rieron, y comieron y no hablaron ni un segundo de los que ya no estaban. Aquellos cuerpos celestes de órbitas perdidas habían sabido sincronizarse.

Fue una amistad nacida de la desgracia. Dos solitarios unidos por silencios pactados, por necesidades comunes. Por aquellas lagunas tristes de la memoria que hicieron nacer unos lazos firmes tejidos con la voluntad de olvidar. Otra vez olvidar.

Y para el viejo comisario, la jubilación con honores. La máxima condecoración del cuerpo a manos del gobernador civil. La prensa elevándolo a los altares, enardecida. El viejo y escéptico Fuentes convertido en el héroe que había evitado el magnicidio a manos de un peligroso terrorista, exrefugiado en Argelès, que había vivido durante ocho años infiltrado en la universidad intentando corromper con ideas masónicas y comunistas a jóvenes tiernos e impresionables.

Los diarios llenaron páginas y páginas con la biografía semioficial, semiinventada de Ignasi Roure, y engalanaron, en el más puro estilo folletinesco, la versión de los hechos que el director Quiniela y el Gobierno Civil les ofrecieron. En el cénit del paroxismo se ensalzó sin medida la gran profesionalidad de la Dirección General de Policía y en particular de la Brigada Político-Social, además de la celeridad en la detección y el desmantelamiento del entramado que el malvado Ignasi Roure había tejido en la universidad. Hecho este que, sin duda, empujó al magnicida, viéndose acorralado y solo, a atentar a la desesperada contra el dictador.

Un refuerzo tácito del gobierno a la tarea de Quintela. Y ni una palabra de Dora. Ni una palabra de Albert.

El veterano comisario Fuentes como héroe nacional. Pensión digna y condecoración. Y una investigación cerrada a toda prisa desde arriba para que nadie pudiera cuestionar la versión que a todos convenía.

Absolutamente a todos.

Pero la verdad. ¡Ah! Eso era otra cosa.

Aquel niño mugriento que llegó a su despacho la misma noche del 31 de mayo, cuando ni Quintela ni los Creix ni los de Madrid sabían si felicitarlo o fusilarlo. Aquella misma noche en que la versión oficial se comenzó a urdir en el despacho del director mientras Franco y familia

dormían tranquilamente en el palacio de Pedralbes. Aquel niño desherrapado que insistía e insistía en verlo y que no paró hasta darle un papel sucio. La euforia de Fuentes diluyéndose en la angustia como un azúcar lo hace en el café. Y la conducción enloquecida por una Barcelona todavía en estado de excepción, enseñando la placa en cada esquina, con aquel niño curado de espantos y con ojos de viejo a su lado, guiándolo entre huertos y acequias.

Y la visión de aquellos dos hombres degollados delante de la masía. Y el cadáver de Paco en un rincón, sentado en una silla, empapado de sangre. La yugular seccionada, los ojos abiertos, el cuerpo aún caliente. Y Alberich sentado tranquilamente en una silla de enea, fumando y bebiendo sorbitos de una vieja petaca. La navaja, sucia de sangre, abierta sobre la mesa, y la pistola de Paco delante.

Miquel no se inmutó cuando Fuentes entró, los ojos refulgiendo de ira, pistola en mano.

El malnacido había dejado la carga de dinamita con las dos bolsas que habían recuperado de la tumba en la letrina que el campesino tenía al final del huerto. Las dos bolsas con la mayor parte del dinero que debían repartirse al día siguiente, el dinero que permitiría a Paco marcharse en un barco hacia América y a Fuentes retirarse y disfrutar de la vida, al fin. La mueca sarcástica de Alberich cuando, finalmente, había cogido la reina en aquella partida de ajedrez para hacer un jaque mate incontestable. Cuando le enseñó el detonador en su mano derecha.

Y le recitó las peticiones. Tres. Innegociables.

La mitad del dinero. El pasaje de Paco hacia Argentina y su escolta personal hasta el barco para garantizarle que no hubiera ningún problema a la hora de embarcar con la documentación de Paco. A partir de ese momento Elíseo Pérez dejaba de existir, Miquel Alberich también y Paco Sanllehí Sanahuja, algo cambiado, sería un exiliado más, otro «gallego» rico.

Fuentes no tuvo que pensárselo demasiado. Pasado el *shock* inicial, se dio cuenta de que lo que Alberich le ofrecía no era en absoluto un mal acuerdo. Se trataba de olvidarse de Paco y tocar cuatro teclas en la policía aduanera. Y naturalmente hacer desaparecer el cadáver de Paco, el de aquellos dos desgraciados y el de Albert. Nada de eso debía ser un problema para el comisario y Miquel lo sabía.

El apretón de manos fue, esta vez sí, mirándose a los ojos. Ambos sabían que ninguno traicionaría al otro. No se lo podían permitir. No esta vez.

Al día siguiente, una vez hecho el reparto del dinero y después de cuatro llamadas, el comisario acompañó a Miquel hasta el enorme trasatlántico. Miquel había cumplido su parte, y Fuentes también. Faltaba poco para zarpar y ambos estaban apoyados en la barandilla del barco, fumando un último cigarrillo juntos, mirando la ciudad, bulliciosa, orgullosa, ajena a sus miserias.

Y al final, cuando Fuentes pensaba que ya no había nada más que hacer más que apurar aquel cigarrillo, Miquel habló.

—Los dos hemos cumplido nuestra parte del trato. En diez minutos yo me iré para no volver nunca más. Ni yo sabré nada de usted ni usted de mí, y así debe ser. Por lo tanto, lo que le pido ahora no puede ser más que un favor. Podría decirme que lo hará y engañarme. Yo nunca lo sabría, pero creo que empiezo a conocerlo un poco y sé que, si se compromete, cumplirá con su palabra.

Fuentes lo miró con algo parecido al respeto mientras pensaba que en otras circunstancias, probablemente, habrían podido ser amigos. Asintió con la cabeza.

—Dora.

El comisario sonrió.

—Lo sabía. Lo que no sabía es cuándo me lo pediría. —Esta vez fue suya la mueca irónica—. Es usted un sentimental, Alberich. ¿Y sabe lo peor de todo? Que yo también.

—Lo sé.

—No se preocupe. Ella estará bien. Yo me ocupo. Quedará al margen. Es una mujer fuerte, admirable en muchos aspectos. Lo superará.

—Lo es. Es única.

Miquel tiró la colilla al mar mientras miraba la ciudad. Fuentes permaneció en silencio. Cuando se volvió de nuevo, Miquel volvía a ser aquel perdonavidas altivo.

—¿Sabe, comisario? Qué pena que no pueda venir conmigo. ¡Ah! ¡Allá podríamos hacer grandes cosas!

Fuentes rio abiertamente. Se dieron la mano y bajó del barco. Mientras se adentraba en la ciudad, en la vieja ciudad, todavía sonreía.

Quizá sí. Quizá en otra vida.

# Agradecimientos

Soy una afortunada. Debería agradecer tanto a tanta gente que tener que escoger siempre resulta injusto. Sin embargo, aquí va:

A mis lectores cero, vosotros sabéis quiénes sois.

A Toni Hill, por escucharme cuando estaba perdida y guiarme, tal como él sabe, para que yo sólita viera la luz.

A Susi Marquès, por el título.

A Núria Monferrer, por tanto.

A Rocío Molina y Fermín Osuna, por aguantarme las neuras en los desayunos.

A Nieves Abarca, Carlos Zanón y Miqui Otero, por hacerme creer que sí, que podía.

A Miquel Esteve, por las llamadas a deshoras, y a Jesús Martín, por las clases de billar (es).

A David y Yolanda Mariblanca, por tener mis libros en su *hall of fame* ramoniana y permitirme utilizar su bar y a sus abuelos en la novela, y a Sergi Riera, por contarme la historia.

A Laura Santaflorientina, mi agente, por su entusiasmo, su trabajo y por ser como es.

A Emili Rosales, Anna Soldevila y Martina Torrades, mis editores en Destino, por la confianza.

A Jaime y Marta, por ser los otros dos vértices de mi triángulo.

# Bibliografía

- Aub, Joan, *La verdadera muerte de Francisco Franco*, Cuadernos del Vigía, 2014.
- Batista, Antoni, *Matar a Franco. Los atentados contra el dictador*, Debate, 2015, *La Brigada Social*, Empúries, 1995.
- Camp d'Argelès*, documental, *Sense Ficció*, TV3.
- Casassas i Ymbert, Jordi, Francisco Gracia Alonso, Josep M. Fullola Pericot, *La Universitat de Barcelona*, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2010.
- Fabre, Jaume, Josep María Huertas i Antoni Ribas, *Vint anys de resistència catalana (1939-1959)*, La Magrana, 1978.
- Genet, Jean, *Diario del ladrón*, RBA, 2011.
- Objetivo: matar a Franco*, documental, Televisión Española, 1993.
- Pérez Andújar, Javier, *Catalanes todos*, Tusquets, 2014.
- Safont, Joan, *Sabotatge contra Franco. Episodis d'oposició deis que havien guanyat la guerra*, Angle, 2017.
- Theros, Xavier, *Barcelona a cau d'orella*, Comanegra, 2013.
- Tusquets, Esther, *Habíamos ganado la guerra*, Bruguera, 2007.
- Villar, Paco, *Historia y leyenda del Barrio Chino. Crónica y documentos de los bajos fondos en Barcelona (1900-1992)*, La Campana, 1996.

## *Argelès*

Mención especial merece Agustí Bartra y su novela *Crist de 200.000 braços*. Las descripciones de la playa de Argelès y algunas de las peripecias de sus protagonistas han sido la base de los capítulos dedicados al campo de refugiados.



PILAR ROMERA (Riba-roja d'Ebre, Tarragona 1968) se licenció en Historia Contemporánea por la Universidad de Barcelona, donde trabaja, y es máster en realización de guiones cinematográficos y televisivos por la Universidad Autónoma de Barcelona. Es autora de las novelas *L'esperit de vidre* («El espíritu de cristal», 1993, X Premio Ribera d'Ebre de Narrativa), *Dins la boira* («Dentro de la niebla», 1997) y *Li deien Lola* («La llamaban Lola», 2017). En 2017 fue galardonada en la primera convocatoria de las Becas Montserrat Roig que otorga el Ayuntamiento de Barcelona y la Unesco.